Christian Jacq

El Egipto de los grandes faraones

La historia y la leyenda

Colección Enigmas de la Historia

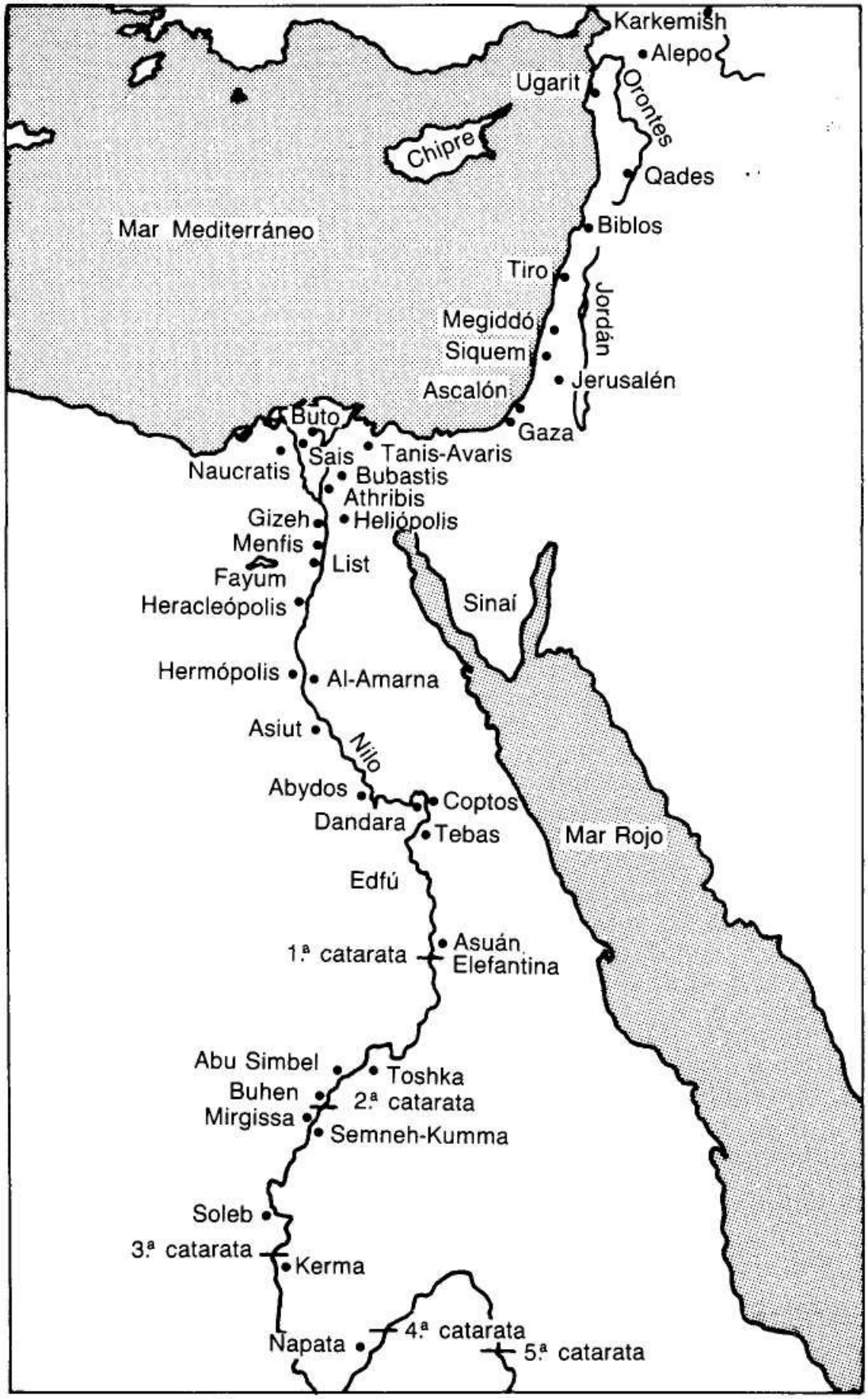
Ediciones Martínez Roca, S. A.

A mi hija Ghislaine,
como recuerdo de un maravilloso viaje
a Egipto.

Traducción de Amparo Hurtado Albir
Título original: L'Egypte des grands pharaons. publicado por Librairie Academique Perrin
© 1981. Librairie Academique Perrin
© 1988. Ediciones Martínez Roca. S. A.
Gran Via. 774. 7.". 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1254-3
Depósito legal B. 37.603-1988
Impreso por Libergraf. S. A.. Constitución. 19. 08014 Barcelona
Impreso en España — Printed in Spain

Índice

Introducción 5
1. El rey Escorpión y el albor de una civilización.....19
2. Menes y el nacimiento de la nación.....27
3. Zóser el Magnífico.....32
4. Snofru el Constructor 45
5. Keops. Kefrén y Mikerinos o el reinado de los gigantes 49
6. Pepí II: el reinado más largo de la historia 65
7. Sesostris y la sonrisa el Imperio Medio 70
8. Ahmosis el Liberador 80
9. Hatshepsut, reina-faraón.....85
10. Tutmés III, el Napoleón egipcio.....93
11. Amenofis II, el rey deportivo.....101
12. Tutmés IV y la Esfinge 104
13. Amenofis III o el reinado de la luz.....107
14. Akenatón el Hereje.....117
15. Tutankamón el Desconocido.....129
16. Seti I, el hombre del dios Seth.....135
17. Ramsés II y la exaltación del poder.....139
18. Ramsés III, el último gran faraón.....152
19. Nectanebo II. el último faraón egipcio.....158
20. Cleopatra asesinada 160
Ultima mirada 169
Cronología.....171
Bibliografía.....176
Notas 177


Karkemish
Alepo
Ugarit
Orontes
Chipre
Qades
Mar Mediterráneo
Biblos
Tiro
Jordán
Megiddó
Siquem
Jerusalén
Ascalón
Buto
Gaza
Sais
Tanis-Avaris
Naucratis
Bubastis
Athribis
Gizeh
Heliópolis
Menfis
List
Fayum
Sinaí
Heracleópolis
Hermópolis
Al-Amarna
Asiut
Nilo
Abydos
Coptos
Dandara
Tebas
Mar Rojo
Edfú
Asuán
1.ª catarata
Elefantina
Abu Simbel
Toshka
Buhen
2.ª catarata
Mirgissa
Semneh-Kumma
Soleb
3.ª catarata
Kerma
Napata
4.ª catarata
5.ª catarata

Introducción

Durante el año 1881 ocurren en Egipto hechos singulares. En el mercado de antigüedades aparecen numerosos objetos antiguos, sin duda auténticos y de gran calidad. En un período como éste, en que apenas acababa de iniciarse la exploración científica del Antiguo Egipto, su arte atrae ya a muchos coleccionistas de dudosa honestidad. Un egiptólogo francés, Gastón Maspéro, director del Servicio de Antigüedades instalado en El Cairo, presintiendo la importancia del asunto, abre una investigación para intentar descubrir de dónde provienen estas obras.

En el medio rural egipcio no es nada fácil discutir. Todo lo que represente la autoridad, venga de donde venga, inspira un cierto sentimiento de desconfianza. Hay muchos crímenes que nunca se han llegado a aclarar, aun habiendo testigos oculares de sobra. La venta, más o menos fraudulenta, de antigüedades encontradas casualmente ha sido siempre la especialidad de ciertos clanes y familias. En el caso que nos ocupa, la abundancia de objetos en circulación implica la participación de varias personas. La pista conduce hasta la región de Tebas, la fabulosa capital del Imperio Nuevo, y concretamente hasta la familia de Abd-er-Rasul; es imposible, sin embargo, ir más lejos. Mucha gente parece estar al corriente, pero nadie quiere hablar.

La paciente obstinación de los egiptólogos se verá de todos modos recompensada. En Egipto el tiempo transcurre más despacio, es más eterno y hay que saber esperar. Una persona que trabajaba para Maspéro, Emile Brugsch. recibe la visita de un fellah que acepta indicarle el lugar donde se encuentra el tan codiciado escondrijo. Se organiza una expedición a un profundo pozo cavado en la roca, al sur del extraordinario templo de Dayr al-Bahari. Tienen que bajar, seguir una pequeña galería y llegan, al final, a una cámara funeraria. En principio estaba destinada a una reina oscura, llamada Inhapy. Por el suelo hay vasijas, muchas de ellas rotas, pero también sarcófagos con momias.

Para un egiptólogo, encontrar intacta una sepultura real significa un momento de gran emoción. Emoción llena de respeto porque se está en presencia del cuerpo momificado de monarcas que gobernaron el imperio más rico y más enigmático del mundo. Cuando Brusch descifró los jeroglíficos que le revelaban el nombre de los faraones que dormían allí eternamente, su corazón empezó a latir con violencia. Lo que él acababa de descubrir no eran las momias de reyes desconocidos o poco conocidos, sino las de los faraones más importantes del Imperio Nuevo: Tutmés III. Amenofis I, Seti I, Ramsés II. Se trataba de nombres encontrados cientos de veces en las inscripciones, nombres que evocaban templos, batallas, una civilización esplendorosa. Así pues, merced a una rivalidad entre campesinos que desembocó en una denuncia, volvían a aparecer los cuerpos de esos nombres ilustres.

Maspéro iba a recibir otra gran sorpresa. Una vez sacadas las momias del lugar en que los sacerdotes las habían resguardado durante uno de los períodos más agitados de la historia egipcia, el egiptólogo buscó la manera de llevar su preciada «carga» a El Cairo. Hubo de tomar la «autopista» que se utiliza siempre, es decir, el Nilo. Las momias se colocaron en una barca y salieron de Tebas en dirección a El Cairo. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver, en la orilla del río. mujeres que gritaban en señal de duelo y hombres disparando sus fusiles! Al practicar estos ritos funerarios, los egipcios del siglo XIX rendían homenaje a sus antiguos monarcas, que habían construido la grandeza de su país.

Desgraciadamente, cuando llegó a El Cairo, el funcionario encargado de recibirle fue mucho menos respetuoso. Contemplaba las momias con un aire de perplejidad sin interesarle el destino póstumo de esos gigantes de la historia universal. El único problema que se planteaba era qué tasa se podía aplicar a esa mercancía. Como las momias no constaban en ningún fichero aduanero, las consideró al final como pescado seco.

A diferencia de ese funcionario que no mostró ningún interés, nosotros, rindiendo homenaje a los grandes faraones de Egipto, descubriremos con suma admiración la imagen de una de las civilizaciones más antiguas que se conocen. Se suele considerar que la historia egipcia abarca del IV milenio antes de Cristo hasta la era cristiana. Según Manetón, autor antiguo cuya importancia veremos más adelante, hay que remontarse mucho más en el tiempo, atribuyéndole unos 6.000 años de duración a la historia propiamente dicha —sin tener en cuenta el reinado de los dioses—; sin embargo, la egiptología adopta, en algunos clanes universitarios, una «cronología corta» de unos 3.200 años. La cronología sigue siendo oscura y muchas fechas son hipotéticas. Cuando empieza la historia escrita, hacia el 3.000 a. de J. C. (esta fecha tampoco es del todo fiable), la aventura egipcia tiene ya un pasado que es difícil de evaluar.

En el caso de Egipto, lo que resulta prodigioso es la coherencia de la civilización y. sobre todo, la duración de la institución faraónica. Pocos siglos separan la Edad Media francesa de la época actual y, sin embargo, todo ha cambiado; pero los egipcios de la época ptolemaica y los del Antiguo Imperio reconocían la existencia de un rey-dios, de un faraón jefe del Estado, aunque les separasen miles de años. Se trata, pues, de una larga historia, pero sobre todo de una historia que posee un centro vivo --el faraón— que permanece inmutable a pesar de acontecimientos a veces dramáticos. Esta continuidad enraizada en lo sagrado y no en lo político puede sorprender profundamente. Hay que tener en cuenta también que ninguno de los 350 faraones1 que ocuparon el trono de Egipto traicionó esta concepción en cuanto a sus principios; si consideramos, por último, que de Cleopatra hasta nuestros días hay como mínimo la mitad de tiempo que de Menes, el primer faraón «histórico», hasta Cleopatra. comprenderemos claramente que la civilización faraónica es una parte esencial de la aventura humana.

Egipto es hijo del sol. Es la forma visible del dios Ra. principio creador a quien los sacerdotes de la ciudad santa de Heliópolis, actualmente desaparecida, consagraban una vida de trabajo y de búsqueda. Todas las mañanas, al salir el sol por encima de las colinas del desierto oriental, el país volvía a nacer. El recorrido del sol es un modelo teológico, mostrándonos que cualquier movimiento se produce entre un nacimiento y una muerte. Muerte solamente aparente, después de todo, porque el sol al desaparecer bajo la Tierra prepara su resurrección. Así sucede con la historia de Egipto, que muchas veces pareció hundirse en la nada para luego resurgir mejor de las tinieblas.

Egipto es también un gran loto; el Alto Egipto, la parte meridional del país, es su tallo, y el Delta o Bajo Egipto es la flor. De unos mil kilómetros de longitud, pero sin alcanzar los treinta kilómetros de anchura en el Alto Egipto, la tierra de los faraones, en su parte cultivada y habitable, ocupa una superficie algo menos extensa que la de Bélgica. Limita al este y al oeste con desiertos, al norte con el Mediterráneo que sirve de frontera natural, y en el sur cumplen esta función las sucesivas barreras formadas por las cataratas del Nilo. Vemos, pues, que el conjunto geográfico

convierte a Egipto en un territorio muy especial que permite el desarrollo de estructuras originales.

Desde un principio, hay un hecho histórico que corrobora este análisis; a pesar de invasiones extranjeras. influencias externas, contactos con el mundo exterior, el Egipto faraónico se mantuvo intacto en lo esencial, preservando su genio propio.

«Nuestra propia civilización, así como la de toda Europa, está vinculada por miles de lazos indisolubles a ese mundo», escriben los egiptólogos alemanes Erman y Ranke.2 Esta constatación es fundamental. Al leer la historia de los faraones no nos perderemos en un exotismo tan alejado de nosotros que no lo podamos comprender. El Oriente Próximo de la Antigüedad (y en especial Egipto) es antepasado nuestro. Nuestras raíces espirituales, sensibles, intelectuales, se hunden en él. Es totalmente erróneo creer que Egipto es una civilización prefilosófica y que Grecia y Roma fueron las primeras culturas capaces de «pensar» y de «hacer ciencia». Es muy de lamentar que Egipto ocupe un lugar tan reducido en el proceso educativo, desempeñando como desempeña un papel tan importante en nuestra vida espiritual y en nuestra memoria profunda. Para todos aquellos que tuvieron la suerte de viajar a Egipto, resulta evidente que en este lugar, en la tierra del dios-sol, se formaron elementos fundamentales de la conciencia humana. ¿Acaso hace falta ensalzar el arte egipcio, subrayar su extraordinaria belleza, su profunda significación? Sin embargo, en realidad sólo conocemos pocas obras, y muchas de las que albergan los museos merecerían ser descubiertas o redescubiertas. La religión egipcia, durante demasiado tiempo estudiada desde un punto de vista racionalista, contiene tesoros que aún pueden seguir suscitando una fe que procede del interior. Se conoce todavía mal la literatura egipcia (sea «religiosa» o «profana», además esas distinciones solamente poseen un carácter muy relativo en Egipto). En los Textos de las pirámides, en los Textos de los sarcófagos, en las Sabidurías. en los cuentos.... se encuentran un sinfín de enseñanzas. En la escritura. la estatua, el símbolo sagrado, se perfila una prodigiosa alegría de vivir y de existir.

Los que han hecho de Egipto una civilización de enterradores han cometido una grave equivocación. Los faraones, que consideran como uno de sus primeros deberes construir su sepultura, no exaltan la nada sino la inmortalidad. Una eternidad en que se unen lo que nosotros llamamos «la vida» y «la muerte».

En 1798 se explora Egipto. Los investigadores que forman parte del viaje descubren un país fabuloso, lleno de templos, de estelas, de construcciones de todo tipo. Dibujan, copian, acumulan una cantidad considerable de documentación que se publicará en la monumental Descripción de Egipto, que aparecerá de 1809 a 1816. De este modo, surgió un material propiamente egipcio a disposición de los que querían llegar a descubrir los misterios de la civilización faraónica.

Hasta esta época había que contentarse con el testimonio de autores antiguos como Hecateo de Mileto (que visitó Egipto hacia el 510 a. de J. C, interesándose básicamente por el fenómeno de la inundación). Platón, Plutarco, Diodoro de Sicilia. Estrabón, Plinio el Viejo, Clemente de Alejandría y algunos otros. Mención aparte requiere el caso de Herodo-to de Halicarnaso (484-430 a. de J. C.) que escribió una especie de informe periodístico en torno al viaje que realizó poco después del año 450. Probablemente llegó bastante lejos al sur. quizá hasta la primera catarata y se quedó unos tres meses en el país. Este viajero egipcio ofreció elementos

interesantes acerca de los reyes que gobernaron Egipto a partir de Samético I (664-610). Desgraciadamente, su obra recoge muchas anécdotas e historietas malintencionadas. Desconocía totalmente la naturaleza del Antiguo Imperio y divulga calumnias de baja estofa que desacreditan su capacidad crítica.

Pocos elementos sólidos extrae el historiador de esta masa de documentos. Los griegos temieron, admiraron, vilipendiaron a Egipto, pero no le comprendieron en profundidad. Hay excepciones que confirman la regla: Plutarco, que se inició sin lugar a dudas en los misterios egipcios, presentó valiosas informaciones en su tratado Sobre Isis y Osiris, pero se limitan al aspecto religioso.

Entre los hallazgos de la expedición a Egipto, adquiriría una especial importancia la piedra de Rosette. En esta piedra, encontrada en la ciudad de Rosette, había grabada una inscripción denominada «trilingüe», es decir, redactada en tres tipos de escritura: el griego, el demótico (una cursiva egipcia tardía, utilizada básicamente para los documentos administrativos) y el jeroglífico. Un joven investigador francés, Jean-Fran-cois ChampoUion, ve por fin abierto el camino. Hace varios años que intenta leer los jeroglíficos; ha aprendido todo lo que se podía aprender sobre Egipto, y sabe descifrar varias lenguas antiguas, como el griego y el copto. Utilizando este texto «trilingüe», consigue por fin ver realizado su sueño: comprender la lengua de los antiguos egipcios. El matemático Fournier comparaba a ChampoUion con un potro fogoso que pide una ración triple. De hecho, después de redactar una gramática y un diccionario, y de viajar a Egipto, donde efectuará sorprendentes análisis de los monumentos, este personaje genial morirá agotado en 1832, a los cuarenta y dos años. Había nacido la Egiptología. Gracias a los descubrimientos de ChampoUion. por fin se podrían leer los jeroglíficos, estudiando la historia egipcia a partir de los propios documentos faraónicos.

Hablemos ahora un poco de una figura fundamental, Manetón, sacerdote del siglo XXXX a. de J. C. Nació en Sebennytos, en el Delta (actualmente. Samanud); escribió en griego una historia de Egipto para el rey Ptolomeo II Filadelfo. Manetón que, al parecer, vivió también en Men-des y en Heliópolis, había estudiado la religión, los ritos y las fiestas antes de redactar su obra maestra, los Aegyptiaca, donde presentaba la lista de los reyes de Egipto clasificada en dinastías.

Desgraciadamente, esta obra fundamental desapareció. Solamente existen fragmentos de ella, ya que Manetón es citado por otros autores antiguos, especialmente por el judío Flavio Josefo, (siglo I d. de J. C), los cristianos Julio Africano (siglo III d. de J. C), Eusebio (hacia el 320) e incluso por Jorge el Sincelo. en el 800. Esta historia de Egipto era, pues, suficientemente conocida para merecer ser citada tantas veces. pero resulta imposible apreciar la síntesis de Manetón porque sólo la conocemos de manera indirecta y fragmentaria.

De todos modos. Manetón ha legado a los egiptólogos el marco general de sus investigaciones históricas, es decir las treinta dinastías que van de Menes, el primer faraón, a Nectanebo II. Manetón precisa la duración de los reinados, cuenta anécdotas acerca de la vida de los monarcas de que habla. Pero es probable que algunas de esas indicaciones no sean suyas; en lo que se refiere a los detalles cronológicos han sido, y siguen siendo aún, objeto de examen crítico por parte de los egiptólogos.

Además, los nombres reales que da Manetón presentan graves deformaciones respecto a los que se leen en los monumentos egipcios y a veces es difícil cotejarlos.

¿Cuáles son los documentos egipcios que no habían sido estudiados desde el siglo IV a. de J. C ? Se trata de textos inscritos en paredes de

templos o de tumbas, en objetos o papiros. Hay infinidad de inscripciones de ese tipo, pero pocas de ellas tienen un valor propiamente «histórico», en el sentido que le damos ahora. Un ejemplo concreto viene dado por las «autobiografías ideales» de altos funcionarios que no hablan de casos individuales, sino más bien de un modelo de existencia pública según los criterios morales egipcios.

Nos faltan relatos históricos continuos, crónicas extensas. El material de base está constituido por nombres de reyes, fechas, acontecimientos evocados a menudo de manera elíptica, y lo que se llama, no sin correr riesgos considerables, «la evidencia arqueológica». Hay que decir que no existe casi documentación sobre ciertos períodos de la historia egipcia. Sin embargo, gracias a un laborioso trabajo e indicios cuya apreciación es forzosamente subjetiva en la mayoría de ocasiones, el especialista intenta dar una imagen del período que estudia. Además, los egipcios, dadas las leyes propias a su sistema monárquico, producen ciertas sorpresas. El fenómeno, simple en sí mismo, de la corregencia ha desconcertado a muchos historiadores. ¿De qué se trata? Muchos faraones — se ha planteado, además, si se trataría de una regla general— incorporaron en vida a su sucesor al trono, con el fin de iniciarle en la dirección de los asuntos del Estado. Por lo tanto, durante un cierto período los dos reinados se superponen y son paralelos. Cuando no hay suficiente documentación para mostrarlo, se corre el riesgo de cometer graves errores cronológicos.

Los egipcios compusieron listas reales. Había, pues, una conciencia de las dinastías que existieron. La Piedra de Palermo es el bloque principal de un documento roto en varios trozos, algunos de los cuales han desaparecido. Se trataba de una lista de los faraones más antiguos, de Menes, el primero, hasta Neuserre (V dinastía). Es interesante señalar los elementos que llamaron la atención de los propios egipcios. Reinado tras reinado, los escribas precisan el nombre del faraón, la fecha de su muerte, la de la coronación de su sucesor, las fechas religiosas, la construcción de templos o palacios, la creación de estatuas, la altura de la crecida del Nilo, los viajes marítimos, las expediciones comerciales o militares, las observaciones astronómicas.

Hay que esperar hasta el Imperio Nuevo (del siglo xvi al siglo XI a. de J. C.) para encontrar otras listas de reyes. El Canon real de Turín es un papiro hierático3 que data del reinado de Ramsés II. Al igual que la Piedra de Palermo, designa a Menes como el primer faraón de la historia, que ocupa el trono tras una larga sucesión de dioses y semidioses, de reinados sumamente largos. La Tabla de Abydos está grabada sobre las paredes del templo de dicha ciudad. Vemos allí al faraón Seti I (1304-1290), 1290), acompañado de su hijo mayor, el futuro Ramsés II, presentando ofrendas a setenta reyes, que él considera como sus antepasados. Están simbolizados mediante cartuchos, óvalos alargados en cuyo interior está grabado el nombre de los faraones. La Tabla de Saqqara, encontrada en la tumba de un maestro de obras de Mentís, recoge los nombres de cincuenta y siete antepasados venerados por el rey Ramsés III; cincuenta de ellos son legibles. Y por último, la Tabla de Karnak que data del reinado de Tutmés III (1490-1436): está grabada sobre una de las paredes del mayor templo egipcio y ofrece nombres de gobernantes que no aparecen en otras listas, pero se cambia el orden cronológico.

Estas listas, aunque ofrecen referencias valiosas, plantean muchos problemas. No separan en absoluto lo sagrado de lo profano, ya que los primeros reyes eran divinidades. Mantienen una cierta ortodoxia al no mencionar ni a los hicsos, invasores que reinaron en Egipto, ni a un faraón como Akenatón, considerado como «hereje». Sin embargo, la elección de los nombres de los faraones parece a veces inexplicable. ¿Por qué razón,

por ejemplo, se omite en una lista los cinco primeros reyes de la I dinastía? ¿Por qué en otra se presta atención a la VIII dinastía, que actualmente creemos que casi no existió? Quizá existan otros inventarios análogos que no han sido encontrados. El faraón que hacía grabar una enumeración de este tipo quería rendir homenaje a sus antepasados, sin ninguna preocupación por la veracidad histórica o la documentación exhaustiva.

En la mayoría de ocasiones es obligado dar fechas aproximativas. Estas dificultades de precisión cronológica se deben a un hecho concreto: cada reinado forma una especie de era independiente que empieza en el año 1 del faraón. No existía, pues, cronología continua comparable a los sistemas del tipo «antes y después de Jesucristo» o al sistema musulmán. Se dirá: «en el año 7 de Ramsés II» o «el año 28 de Pepi II». La fórmula del tipo «en 1900, bajo el reinado de Fulano», no existe. Con cada faraón el mundo vuelve a partir de cero. Desgraciadamente, no conocemos la duración exacta de cada reinado y el fenómeno de corregencia no hace sino crear más dudas.

En ese rompecabezas egipcio, en que el historiador ávido de fechas exactas se pierde a menudo en sus jeroglíficos, los puntos de referencia son como oasis; el calendario cumple esta función.

La astronomía ha desempeñado siempre un papel muy importante en Egipto, ya que la claridad del cielo y la pureza de la atmósfera han permitido observaciones precisas desde tiempos remotos. Sacerdotes especializados en el estudio de los astros establecieron un calendario que se ha considerado a menudo como el más inteligente de la historia de la humanidad. Sus características más importantes son un año de trescientos sesenta días, repartidos en doce meses, de treinta días cada uno, y en tres estaciones (la inundación, el invierno, el verano). A este año solar se añaden cinco días que los griegos llamaron «días epagome-nos». Al ser el año astronómico de 365 días y 1/4 aproximadamente, se va acrecentando una diferencia. Cada mil cuatrocientos sesenta años, el primer día del año civil egipcio de 365 días vuelve a coincidir con el del año astronómico. Los egipcios eran conscientes de ello y habían relacionado tres fenómenos para caracterizar ese acontecimiento excepcional: la salida helíaca de Sirius. el primer día de la inundación y el primero del año. Ahora bien, sabemos que la salida de Sirius y el primer día del año civil coincidieron en el año 139 d. de J. C. Una serie de cálculos, confirmados por documentos egipcios, permitió establecer referencias cronológicas casi seguras, pero que no van más allá del Imperio Medio. La más antigua se refiere al reinado de Sesostris III. Se sabe que el año 7 del reinado de ese faraón corresponde al año 1871 a. de J. C. En cambio, para el período anterior sólo caben hipótesis y argumentos teóricos. De este modo, para datar la primera dinastía, todavía se duda entre el año 3200 v el 2850 a. de J. C.

Los egiptólogos han dividido la historia de la civilización en grandes períodos. Esta clasificación comprende tres «imperios» —los momentos álgidos en que Egipto es estable, es poderoso— encuadrados en períodos considerados de transición. El destino histórico del antiguo Egipto se inicia en el período tinita, que abarca las dos primeras dinastías (2950-2640 a. de J. C.) y que se llama así porque la capital del país era en esta época la ciudad de Tinis. Viene después el Antiguo Imperio (de la II a la VI dinastía. 2640 a 2160 a. de J. C). sin duda el período más esplendoroso y

extraordinario de la aventura egipcia, caracterizado por la creación de grandes pirámides y de una de las sociedades más perfectas de la historia de la humanidad. A esta edad de oro le sucede una época sombría, calificada de Primer Periodo Intermedio (final de la VI dinastía hasta el principio de la XI, 2160 a 2134 a. de J. C). Resurgiendo de sus cenizas, la civilización faraónica encuentra su edad clásica en el Imperio Medio (dinastías XI y XII. 2134 a 1785 a. de J. C). en que el arte y las letras alcanzan un alto grado de refinamiento. El Segundo Período Intermedio (de la dinastía XIII hasta la XVII, 1785 a 1551 a. de J. C.) es un nuevo período trágico marcado por una invasión. A raíz de una guerra de liberación. Egipto volvió a adquirir esplendor en el Imperio Nuevo (de la dinastía XVIII a la XX. 1552 a 1070 a. de J. C), en que el país de los faraones afirma su potencia militar y conquistadora, goza también de un lujo prodigioso y construye admirables templos, siendo los más conocidos los de Karnak y Luxor. Con la XXI dinastía se abre la Época Baja (donde se ha distinguido un Tercer Período Intermedio). que va del año 1070 al 343 a. de J. C fecha en que una segunda invasión de los persas, que ocuparon Egipto hasta el año 332. arrebata el poder al último faraón de la última dinastía, la trigésima. La conquista de Alejandro permitirá primero a los Macedonios y luego a los Ptolomeos reinar en el país hasta el año 30 a. de J. C, fecha de la conquista romana.

Esta noción de imperio no se debe a Champollion, quien solamente habló de dinastías, sino a un diplomático prusiano. Carl Josias von Bun-sen que, en 1844, aplicó a la historia egipcia un modelo inspirado en el Sacro Imperio romano germánico. Se debe, pues, considerar con prudencia, y mucho más si tenemos en cuenta que la política egipcia nunca fue realmente, ni siquiera en el Imperio Nuevo, «imperialista» en el sentido moderno del término.

¿Cómo analizaban los egipcios su propia historia? No resulta nada fácil responder a esta pregunta. Las civilizaciones griega y romana tuvieron sus propios historiadores, que investigaron su pasado y lo interpretaron. Ahora bien, a pesar de la magnitud de la civilización faraónica, no se conoce ningún autor que haya redactado en egipcio una historia de su país. Esta constatación es importante porque nos hace penetrar en lo más profundo del pensamiento egipcio, henchido de eternidad y del sentimiento de lo que permanece inmutable a pesar del paso del tiempo. La civilización faraónica no es, de ningún modo, estática o inmóvil, como se ha escrito a menudo; al contrario, está en continuo movimiento. Construye, crea, reinventa continuamente su propio genio pero no cree en lo que constituye el dogma central de nuestras civilizaciones modernas: el progreso.

Para Egipto, el mito, es decir, la historia verdadera según la expresión de Mircea Eliade. es el origen de todas las cosas. Cada rey sitúa su primer año de reinado en un tiempo primigenio, cada nuevo reinado se inicia en el año 1 de una nueva era. Lo que importa no es la fecha, sino la inserción del faraón en un orden cósmico. Así. no existe en Egipto «perspectiva histórica» o «historia objetiva», utilizando una terminología que está en boga. Lo importante para los faraones es ensalzar la historia de su pueblo como una fiesta, una comunión con la naturaleza y con los dioses. Calificar al Estado egipcio de «conservadurismo político» porque no siempre es agitado por revueltas y convulsiones sociales, significa desconocer el valor de la tradición sagrada como fuerza de renovación permanente. Según las inscripciones, resulta obvio que los faraones pensaban que vivían en «la época del dios», «la época de los antepasados» y que restablecían «la primera vez»: expresiones que designan el origen de

la vida, el paraíso perdido que se vuelve a encontrar.

Las listas reales que hemos mencionado anteriormente empiezan en el reinado de los dioses; luego aparecen los de los semidioses, de los seres de luz y por último el de los Descendientes de Horus, predecesores del primer rey humano, Menes. Para los egipcios, no se trata de ningún modo de una ficción; se trata de la mejor manera de afirmar que la realeza procede de la divinidad y que el modelo a que se refiere cada faraón es de orden sobrenatural. La sociedad faraónica, agrupada y organizada en torno a su rey-dios, llevará a sus últimas consecuencias este principio.

Nos vemos obligados a reconocer que, a pesar de la abundante documentación, escasean materiales propiamente históricos. Hay que buscarlos en los monumentos o en los textos, tener cuidado con las alusiones, escudriñar las «biografías», los relatos de hazañas reales. La historia del Antiguo Egipto, tal como la escribimos hoy en día. tiene lagunas considerables. De las treinta dinastías, solamente conocemos una tercera parte —y además de modo muy parcial— cuya situación histórica podamos presentar con cierta precisión. Los períodos llamados «intermedios» son los más oscuros. El concepto de dinastía, en el cual aparentemente podemos confiar, no debe dar lugar a engaño. En realidad, no sabemos por qué se pasa de una dinastía a otra. También ignoramos los criterios que rigen la duración de una dinastía: la XVIII es muy larga, la XXVIII sólo tiene un rey y la VII probablemente no existe. Para apreciar la importancia de un faraón, a menudo se hace referencia a la frecuencia con que se menciona su nombre en las estelas, escarabajos y otros tipos de documentos. Pero la pérdida de gran parte de la documentación puede falsear nuestras apreciaciones.

Una nueva dificultad, debida a la mentalidad de los egipcios, viene a añadirse a las anteriores. Los faraones, al preocuparse por la eternidad nos han legado lo que para ellos era esencial: sus templos y tumbas. Ciudades, pueblos, casas particulares, no se construían con «piedras de eternidad» sino con materiales perecederos. Han desaparecido casi totalmente, privándonos así de testimonios arqueológicos acerca de la realidad cotidiana del pasado egipcio. Afortunadamente, las «escenas de la vida privada», ampliamente representadas en los muros de las tumbas, nos la restituyen: pero no hay que olvidar que. en semejante contexto, tienen a menudo un sentido simbólico que trasciende su aspecto material.

Esta mentalidad lleva a los faraones a manipular la historia de una manera que nos confunde. De este modo, un rey puede coger de uno de sus predecesores una escena que a priori parecía histórica pero que adquiere así un valor intemporal. Por ejemplo, la captura de los libios vencidos se encuentra en los reinados de Sahure (Antiguo Imperio. V dinastía), de Pepi II (Antiguo Imperio. VI dinastía) y de Taharka (Época Tardía, XXV dinastía). Para esos reyes, lo importante no es tanto el detalle histórico como la sumisión del enemigo, símbolo del caos, al rey. símbolo del orden cósmico. Quizá Taharka no tuvo nunca que luchar realmente contra los libios, quizá sí que lo hizo: lo esencial para él al grabar una escena de este tipo era referirse a un pasado glorioso y mantener el ideal de armonía inscrito en su función.

Cuando uno de los más famosos egiptólogos británicos, sir Alan Gardiner, a quien tanto deben los estudios históricos, escribió que las crónicas árabes que hablan de continuos rencores, querellas familiares y asesinatos ofrecen una buena visión de la realidad cotidiana de la época faraónica, pensamos que se equivoca. Si bien algunos elementos, como la vida agrícola, casi no varían desde el Antiguo Egipto, en cambio, hay un elemento importante de civilización que ya no existe en el mundo árabe del Egipto contemporáneo: la institución faraónica. Ella daba vida a la sociedad, modelaba el espíritu, el alma, la sensibilidad de los antiguos egipcios.

Cualquier comparación con una civilización que repose en criterios totalmente diferentes solamente puede llevar a un callejón sin salida. Un simple «detalle» bastará para comprender lo que decimos: el Egipto moderno está profundamente marcado por la práctica de los preceptos del Corán, el libro sagrado. Ahora bien, el Egipto de la Antigüedad, en su extraordinaria sabiduría, no tuvo nunca un libro sagrado, un libro revelado que diera respuesta a todas las cosas. Cada gran ciudad poseía su teología particular.

El rey es el centro del pensamiento egipcio, de la historia, de la sociedad. Según dice Baillet. el faraón es el «corazón del ser colectivo de Egipto». Alexandre Moret, al titular una de sus obras más importantes, Du caractére religieux de la royante pharaonique, puso de relieve que el jefe de Estado egipcio no ejercía una soberanía en el estrecho marco de la política tal como la concebimos actualmente. El faraón es un descendiente de los dioses que reinaron en el cielo y en la Tierra. Al ser él también dios, recibe la herencia de sus gloriosos antepasados, es decir, la tierra de Egipto, que debe custodiar como el más valioso de los tesoros. El faraón es designado soberano por el dios Ra, cuando todavía se encuentra «en el huevo», según reza una expresión egipcia. La finalidad de esta alquimia solar es crear un ser de luz que, según los ritos que hablan de una teogamia (es decir, el proceso de una concepción y de un nacimiento divinos), será el fruto de la unión de un dios y de una mortal.

Por consiguiente, nunca debemos considerar la acción de los faraones desde una perspectiva estrictamente profana. Cualquiera que sea la personalidad propia de los hombres que ocupan ese «cargo», se han formado en una concepción muy particular del poder, donde su papel religioso sigue siendo primordial. En el Egipto de la Antigüedad no hubo separación entre templo y palacio, y no se puede hablar de la religión por un lado y del Estado por otro. La religión egipcia no es. pues, una doctrina comparable al catolicismo o al Islam. No tiene credo, artículos de fe, sino que se basa en mitos, símbolos y ritos. Los sacerdotes no tienen que enseñar al pueblo, ni ser misioneros. Se les considera especialistas de lo sagrado que conservan la vida manipulando la energía divina en los laboratorios de los templos. El jefe de todos ellos, el más cualificado. es el faraón. Además la religión no se centra en la oración solitaria, que en Egipto sólo es un fenómeno secundario. La actividad religiosa es el deber fundamental del Estado, su razón de ser. y determina las estructuras políticas, sociales y económicas. «La religión nunca fue para ellos un fenómeno privado, al que se le podía dar mayor o menor importancia individualmente: como sucedía en los lejanos tiempos de los clanes prehistóricos, representa la propia estructura de la vida social y nacional, y su dirección corre a cargo del soberano».4

Los vínculos del faraón con el cosmos son esenciales: sol de los hombres, sus rayos lo irradian todo. Él disipa las tinieblas de Egipto; oye todo lo que se dice porque tiene millones de orejas, lo ve todo porque su vista es más aguda que la del Sol. Al ser depositario de la fuerza vital, el faraón es el único intérprete de la voluntad divina. Este poder no le otorga derechos despóticos sino que le hace responsable de la vida material y espiritual de su reino. Al organizar los ritos, hace que las estaciones se desarrollen según las leyes del cosmos, que la inundación fecunde Egipto, que el Sol salga.

Muchos faraones fueron, además, auténticos estudiosos de su religión y de su simbología. Sabemos que frecuentaron las bibliotecas sagradas, buscaron los anales de los antepasados para seguir los principios de la sabiduría destinados a guiar su conducta. Al considerar la actividad religiosa como un medio de actuar sobre el mundo, era indispensable que el faraón fuera un hombre de Conocimiento. Como jefe del gobierno, el rey continúa ejerciendo un papel de naturaleza sacerdotal, ya que sus altos

funcionarios deben «hacer que Maat, la armonía cósmica, llegue a él». Dicho de otra manera, tienen que respetar la verdad en sus relaciones para que el rey mantenga la justicia. El faraón, guardián de leyes no escritas, es un sol, mientras que su primer ministro, el visir, se compara con la Luna: por consiguiente, incluso en la concepción de la jerarquía administrativa predomina el aspecto religioso y cósmico.

Los deberes religiosos del faraón se reflejan en la construcción, renovación e inicio de templos. Los dioses, para ejercer su influencia en la Tierra, necesitan una morada. El rey tiene que construirla para que se celebren los cultos y ritos. En realidad, el faraón es el único sacerdote. Por eso su representación figura en los muros de cada templo. Esta imagen viviente se encarna en el cuerpo de un sacerdote que realizará los actos sagrados en nombre del rey. El templo no es solamente indispensable como entidad religiosa sino también como mecanismo económico de gran importancia. Cada santuario produce, gestiona y distribuye las riquezas del país. Por lo tanto, hace vivir a Egipto espiritual y materialmente.

Esta última observación permite insistir acerca de un punto fundamental: en el Antiguo Egipto no existe nunca separación entre lo espiritual y lo material. El rey no sólo es sacerdote sino también jefe de Estado y viceversa. Por esta razón, resulta determinante para el país ser gobernado por un faraón cuyo poder sea efectivo. Cuando el esplendor de los reyes decae, cuando el trono del faraón vacila, Egipto conoce períodos sombríos. Se pierde la custodia de los dioses, se debilita la economía. Para organizar, centralizar y distribuir las energías divinas y las energías materiales, es absolutamente indispensable un poder central coherente y fuerte.

El faraón egipcio dispone de armas muy concretas contra la anarquía y el desorden como son el ejército y la policía, pero utiliza también la magia. Protegido por el dios halcón, portador de coronas llenas de poder, y un rabo de toro que le cuelga del taparrabo con que se cubre, reinando sobre nomos, es decir provincias, cuyo genio propio está simbolizado por emblemas mágicos, el rey representa una síntesis de las fuerzas animales, humanas y cósmicas. ¿Acaso no se le compara con un león que ruge, con un chacal que en un instante recorre toda la superficie de la Tierra, con un fuego, una tormenta, una tempestad? En su corazón se encuentra Sia, la intuición. En su boca reside Hu, el verbo creador: por esta razón las palabras que pronuncia el rey se convierten en realidad. Todo lo que el corazón del rey desea se cumple. Su lengua es una balanza, sus labios son más exactos que el astil. El plano de los templos fue trazado por él, guiándose por las estrellas del cielo.

Esa calidad de mago explica que el faraón triunfe en sus acciones guerreras. Haciendo gala de una gran valentía, no teme a ningún enemigo. Protegido por dioses que le dan fuerza para vencer, acaba siempre por poner bajo sus pies los «nueve arcos», es decir, el símbolo de los países extranjeros. De hecho, el faraón, garantía de un cosmos, impide así que las fuerzas de la nada destruyan la obra iniciada. En las guerras entabladas por Egipto, esta perspectiva, como ya veremos, no se debe ignorar. Las escenas de batalla representadas en los muros de los templos son perfectamente explícitas a este respecto. Es un rey solar, un monarca que encarna el orden del mundo que vence a las tinieblas, a lo inorganizado, al caos. En cierto modo, el faraón hechiza al enemigo para pacificarlo mejor.

«El rey ha muerto, viva el rey.» Esa fórmula tan conocida en relación con la monarquía francesa, resulta especialmente pertinente en lo que se refiere a la egipcia. La muerte de un faraón es el acontecimiento más

dramático posible de imaginar. El Sol desaparece, la armonía peligra, toda la sociedad puede caer en la nada. En realidad, el rey no muere; deja la tierra de los hombres, entra en el horizonte, gana el cielo y se confunde con su creador. Navega en los espacios celestes donde se convierte en estrella. De este modo, en el estrellado cosmos que nos domina, las almas luminosas de los faraones continúan orientando el destino de los hombres.

En la Tierra, los humanos viven angustiados. Se visten de luto, esperando con impaciencia al sucesor que pondrá fin a la perturbación, iluminando de nuevo Egipto con la sabiduría de los reyes. En muchos casos, el faraón al hacerse viejo había incorporado al trono, en vida, a su hijo o sucesor para evitar un período de anarquía.

Se preocupan de la momificación del rey muerto y luego lo colocan en la tumba, una tumba que hizo cavar él mismo, preparando durante toda su existencia terrestre una morada para la eternidad. El rey, ya lo hemos dicho, no muere, continúa viviendo de otro modo. Tan cierto es este hecho que Ramsés II. en un texto que se conoce con el nombre de Gran Inscripción dedicatoria de Abydos. le pedía a su difunto padre Seti I que interviniera en favor suyo ante el dios Ra. con el que se encuentra.

Convertirse en faraón supone subir al trono en la ceremonia de lo sagrado, que consiste en un ritual prodigioso comparable a los «misterios» de la Edad Media. Todo Egipto está involucrado, participa en la creación de su rey. encarnación viva del dios Horus que recibe la herencia de su padre Osiris. Los dioses, las diosas, las provincias de Egipto están presentes en la coronación. Cuando accede al trono el faraón es presentado a las divinidades antecesoras que están en sus santuarios y velan por la rectitud de la ceremonia. El acto central de lo sagrado es la propia coronación: el rey recibe dos coronas. La primera es roja y simboliza el Bajo Egipto, la segunda es blanca y simboliza el Alto Egipto. Horus y Set. los dioses patrones de las Dos Tierras, coronan al rey transmitiéndole la vida. En ese instante se practica el acto de «vincular el Doble País», de unir de nuevo el sur y el norte, de restablecer la unidad que se había roto con la muerte del faraón precedente.

Otros ritos forman parte de lo sagrado: por ejemplo, el faraón hace un recorrido ritual en torno a la muralla de Menfis, la capital más antigua del Egipto unificado. El dios Tot y la diosa Sejsat. misteriosa patrona de la escritura y de los escribas, que detenta una estrella de siete puntas, graban en el árbol sagrado de Heliópolis los nombres del nuevo rey.

Con la coronación, vuelve la felicidad. Si bien el rito propiamente dicho se efectúa en la intimidad del templo, fuera hay un alborozo popular. A los egipcios les gustaban mucho las fiestas en que lo sagrado se acompañaba con abundantes muestras de alegría que se traducían en banquetes e importantes borracheras, cosa del todo natural en un país en que el cultivo de la vid era importante. ¡El país ya tiene un señor, dicen, vendrán tiempos felices! Los que pasan hambre saciarán su hambre, los que tienen sed calmarán su sed. los que van desnudos encontrarán vestido.

Cuando el rey aparece por primera vez ante su pueblo, ataviado con la doble corona/ se le compara con un astro. No se honraba al individuo sino el principio. No se conocía —o en todo caso muy poco— al hombre que desempeñaba el papel de monarca, pero se entendía que de nuevo había un faraón presente en el trono.

El faraón es coronado, la justicia desplaza a la injusticia, los planetas vuelven a seguir su curso normal en el cielo, empieza una nueva era. Se proclama la buena nueva en el país. Se sueltan cuatro ocas salvajes en los cuatro puntos cardinales para que cada una anuncie que se ha coronado un faraón, que de ahora en adelante todo será justo y perfecto. La administración, de una manera más prosaica, notifica a los responsables de

las provincias la llegada de un nuevo soberano. Los escribas preparan los mensajes que han de llevar el sello personal del faraón, quien durante el primer año de su reinado «visitará el reino».6

Ahora el rey está instalado en «el trono de Horus de los vivos», un

La lista real de Abydos, uno de los documentos fundamentales del antiguo Egipto, donde están grabados los nombres de los faraones. (*Roger-Viollet.*)

asiento de respaldo poco elevado, de forma cúbica. A los lados, el símbolo de la unión del doble país: el junco y el papiro enlazados. Este hecho nos lleva a evocar los nombres reales que definen la naturaleza profunda del nuevo monarca.7

El término «faraón» deriva de una expresión egipcia que significa «gran morada». A partir del reinado de Tutmés III, se emplea en los documentos egipcios para designar al rey. Anteriormente, parece ser que era uno de los nombres que se daba al palacio donde vivía el monarca.

El nombre de los primeros faraones estaba grabado en un rectángulo, que simbolizaba precisamente ese palacio, y coronado por el dios halcón Horus, protector de la monarquía. A partir de la V dinastía, los faraones poseen cinco nombres que corresponden a cinco «títulos» que forman el protocolo completo: el nombre de Horus, el nombre de Horus de oro. el nombre protegido por las «dos señoras» (Nejbet, diosa buitre del Alto Egipto, y Uadjet, diosa serpiente del Bajo Egipto), el nombre del rey del Alto y del Bajo Egipto, el nombre del hijo de Ra.

Los nombres se colocan en lo que se llama un «cartucho», es decir, un óvalo alargado. (En un principio era una cuerda cerrada por una lazada que simboliza «lo que el Sol rodea», o sea el universo sobre el que reina el faraón.)8 No carecen, pues, de sentido. Por ejemplo, Ramsés significa «nacido de Ra»; Mentuhotep, «que el dios Montu esté satisfecho»; Keops. «que [el Dios] me proteja». Cabe pensar, como dice Gar-diner. que esos nombres expresan una aspiración del rey, una voluntad de situar su reinado en una cierta perspectiva, una especie de programa simbólico a respetar. Cada faraón recibe la protección de un dios que él venera de forma particular. Este dios ayuda al rey a cumplir su misión, y el rey le testimonia su agradecimiento ocupándose con esmero de sus templos y de su clero. Así se explica la inmensa fortuna adquirida por los sacerdotes de Amón durante el Imperio Nuevo. El dios hace que el faraón pueda vencer a sus enemigos, el faraón a cambio embellecía magnánimamente sus santuarios.

Conviene señalar que, utilizando una fórmula de cortesía con valor mágico, se le añadía al nombre del faraón la expresión «vida, salud, fuerza». Según los textos, los cortesanos no llamaban al rey por sus nombres; se decía «uno». «Su Majestad», «el dios», «Horus».

Diodoro de Sicilia (I. 70-71) escribe, refiriéndose a los faraones: «Los reyes no podían actuar según su voluntad. Todo estaba reglamentado por leyes, no solamente su vida pública sino también su vida privada y cotidiana. Las personas que les servían no eran hombres vendidos o esclavos, sino hijos de primeros sacerdotes, educados esmeradamente y de más de veinte años [...]. Las horas del día y de la noche en que el rey tenía algún deber que cumplir se regían por leyes que no se dejaban a su propio arbitrio». De hecho, la existencia cotidiana de un rey de Egipto debía de ser agotadora y no tenía nada que ver con la ociosa vida de un potentado oriental únicamente preocupado por sus placeres. El despertar del faraón se compara al de un dios; se canta un canto ritual utilizado tanto para el Sol como para el monarca: «Despiértate en paz, que el rey se despierte en paz, que tu despertar sea apacible».

Vestirse es también un ritual. Las coronas, los collares, la barba postiza son fuerzas divinas que manipulan los sacerdotes, y se considera su misión como esencial. Los peluqueros, los encargados de las coronas o de las sandalias son conscientes de que cumplen una función sagrada al acercarse tanto a la figura real.

Como Horus en su morada, el faraón habla todos los días con su pri-

mer ministro, el visir, de los asuntos del reino. Debe conceder numerosas audiencias, acoger las peticiones de los grandes que se postran, no ante él sino ante el principio divino que encarna. Su esplendor es tal que algunos hasta pierden el conocimiento en su presencia. Se pone mucha atención en no tocarle por miedo a ser fulminado por la potencia que emite. Como vemos, lo cotidiano y lo sagrado están mezclados de manera indisoluble en el «oficio» de faraón.

No ha quedado prácticamente nada de los espléndidos palacios en que vivían los faraones. Los constructores egipcios no los destinaban a la eternidad, como los templos o las tumbas. Esos palacios se comparaban a un cielo o a un horizonte en que el rey se levantaba y se acostaba como un astro, recorriendo los caminos del cosmos, navegando en un universo cuyas puertas le abría Ra.9

Es importante señalar los vínculos profundos que unían a los miembros de la familia real, al menos en el núcleo más íntimo. Ya hemos hecho notar el respeto del hijo hacia el padre, pero hay que añadir el amor que une al rey y a la reina y a ambos con sus hijos. Esta actitud adquirió mayor importancia en el período llamado «amarniano»; a Akenatón y Nefertiti no les importaba que se les representara en la intimidad en compañía de sus hijos. Desde el Antiguo Imperio, la expresión de ternura reina en las parejas de estatuas con una nobleza desigual, sin afectación, con un calor humano que se capta de manera directa. La reina es la gran esposa, la mujer es también el «ama de casa», en el sentido propio de esta expresión egipcia que hemos conservado. Se sabe que la posición jurídica y social de la mujer, en el Antiguo Egipto, había alcanzado un grado de independencia que no siempre se ha obtenido en nuestras civilizaciones actuales.

En su estudio sobre La Royante et les dieux, Frankfort ha mostrado muy bien que el rey de Egipto era, ante todo, la garantía de la armonía entre los hombres y las fuerzas sobrenaturales, concibiendo la vida como una red de relaciones entre el cielo y la Tierra. Si el rey desaparece, esa armonía se acaba y la existencia humana se hunde en el caos. Hasta los últimos momentos, el Egipto faraónico creyó en esta idea, vivió según esta ley. El faraón era el alma de una sociedad que no era más que un reflejo, más o menos perfecto según las épocas, de la sociedad divina. Por esta razón, los egipcios no pensaron nunca que el faraón fuera un simple dirigente político, mortal, limitado en sus aspiraciones, únicamente preocupado por sus ambiciones personales.

En el rey se unían una persona divina y una persona humana, formando una personalidad única e incomparable, pieza central de una civilización que abarcó varios milenios y cuya grandeza se pone cada vez más de manifiesto. Los faraones eran hombres excepcionales, el modelo político y social que formaron estaba también fuera de lo común. Dispongámonos, pues, a descubrirlos.

1

El rey Escorpión y el albor de una civilización

Hace cincuenta millones de años, probablemente todo Egipto estaba debajo del mar. Cuando las aguas se retiraron progresivamente, el Nilo empezó a socavar el valle, y el Delta no existía todavía con el aspecto que tiene ahora. Se formó un paisaje muy peculiar debido a los movimientos de elevación del valle y la excavación definitiva del lecho del Nilo, así como a los cambios climáticos. El Egipto prehistórico era como un inmenso oasis, ya que las tierras que le rodeaban se habían desecado. En este emplazamiento iba a nacer una civilización coherente.

El norte de Egipto, el Delta, es un terreno pantanoso con algunas partes impenetrables. En los macizos de cañas y papiros viven miríadas de pájaros, grullas, patos, codornices, etc. Cocodrilos e hipopótamos reinan en las aguas, donde viven infinidad de peces. Se trata, de hecho, de un verdadero mar donde los papiros más altos llegan a alcanzar seis metros de altura. No hay lugar para el hombre. En el período histórico, el papiro, hoy en día desaparecido de Egipto, será un material esencial: servirá como soporte para la escritura, pero también para hacer barcas, maromas, esteras o sandalias. La planta perdurará en el espíritu egipcio como el símbolo de la energía vital; por esta razón, en los templos se erigirán columnas papiriformes que encarnan el crecimiento vegetal.

En el valle del Nilo, en el Alto Egipto, las orillas todavía están cubiertas de vegetación, y también se encuentran bosques de papiros. El limo del Nilo empieza a sedimentarse, proporcionando al principio del período neolítico una posibilidad de civilización agrícola. Pronto quedará patente el contraste entre la tierra negra, la del Egipto cultivado, y la tierra roja, la del desierto. Poco a poco se crea una larga zona cultivada, que atraviesa zonas hostiles e inhospitalarias. Hacia el oeste, el desierto libio es una parte del Sahara, a veces pedregosa, a veces arenosa. En esta época, la desertización no era tan evidente como hoy día; había algunas zonas de pasto, otras de tierra cultivable. Allí vivían poblaciones libias que nunca alcanzaron el alto nivel cultural de los egipcios. Tenían la piel blanca, los ojos azules y los cabellos rojizos; llevaban una pluma como signo distintivo de su raza. Probablemente poblaron los oasis de Siua, Farafira. Dajla. Jarya y Bahriyya. Sus relaciones con los egipcios siempre fueron difíciles.

La parte este no es mucho más acogedora, pero con porta una vía de acceso estratégico hacia las regiones que forman Palestina y bordean la península del Sinaí. En este lugar, como en el este de Coptos. los egipcios trazaron pistas para ir hacia las canteras donde encontraban oro, malaquita, cobre, turquesa. En Serabit al-Jadim se veneró desde época muy temprana a Hator, «la dama de las turquesas». Las condiciones de extracción eran muy penosas, pero muchos reyes, como ya veremos, se preocuparon de hacer utilizables los caminos del desierto y de mejorar las condiciones de trabajo en las canteras.

En el sur. Nubia, que empieza en la primera catarata, es un país mucho menos rico que Egipto, pero sus productos exóticos y el oro interesaron a los faraones. Nubia, a veces colonizada, a veces más o menos independiente, nunca será considerada como parte integrante de la tierra de Egipto. Sus habitantes no hablan egipcio, tienen otra cultura, otras

costumbres. Las cataratas, es decir, rápidos provocados por rocas que bloquean el curso del Nilo, son un obstáculo para la circulación de los hombres y de las ideas.

Todavía se conoce muy mal la Prehistoria egipcia. Para los egipcios, el período anterior a Menes, el primer faraón, abarca un lapso de tiempo inmenso en que reinaron dinastías divinas. Les sucedieron los Descendientes de Horus que prepararon la llegada de los hombres al trono.

Los estudios efectuados in situ plantean más problemas de los que resuelven. Se conocen emplazamientos, se desentierran objetos prehistóricos, se intenta establecer cronologías y dataciones. Sin embargo, se sigue adoleciendo de una buena explicación de los hechos. Quizá se puedan detectar las huellas más antiguas de presencia humana en la región tebana; sin lugar a dudas, los egipcios primitivos sufrieron una desertización que les obligó a reagruparse en torno a los puntos regados por el agua y en los oasis, a lo largo del Nilo. Si bien no se conocen tipos de vivienda en las cavernas, se puede constatar que la Prehistoria egipcia no aporta nada original en relación a los esquemas clásicos establecidos por los prehistoriadores. Los hombres de esas remotas épocas practicaban la caza, la agricultura, tallaban el sílex y otras piedras duras. Antes de convertirse en pueblos sedentarios, quizá eran nómadas dedicados a la ganadería en una sabana que se hizo cada vez más inhóspita entre el VII y el III milenio. Aparece la alfarería, se empieza a tejer, a hacer cestos. Se sabe que el trigo se cultivó entre los años 4600 y 4200 a. de J. C. en el valle del Nilo, como preludio a un desarrollo general de la agricultura. Probablemente, por esta época los hombres empezaron a regar, a sembrar en las zonas de limo, a organizar la caza y la pesca, a construir santuarios para los dioses, a cavar tumbas donde depositaban los objetos preciosos que servirían a los difuntos en el otro mundo.

La Prehistoria egipcia es fundamentalmente una sorprendente Edad de Piedra en la que los artesanos hacen gala de un virtuosismo que persistirá a lo largo de toda la historia faraónica. Se trate de cuchillos, mazas, paletas o vasijas, se constata una verdadera perfección en su ejecución.

Indudablemente, el Nilo acabó de cavar el valle hacia el 4000 a. de J. C. Se trata de un acontecimiento de gran importancia. El paisaje se estabiliza: el hombre toma realmente posesión de él y empieza a transformarlo para mejorarlo. De este modo, nacía realmente Egipto. Al hacerse el hombre sedentario, surgen culturas locales en que resulta muy difícil precisar la influencia de África. Al final de la época paleolítica, muchas regiones africanas conocían un arte rupestre donde aparecen personajes, animales como las avestruces y los elefantes, algunos de los cuales tal vez se convertirán en símbolos de las provincias de Egipto. A decir verdad, las relaciones entre Egipto y África durante la Prehistoria son sumamente oscuras.

Si bien la civilización parece despuntar, es aún bastante rudimentaria: no existen ciudades ni grandes edificios, sino chozas de caña, de limo y de adobe formando pequeñas aldeas, toscas tumbas, que son a veces simples agujeros en el suelo. Todo esto no parece anunciar, en absoluto, el nacimiento de una gran cultura y del Estado más potente de la Antigüedad. En ciudades como Merimde Beni Salam, en el noroeste de El Cairo, lindando con el desierto, se han encontrado los restos de silos para el grano, objetos ornamentales de marfil. En Tasa, en Badari (entre Asiut y Ajmin) se producía alfarería de buena calidad y se utilizaba el cobre. Este último servía para fabricar herramientas, armas, utensilios de aseo. En el período llamado «gerzeense», aparecen en las vasijas hombres, barcos, animales, estandartes de la provincia. Indudablemente, los pueblos se agrupan en

unidades más importantes. Al unirse, los clanes ponen en común sus recursos y sus capacidades de trabajo. Se inicia el fenómeno de la jerarquización, se impone el poder de un jefe más autoritario y más respetado; en torno a él se agrupa una élite. En caso de enfrentamiento entre dos pueblos importantes que quieren afirmar su soberanía en tal o cual territorio, se puede desencadenar un conflicto. Cada clan se caracteriza por un emblema sagrado, a menudo en forma de animal. En una palabra, los «principados locales» van tomando cuerpo, se desarrollan, extienden poco a poco sus zonas de cultivo y de caza. Cabe señalar, además, que se empieza a colocar la piel de animales como chacales, toros, carneros y gacelas, en esteras y hasta en mantos de lino. Sin duda, el concepto de animales sagrados, que sorprenderá tanto a los viajeros griegos, ya está presente. Tradiciones religiosas como la sepultura del difunto en sarcófagos o la elección de la orilla oeste del Nilo como emplazamiento de las necrópolis nacieron igualmente en épocas muy remotas.

¿Existe una raza egipcia propia? Resulta muy difícil responder a esta cuestión. El hombre egipcio es, quizá, una síntesis de varias razas: nómadas errantes de la sabana sahariana, africanos del norte entroncados con los bereberes y los cabilas. elementos semíticos procedentes tanto del norte, de la zona del Sinaí. como del sur. de la zona del desierto arábigo. Los esqueletos predinásticos ofrecen, al mismo tiempo, tipos europeos y negroides, de ahí la hipótesis de una fusión de esas dos razas. Se ha pensado también en una gran cultura de Oriente Próximo, muy antigua y con ramificaciones que habrían llegado al nordeste de África y a! oeste asiático. El valle del Nilo habría sido un crisol ideal para una mezcla de poblaciones. Encontraríamos su huella en mitos análogos conocidos en civilizaciones diferentes (por ejemplo, los de Osiris y Adonis), similitudes lingüísticas, comparaciones de armas y costumbres.

No se puede dejar de evocar también las migraciones de pueblos, los viajes que podrían haber hecho llegar a Egipto a mesopotámicos. asiáticos u otros pueblos. Algunos autores van más lejos en su fantasía y hacen de los egipcios unos extraterrestres que vinieron a colonizar un punto especialmente fértil del planeta.

La honestidad más elemental nos obliga a reconocer que no sabemos nada definitivo acerca de la raza primitiva de los egipcios. Evidentemente, son africanos blancos cuya mentalidad, visión del mundo y pautas de civilización son comprensibles para los europeos. Si bien resulta casi imposible para un europeo llegar hasta el fondo del pensamiento africano, no es nada difícil entender el arte egipcio desde el interior, sentirse vinculado con la expresión de un pensamiento que. aun siendo muy diferente del de la época moderna, se inscribe en lo más hondo de nuestra memoria.

De repente, aparece un rey. Un personaje impresionante, hierático. con la corona blanca del Alto Egipto. Ya no se trata de un simple jefe de clan, sino de todo un monarca. Esa corona es un signo que no engaña. Su nombre es un enigma: está escrito con el jeroglífico del escorpión cuya lectura no está determinada. Por esta razón, se le llama, para simplificar, el rey Escorpión.

Varios objetos están grabados con su nombre, como una vasija de Tura y ofrendas encontradas en el templo de Hieracómpolis. la Nejen de los antiguos egipcios. Pero el documento esencial es una admirable cabeza de

clava que procede también del emplazamiento de Hieracómpolis y se conserva en el Ashmolean Museum de Oxford. Es un objeto calizo y sirve de marco a varias escenas en alto relieve que marcan la aparición de un faraón en la historia. Las representaciones se distribuyen en tres bandas, disposición típica del arte egipcio que aparecerá en todas las épocas. En la banda superior se ven estandartes de provincias, así como pájaros muertos —probablemente avefrías—, y arcos suspendidos en los escudos que sirven para soportar los estandartes. En esta sucesión de provincias se reconocen los símbolos del dios Seth. un animal compuesto, y de Min, una figura muy extraña que se cree que es un meteorito. Este «cómic», si se nos permite la expresión, tiene una significación precisa. El rey Escorpión muestra su soberanía sobre las provincias del Alto Egipto. Encabezando sus tropas, ha vencido a las poblaciones simbolizadas por las avefrías y por los arcos, sin duda habitantes del Delta y nómadas que vivían en las fronteras de Egipto o en los oasis.

De esta manera, se evoca una gran victoria del sur sobre el norte. De esta manera, aparece un monarca de magnitud nacional que, sin embargo, es dueño solamente del Alto Egipto. Hay que señalar que el rey Escorpión no se ha hecho representar en esta escena que hace alusión a su conquista. Solamente le encontramos en la segunda banda, en un contexto de paz y de construcción. Ataviado con la corona blanca, con un faldellín de ceremonia con un rabo de animal atado a la cintura y colgando por detrás, sostiene una azada con sus dos manos y cava un canal. Frente a él. un poco por encima de su rostro, una estrella de siete puntas y un escorpión. Un portaestandartes precede al rey, probablemente para anunciar al país la obra inaugurada por el monarca. Un sacerdote lleva en un capazo la tierra que el faraón ha cavado. El rey. figura central de la escena, es mucho más grande que sus servidores.

Tamaño pequeño de los servidores, tamaño colosal del monarca: esta simbología será también una constante de la expresión artística de los egipcios. No hay en esto nada de megalomanía, sino una voluntad de indicar las diferentes naturalezas de los seres representados, entre el rey-dios por un lado, y los humanos por otro. La misma regla se podrá aplicar a los nobles poseedores de grandes terrenos, con una idea similar: cuando el noble, sentado ante tres bandas donde trabajan los múltiples gremios de su territorio, contempla la gente que está bajo su responsabilidad, les protege con toda su grandeza. Su tamaño y su grandeza garantizan, de alguna manera, su capacidad para dirigir y velar a sus súbditos. Lo mismo sucede con el faraón.

El rey Escorpión se nos muestra, pues, mediante un acto ritual, un acto fundacional. Tres mil quinientos años más tarde, en las salas de los templos ptolemaicos como Esna o Kom-Ombo, se verán emperadores romanos como Severio. Caracalla o Decio. vestidos como faraones egipcios, cavar zanjas de cimientos o clavar estacas para calcular la orientación del templo que se va a construir. El trabajo del rey Escorpión evoca a la vez la excavación de un canal, acto económico fundamental, y la toma de posesión sagrada de la tierra. Sin duda, los edificios de culto de su época no eran aún más que capillas de materiales ligeros, protegidos por vallas. No se podían comparar de ningún modo con los inmensos templos de la época grecorromana, pero los gestos de los reyes son. sin embargo, idénticos.

Sobre una paleta predinástica, se ven murallas de ciudades con figuras simbólicas en lo alto —un león, halcones y un escorpión— que sostienen una azada. Su interpretación es difícil. ¿Se trata, acaso, de diversas evocaciones del rey de Egipto? ¿O bien de la representación de varios jefes de clanes que hicieron una coalición de la que formaría parte Escorpión? Además, durante mucho tiempo se ha pensado que esta escena refería la

destrucción de poblados. Sin embargo, parece más convincente otra hipótesis. La azada es una herramienta para cavar y no un arma: Escorpión y sus aliados aparecen aquí como creadores de ciudades o pueblos, probablemente en zonas pantanosas aún sin explotar, poniendo así de relieve las franjas de tierra libias del Delta. En la época en que se compuso esta paleta, llamada «del tributo libio», es probable que Escorpión solamente fuera un gobernante local entre otros.

Volvamos a la cabeza de clava, cuya tercera banda muestra el contorno sinuoso del Nilo y a campesinos trabajando. El rey Escorpión indica, de esta manera, que ha desarrollado la actividad económica durante su reinado.

Ese soberano es un Horus; protegido por el dios Halcón, al igual que todas las dinastías de faraones, lleva el título de «el que pertenece a la caña» al ser rey del Alto Egipto. Su vestido es un simple faldellín; en la cintura lleva atado un rabo de toro, símbolo de potencia. Como rey mago, su papel es ser un jefe guerrero victorioso, pero también debe asegurar la crecida y las cosechas. Esos puntos esenciales se evocan en las escenas de la clava; uno de ellos merece retener nuestra atención: el fenómeno de la crecida.

Según la célebre frase de Herodoto, Egipto es un regalo del Nilo. Sin embargo, no hubiera adquirido ningún valor sin la prodigiosa actividad de los egipcios, confrontados a un fenómeno sorprendente. El Nilo, con sus 6.500 km de largo, nace en el ecuador, atraviesa Sudán, Nubia, franquea seis cataratas antes de llegar a Egipto. En junio, el río empieza a subir poco a poco; en julio sus aguas se hacen cenagosas, tornándose de color ocre. Se trata de materias en suspensión que proceden de Etiopía; ese lodo abisinio es el elemento fertilizante que da al limo del Nilo su calidad excepcional. La crecida empieza en mayo-junio en los trópicos y no llega a Egipto hasta el verano, cuando el sol es muy fuerte. En julio, el río se desborda, cubre Egipto y deposita su limo fértil. Al retirarse, en octubre, resulta fácil sembrar. Los campesinos pudieron constatar rápidamente que era posible obtener hasta tres cosechas anuales, siempre que se estableciera un sistema de riego.

En ese momento interviene el faraón; un proyecto de este tipo exige una participación activa del Estado. Regar, cavar canales y mantenerlos son cosas que él debe organizar para que sean eficaces. Las escenas grabadas en la cabeza de clava de Hieracómpolis prueban que el rey Escorpión, que solamente reinaba en el Alto Egipto, ya había percibido claramente la importancia que significaba domesticar y explotar la crecida del Nilo.

Los canales son una verdadera red sanguínea que permite a la vida circular por el gran cuerpo que forma la tierra de Egipto. Sin lugar a dudas, cuando se produjeron los cambios climáticos que provocaron una retirada de las aguas y ofrecieron al hombre nuevas tierras cultivables, se inventaron procedimientos rudimentarios de riego. En Nubia se han encontrado huellas de esas primeras técnicas, que consistían en formar estanques que retenían el agua después de la inundación. Pero el genio de los reyes egipcios fue ir más allá de esos resultados puntuales para concebir un plan de conjunto. Todos los años hay que allanar las tierras cultivables, consolidar los diques de retención, limpiar los canales. Entre dos crecidas, el trabajo resulta considerable y no se debe efectuar de manera desordenada. Tampoco los diques se construyen de cualquier modo y en cualquier sitio. Todo esto supone la existencia de una especie de servicio de maestros de obras con la firme intención de aprovechar al máximo la energía fertilizante que proporciona la crecida.

Solamente un poder fuerte y centralizado, encarnado por el faraón, es capaz de llevar a cabo una empresa de este tipo. En este sentido, el rey

Escorpión fue un prodigioso innovador. Sacó a Egipto de la edad prehistórica enseñándole a domesticar un fenómeno natural susceptible de llegar a ser una fuente de riqueza considerable. En la actualidad, la obra realizada nos parece simple, evidente, pero si nos situamos en la época de Escorpión hay que reconocer su genialidad.

El Nilo, fuente de vida y fertilidad, es también una vía de comunicación esencial; en Egipto supone «la autopista» por excelencia, que se toma generalmente para ir de un sitio a otro, es el eje económico que favorece las relaciones entre las provincias y la existencia de una sociedad coherente. El viento del noroeste permite ir río arriba; para descender, se amainan las velas cuando la corriente es rápida.

Los egipcios empezaron muy pronto a construir barcos. En la época del rey Escorpión ya debía de existir un cuerpo de artesanos especializados. No hay que pensar solamente en las barcas primitivas de papiro, sino también en embarcaciones de madera. El paisaje egipcio ha cambiado, y actualmente se ven muy pocos árboles. Los obreros del rey Escorpión, en cambio, disponían de bosques que proporcionaban la madera para los astilleros navales.10

Las comunicaciones entre los pueblos no se interrumpen cuando el Nilo, después de una inundación, se convierte en un inmenso lago. Los pueblos se han construido sobre colinas vinculadas entre sí por caminos elevados que forman la parte más alta de los diques.

Como ya hemos señalado, no hay nada en la mentalidad egipcia que se reduzca a un valor únicamente material o profano. Al Nilo terrestre corresponde un Nilo celeste. Cuando la crecida cubre el país, éste se sumerge de nuevo en el océano primordial de los primeros tiempos del que emergen las colinas, las primeras elevaciones de tierra en que se desarrolló la vida. Mediante el simple fenómeno de las estaciones, el pueblo egipcio revive así cada año los mitos de la creación más profundos y más esenciales.

Para los egipcios, el mundo se encuentra rodeado de un gran océano circular, una de las formas del Nun, la energía que ha formado todas las cosas. Encima de la tierra hay un cielo sostenido por cuatro pilares que se orientan al sur. El espíritu del Nilo se llama Hapy; es un verdadero padre nutritivo, merced al cual los hombres son felices. Hapy, genio andrógino, nace en una caverna situada cerca de Asuán, en la región de la primera catarata.

Antes del rey Escorpión no existe la civilización egipcia. Solamente se puede hablar de culturas locales, cuyas producciones artesanales son mejores o peores. La documentación arqueológica cambia en la época predinástica. la época de Escorpión. Por ejemplo, en los ritos de sepultura se constata que el cadáver ya no se envuelve en esteras o pieles sino que se deposita en cestas y luego en sarcófagos de tierra cocida, o en tablas. Se desarrolla una metalurgia, y también el trabajo de carpintería; se perfeccionan las herramientas de sílex y de cobre, así como los tejidos. La cerámica es abundante; cuando hay decoración, se adorna con escenas bastante complejas donde intervienen personajes, barcos. Se fabrican muchas vasijas de piedra dura y cabezas de clava.

El rey Escorpión fue el instigador o el beneficiario de esta evolución en el orden social y económico. Es un jefe de clan convertido en rey. que gobierna sobre poblaciones de provincias con cierta prosperidad. ¿Hasta dónde se extendía su reinado? Quizá hasta Tura, en el norte de Menfis (que todavía no existía en esta época); se trata de una simple hipótesis fundamentada en el hecho de que se encontró en este lugar un casco con

su nombre marcado. El centro vital del país que él dirigía se encontraba probablemente en Hieracómpolis. entre Luxor y Asuán. Actualmente, sólo hay desierto, pero se ha encontrado en este lugar un importante conjunto de tumbas cuyas paredes están cubiertas de representaciones. Se ven escenas de caza, de combate, de danza, de viajes marítimos, o sea, se ve reflejada una civilización que ya se ha consolidado. La leyenda habla de un reinado de más de mil doscientos años de duración bajo la égida de un rey halcón.

En la mentalidad egipcia. Hieracómpolis será una ciudad santa, igual que Buto. en el Delta. Hay que mencionar a este respecto el análisis del egiptólogo estadounidense J. A. Wilson. cuya argumentación es absolutamente convincente. Según él. los «reinos» de Hieracómpolis y de Buto no eran residencias reales; hay que tener en cuenta que Hieracómpolis está situada en una zona árida y nada fértil, y que Buto no es sino una isla en la zona pantanosa del Delta. Se trataría, pues, de lugares santos, centros de peregrinación llenos de poder divino, pero no de zonas habitadas.

Entre libios y egipcios no ha habido, por lo general, un buen entendimiento. Los conflictos se remontan a tiempos lejanos, y el primero de ellos está testimoniado por la paleta llamada «del tributo libio», que data de la época predinástica. Sobre ese monumento de piedra se ven varios animales llevados a Egipto (bueyes, asnos, carneros). También se representan personajes con el pelo adornado con una pluma, vestidos con una especie de faldellín, una banda de tela que protege el pene, pero resulta difícil precisar si son libios o cazadores egipcios. Probablemente, ese documento conmemore la primera victoria históricamente testimoniada de Egipto sobre Libia.

Por consiguiente, desde la época predinástica existe el problema libio. Hay una clara diferencia cultural y de potencial económico entre los egipcios agrupados en pueblos cerca del Nilo, y las poblaciones alejadas del río. Regiones que antes fueron fértiles se convirtieron en áridas por los cambios climáticos, y de este modo los libios se ven obligados a vivir en un país pobre, como los beduinos del desierto arábigo. Por esta razón, estarán siempre celosos de la rica tierra egipcia, atreviéndose-a organizar a veces incursiones de saqueo. Mucho más tarde, los libios llegarán incluso a apoderarse del trono de Egipto durante un breve período.

En el reinado de Escorpión, toma forma el Egipto faraónico. Sin embargo, cabe plantearse si el único motivo de ese fabuloso nacimiento es su propio genio, o si bien contribuyeron a ello influencias exteriores. Las paletas de temas guerreros muestran conflictos entre egipcios y clanes que vivían en la periferia del país, pero no muestran huellas de una gran invasión extranjera procedente del este, por ejemplo. Sólo hay un objeto que podría sustentar una hipótesis de este tipo: el mango de cuchillo de marfil de Yébel Al-Arak, conservado en el museo del Louvre. Está decorado por ambos lados. Se ve un personaje que doma dos leones, una serie de felinos en la parte inferior; en el otro lado, hay un combate. Las armas que se emplean son palos. También hay barcos, hombres que nadan y ahogados.

Lo que sorprende es que el estilo de esas representaciones no es egipcio. Nos encontramos ante una obra de inspiración mesopotámica. Tal vez se encuentre también en la concepción de las grandes tumbas de adobe de la I dinastía, en el mito de los animales compuestos como el grifo alado, pero ¿cómo precisar el alcance real de la influencia de Mesopotamia sobre Egipto? Si bien se puede considerar que hubo muchos contactos, en la época del rey Escorpión, entre las civilizaciones de Elam, de Sumer y de Egipto, sin embargo no se puede afirmar la existencia de una cultura común en el Oriente Próximo que presida el nacimiento de dos tipos de

civilizaciones, una en Asia, otra en el valle del Nilo.

El cuchillo de Yébel Al-Arak sigue siendo un objeto misterioso. Se trata, sin lugar a dudas, de un arma ritual, tal vez depositada en un santuario para conmemorar un combate. Si bien se debe desechar la idea de una invasión mesopotámica. es muy probable, en cambio, que artistas procedentes del Asia interior se hubieran establecido pronto en Egipto y crearan obras, siendo un buen ejemplo este cuchillo. En este sentido, contribuyeron a la formación de la naciente conciencia artística de los egipcios, ofreciéndoles temas simbólicos que los artesanos faraónicos trasladaron a su propio lenguaje. Un hombre dominando dos leones solamente podía llamar la atención de un pueblo que considerara al faraón como a la persona que reúne las Dos Tierras, lleva la doble corona y está protegido por las «dos señoras», el buitre y la serpiente.

¿Cuánto tiempo duró el período predinástico, durante el cual reinó el rey Escorpión? No lo sabemos. Algunos arqueólogos le atribuyen varios siglos. Actualmente predomina la hipótesis de una cronología corta. Hornung piensa que Escorpión vivió hacia el 3000 a. de J. C, y que la I dinastía empezó hacia el 2950.

A esta imprecisión cronológica vienen a añadirse otras incertidumbres. Se ha pensado que se podía establecer que el período predinástico reciente, es decir el que precede a Menes, sólo comprendía dos reyes. Escorpión y otro llamado Ka. Sin embargo, algunas tradiciones mencionan unos sesenta reyes en el Delta, un largo linaje monárquico en el Alto Egipto que se habría iniciado hacia el 5500 a. de J. C.. e incluso se habla de siete reinas que habrían gobernado Egipto (esta última leyenda fundamenta la hipótesis de un matriarcado muy antiguo).

Hay que admitir que antes de Menes. Egipto no está unificado. Escorpión reina solamente sobre el Alto Egipto. Sin embargo, queda pendiente un gran problema, el de las relaciones exactas entre el sur y el norte, entre el Alto y el Bajo Egipto.

Las paletas de pizarra de que hemos hablado relatan combates entre clanes. Escorpión fue. sin lugar a dudas, más hábil que los demás, y fue capaz de establecer una coalición que le permitió imponer su poder a la gente del norte. Pero ¿acaso el Delta formaba realmente un reino independiente? ¿Hubo efectivamente una gran fuerza entre las dos partes del país, simbolizada por la lucha entre Seth, señor del Alto Egipto, y Horus, señor del Bajo Egipto? Se puede poner en duda. Algunos egiptólogos continúan aplicando el método del griego Evémero que consistía en buscar acontecimientos históricos ocultos en relatos míticos, aplicando así una mentalidad racional a un pensamiento de orden teológico y simbólico. Los estudios de los historiadores de las religiones como Mircea Eliade, Heinrich Zimmer. Jean Servier y otros, han mostrado, sin embargo, que el mito era una historia verdadera, un valor en sí. un elemento de civilización que sirve para crear la historia, y no al revés.

En la época predinástica, el Delta no es sino una amplia llanura pantanosa. El valle del Nilo dista mucho de presentar el aspecto que ofrece en la actualidad; vegetación abundante, zonas periféricas que todavía no han sufrido la desertización. ciénagas, comparables en algunos lugares a las del Delta, forman un paisaje verde y acuático. De ciudades más arcaicas como Buto, Busiris, Sais, no ha quedado ninguna huella. Pero ¿acaso podía quedar? ¿Acaso no se trataba, en su origen, de lugares sagrados, particularmente venerados, formando como una especie de islas en ese mar inmenso que era el Delta del Nilo?

El mito básico es la victoria de Horus sobre Seth en época muy remota. Más tarde, hacia el 3200. sucede lo contrario. El señor de la región de Heracleópolis. en el sur, conquista el norte, invirtiendo el mito. En realidad,

la clave de esos enfrentamientos se encuentra en la persona del propio faraón. Desde el principio hasta el fin del mundo, Horus y Seth, los dos hermanos enemigos, combatirán entre sí. El papel del faraón es ser un tercer término, hacer que cese ese combate, reunir las dos partes del país para formar una unidad. Sin embargo, cada vez que muere un rey, Horus y Seth vuelven a enfrentarse hasta que el nuevo faraón sube al trono. Desde esta perspectiva, se entiende que el mito no tiene que ver con hechos históricos que siempre serán inverificables, sino que conlleva una gran idea civilizadora y es una base esencial de la monarquía egipcia.

Bajo la égida de Escorpión, una región de ciénagas y de bosques se va transformando progresivamente en tierra cultivable. La crecida empieza a ser domesticada; el agua aporta la riqueza y el trabajo de los hombres aporta grandes esperanzas. Al poder regar, una nueva civilización surge del limo fertilizante.

Se perfila otra revolución tan profunda como la anterior: el nacimiento de la lengua más perfecta que ha creado el hombre, los jeroglíficos. Una lengua sagrada, creadora también de cultura y de civilización. El nombre del rey Escorpión está escrito mediante un jeroglífico. En las paletas predinásticas se nota en todo momento que se está formando el jeroglífico, que el pensamiento de los hombres se canaliza cada vez más rápidamente para alcanzar una forma de expresión propia. Cada jeroglífico es a la vez obra de arte, símbolo, signo ideograma portador de valores fonéticos y silábicos; incluso algunos signos forman una especie de alfabeto, cuyo desciframiento se utiliza hoy día en la formación de los egiptólogos. El nacimiento de los jeroglíficos está unido de modo indisociable al de un Egipto unificado: una única lengua para todo el país, para poder captar la voluntad de los dioses y reyes, una lengua cargada de poder mágico.

2

Menes y el nacimiento de la nación

La llamada época «predinástica» toca a su fin. De repente, aumenta en proporciones importantes el número de lugares habitados. El país cambia y se transforma. ¿Se trata acaso de una afluencia de población extranjera? No lo sabemos. Cabe pensar, quizá, que se instalaron en Egipto nómadas procedentes de las zonas desérticas del este y del oeste.

Se produce en ese momento un acontecimiento fundamental: la reunión de las Dos Tierras, el Alto y el Bajo Egipto, bajo el mandato de un mismo hombre. La nación egipcia nace. De este hecho capital nos informa la paleta del rey Narmer. encontrada en el emplazamiento de Hieracómpolis. Ese pequeño monumento de una altura de 63 cm es un objeto de suma importancia. El tipo de soporte, su estilo, su concepción pertenecen aún a la época predinástica. pero los temas representados nos dan a conocer la existencia de la I dinastía.

La paleta, de pizarra verde, está decorada en el anverso y el reverso. Las escenas se distribuyen en tres bandas superpuestas. En la parte superior, dos cabezas de vaca simbolizan la diosa Hator. divinidad cósmica cuyo nombre significa «morada de Horus». Al ser Horus la designación esencial del faraón, el rey representado en el monumento se sitúa así bajo una protección divina y celeste.

El anuncio de la unificación de las dos partes del territorio egipcio se

hace de una manera simple y clara: en el anverso, el soberano lleva la corona blanca del Alto Egipto, y en el reverso lleva la corona roja del Bajo Egipto. Es el primer faraón que reina en el sur y en el norte. El Egipto de las dinastías entra en la historia.

En la escena principal del anverso de la paleta, Narmer, cuyo nombre está inscrito en un recuadro entre las dos cabezas de vaca, se dispone a golpear la cabeza de un enemigo vencido. De gran tamaño, hierático, con una actitud de nobleza, de poder y de dignidad, sostiene la maza blanca. En su mentón, la barba postiza. Rodeando sus riñones, el faldellín de ceremonia, y en su cintura, un rabo de toro. El rey va descalzo, pero le sigue un dignatario de tamaño tres veces más pequeño; la misión de ese funcionario es llevar las sandalias.

La paleta de Narmer, símbolo de la realeza divina que triunfa sobre las fuerzas del caos. (Roger-Viollet.)

En la Antigüedad, la sandalia es un objeto de lujo que no debe ensuciarse con el polvo del camino. El escultor ha subrayado la potente musculatura de Narmer y su absoluta calma. Ningún sadismo, ninguna violencia salvaje en el acto ritual que efectúa el primer faraón. En realidad, siguiendo la orden de los dioses, él somete a aquel que se rebela contra ia armonía del mundo. El dios halcón ha protegido al rey y le ha permitido triunfar para que Egipto viva en paz.

En la parte superior del reverso de la paleta, el rey. que lleva la corona roja, se dirige hacia un campo de batalla donde están alineados los cuerpos de los enemigos, decapitados y atados. En la parte del medio, hay una pintura algo fantástica: dos hombres barbudos cogen con una cuerda los cuellos entrelazados de dos caballos. La interpretación del egiptólogo inglés Gardiner nos parece correcta: la escena simbolizaría la unión del doble país, del norte y del sur. En la parte inferior, un poderoso toro derriba las murallas almenadas de una ciudad. El enemigo se retuerce de dolor bajo los cascos del animal. Nuevo símbolo de Narmer vencedor, suficientemente poderoso como para someter las poblaciones que se oponían a él.

El balance está claro; Narmer ha recogido la obra del rey Escorpión y la ha llevado a término. Tras haber reforzado su poder en el sur, lo ejerce ahora en todo Egipto. Pero se plantea un problema; las listas reales

empiezan con un faraón llamado Menes, a él se le atribuye la unificación, él fundó una cultura nueva y original en relación a las que le precedieron en el territorio egipcio. Una sorprendente pintura del Ra-messeum. el templo funerario tebano de Ramsés II, muestra una procesión de sacerdotes durante una fiesta religiosa. Cada uno de ellos lleva en sus espaldas la imagen de un rey; ahora bien, entre esos soberanos figura el enigmático Menes, cuyo recuerdo no se había perdido.

Tras largos debates, se admite actualmente que Menes y Narmer fueron probablemente la misma persona. Menes fue el primer monarca humano, que sucedió a los dioses y semidioses que habían reinado durante milenios en el país. Su nombre proporciona elementos interesantes. En egipcio se lee mni, es decir, «el que queda», «el que permanece», «el que perdura». Menes es, pues, el faraón «duradero», la raíz inmortal de la que brotará el árbol inmenso de las dinastías. Philippe Derchain lo interpreta como el rey «Alguien», el faraón impersonal.

Es sin duda por esta razón que se le atribuye a Menes la invención de la escritura, hecho históricamente inexacto, pero que reviste una profunda significación religiosa. La escritura jeroglífica es el instrumento de cultura por excelencia. Por ello, Menes el Duradero permanecerá en Egipto como la figura simbólica de la primera época de prosperidad y gloria del país.

Menes, el fundador, justificó totalmente esa reputación al crear una capital cuya importancia se mantendrá durante toda la historia egipcia. Según Manetón y Heródoto, Menes decidió dar al país una ciudad digna del nuevo Estado que él dirigía. La elección del emplazamiento se hizo en función de razones políticas evidentes, dado que Menfis, uno de cuyos nombres egipcios es «balanza de las Dos Tierras» se edificó en la base del Delta, lugar estratégico que establece una especie de frontera entre el Bajo y el Alto Egipto.

Para los antiguos egipcios, una ciudad es ante todo un centro religioso, un lugar de culto a partir del cual se desarrolla una actividad económica. Menes transformó una vieja aldea en que se adoraba al dios Ptah. uno de los patrones de los artesanos, en una ciudad calificada como «vida de las Dos Tierras», conjunto de edificios estables y perfectos en su belleza. Es posible que el propio término de Egipto venga del egipcio het-ka-Ptah, «dominio del ka del dios Ptah» (el nombre del gran templo de Menfis), en griego Aiguptos. Asimismo, existe la tradición de que el hijo de Menes hizo construir un palacio en Menfis y le dio el nombre de per-áa. «gran morada», de ahí viene la palabra «faraón».

¿Cómo imaginar esa primera capital, la obra maestra de Menes? Estaba, seguramente, formada por casas de adobe; casas grandes y pequeñas, con jardines y dispuestas alrededor de una pieza de recepción por la que se accedía a los apartamentos privados. Menfis estaba construida en la orilla oeste del Nilo, no lejos del río. rodeada por campos fértiles y palmerales. Ciudad blanca, de calles sombreadas, se protegía de las fuertes crecidas del Nilo mediante un dique.

Una creación de este tipo supone un alto nivel de civilización. Menes había formado un cuerpo de artesanos reales de gran capacidad en el terreno de la arquitectura y en el de la escultura. El gran sacerdote de Ptah, dios que tuvo un importante templo en Menfis. será siempre el jefe religioso de los artesanos. En esa región se rendirá culto durante mucho tiempo a Menes.

Hasta la propia ciudad de Menfis es un inmenso símbolo sagrado. Según la concepción egipcia, el nacimiento de la vida en la Tierra durante la creación del mundo se concretó en la aparición de una colina primigenia que emergió de las aguas. Se consideró a Menes como el dios que hizo surgir la vida en forma de esa colina, que no era sino la capital, Menfis.

Además, cabe suponer que los obreros reales desecaron una zona algo pantanosa antes de cavar los cimientos de la ciudad. En la tradición griega existió también una leyenda en que aparecía un tema comparable: Menes creó Cocodrilópolis, la capital de Fayum, es decir una ciudad salida de las aguas.

Menfis se impone desde la I dinastía como un centro religioso y político porque en ella se corona a los reyes. Al igual que Menes, cada nuevo rey lleva la doble corona como faraón del Alto y del Bajo Egipto. La unión de las Dos Tierras es el principio de base del gobierno del país. Cada vez que será traicionado. Egipto conocerá períodos de decadencia.

Menes es un gran administrador. Divide el país en provincias que llama nomos. El jeroglífico que los representa es un rectángulo cuadriculado, es decir un terreno lleno de acequias.

El nomo se presenta como una entibad administrativa, geográfica y económica, pero también religiosa. Así pues, el monarca es también el gran sacerdote del dios adorado en su provincia. Una lista muy interesante de los nomos grabada en el templo de Edfu, en el Alto Egipto, y que data de la época ptolemaica (más de 2.500 años después de Menes), nos precisa lo que hay que saber de cada uno de ellos. Es una especie de manual teológico-político y cada templo debía de tener un ejemplar. Quien quiera conocer un nomo debe saber su nombre, el de su capital, informarse de las reliquias que allí se conservan, de las divinidades adoradas, de los templos y de los lugares de culto existentes, de los nombres de los responsables principales del culto, de los títulos sagrados de los sacerdotes y sacerdotisas, de los nombres de la barca sagrada y de su ruta, de los árboles sagrados, de las fechas de las fiestas, de las listas de zonas prohibidas y de tabúes, de los nombres de los canales y de los territorios agrícolas.

Es difícil pronunciarse sobre el número de nomos creados por Menes. En el Antiguo Imperio, Egipto tenía treinta y ocho o treinta y nueve; en la Época Tardía, teóricamente tenía cuarenta y dos, correspondiendo estos últimos a los cuarenta y dos jueces del tribunal de Osiris, que decidían el destino póstumo del ser. Hubo, pues, variaciones territoriales en el transcurso de las épocas. Gracias a este sistema, la organización administrativa era simple y eficaz, a condición de disponer de no-marcas responsables y competentes: las órdenes partían del palacio real para llegar a las capitales regionales y de esas últimas se transmitían a las ciudades secundarias, a los pueblos y al campo. Gracias a esta estructura, Menes pudo efectuar un censo de la población y una relación de las tierras cultivables.

El Delta posee un problema particular. En la casi totalidad de los estudios de egiptología se afirma que no se poseen documentos de esta parte de Egipto porque no se podían conservar en un terreno húmedo. Sin embargo, el Delta de hoy en día. con sus campos, sus árboles, sus numerosos canales y sus pueblos no era evidentemente el de los tiempos de Menes. En aquella época probablemente sólo había una inmensa zona acuática cubierta de abundante vegetación, donde se venía a cazar y a pescar. No existía zona costera con puertos que. incluso varios siglos después, seguirán siendo puertos fluviales situados en el interior del Delta. Así. cabe suponer que las «ciudades» de que hablan los documentos egipcios, como Buto y Busiris, no eran sino santuarios, lugares sagrados donde se acudía para algunas festividades, y no poblaciones habitadas. Una visión de este tipo cuestiona la existencia de un reino del Bajo Egipto comparable, por sus localidades habitadas y su densidad de población, al del Alto Egipto; y presentaría las victorias de los reyes del sur sobre los del norte como una anexión relativamente fácil de tribus que vivían en lugares

bastante salvajes, una obra de civilización más que de conquista guerrera.

Bajo el poder de Menes el país se equipa: existencia de un cuerpo de artesanos, de gremios organizados por la administración central, de astilleros navales, construcción de templos, organización de una agricultura y de una ganadería. Hay que subrayar un rasgo característico: todo pertenece al rey. porque toda la tierra de Egipto es suya. La ha heredado directamente de los dioses y ellos le han encargado que garantice su prosperidad. No existe propiedad privada, aunque el faraón pueda ofrecer parcelas de tierra más o menos importantes a aquellos que le hayan servido lealmente. De este modo, se formaron las posesiones de grandes dignatarios que, siguiendo el modelo real, serán responsables de la buena conservación de sus bienes.

La economía egipcia es religiosa. El templo garantiza la circulación de los bienes. Todo empieza por la ofrenda a los dioses, sin los que el país caería en la anarquía y en la miseria. Cuando los dioses están satisfechos, se puede ya atender las necesidades de los hombres, repartiendo convenientemente las riquezas. Los escribas vigilan de cerca las cosechas; una parte del grano se lleva a los graneros de la capital donde se almacenan para ser distribuidos en caso de hambre. Se vigila el deslinde de los campos. La «tierra negra» es generosa: produce varias clases de trigo; muchos vegetales como lentejas, guisantes, puerros, cebollas; frutos como dátiles, higos, uva. Se utiliza la miel para endulzar. Abunda el ganado. Hay varias razas de bueyes. En los corrales hay ocas y patos. El campesino egipcio ama a su tierra. Su existencia no es fácil, el trabajo es más bien duro. Sin embargo, el período de la inundación le brinda la ocasión de un largo descanso. Mientras el Nilo cubre Egipto, se queda en casa. Su prosperidad, como la de sus compatriotas, está vinculada a la bienhechora riada del Nilo y a su inteligente explotación.

En este sentido. Menes continúa y perfecciona los trabajos iniciados por Escorpión. Sabe que es vital para Egipto el poder regar, si no los dones del Nilo no servirían para nada. Al crear un poderoso poder central, puede iniciar una serie de grandes obras en el país. Los monarcas se encargan de aplicar en sus provincias los planos trazados por los maestros de obras del rey. En varios puntos clave del curso del Nilo, se instalan nilómetros que permiten anotar, cada año. la altura alcanzada por la crecida. La clasificación de estas observaciones permitirá hacer previsiones para una adecuada distribución de las aguas. Crecidas muy abundantes o inferiores a lo normal suponen catástrofes naturales y económicas de igual magnitud que hay que prevenir. La altura de las crecidas se anota en las listas reales como uno de los acontecimientos más notables de un reinado.

Por todo Egipto se construyen diques y se excavan canales. Se rellenan las depresiones, se nivelan los montículos de aluviones. Se cultivan los islotes esparcidos a lo largo del río. Además, haciendo gala de un gran sentido «ecológico», se reservan muchas zonas pantanosas para la caza, la pesca y para que no se extingan especies consideradas indispensables. Con crear no basta, también hay que ocuparse de mantener los canales y acondicionar los estanques de riego para sacar el mayor provecho del limo.

La vida económica y espiritual de Egipto se basa en la construcción de templos, que se construyen por artesanos que Menes formó seguramente en escuelas del Estado. La materia prima no falta, ya sea piedra, madera o metales. Se abren canteras cerca de Menfis, y tal vez en zonas desérticas. En el Egipto de Menes no escasean los árboles: palmeras,

sauces, acacias, tamariscos, sicómoros, proporcionan diferentes clases de madera para trabajar. Pronto se enviarán expediciones comerciales para buscar cedros en Líbano y cipreses en Siria. El cobre abunda y se utiliza para fabricar armas y herramientas. El bronce no será algo corriente hasta el Imperio Medio; el hierro —de origen meteorítico o de otro tipo— es muy raro.

Se atribuye a Menes la invención del lujo o. al menos, del confort. Esta leyenda debía de ser realidad en un país en que se sabían fabricar sillas y cofres de madera, estuches de aseo, botes de perfume y pintura, joyas, vestidos sencillos y bonitos, como los faldellines para los hombres y los largos y ajustados vestidos para las mujeres. El material del rey, es decir el papiro, permite registrar la escritura en una superficie manejable y catalogable.

Nos falta información acerca del ejército y la justicia. El ejército existía, claro está, puesto que permitió a Menes conquistar el norte. El faraón en persona era su jefe supremo. También era el juez por excelencia, aplicando un corpus de leyes no escritas. Probablemente cada nomo disponía de un tribunal y de un derecho consuetudinario que podía diferir del del vecino. Sin embargo, con esto entramos en un terreno muy impreciso, del que cabe resaltar, con todo, un elemento: la inexistencia de esclavos en el Egipto antiguo. Contrariamente a lo que sucedió en Grecia y en Roma, nunca hubo en Egipto individuos privados totalmente de sus derechos y reducidos a la categoría de cosas o animales. Lo que algunos historiadores de Egipto denominaron abusivamente «esclavos». podían poseer tierras y administrar sus propias explotaciones agrícolas tras haber trabajado en grandes propiedades. Se trata de criados, pero en modo alguno de esclavos, y esto es uno de los honores más grandes de la civilización faraónica.

No se sabe nada seguro acerca de la muerte de Menes. Una leyenda cuenta que el rey, perseguido por sus perros en la zona del lago Moeris, se vio obligado a entrar en el agua y fue salvado por un cocodrilo. Hay que considerarlo como un relato simbólico, ya que el dios de esta región era Sobek, que tenía cabeza de cocodrilo. Se dice también que el primer faraón fue muerto por un hipopótamo, quizá durante una cacería, y que murió a la edad de sesenta y dos años.

Existen otros hechos sin verificar acerca de su familia. Así, la esposa de Menes habría inventado una eficaz loción capilar, y su hijo Athotis, médico, habría sucedido a su padre antes de ser asesinado. Estas historias, como muchas otras acerca de otros faraones, proceden de Grecia. En todo caso, parece ser que el hijo de Menes amplió o construyó un palacio real en Menfis y que formó parte de la casta de los sacerdotes.

Las dos primeras dinastías continuaron la obra de Menes. A finales de la II dinastía, Egipto se reafirmó como una nación coherente y con un crecimiento constante. El país posee una capital, una administración, gremios. La institución real está sólidamente establecida. Se dan todos los elementos para un nuevo salto adelante.

3

Zóser el Magnífico

Cuando ocupa el trono el faraón Zóser (o Djeser) se inicia el Antiguo Imperio egipcio. Estamos en el siglo xxvn a. de J. C, en el principio de la III dinastía. Zóser reina del 2640 al 2575, o del 2625 al 2605. El Egipto de la Antigüedad va a conocer uno de los períodos más brillantes de su historia y se habla, con mucha razón, del «siglo de Zóser».

Según A. H. Gardiner, se puede considerar a Zóser como el verdadero fundador de esta III dinastía que, femó veremos, dará un giro decisivo a la evolución religiosa, artística y probablemente social del Antiguo Egipto. Un pequeño detalle nos mostrará hasta qué punto la época inaugurada por Zóser introduce novedades: en la lista real de Turín. que presenta una sucesión de faraones, el nombre de Zóser se distingue inmediatamente. El escriba ha empleado tinta roja para él, un hecho totalmente excepcional.

Poca cosa, en realidad, para señalar el extraordinario reinado de uno de los más grandes faraones egipcios, por no decir el más grande. Manetón, el sacerdote egipcio que estableció una relación de los reyes, le llama Tosorthos y precisa que con él empieza una nueva dinastía. No conocemos casi nada de esta III dinastía en lo que se refiere al ámbito del «hecho histórico». El número y el orden de la sucesión de los reyes sigue siendo un enigma. Ni siquiera es seguro que Zóser sea el primer faraón de la dinastía. Sin embargo, los más altos exponentes de este reinado no son motivo de duda: las poderosas personalidades del rey Zóser, de su primer ministro Imhotep y el prodigioso conjunto arquitectónico de Saqqara.

Zóser reinó en un Egipto unificado. Podemos estar seguros de ello porque para edificar el complejo monumental de Saqqara hace falta un poderoso poder central. El Alto y el Bajo Egipto, aun conservando su originalidad y sus instituciones particulares, se reúnen en la «doble corona». Las luchas tribales y partidistas se han terminado. Todo Egipto se reconoce en la persona de su caudillo, la paz interior es ya una realidad profundamente enraizada.

¿Acaso se aprovechó Zóser de una situación ya establecida, o contribuyo a crearla? Debemos matizar la respuesta. Es cierto que cuando accedió al poder. Egipto ya había superado ampliamente la etapa de la oposición entre clanes regionales. Pero también hay que tener en cuenta que la propia personalidad del monarca llevó al país, de manera irreversible, hacia la unidad nacional. Basta con recordar la impresionante cara de Zóser. conocida por una estatua de Saqqara que describiremos más adelante, para comprender la fuerza de carácter, la voluntad férrea y la autoridad natural grabadas en el comportamiento de ese ser excepcional.

Ese rey autoritario fue también un hombre justo. A lo largo de toda la historia de Egipto se le rindió homenaje y las generaciones posteriores conservan de él el recuerdo de un hombre sabio, inteligente y competente. Zóser escribió libros didácticos, destinados probablemente al uso de futuros faraones, para enseñarles las reglas del «oficio» de rey, y ayudarles a adoptar la actitud justa ante los dioses y ante los hombres.

Zóser encarna la idea de la paz. Ningún faraón simboliza mejor el equilibrio sereno de una civilización en plena posesión de sus medios de creación, completamente preocupada por concretar artísticamente su ideal. El siglo de Zóser es el de una auténtica sabiduría. Hasta su nombre es significativo: la palabra zóser significa en egipcio «prestigioso, admirable, sagrado». Ese término encierra la noción de algo que está «aparte», que es excepcional en relación al mundo ordinario. Hay que señalar que el nombre de Zóser no aparece en los monumentos contemporáneos al rey, sino mucho más tarde, en el Imperio Medio. Los egipcios llamaron «Zóser el Magnífico» al autor genial del conjunto funerario de Saqqara. que seguían admirando. A Zóser se le conoce en la III dinastía con el patronímico de

Neterierjet. Los nombres egipcios siempre tienen una significación que el historiador y el historiador de las religiones deben examinar con suma atención; en este caso puede traducirse por «más divino que el cuerpo (de los dioses)» o «divino de cuerpo». En ambos casos el significado es claro: el faraón se afirma como soberano investido de un poder sagrado, que le sitúa por encima de los comunes mortales.

Que nadie se lleve a engaño: la afirmación es de orden religioso y no consecuencia de algún tipo de tiranía. Todo Egipto comunica con la divinidad porque el cuerpo del faraón es inmortal. La suerte de cada egipcio está ligada a la de su rey. Por esta razón, sorprendente y a la vez profunda, el reinado de Zóser se consagrará a la edificación del gigantesco complejo funerario de Saqqara.

Este es el punto clave de su reinado: construir una morada eterna que dé cabida a un cuerpo divino.

Antes de ocuparnos de Saqqara y de su maestro de obras, Imhotep, conviene interrogarse acerca de los acontecimientos que marcaron el reinado de Zóser. A decir verdad, hay que señalar que nos falta mucha' información al respecto. Sabemos que el faraón envió expediciones al Sinaí por una inscripción encontrada en Uadi Hammamat, valle que atraviesa la carretera que va de la ciudad de Coptos al mar Rojo. En las rocas de Uadi Marhara, en la península del Sinaí, se representan varios monarcas, y uno de ellos es Zóser, que golpea con su maza piriforme a un caudillo beduino postrado en señal de sumisión.

Hay que considerarlo, más que como un acontecimiento especial, como un símbolo del poder ejercido por Zóser sobre las tribus nómadas, que ya no se atreven a franquear las fronteras del Doble País y perturbar la serenidad de los egipcios. Tal vez se deba entender también que Zóser ya hacía explotar las minas de cobre del Sinaí. Sea lo que fuere, la clásica escena del faraón abatiendo al enemigo adquiere en este caso un valor particular: se trata de la victoria del orden sobre el caos, de Zóser el Magnífico sobre las fuerzas oscuras del mal.

Mencionemos otro hecho que, aunque parezca pertenecer más al mundo de las leyendas que al de la historia, merece ser estudiado más detalladamente dada su importancia. Parece ser que durante el reinado de Zóser se produjo un grave período de hambre. Desgraciadamente, no conocemos a Zóser a través de un documento contemporáneo, sino a través de una estela de la época ptolemaica, bastantes siglos después de la III dinastía. La estela llamada «del hambre» está grabada en una roca descubierta al sur de la isla de Sehel, en la región de Elefantina, en el extremo meridional de Egipto. Cosa insólita, los sacerdotes que grabaron ese texto lo fecharon en la época de Zóser. Evidentemente, su intención no era engañar haciendo una cosa falsa. Cabe pensar que un rey Ptolomeo se identificó con su lejano y glorioso antecesor, Zóser, para dar a su propia lucha contra el hambre un carácter sagrado. También cabe suponer que se haya transmitido de este modo un documento histórico, haciéndose eco de acontecimientos pasados.

¿Qué cuenta la estela de! hambre! Narra que Zóser está afligido por una profunda tristeza; sentado en su trono, en la soledad de su palacio, está sumido en una gran desesperación. Hay sequía desde hace siete años; el Nilo no se ha desbordado, no ha depositado en la tierra de Egipto el fértil limo. La miseria y el hambre afectan a todo el mundo. Hasta los cuerpos más fuertes se debilitan; pronto perderán incluso la energía para poder andar. Los niños lloran; los ancianos fatalistas se sientan en tierra a la espera de la muerte. Hasta los cortesanos pasan necesidades. Uno a uno los templos se van cerrando; ya no se garantiza el culto a los dioses.

¿Por qué acontece esta desgracia?, se pregunta Zóser. Se dirige a los

sacerdotes del culto de Imhotep, hijo del dios Ptah, sabio entre los sabios. ¿Qué sucede? ¿Por qué el Nilo, el sinuoso, el que serpentea, ya no cumple su tarea? Los sacerdotes buscan en la sala de los archivos del templo de Thot, en la ciudad santa de Hermópolis. Consultando los libros santos, recogen valiosas informaciones que transmiten a Zóser.

En medio del agua hay una ciudad: Elefantina. Es una ciudad importante puesto que es la sede del dios Ra, el dios sol, cuando decide dar la vida. Ahora bien, en ella existen dos fuentes de alimento que proveen de todas las cosas. «El Nilo —dice la estela—, al desbordarse copula como un muchacho que fecunda a una mujer, vuelve a ser un muchacho de ardiente corazón.» Pero este renacimiento anual depende de un dios: Jnum. un hombre con cabeza de carnero, cuyas dos sandalias están colocadas en el agua. Si Jnum no las coge, él no se libera. El Nilo no rejuvenece, el valle está condenado a la sequía.

El rey Zóser comprende que el dios Jnum está enfadado. Ordena que se efectúen purificaciones, procesiones en honor del dios, le dedica ofrendas de pan. de cerveza, de aves y bueyes. Zóser sueña que Jnum se le aparece: si el rey continúa rindiéndole homenaje como él se merece, recogerá las sandalias, liberará al Nilo y la inundación volverá. En cuanto se despierta. Zóser dicta un decreto a favor de Jnum. Sucede el milagro: gracias a la sabiduría del rey y a la intervención de Imhotep, las flores vuelven a crecer, vuelve la abundancia, desaparece el hambre, resplandece la tierra, vuelve otra vez la alegría a los corazones de los hombres.

¿Tiene este relato un contenido histórico preciso? Tal vez conserve el recuerdo de la soberanía ejercida por Zóser sobre el conjunto de la región de la primera catarata y. en especial, sobre Nubia. Para apaciguar a Jnum y obtener sus favores. Zóser le ofrece la región comprendida entre Asuán y Tacompso, el Dodecasceno según el nombre griego. Ese territorio gozó de un estatuto particular durante toda la historia de Egipto, estatuto que quizá le fue otorgado desde el reinado de Zóser.

La estela pone de relieve la sabiduría y la piedad de Zóser. Enfrentado a una de las plagas más graves, el hambre, su primera reacción no es de orden económico sino religioso. Se dirige a los sacerdotes más sabios, más competentes. No restablece el orden de las cosas tomando medidas materiales, sino apaciguando la ira divina que es el origen de la desgracia terrenal. Si bien Zóser el Magnífico fue un hombre de fe, nunca se dejó llevar por una mística estéril. Su gran obra, ya lo hemos señalado, fue de orden arquitectónico; para conseguir crear el conjunto arquitectónico de Saqqara recurrió a un arquitecto genial. Imhotep.

El sacerdote Manetón dice acerca de Imhotep que «a causa de su ciencia médica es considerado por los egipcios como Esculapio; a él se debe el procedimiento de la piedra tallada para la construcción de monumentos y también se dedicó a las letras». Imhotep, «primer ministro» y amigo personal de Zóser el Magnífico, es uno de los genios más grandes de la historia. Es el artífice de una revolución artística de un alcance considerable, puesto que fue el primer arquitecto en construir en piedra un conjunto monumental tan importante como es el de Saqqara. Imhotep, según una inscripción encontrada en Uadi Hammamat, era hijo de Kanefer. que tenía el título de «Jefe de las Obras del país del sur y del norte»; dicho de otro modo, era el maestro de obras del reino nombrado directamente por el faraón. Así, tenía de dónde aprender, y probable-" mente aprendió el oficio con su padre y en los talleres reales de Menfis, la capital de Egipto.

Antes de Imhotep ya se había utilizado la piedra en las tumbas reales, pero sólo parcialmente. Las mastabas de adobe tenían dos partes de granito o de caliza, pero no eran sino tímidos intentos en comparación con el extraordinario proyecto del maestro de obras de Zóser. Zóser, que

consagró su reinado a la edificación de un gigantesco palacio funerario en pleno desierto, recurrió a un especialista, Imhotep, cuyo nombre significa «el que llega en paz». A la novedad de la concepción debe corresponder una novedad de las técnicas: Imhotep inventa cómo tallar la piedra, elabora procedimientos para transportarla y colocarla a gran escala.

Según la tradición, Imhotep no poseía solamente las cualidades de un arquitecto; también era médico, mago, astrólogo, escritor y filósofo. Se trata de aptitudes que también se atribuyen a muchos grandes maestros de obras, sobre todo en la Edad Media, de Oriente y de Occidente. Para dirigir una obra, concebir el proyecto de un edificio, guiar el trabajo de los canteros y los escultores, decidir el «programa» simbólico para adornar el monumento, era necesario que un maestro de obras hubiera practicado esas disciplinas. Además, ImhiJtep tenía también importantes cargos administrativos en la corte de Zóser. Conocemos sus títulos a partir de una emotiva inscripción colocada encima del zócalo de una estatua de Zóser de la que sólo se conservan los pies; al lado del nombre del rey aparece el de su principal colaborador, Imhotep, «el canciller del rey del Bajo Egipto, el primero después del rey, el administrador del gran palacio, el noble heredero, el gran sacerdote de Heliópolis, el carpintero, el escultor, el fabricante de vasijas de piedra».

Imhotep nos describe prácticamente su carrera: empezó tallando vasijas de piedra dura, además se encontraron muchas de ellas en los sótanos de Saqqara. Después fue escultor, arquitecto, y ocupó las funciones administrativas y religiosas más altas. Administrativas al ser portador del sello real, es decir, un alto dignatario capaz de tomar decisiones comprometedoras para el destino del Estado egipcio; religiosas al ser sumo sacerdote de Heliópolis, la ciudad santa por excelencia, la ciudad del dios Sol. Los títulos de Imhotep pertenecen al substrato más ancestral de la civilización egipcia. En la época de Zóser, conservan aún toda su significación y muestran, en realidad, que Imhotep disponía de la casi totalidad de los poderes civiles y religiosos, y que trabajaba bajo la responsabilidad directa del faraón. Como Imhotep era también jefe de la justicia, superintendente de los archivos reales, «vigilante» de lo que aportan el cielo y la tierra del Nilo, «vigilante» de todo el país, jefe de los magos, y portador de las fórmulas que hacen eficaces los ritos, se constata que gozaba de las prerrogativas del «visir». En la historia de Egipto, el visir será el segundo personaje del Estado, el confidente del faraón, el hombre del ejecutivo. Sin llevar el título, Imhotep creó su función y definió su campo de responsabilidades.

Hablemos ahora un poco del sumo sacerdote de Heliópolis. El término egipcio empleado para designar esta función es ur mau, que se traduce por «el que ve al Grande» (es decir, el dios sol Ra) o por «el mayor de los videntes», siendo probablemente más correcta esta última versión. Para un egipcio, ver significa crear o recrear el mundo; significa tener la posibilidad de discernir la obra divina en la naturaleza, percibir la intensidad del dios de la luz y hacerla resplandecer en sus propias obras. Sumo sacerdote del Sol. Imhotep, al igual que su señor Zóser, es un hombre profundamente religioso. Su obra arquitectónica no tendrá, pues, una finalidad estética. Imhotep es consciente de que está construyendo algo más que una tumba destinada a un individuo; la aventura de Saqqara es la salvaguarda de todo Egipto en el Más Allá, es algo necesario para que el país siga bajo la protección de los dioses.

En una de las cámaras funerarias de Saqqara. una marca cilíndrica difícil de descifrar parece llevar por título: «carpintero de Nejen» (una ciudad santa muy antigua). ¿Acaso no se tratará de la modesta firma del genial Imhotep, presentada de modo velado para los vivos?

La gloria de Imhotep no se limitó al reinado de Zóser. Su prestigio fue aún más considerable que el de Zóser. Varios siglos más tarde, cuando el arpista del rey Intef recita una poesía melancólica sobre los grandes hombres del pasado, cita a Imhotep entre los sabios y los escritores: «Escuché —dice— los preceptos de Imhotep». Desgraciadamente, los libros de máximas de Imhotep han desaparecido. El fue durante mucho tiempo el patrón de los escritores y de los escribas, quienes, cuando empezaban a dibujar jeroglíficos, vertían unas gotas de agua en su salserilla para honrar la memoria de su antepasado Imhotep.

A partir de la XXVI dinastía, que admiró tanto al Imperio Antiguo, se crearon estatuillas de bronce que representaban a Imhotep. Aparece sentado, en una postura severa, con un rollo de papiro sobre sus rodillas. Lleva la cabeza rapada y va vestido con un traje largo. Todo en él es calma y serenidad. Su fama no cesa de aumentar. Se le adjudicará un cuerpo especial de sacerdotes, porque Imhotep se convierte en dios. Incluso forma parte de una «tríada», esa sorprendente concepción egipcia de la familia divina que no dejará de influir en la concepción de la trinidad cristiana. En efecto. Imhotep es hijo del dios Ptah, patrón de los artesanos, y de la diosa Sekmet. Se trata, pues, de un «dios hijo», venerado hasta la época de los Ptolomeos. Bajo la ocupación de Darío el Persa, los egipcios honran la memoria de un Imhotep maestro de obras y le atribuyen la creación del plano del inmenso templo de Edfu, en el Alto Egipto. La leyenda afirmaba que un libro había descendido del cielo en el norte de Menfis, la antigua capital de Zóser; Imhotep había leído el milagroso libro, descubriendo en él el plano de Edfu.

Se construyen templos y santuarios en honor del divinizado Imhotep en Karnak, en Dayr al-Bahari. en Dayr al-Medineh, en la isla de File y probablemente en muchos otros lugares. Pero su santuario más famoso fue una capilla de Saqqara. Durante la Época Baja, los griegos identifi-' carón a Imhotep con su propio dios de la medicina, Asclepios, conocido también con el nombre de Esculapio. La capilla de Imhotep fue considerada como un Asclepeion. un sanatorio en que Imhotep-Asclepios curaba a los enfermos. Las curaciones milagrosas se narraban en libros que daban esperanza y confianza a los pacientes. ¿Acaso no era la ciencia de los dioses egipcios la más eficaz?

Hay una historia de magia, en la que Imhotep ocupa el papel principal, que merece ser contada. Un papiro griego mágico nos habla del caso de un escritor que tenía que traducir al griego un libro egipcio dedicado a los milagros de Imhotep. Sin embargo, era perezoso e iba muy retrasado. El dios, que estaba descontento, puso enferma a la madre del escriba aquejándola de cuartanas. El escriba comprende de qué se trata; suplica a Imhotep que cure a su madre. Imhotep se le aparece en sueños y acepta. Sin embargo, el escriba sigue sin trabajar con el suficiente ardor; ahora le toca a él. sintiéndose aquejado de un dolor en el costado derecho. Imhotep se le aparece de nuevo en sueños con un libro en la mano. Se trata de un reproche mudo, pero el mensaje está claro: debe darse prisa en terminar la traducción. El escriba celebra la grandeza de Imhotep, se cura y se pone por fin a trabajar en serio.

La gloria de Imhotep fue tal que su nombre se encuentra aún en los escritos herméticos y en los tratados de las ciencias llamadas «ocultas». Él, el gran mago, fue uno de los modelos de los alquimistas. Zosimo de Panopolis, un alquimista griego cuya obra tuvo cierta influencia sobre Occidente, redactó un libro dedicado a Imhotep.

El arqueólogo británico W. B. Emery estaba convencido de que la

tumba del gran sabio se había cavado en el sector norte de Saqqara. Buscándola, descubrió un pozo funerario de la III dinastía, la de Zóser e Imhotep. Lleno de esperanza, llegó hasta un verdadero laberinto a más de diez metros bajo el suelo. En ese lugar había amontonadas miles de momias de ibis. El pájaro sagrado de Thot no está relacionado con Imhotep, que veneraba al dios de cabeza de ibis, patrón de los escribas y de los magos. Concretamente, el propio Imhotep fue llamado «el Ibis» y los sacerdotes de su culto formaban «el cuerpo de Ibis». Ese laberinto subterráneo era un homenaje indirecto a la memoria del maestro de obras.

Si bien la momia y la tumba de Imhotep no han sido encontrados, su obra esencial permanece viva y bien visible: vamos ya a entrar en el complejo funerario de Saqqara, lo más valioso del siglo de Zóser el Magnífico.

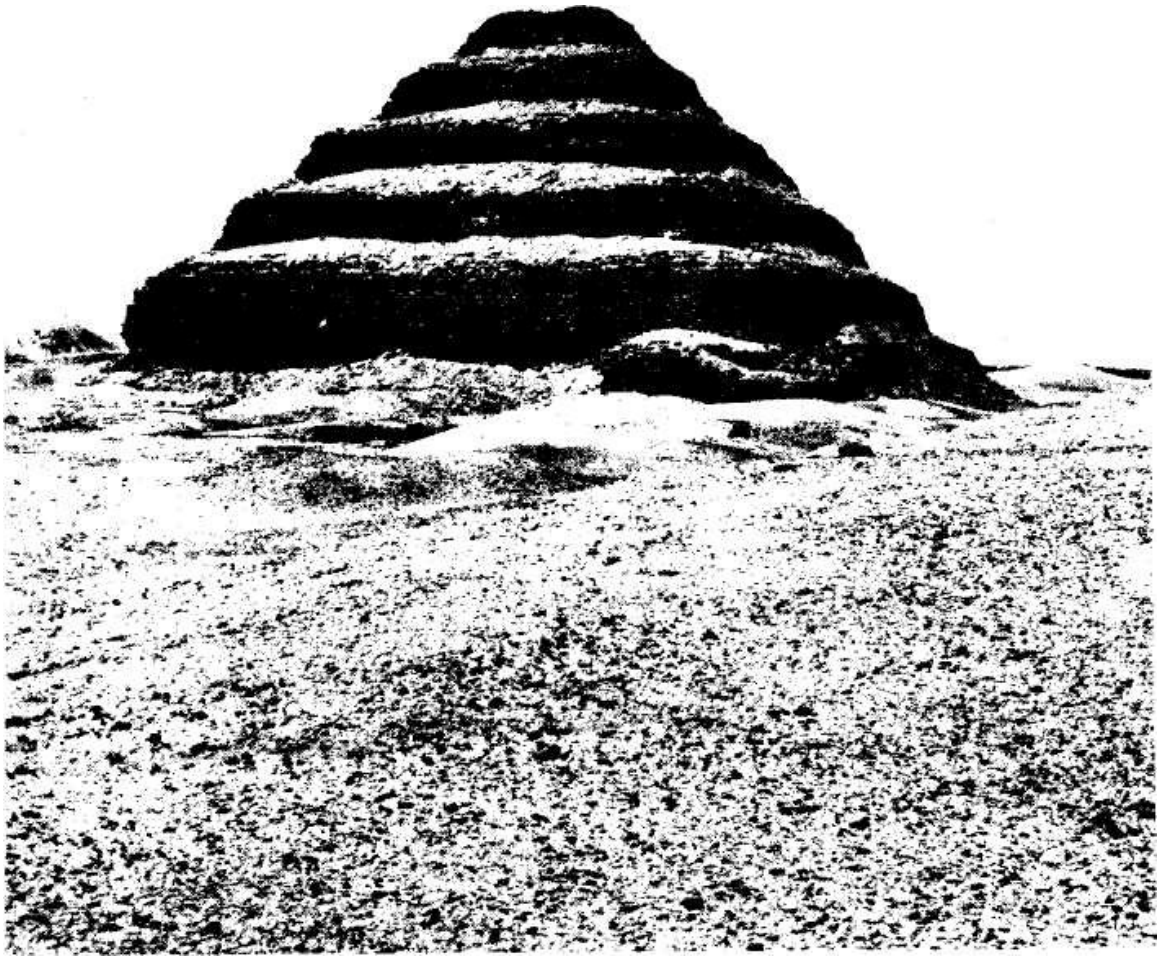
Al igual que Luxor, Karnak, Abydos o Edfu, Saqqara es un paraje mágico donde se respira el espíritu egipcio en toda su pureza. Sobre esa llanura desértica, donde casi se puede palpar el genio de la vieja civilización faraónica, nos vemos bruscamente transportados muy lejos de El Cairo, muy lejos de nuestra época. Se tiene la impresión de comunicar con esos hombres que, a pesar de los siglos, siguen cerca de nosotros. La pirámide escalonada de Zóser y de Imhotep, recinto sagrado del complejo funerario, los monumentos que se levantan hacia el cielo, no nos resultan extraños. Son parte integrante de nuestro paisaje interior, son creaciones de tal fuerza que nuestra mirada, tras haberlas contemplado, nunca las podrá olvidar.

El emplazamiento de Saqqara fue redescubierto por un general prusiano. Von Minutoli. en 1821. El ingeniero J. S. Perring empezó las exploraciones en 1837; una primera exploración sistemática se realizó en 1842-1843 por el arqueólogo alemán Richard Lepsius. En 1851. Augus-te Mariette descubrió el Serapeum. y hace recaer la atención del mundo en Saqqara. En cuanto al conjunto de Zóser. hay que esperar la campaña de excavaciones dirigida por Cecil M. Firth. de 1924 a 1927. En el mes de enero de 1924 empezó a explorar el complejo funerario y, para su gran sorpresa, descubrió los cimientos de una fachada de piedra tallada con columnas acanaladas. Al principio, no puede pensar que se trate de una obra egipcia y piensa que se trata de una muestra de arquitectura griega. Firth tuvo que rendirse en seguida ante la evidencia: se trata de una construcción de la época faraónica. El arqueólogo francés Jean-Philippe Lauer se vinculó a la exploración arqueológica de la obra de Zóser. Empezó a trabajar en Saqqara en diciembre de 1926. y actualmente aún continúa ocupándose de los monumentos.

Saqqara se encuentra en el desierto, en el límite de la llanura Libia, frente a tierras cultivadas y a los palmerales donde se han encontrado escasos restos de la gloriosa Menfis. El paraje elegido por Imhotep dominaba la capital de Zóser; no estaba muy lejos de la necrópolis de los faraones de la I y de la II dinastía, con lo que se garantizaba una especie de continuidad espacial. Estamos, pues, ante un emplazamiento que existió desde los tiempos más antiguos de Egipto hasta el siglo III d. de J. C habiéndose encontrado estatuas griegas de esta época que atestiguan que todavía tenía vitalidad.

Los graffiti grabados en las paredes de los monumentos prueban la admiración de sucesivas generaciones por la creación de Imhotep. Más de mil años después del reinado de Zóser. creyentes, peregrinos y escribas van al desierto para rendir homenaje a la memoria del gran rey. Consideran ese monumento «como si el cielo estuviera en él, como si se levantara en él

Ra». Los peregrinos piden deseos: que lo que es bueno, puro, venga del cielo y sea ofrecido al alma del faraón, legitimado en el otro mundo. Un escriba, que durante el reinado de Ramsés II asistió a una festividad religiosa, ofrece una valiosa indicación: «El escriba Nachuyu ha venido a la pirámide de Zóser inaugurador-de-la-piedra» (traducción de Jean Yoyotte). El recuerdo de Zóser y de Imhotep era algo muy concreto y que seguía vivo; se les atribuía, con razón, un gran número de innovaciones y. la más importante de todas ellas, la utilización sistemática de la piedra para levantar hacia el cielo uno de los más bellos conjuntos monumentales de la historia humana.



La pirámide escalonada de Saqqara, primera obra monumental en piedra, que se debe al

faraón Zóser y a su arquitecto Imhotep. {Roger-Viollet.)

Zóser es Saqqara. el rey es su obra. Allí fue enterrado y. por encima de ese aspecto funerario, se identificó completamente con ella, mezclando la vida y la muerte de una manera indisoluble en el «castillo encantado» de Saqqara.

¿Cómo empezaron las obras? Imhotep hizo quitar la arena y allanar la superficie calcárea. Después, se cavaron pozos en la piedra hasta veinticinco metros de profundidad, y en el fondo se puso granito. Ahora bien, no hay canteras de granito cerca de Menfis; la piedra de mejor calidad se encuentra en la zona de la primera catarata, a ochocientos kilómetros de Saqqara. Sin embargo, los bloques de granito se llevaron en barco hasta la región de Menfis. El faraón no se vuelve atrás ante una dificultad técnica.

Saqqara es ante todo la pirámide escalonada. Se encuentra en el centro de la superficie de quince hectáreas ocupada por el terreno funerario, es también el punto central del admirable ideal de Zóser: subir al cielo utilizando esa gigantesca escalera de piedra, acceder al paraíso celeste por las gradas de la pirámide para vivir en compañía de sus hermanos, los dioses.

Entre los numerosos y complicados edificios concebidos por Imhotep, la pirámide escalonada se impone inmediatamente a la mirada. Bajo esta pirámide se depositó el cuerpo mortal del faraón; en su cima, confundido con el Sol, se encuentra su cuerpo inmortal, brillando para siempre como una estrella para iluminar a las generaciones futuras.

Una inmensa tapia rodeaba el conjunto funerario; medía más de mil quinientos metros de largo y unos once metros de alto. Cada cuatro metros, más o menos, se marcaba el ritmo de la muralla por una especie de baluarte, adornado con una puerta falsa con dos batientes. Ese dispositivo de protección estaba marcado por una alternancia de partes salientes y entrantes que le daban el aspecto de una «fachada de palacio» fortificada. Probablemente, Zóser quiso reproducir la famosa «muralla blanca» que rodeaba Menfis y cuya construcción decidió Menes. De este modo, rendía homenaje a su más ilustre predecesor y magnificaba la unidad del Doble País.

Cabe suponer que el recinto fortificado de Zóser. visto de lejos, adquiría la apariencia de una larga cresta blanca que rompía la uniformidad del desierto. Brillante bajo el Sol, imponía, del modo más espectacular, la presencia de la eternidad de un faraón sobre la tierra de los hombres.

El hecho más sobresaliente es el nacimiento de la forma piramidal. Por primera vez en la historia egipcia, un arquitecto crea esa fórmula monumental, tan poderosa y particular. Era indispensable en la economía general del conjunto de Zóser: de hecho, en un determinado momento de la construcción, la línea horizontal del recinto era más alta que la mastaba clásica (la «banqueta» según la significación del término) que servía de tumba al faraón. En el ánimo de Zóser y de Imhotep se impuso la necesidad de una línea vertical, de un impulso hacia el mundo celeste. A la línea horizontal del recinto debía corresponder la línea vertical de otra forma arquitectónica, la pirámide.

Los niveles o gradas de la pirámide son, al mismo tiempo, mastabas superpuestas y escalones de una escalera que une el cielo y la tierra. Todo sucede como si el arquitecto arrancara la materia del suelo, como si el peso de la piedra no fuera un obstáculo para él sino una posibilidad de elevación. Con el nacimiento de la pirámide, Egipto sale del marco estrecho de una civilización primitiva para entrar en la historia universal.

Para acercarse a ella hay que encontrar primero la entrada de la par-

te reservada a Zóser. Imaginemos la tapia en su estado primitivo. Nos encontramos, por todas partes, con baluartes, puertas falsas que parecen estar abiertas pero que, en realidad, son efectos engañosos en la piedra; se encuentran por todas partes menos cerca del ángulo sur del lado este del recinto. En este lugar se encuentra el único acceso, abierto en una puerta monumental. Una entrada muy pequeña, a fin de cuentas, para algo tan gigantesco: seis metros de alto por un metro de ancho. No tiene ninguna cerradura; es una curiosa paradoja ya que si bien las fortificaciones se edificaban con todo lujo de precauciones, la única entrada posible tiene como única defensa su estrechez.

Lo que sucede es que, como vamos a descubrir poco a poco, la gran obra de Zóser no ha sido construida para los mortales. Solamente el alma puede penetrar por esta abertura. Al franquear esta puerta siempre nos sentimos profundamente emocionados. A pesar del Sol, a pesar de la gran claridad dispensada por el dios Ra, notamos que atravesamos la frontera de otro mundo. Para Zóser, era el umbral del Más Allá, trasladado y manifestado en la tierra de los vivos.

La magia de Zóser y de Imhotep ha perdurado en el tiempo. A pesar de las degradaciones, a pesar de lo que nos separa del gran rey de la III dinastía, entramos en su propiedad con el respeto y la sorpresa de quien se encuentra ante un mundo nuevo, asombroso, inquietante. Una vez dentro, descubrimos, por una admirable columnata de cincuenta y cuatro metros de largo, una alameda primitivamente cubierta y bordeada de cuarenta columnas; es. además, el primer espacio cubierto de columnas que se conoce. La columna es sinónimo de elevación: desde que se cruza la puerta, estamos en presencia de la línea vertical. Se afirma aún más por el espectáculo que contemplamos en el eje de la entrada: tras haber franqueado la columnata, una sala pequeña y un simulacro de puerta abierta, llegamos al gran patio del sur de la pirámide. En el ángulo suroeste hay una pared rematada con un friso de cobras enfurecidas. Nuestra mirada queda cautivada por esos amenazadores reptiles que contrastan con el cielo azul. Su papel dista mucho de ser negativo; los uraei tienen como función alejar las fuerzas nocivas que pudieran alterar el destino póstumo del faraón. ¡Que los dioses hagan que nuestra presencia no les incomode! Pues no hay que olvidar que los signos grabados en la pared son considerados como algo vivo. En los textos grabados en las paredes de las pirámides (V y VI dinastía), el sacerdote parte en dos a los animales, reptiles e insectos peligrosos para que no ataquen al rey.

Acerquémonos a la pirámide y a sus seis gradas desiguales que se elevan a más de sesenta metros de altura. Su núcleo central fue una mastaba de forma totalmente excepcional con una base cuadrada. Por consiguiente, desde el inicio del monumento Imhotep se liberó del pasado y manifestó su genio innovador. Los cuatro lados de la pirámide, cada uno de una longitud de unos sesenta y dos metros, están orientados a los cuatro puntos cardinales. Hay que ver en ello una motivación religiosa, una voluntad de colocar el monumento en armonía con el orden cósmico. La idea es característica de la religión de Heliópolis, que Zóser protegió y de la que Imhotep fue uno de los sumos sacerdotes.

Lo que sorprende en el aspecto de esta primera pirámide de la historia egipcia es la fuerza de un nacimiento. Todo es coherencia, todo es unidad en la pirámide escalonada de Zóser. Una hipótesis, a menudo mencionada, se impone en algunos manuales de arqueología: el monumento habría pasado por varios cambios sucesivos. Imhotep habría concebido primero un proyecto y luego otro. Hay que decir que esta tesis. aun permitiendo hábiles disertaciones técnicas, no llega a ser convincente. Lo que sabemos de Zóser y de Imhotep no nos induce a considerarlos como

creadores torpes, vacilantes, sin saber muy bien dónde querían llegar. No. la pirámide escalonada fue concebida tal cual desde que empezaron las obras. El deseo de verticalidad respondía a un ideal religioso, que consistía en alcanzar el cielo, de donde el faraón había venido.

Hay el cielo, la tierra y el mundo subterráneo; p :vk. iremos ahora en este último para descubrir las cámaras funerarias de Zóser, situadas bajo la pirámide. Cuando Lauer. a veintiocho metros de profundidad, perturbó por primera vez el silencio de esos lugares, descubrió una verdadera ciudad-laberinto formada por la tumba del rey, sus dependencias, la tumba de las reinas y de los niños reales, galerías, pasillos y habitaciones de diversos tamaños; se trataba de una ciudad de piedra eterna. La exploración arqueológica no ha resuelto, ni mucho menos, todos los enigmas. Todavía no podemos explicar la totalidad de ese complicado dispositivo. Sin embargo, algunos puntos de referencia permiten percibir las intenciones de Zóser.

La decoración de algunas partes de esas cámaras funerarias es esmerada. Resalta la presencia de placas de loza azul imitando las esteras de caña que adornaban las paredes del palacio menfita del rey. Además, parece ser que el arquitecto Imhotep quiso reproducir en la piedra elementos vegetales, como cañas o palmeras, y elementos de madera. La piedra tiene aquí un valor de transmutación, transformando lo perecedero en imperecedero. Esta idea se ve confirmada por la presencia de cámaras que contienen alimentos, panes, fruta, espigas de trigo, lentejas, uva. higos de sicómoro. Se asegura eternamente el alimento al rey, que no consume la apariencia de los alimentos, sino su sutil esencia. Otro índice es la presencia de columnas djed en la decoración, es decir, una especie de árbol con cuatro trazos horizontales. Esa columna es el símbolo por excelencia de lo que es estable y duradero; resulta especialmente adecuado en los cimientos de una pirámide destinada a preservar la vida de un faraón para la eternidad.

Esas cámaras funerarias están a la vez en este mundo y en el otro. En este mundo porque existen, porque han sido abiertas en la piedra. En el otro mundo porque están llenas de puertas, ventanas y aberturas falsas. Falsas desde nuestra óptica humana, pero reales para las almas justas que se mueven en esta ciudad marcada con el sello del color azul, como si el cielo se encontrara también debajo de la tierra.

Nos espera una maravillosa revelación, porque el faraón Zóser está físicamente presente en sus posesiones subterráneas. No está presente en su momia, de la que sólo se encontró un pie. sino por las estelas en que se muestra a Zóser efectuando actos rituales. Se le ve sobre todo corriendo, mostrando una potente musculatura, con el flagellum en una mano y el mekes en la otra. El flagellum es una insignia de gobierno, el mekes es un estuche que contiene el «testamento» por e! que los dioses legan al faraón la tierra de Egipto para que éste le dé felicidad y prosperidad. La carrera que efectúa Zóser es un momento de la fiesta del sed. Durante esta ceremonia, los dioses de las provincias de Egipto, representados por los sacerdotes, se unen en torno a la persona real para devolverle fuerza y vigor. Los egipcios pensaban que la energía del faraón se agotaba después de un cierto número de años de reinado. Zóser, revivificado por los dioses, manifiesta al correr su fuerza recobrada y su aptitud para gobernar. Durante la fiesta del sed. el rey sube al trono del Alto Egipto llevando la corona blanca y al trono del Bajo Egipto llevando la corona roja. Se reservaba un lugar especial para este rito. Ahora bien, se ha encontrado en Saqqara un estrado de doble escalera que corresponde a la doble aparición

del faraón, uniendo el sur y el norte. La conmemoración de este acontecimiento se ha juzgado lo suficientemente importante para Zóser como para figurar en la temática de las cámaras subterráneas y en la de los monumentos de la superficie. Sin duda alguna. Zóser se garantizaba de este modo una eternidad de las fiestas del sed. una renovación infinita de su fuerza. Posteriormente, algunos reyes se contentaron con algunos bajorrelieves. ¡Zóser, por su parte, hizo construir un inmenso complejo monumental con el mismo propósito! El contraste es considerable.

Existe otro enigma que bloquea nuestra comprensión de las «cámaras funerarias» subterráneas de Zóser. El faraón se había reservado dos tumbas: la que se encuentra bajo la pirámide y otra bajo el macizo del recinto sur. a más de doscientos metros de su momia. Esa tumba del sur imita, además, el panteón situado bajo la pirámide; se encuentra allí la representación de Zóser celebrando los mismos ritos. Solamente las creencias religiosas pueden explicar lo extraño de un dispositivo de este tipo. Los egipcios habían captado la complejidad del ser humano. Sabían que se componía de entidades tan diferentes como la fuerza energética, el corazón-conciencia. la sombra, etc. Una de las tumbas de Zóser está destinada a uno de los aspectos de su ser. probablemente lo que se podría llamar su cuerpo mortal, mientras que la otra está reservada a su cuerpo «imperceptible». Conviene señalar otros descubrimientos importantes. En unas cámaras se han encontrado dos sarcófagos de alabastro, uno de ellos conteniendo los restos mortales de un niño, tal vez una hija de Zóser. Un sarcófago era una obra maestra de carpintería, parcialmente recubierta de una capa de oro fijada por clavos de oro. ¡Y cuál no sería la sorpresa de los arqueólogos al descubrir una gran cantidad de vasijas de piedra dura amontonadas en algunas habitaciones! Se cuentan, al menos, cuarenta mil en alabastro, pizarra, diorita. dolerita, granito, etc. Varias de ellas tenían grabado el nombre de faraones de la I y la II dinastía y de personajes importantes. Hay una vasija que destaca ofreciendo una de las claves del conjunto: servía de soporte a un texto que desea a Zóser un millón de fiestas del sed, es decir, que su reinado se renueve eternamente.

La acumulación de estas vasijas es un acto mágico. Zóser rinde homenaje a los faraones que le han precedido, preserva su recuerdo en su ciudad eterna. Recíprocamente, esos antepasados le asegurarán la inmortalidad de su ser.

Salgamos ahora de la zona subterránea y volvamos a la superficie. Nuestra atención se centra fundamentalmente en dos edificios rectangulares de techo abombado, la «casa del norte» y la «casa del sur», edificios que corresponden a las dos partes de Egipto y que desempeñan un papel importante en la celebración de la fiesta del sed para la que se concibió la compleja red de monumentos situados en el interior del recinto. Destacan también unas columnas que prefiguran la columna dórica griega, que no aparecerá hasta dos mil años más tarde.

Experimentaremos una intensa emoción al dirigirnos hacia el patio del sirdab, frente al extremo este de la cara norte de la pirámide escalonada. En el sirdab, esa cámara ciega que contiene las efigies del muerto, nos espera Zóser. Está ahí, inmortalizado para toda la eternidad en una extraordinaria estatua de piedra. En la actualidad, un molde reemplaza el original que se conserva en el museo de El Cairo, pero la representación del faraón ha conservado toda su fuerza. En realidad, el sirdab no es una cámara completamente ciega; tiene dos agujeros en una de las paredes que le permiten a Zóser contemplar el mundo de los vivos. Como si estuviera situado dentro de una piedra cúbica, en el otro lado del espejo, asiste al desarrollo de la comedia humana, inspirando con sus consejos a

aquellos que buscan la sabiduría.

Zóser va vestido con un traje ritual largo, y sólo se ven sus manos y sus pies. Lleva una larga peluca cubierta de una tela plisada y la barba postiza, considerada en sí como una divinidad. Los ojos de cristal de roca, que estaban engarzados en alvéolos de cobre, han desaparecido. Sin embargo, la mirada de Zóser sigue presente, sigue dando vida a esa cara de una gran severidad, con pómulos salientes, subraya la actitud hierática del faraón, con la mano izquierda extendida sobre el muslo y la mano derecha cerrada sobre el pecho. Nos traspasa hasta lo más hondo del alma. Ante la estatua de Zóser, nos damos cuenta de hasta qué punto en el faraón se daba una sutil comunión entre el hombre y la divinidad.

Probablemente, había otras estatuas del rey dentro del recinto, pero solamente ha sobrevivido la fabulosa obra maestra del sirdab. Cabe mencionar también los emotivos restos de un grupo escultórico del que, sólo subsiste cuatro pares de pies pertenecientes a personajes diferentes: estableciendo comparaciones con otras obras de aquella misma época, cabe suponer que se trata de Zóser, su esposa y sus dos hijas Durante mucho tiempo se pensó que Zóser provenía del Egipto Medio a raíz del descubrimiento, en la región de Abydos, de una tumba donde se encontraron restos con su nombre. ¿Se había previsto acaso una primera tumba del rey en este lugar? Se ha podido demostrar la fragilidad de argumentos de este tipo. La vida de Zóser está ligada al desarrollo de Menfis, ciudad clave del Antiguo Imperio. Además, existía una clara diferencia de nivel de vida entre la capital y la provincia.

La creación del complejo funerario de Saqqara, como se comprenderá fácilmente, fue la obra de todo un reinado. Sin embargo, se sabe que Zóser hizo construir en Heliópolis, muy cerca de Menfis, un pequeño santuario, del que solamente quedan unos pocos restos. Uno de estos elementos conservados nos ha legado un título excepcional: Zóser es calificado de «sol de oro», con lo que se establece su pertenencia a la religión solar y cósmica de Heliópolis. Otro fragmento muestra al rey sentado, envuelto en el gran manto ritual; su tamaño es inmenso en relación al de su mujer y al de sus dos hijas. La reina coge afectuosamente a su esposo por el tobillo. Esta representación magnifica el valor de la familia, ideal profundamente anclado en el corazón egipcio.

La III dinastía nos da a conocer, además de Imhotep. a otros personajes importantes: Hesyra, cuya tumba abriga admirables relieves; Bedjmes, constructor de barcos cuya estatua, conservada en el British Museum, muestra a un hombre severo, competente, que sostiene una azuela en la mano; el funcionario Sepa y su mujer Nesert, que forman una pareja muy digna, él con su bastón en la mano derecha, ella con una ceñida túnica de escote en V y grandes pulseras en las muñecas.

Sin embargo, tenemos que hacer una observación: esos importantes dignatarios, esos hombres que gozaron de los favores de Zóser son «trabajadores», constructores, artesanos. Demostraron su capacidad en un aspecto concreto, fueron profundamente «operativos». El Egipto de Zóser no está ahogado por la administración. No es, pues, fruto del azar que la figura del maestro de obras Imhotep domine una época en que la creatividad es el valor prioritario.

Los cuentos del papiro Westcar evocan la figura de varios faraones importantes. Una deficiencia del papiro nos impide conocer el cuento fechado en el reinado de Zóser. En cambio, sí que nos da a conocer una historia de magia que se desarrolla en el reinado de Nebka, que fue probablemente su inmediato sucesor. Este relato nos ofrece una de las visiones

más interesantes acerca de la moral social de la época.

El faraón quería ir al templo de Ptah, en Menfis. Se encuentra con un importante dignatario religioso llamado Ubainer y se queda siete días con él, con lo que se retrasa en siete días su visita al templo. Sin duda, los dos hombres tenían muchas cosas de que hablar. Durante esa semana en que el religioso está fuera de casa, su mujer se enamora de un burgués, de una persona que no es noble, a quien promete hermosos trajes. Por medio de su sirvienta, atrae al hombre a su casa; en su magnífico jardín hay un estanque y una glorieta de recreo. El burgués y la mujer adúltera pasan allí dulces momentos, se bañan y se dan a los placeres del amor. El jardinero, escandalizado, se va de la casa y pone al corriente al sacerdote de lo que sucede en su casa durante su ausencia. «Tráeme mi estuche de madera de ébano y oro», le ordena su señor. En ese estuche hay cera y un libro mágico. El sacerdote mago hace un cocodrilo de cera y recita una fórmula mágica: el cocodrilo adquirirá vida y atrapará a aquel que se bañe en el estanque de su mansión. Le da al jardinero la figurilla de cera y le pide que la ponga en el estanque cuando el burgués se meta en él.

De vuelta a casa, el jardinero se indigna todavía más. La mujer adúltera había decidido incorporar a su sirvienta a sus amores impuros con el burgués. Cuando éste va a bañarse, el jardinero ejecuta las órdenes. Rápidamente, la magia revela su eficacia: el cocodrilo de cera se transforma en un monstruo de tres metros y medio de largo que atrapa al burgués y se lo lleva al fondo del estanque.

Cuando el sacerdote mago vuelve a su casa, lo hace acompañado del faraón. Le dice: «Que Su Majestad venga para que vea el prodigio que ha sucedido en su reino». El sacerdote llama al cocodrilo: «¡Trae al burgués!». El faraón está impresionado por el tamaño del monstruo. El mago lo coge, y en su mano se vuelve a convertir en una figurilla de cera. Entonces, le explica al faraón lo que ha sucedido.

El faraón pronuncia una terrible sentencia: que el cocodrilo, adquiriendo de nuevo su tamaño real, se lleve al seductor al fondo de las aguas; que la mujer adúltera sea quemada en el norte del palacio y que sus cenizas se arrojen al río.

Aunque se exagere de un modo poético propio de los cuentos, lo que es evidente es que en el siglo de Zóser no se tontea con preceptos morales tan importantes como la fidelidad conyugal.

Antes de acabar con Zóser el Magnífico, permítannos dedicar una última mirada a Saqqara. una de las obras maestras más puras del espíritu humano. A pesar de su carácter funerario, se nota hasta qué punto todo resuma aquí una fuerza naciente, una juventud de una civilización, una pasión del descubrimiento y de la novedad. La eficacia mágica no es una palabra vana: Zóser ha vencido la prueba del tiempo, ha dado a Egipto una fuerza que durará durante varios milenios, ha creado la forma piramidal, sin lugar a dudas la más pura y la más perfecta de todas las visiones arquitectónicas del hombre.

Hay que tener presente la voluntad de Zóser de vincular de manera indisoluble lo divino y lo humano. En Saqqara construyó su tumba pero reprodujo también su palacio real, el lugar de su existencia terrestre.

Utiliza la piedra, el material aparentemente más opaco, pero lo hace transparente para la misteriosa circulación del alma. Y no olvidemos sobre todo que Saqqara es el lugar de una fiesta. Que nosotros sepamos, los egiptólogos no han subrayado suficientemente este hecho. Todo el mundo sabe hoy día que el conjunto funerario de Zóser está dedicado principalmente a la celebración eterna de la fiesta del sed. Sin embargo,

hay que ir más allá de esta simple constatación, evocar el clima alborozado del Egipto de la antigüedad, sus colores, la alegría de los hombres que la celebran, los cantos, risas, danzas. En Saqqara, la muerte es una fiesta, porque la muerte no existe. ¿Acaso los Textos de las Pirámides no empiezan con esa extraordinaria fórmula: «Oh rey, tú no te has ido muerto, te has ido vivo»?

En realidad, Zóser no se fue muerto: transmitió la vida mediante la piedra. Tras las fachadas de su palacio del Más Allá, cuidadosamente labradas, solamente hay un montón de grava. Al franquear el recinto, pasamos al otro lado del espejo, entramos en el paisaje del alma, en la realidad de una fiesta eterna.

4

Snofru el Constructor

Hacia el 2575 a. de J.C., un rey llamado Snofru (o Snefru) funda la IV dinastía; su reinado durará hasta el año 2551. Ejercerá, pues, el poder al menos durante veinticuatro años, y quizá más. Snofru es el monarca de quien sabemos menos cosas, y con mucho. Existen bastantes indicios que hacen suponer que Snofru fue el mayor constructor de la historia egipcia, conjugándose en su reinado una formidable actividad arquitectónica con un espíritu de paz y un desarrollo económico armoniosos.

Para los egipcios, Snofru será el rey bueno y generoso. Se le conocía por el epíteto excepcional de «rey bienhechor de todo el país». Muchas localidades incorporaron «Snofru» en su nombre. Varios siglos después, en el Imperio Medio, gozaba de una gran popularidad y se le rendía culto. Snofru sabía mostrarse familiar con sus allegados y cortesanos, llamándoles «mis compañeros», «mis amigos». Fue deificado en las minas de turquesa del Sinaí, donde mejoró el trabajo de los obreros. El primer faraón de la IV dinastía encarna la edad de oro en que la autoridad del rey es indisociable de su bondad. Una prueba del equilibrio interior del país ha quedado como legado: las pirámides de Snofru.

Si bien la existencia de Snofru queda oculta en las tinieblas del pasado — probablemente porque los reinados felices carecen de historia—, todavía podemos admirar su increíble creatividad arquitectónica. Snofru fue un maestro de obras genial, creando el tipo de pirámide lisa, y alzando hacia el cielo tres ejemplares gigantescos de ese monumento: una en Meidum, la más antigua, y dos en Dahshur. Tal vez la de Meidum, a diecinueve kilómetros al sur de Saqqara, había sido iniciada por un rey llamado Uni, el último gobernante de la III dinastía, pero no es seguro. No lejos del emplazamiento de Dahshur. se califica de «romboidal» a la pirámide situada más al sur; este término significa simplemente que la pendiente se rompe a media altura, dando un extraño aspecto al monumento. La pirámide romboidal parece ser la encarnación en piedra de la simbología del número dos: dos pendientes, dos cámaras funerarias, dos entradas independientes. Pensamos en seguida en el Doble País, en las dos coronas reales y en esa perpetua inclinación del espíritu egipcio en pensar el mundo en términos de dualidad, dado que el faraón —al igual que la pirámide— es el tercer término que concilia lo opuesto y lo complementario. La pirámide de Dahshur norte es absolutamente perfecta en su concepción y en su realización, y no tiene nada que envidiar a las grandes pirámides de la llanura de Gizeh. Hay bóvedas de saladizo que llegan a alcanzar quince metros de altura, cubriendo salas de unos cuatro metros de ancho, y que se

encuentran en un excelente estado de conservación. No tenemos tiempo de detenernos en una descripción arquitectónica; señalemos simplemente que Snofru. continuando las investigaciones arquitectónicas de Zóser y de Imhotep. desarrolla plenamente la forma piramidal. La pirámide no es un monumento aislado; es el centro de un «complejo» funerario que comprende instalaciones para los muertos, los nobles que forman la corte del faraón en el Más Allá y en la Tierra, pero también para los vivos. Tras la muerte de Snofru se exonerará, eternamente, a sus «ciudades pirámides» de todo tipo de impuestos y de cargas. Las personas que vivían en esos parajes sagrados o que acudían a este lugar para desempeñar su profesión, sacerdotes y empleados, gozaban, pues, de privilegios fiscales, último regalo del buen rey Snofru.

Snofru hizo grabar en su templo funerario una lista de los territorios que le pertenecían. Esas tierras se representan mediante hermosas mujeres que llevan ofrendas al rey para que su vida eterna discurra en la abundancia y la felicidad. Cada territorio lleva un nombre, del tipo «nodriza de Snofru» o «sandalia de Snofru». Probablemente todo Egipto acude de este modo en procesión ante su rey para ofrecerle lo mejor que tiene, reflejando la existencia de una economía religiosa cuyo centro es el faraón.

Durante el reinado de Snofru. la administración egipcia se confía a su primer ministro que se suele designar con el nombre de visir. Es el jefe del ejecutivo, el primer personaje del Estado después del faraón; dirige muchos servicios, se preocupa de la buena marcha de la justicia (de la que él es responsable), y vela por las finanzas, la agricultura, las obras importantes, el ejército, los archivos reales, los títulos de propiedad y contratos de todo tipo. Tiene títulos sacerdotales como «sacerdote de Maat» (la armonía universal) o «Grande de los cinco de la morada de Thot» (título que refleja su ciencia): el visir está en contacto permanente con el rey. Representa la voluntad del faraón, sus ojos y sus orejas. El lugar que ocupa es. sin lugar a dudas, un cargo abrumador. Aunque ya existía antes de la época de Snofru. la función de visir no queda claramente testimoniada hasta su reinado; quizá el rey. aplicando su genio creador en este ámbito como en tantos otros, le dio su aspecto definitivo

vo. El rey y el visir son los dos mecanismos esenciales del reino; cualquier decisión esencial pasa por ellos. Hablan cada mañana de los asuntos de Estado antes de dedicarse a sus ocupaciones, que no debían dejarles mucho tiempo libre.

Parece ser que, en el reinado de Snofru. la actividad militar fue muy escasa, reduciéndose a algunas campañas en Nubia y en Libia que fueron, quizá, más bien intervenciones puntuales que guerras. Tal como es imperativo en las inscripciones en honor a los reyes, se nos habla de miles de prisioneros y de un importante botín, sobre todo en forma de cabezas de ganado. Snofru fue al Sinaí para meter en razón a algunos beduinos turbulentos. Se conocen imágenes del rey masacrando a sus enemigos, según el canon de la simbología egipcia en este ámbito. Pero esas informaciones se dan con mucha frecuencia y resulta imposible conocer con exactitud su grado de «historicidad».

En cambio, es seguro que hubo muchas expediciones comerciales, y bien organizadas. Además de esas tres gigantescas pirámides, el rey hizo construir templos, fortalezas, casas, barcos. Los talleres de escultores funcionaban con muchos medios. La buena marcha de las obras supone una economía bien dirigida, transportes que repartan a tiempo las materias

primas, gremios jerarquizados. Se sabe, por ejemplo, que cuarenta naves grandes lavaron, en un solo año. una gran cantidad de madera aeschynomcne a Egipto. Se citan diversas confieras que el faraón hacía traer del Líbano y de Biblos. Snofru también empezó a explotar los recursos naturales de Nubia. vinculándola de un modo más claro a Egipto, a raíz de expediciones en las que el ejército del faraón demostró su fuerza.

El refinamiento de la corte de Snofru debía de ser excepcional. Estamos seguros de ello gracias al maravilloso mobiliario descubierto en la tumba de la esposa del rey. la reina Heteferes. Además, se trata de una tumba intacta, situada cerca de la gran pirámide, que nos ha legado un dormitorio que consta fundamentalmente de una cama con patas de león, cabecera de madera para colocar la nuca, y un gran sillón con ornamentación vegeta!. Forma un conjunto robusto y delicado a la vez. que muestra las cualidades más importantes de esta edad de oro.

Una obra literaria muy hermosa, uno de los cuentos del papiro Westcar. nos permite entrar en la intimidad del palacio de Snofru. Es norma de este tipo de escritos representar al faraón de manera muy humana, y hasta prosaica. De este modo, nos enteramos de que Snofru deambula como un alma en pena, buscando en vano de qué modo distraerse. Pide que se le traiga un sabio, el sacerdote-lector Djadjae-mankh. especializado en magia. El hábil personaje encuentra un remedio para disipar la nostalgia del faraón. Le aconseja que vaya al lago que se encuentra cerca del palacio y que de una vuelta en barca con hermosas mujeres; disfrutará viéndolas remar y, al mismo tiempo, admirará un paisaje de campos, verdes orillas, malezas. Al rey le parece bien la idea. Por esta razón, se traen remos de madera de ébano cubiertos de oro y veinte mujeres extraordinariamente hermosas, de firme pecho y cabellos trenzados. Se quitan sus vestidos y se ponen ceñidas redecillas que resaltan sus encantos naturales.

El paseo se inicia con alegría y buen humor. El rey aprecia esta encantadora compañía, que rápidamente aleja de él la melancolía. En la parte trasera de la barca una de las mujeres que reman está preocupada por su trenza: entonces, se produce un dramático incidente. De repente, la muchacha deja de remar y se calla; sus compañeras hacen lo mismo. El rey se inquieta. Le explican lo que ha sucedido. A su «superiora». la mujer que dirigía la operación, se le ha caído una joya que apreciaba mucho. «No tiene ninguna importancia —objeta el faraón—; le daré otra mucho más bonita.» Y pide que continúe el paseo; pero la desafortunada mujer se niega. Quiere esa joya y no otra cualquiera. Ante esa obstinación, el propio faraón se encuentra desarmado. Si es así. sólo queda una solución: volver a llamar al mago que le había aconsejado ese periplo en barca. Llega Djadjaemankh y el rey le explica la situación. El experto no se amilana frente a este problema. Imposible buscar la joya a tientas o enviar buceadores para que lo hagan; lo más simple es pronunciar unas palabras mágicas que ofrecen un resultado sorprendente: haciendo gala de su poder, el sacerdote-lector Djadjaemankh levanta la mitad de las aguas del lago y las coloca encima de la otra mitad. De este modo, se facilita de manera considerable la búsqueda. Rápidamente se encuentra la joya en cuestión, un colgante que tiene forma de pez. El mago hace que las aguas vuelvan a su sitio y el paseo del rey Snofru y de sus remeras puede, por fin. continuar.

Según ha mostrado Philippe Derchain. esta historia entraña una compleja simbología religiosa, como sucede en la mayoría de cuentos egipcios. Las remeras no son mujeres de vida alegre, sino sacerdotisas de la diosa Hator. La intervención del sacedote-lector. gran especialista de la magia sagrada en la corte del rey. recuerda el célebre milagro del mar Rojo, aunque no se pueda plantear una vinculación muy precisa.

Snofru. inquieto por el futuro de su país, consulta a un adivino llamado Neferty. Adelantándose cuatro siglos, el adivino describe un espectáculo apocalíptico. Los asiáticos invadirán las Dos Tierras, destruirán todo a su paso, derribarán los templos, se secarán el Nilo y los canales, se abandonará el palacio real, se ocultará el Sol. Sin embargo, afortunadamente, llegará un salvador que librará a Egipto del yugo extranjero y restablecerá la armonía. Al igual que Snofru. que la posteridad calificará de rey bienhechor, este hombre hará conocer a su pueblo una edad de oro.

El texto en que se encuentra esta historia se llama la Profecía de Neferty. Este texto describe los problemas del primer período intermedio que sobrevino después de la caída del Antiguo Imperio, y el inicio del Imperio Medio con la llegada al poder del faraón Amenemhet I. Se suele indicar que estas revelaciones —los egiptólogos piensan que se escribieron una vez sucedidos los acontecimientos y no antes— se hicieron a Snotru. Entre él y Amenemhet I hay numerosos puntos comunes: dos reinados ilustres, faraones que reinan en un país equilibrado y rico, personalidades a la vez fuertes y benévolas. Pero Snotru seguirá siendo el constructor por excelencia. Será, para siempre, el faraón de las tres pirámides, el hombre de un Egipto en la cumbre de su felicidad y de su creatividad.

5

Keops, Kefrén y Mikerinos o el reinado de los gigantes

A pesar de la escasa documentación existente, resulta evidente que el Egipto de la época de Snofru era un país de una extraordinaria prosperidad. Al rey de la edad de oro)e sucedieron tres gigantes: Keops. Kefrén y Mikerinos. Tres nombres mágicos de gran incidencia en la gloria del Antiguo Egipto, tres personalidades vinculadas a uno de los más bellos emplazamientos arqueológicos del mundo, la llanura de Gizeh donde se alzan sus tres pirámides. Ésta es la única de las siete maravillas del mundo que ha sobrevivido.

Keops sube al poder hacia el 2551. Mikerinos muere hacia el 2471. Durante esos ochenta años. Egipto se mantiene hierático. sereno, y construye; tiene la fuerza de sus piedras eternas; comulga, sumido en una fe real, con su rey-dios, con esas pirámides, esa luz petrificada que se alza hacia el cielo. La humanidad alcanza una cima que nunca volverá a conseguir. Desde un principio hay que desechar el estúpido fantasma de miles y miles de esclavos destrozados por el calor, con la espalda marcada por los latigazos, subiendo piedra tras piedra al lugar de las obras, dirigidas por sádicos contramaestres. Desgraciadamente, muchos libros todavía ofrecen imágenes grotescas y lamentables. Quien conozca las pirámides de la época en que vivieron sus constructores, sabe que fueron construidas por maestros de obras de talento, personas que tallaban la piedra, especialistas en su levantamiento y en geometría, cuya capacidad es. quizá, inigualable. Construir una pirámide no era cosa de esclavos o de oprimidos. La perfección de la obra realizada excluye todo trabajo servil o mecánico. No olvidemos que el buen rey Snofru. que había hecho construir tres pirámides, nunca fue considerado un tirano. Sin embargo, sus dos pirámides de Dahshur alcanzan un volumen de más de tres millones de metros cúbicos, es decir, más que el de la gran pirámide atribuida a Keops. Conocemos a la perfección ia vida cotidiana de los hombres que trabajaban durante los reinados de Keops. Kefrén y Mikerinos: las escenas de las mastabas. las tumbas de los ilustres, no muestran un pueblo de esclavos sino gente laboriosa y feliz de vivir. En lo que se refiere a los equipos de artesanos propiamente dichos. se cree que su organización estaba calcada de la de la tripulación de los barcos. Reinaba en ellos una estricta jerarquía, indispensable para el buen funcionamiento de la obra. Como sucedía en la época de las catedrales, existía una frontera clara entre el reducido número de especialistas y la masa de obreros.

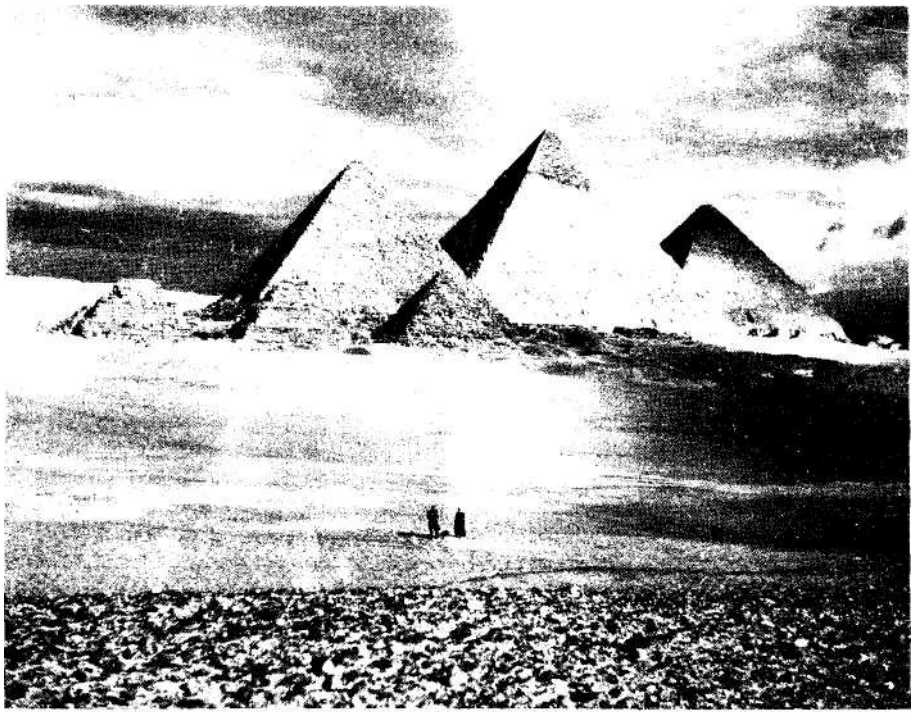
La llanura de Cnzeh. donde se alzan las tres pirámides egipcias más grandes, era un lugar sagrado que se llamaba «el alto». Esos admirables monumentos forman, junto con la Esfinge, un conjunto indisociable. Por esta razón hemos querido hablar, en un mismo capítulo, de los tres faraones que legaron esas obras maestras a la posteridad.

El nombre egipcio del rey Keops es Klmfiü. "que él [el dios) me proteja», a veces traducido como «que Jnum (el dios carnero de la ciudad de Elefantina) me proteja». Casualmente, no poseemos más que un solo retrato del constructor de la gran pirámide: una pequeña estatuilla de marfil de nueve centímetros de altura, conservada en el museo de El Cairo. El rey. vestido con un faldellín y ataviado con la corona roja, está sentado en su trono \ sostiene el flagelluin en su mano derecha. El rostro muestra

severidad y decisión, el hombre se siente seguro de su poder: pero una ligera sonrisa anima esa expresión austera.

¿Por qué existe solamente una imagen de piedra del mayor constructor egipcio? Algunos han querido ver en ello la expresión del odio que sentía el pueblo hacia el. pero esta explicación es inaceptable. Se han conservado muchos retratos de Akenatón, el faraón más criticado y más odiado por muchos de sus sucesores. También Kefrén era considerado como un tirano: sin embargo, se le representó con mucha frecuencia. En realidad, no sabemos por qué razón es tan pobre la iconografía de Keops. La pérdida de documentación arqueológica es una cuestión especialmente enigmática. Asimismo, existe escasa documentación acerca del reinado de Keops (2551-2528). Se sabe que protegió las minas del Sinaí frente a las incursiones de los beduinos, que tuvo templos en Dandera. en el Alto Egipto, y en Bubastis. en el Delta. Su madre era Heteferes. cuya tumba hemos mencionado en el capitulo anterior. El misterio de ese panteón inviolado no ha sido resuelto: si bien las vísceras de la rema han sido encontradas en cajas de alabastro, el sarcófago no contenía ningún cuerpo momificado. Imposible, en este caso, pensar que ello se debe a la intervención de saqueadores de tumbas, como se suele plantear con demasiarla frecuencia para las sepulturas de! Antiguo Imperio.

¿De dónde procede la mala reputación de Keops? Estamos convencidos de que fueron los griegos, en especial Herodoto. quienes ensuciaron su memoria. No cabe duda de que. en la época de decadencia de Egipto. una literatura antifaraonica sirvió de base a los chismes del «reportero» griego que se entretuvo en contar anécdotas de baja estofa. Según Herodoto. Keops llevó a los egipcios a la miseria. Herodoto escribe: «Un primer lugar, al cenar todos los santuarios les impidió ofrecer sus sacrificios: luego obligó a todos a trabajar para él [...] Keops llegó a tal punto de perversidad que. faltándole dinero, colocó a su propia hija en una casa de desenfreno y la obligó a ganar



Las tres grandes pirámides de la planicie de Gizeh, himnos de piedra a la divinidad, rayos de

luz petrificada, fuerzas verticales que unen el cielo y la tierra. (Ro-ger-Viollet.)

una cierta suma, cuya cantidad se ignora porque los sacerdotes no lo precisan. Ella, por su parte, además de ganar lo que su padre había establecido, tuvo la idea de legar también un monumento...» (Historias. II. 124-125.) Nada de todo esto es exacto. En realidad, el culto a Keops. así como el de Kefrén. duró unos veinticinco siglos, dado que se siguen encontrando inscripciones que mencionan al constructor de la gran pirámide de la época de Alejandro Magno.

Keops. como casi todos los faraones, era un erudito. Apasionado por la historiografía sagrada de Egipto, por los antiguos documentos religiosos, buscó el número exacto de criptas de Thot, el dios de los escribas. También fue él quien exhumó un plano del templo que data de la época de los Descendientes de Horus, semidioses que reinaron antes cié Menes. El hallazgo del faraón tino, además, felices consecuencias, puesto que e) admirable templo de Dandara fue construido según ese venerable plano. Los alquimistas le atribuyeron escritos herméticos a este rey sabio, de espíritu curioso y profundo.

Al igual que sucede con Snofru. existe un cuento que nos permite penetrar en la corte del rey Keops en medio de una atmósfera familiar y sobrenatural a la vez. El hijo de Keops. Djedefre. también un hombre sabio, anuncia a su padre que un prodigioso mago vive en la tierra de Egipto; se trata de un mago que el faraón no conoce. Este ser excepcional se llama Djcdi y reside en una ciudad cuyo nombre es «Snofru es duradero», cerca de la pirámide de Snofru en Meidum. El tal Djedi es un personaje tan fuera de lo común que come quinientos panes y medio buey, y bebe cien cántaros de cerveza al día. aunque tiene ciento diez años. El que tenga esta edad no es puro azar, ya que ésta es la edad de la sabiduría según los antiguos egipcios. Djedi. que conoce el número exacto de las cámaras secretas del dios Thot, también sabe domar leones y volver a poner en su sitio cabezas cortadas.

Keops no se queda indiferente ante estas revelaciones, ya que precisamente quiere conocer esas cámaras secretas para reproducirlas en su templo funerario. Le pide a su hijo que busque al mago y que lo traiga a la corte. El hijo del faraón hace el viaje en silla de manos, llega a la casa del mago, a quien le están poniendo pomada y dando masaje en los pies. «Vengo de parte de mi padre», anuncia el príncipe heredero mientras ayuda al viejo sabio a levantarse. Djedi acepta ir a la corte de Keops.

Una vez ante el faraón, exclama: «¡Se me ha llamado y he venido!». El rey parece fascinado por este personaje. Está especialmente interesado por uno de sus prodigios: «¿Realmente sabes volver a poner en su sitio una cabeza cortada?», le pregunta. «Claro», afirma tranquilamente el mago. De todos modos. Keops quiere verificarlo. «¡Que se mate a un prisionero y se le traiga después!», ordenó el faraón.

Djedi no duda en oponerse a la voluntad real. Pronuncia entonces unas emotivas palabras: «No. un ser humano no. soberano, mi señor, porque está prohibido hacer semejante cosa con el sagrado rebaño de Dios». Keops. convencido por esta advertencia, reconoce la sabiduría del mago. No se trae a un prisionero sino una oca con la cabeza cortada. Entonces. Djedi da fe de sus capacidades y vuelve a unir la cabeza al cuerpo del ave. Sin estar aún del todo convencido. Keops hace practicar la misma experiencia con un buey. El mago vuelve a conseguirlo y pone en pie al cuadrúpedo, devolviéndole la vida.

Esas pruebas tenían un sentido. Keops quería saber si el mago era realmente digno de su confianza. Dándose cuenta de que sus poderes no son pura fanfarronería, le plantea entonces la pregunta clave: ¿cuál es el

número de cámaras secretas de Thot? Djedi no lo sabe, pero conoce la manera de saberlo: hay que ir al templo de Heliópolis, la ciudad santa del Sol. y abrir un cofre de sílex que contiene la información que el rey busca.

El dios Keops —dado que los textos le designan como «dios» o como «gran dios», títulos a menudo aplicados a los faraones del Antiguo Imperio —, hizo construir ese prodigioso monumento que se llama la «gran pirámide» cuya altura alcanza unos 147 metros. Actualmente falta su parte superior; la superficie que abarca es de unas cuatro hectáreas, y sus cuatro caras se orientan a los cuatro puntos cardinales con una precisión admirable. La mayoría de bloques, algunos de los cuales llegan a alcanzar diez metros de largo, pesan como mínimo dos toneladas. Si la pirámide fuera hueca podría contener San Pedro de Roma. «Keops pertenece al horizonte» es el nombre de este increíble edificio. Para los egipcios, el horizonte es un concepto sensiblemente diferente del nuestro. Es la expresión de una zona de luz en los confines del mundo. La pirámide evoca un rayo de luz petrificado; al recubrirse de piedra calcárea, sus cuatro caras eran como «espejos» que hacían que los rayos solares se reflejaran e iluminaran las comarcas circundantes.

Cuando Gustave Flaubert viajó a Oriente a mediados del siglo xix subió a la cumbre de la gran pirámide. El espectáculo que descubrió, la emoción que sintió, le impresionaron profundamente. ¡Qué gran escritor podía dar una descripción exacta! Flaubert escribe: «Cubrirse uno con el abrigo, porque hace mucho frío, y callarse; es todo». Los árabes, tras haber conquistado Egipto, tuvieron dos tipos de actitud ante la extraordinaria espiritualidad encarnada en las pirámides. Algunos, como Ibn Wasif Chah. se mostraron respetuosos: «Las pirámides —explica— estuvieron envueltas de espíritus inmateriales. Se les ofrecían víctimas, ceremonia que debía protegerlas de quien quisiera acercarse a ellas, salvo de los iniciados que hubieran realizado los ritos necesarios». Otros, en cambio, actuaron como si fueran profanadores. Éste fue el caso de Al Mamún. quien reunió ingenieros y obreros para abrir la gran pirámide y saquear los tesoros que allí se encontraban. Algunos viejos sabios le aseguraron que esto era imposible. Al Mamún hizo caso omiso; utilizó todos los medios a su alcance, fuego, productos corrosivos, palancas, pero no encontró la verdadera entrada.

Al Mamún no era un califa ignorante. Era un hombre cultivado, erudito, que había estudiado muchos escritos científicos. Poseía una clave tradicional de la que se esperaba mucho: la entrada de la pirámide estaba situada en la cara norte. Además, la información era exacta puesto que el alma de Keops podía, por esta salida, unirse a las estrellas circumpolares. Sin embargo, transcurrieron varios meses de trabajo sin encontrarse nada. El califa iba a renunciar cuando se produjo un incidente. Un equipo de obreros oyó el ruido provocado por la caída de una piedra dentro del edificio. A partir del lugar en cuestión, se excavó hasta encontrar el pasillo de entrada. De este modo se identificó la verdadera puerta, móvil en su origen, y luego fijada de manera hermética.

Al Mamún entró en la gran pirámide. Como no podía destruir el granito, venció el obstáculo perforando la piedra calcárea más frágil para pasar al otro lado. ¿Qué descubrió? No se sabe de manera precisa. La tradición habla de una estatua de hombre de piedra verde, colocada en una pequeña habitación. Se trataba, en realidad, de un sarcófago. En su interior, había un cuerpo de hombre cubierto con una coraza de oro con incrustaciones de pedrería y una espada admirable sobre el pecho. Cerca de la cabeza tenía un rubí rojo, grande como un huevo de gallina y que rasgaba las tinieblas como Lina llama. La pelvis de esmeralda contenía un oro muy puro. Esto

hace pensar, claro está, en el sarcófago y en la momia del rey Keops. Pero todo esto ha desaparecido. El venerable cuerpo habría sido abandonado en el desierto y la estatua verde depositada cerca de un palacio de El Cairo, donde se pudo ver hasta el año 1118.

El califa, dándose cuenta de que el dinero que había gastado para esos trabajos correspondía exactamente a lo que valían las riquezas contenidas en la pirámide, llegaría a la conclusión de que los antiguos lo habían previsto todo. Nunca sabremos si Al Maniún fue un excavador afortunado. ¿Fue un mal profanador o supo guardar el secreto de lo que había visto?

En la Edad Media se consideró que las pirámides eran graneros edificados por los antiguos revés. Para los árabes, la tradición egipcia no representaba nada, y demolieron sistemáticamente las pirámides saqueándolas para construir sus casas; empezaron por el revestimiento. Con frecuencia, se ignora que la pirámide de Mikerinos perdió el suyo en el siglo X\ . y que el de Kefrén todavía estaba intacto en el siglo xvii. Algunos decenios de ignorancia y de vandalismo ponían así en peligro una obra que desafiaba el paso del tiempo. El interés que concede nuestra época a las civilizaciones antiguas ha salvado las pirámides. ¡Que podamos seguir preservándolas aún durante mucho tiempo!

La posición geográfica de la gran pirámide es singular. Su meridiano es el que más tierras atraviesa y menos mares cruza. Divide la extensión de las tierras en dos partes iguales. Se suele decir que esto es una coincidencia, pero la orientación no es fruto del azar. Su sorprendente precisión es el resultado de una ciencia. La armonización del monumento con el verdadero norte, la orientación de las cuatro caras a los cuatro puntos cardinales, calculada prácticamente sin error alguno, da fe de la existencia de una comunidad de sabios. El arquitecto Jean-Philippe I.auer escribe: <- Los conocimientos astronómicos no eran cosa del dominio público: estaban íntimamente Ugados a la mitología, que intentaba establecer relaciones entre las divinidades o espíritus del Más Allá y los astros, v constituían una ciencia de orden netamente esotérico».

La técnica de edificación del monumento sigue siendo desconocida. Se han formulado múltiples hipótesis, pero no se ha conservado ningún documento de la época. Algunos bloques enormes provienen de Asuán. a 800 km al sur de Ciizeh. Hubo que construir barcos sólidos y de gran tamaño para transportar bloques, ya que algunos de ellos pesan más de cuarenta toneladas. Una vez desembarcados, el arrastre presentaba también graves problemas. Según una pintura de la tumba de Beni Has-san. que data del Imperio Medio, un coloso de siete metros de altura era llevado por ciento setenta y dos hombres. Se utilizaba un trineo, rodillos de madera, cargaderos, palancas. Un obrero instalado al pie de la enorme estatua echaba agua delante del trinco para que se deslizara mejor.

En la época de la construcción de las pirámides, la rueda, aunque ya se conocía, parece ser que no se utilizó en las obras de construcción. No se utilizan polcas, ni palos de carga, ni animales de tiro. La maquinaria era simple: bloques de piedra dura, tijeras de cobre, mazos de madera, sierras para arena, taladros. ¿Qué se puede deducir de todo esto? Han surgido teorías de lo más fantástico, pero no se han podido verificar. Admirando las construcciones contemporáneas, cabe pensar que los hombres de talento, tanto en el terreno espiritual como en el manual, son capaces de crear las herramientas necesarias para la obra que realizan. Los procedimientos de perforación o de levantamiento, que siguen sin ser explicados, son tal vez conocidos por algunos. La sorprendente precisión con que se ajustan los bloques —«No se podría introducir entre dos de esas piedras una aguja o un cabello», constataba el árabe Abd-Allatif— pone de relieve que se había llegado a un nivel técnico perfecto.

En la actualidad se admite como algo evidente que la disposición interior de la gran pirámide, compuesta esencialmente de tres cámaras, se debe a sucesivos cambios. Es como si un maestro de obras hubiera pensado primero en excavar la cámara baja y luego, decepcionado, la hubiera abandonado para crear la «cámara de la reina». No estando aún satisfecho, habría abandonado ese segundo proyecto para ocuparse de un tercero, éste ya definitivo, la «cámara del rey». Esta argumentación, que se basa en discusiones muy teóricas, no parece muy convincente. Supone adjudicar a los egipcios del Antiguo Imperio una ligereza intelectual más característica de nuestra civilización que de la suya.

La «cámara de! rey», de granito rosa de Asuán. nos parece que es el resultado de un recorrido simbólico que pasa por la cámara baja, oscura e inacabada, continúa por la «cámara de la reina» donde se encontraba un nicho destinado a contener una estatua v. por último, por la admirable galería, de casi cuarenta y siete metros de longitud, que da acceso a la parte más secreta del edificio. El sarcófago de Keops. de granito negro, se había colocado antes de la construcción de las paredes puesto que es más ancho que el pasillo ascendente. Era. pues, el centro sagrado en torno al cual se había construido la «cámara del rey».

Quien tiene la suerte de penetrar en la gran pirámide vive una extraña aventura: la manera de llegar al santuario es algo difícil. Hay que encorvarse, dejarse llevar por la atmósfera sagrada que reina en esos lugares, progresar lentamente. Falta aire: uno se pregunta si podrá continuar mucho tiempo respirando con normalidad. Pero dentro de la «cámara del rey» esas impresiones desagradables desaparecen. Existen, desde luego, dos canales de ventilación que atraviesan la mole de la pirámide v llegan hasta las caras norte v sur. El alma del rey las utilizaba para dirigirse hacia el cielo del norte v el cielo del sur. uniendo eternamente las dos partes del cosmos, del mismo modo que había reunido en vida las Dos Tierras.

Encima de la «cámara del rey» existen cinco habitaciones muy bajas, cámaras de descarga, que se piensa aligeran la presión de la mampostería encima de la tumba. En las dos más altas se hallan las únicas inscripciones de la pirámide: cartuchos trazados en color rojo sobre los bloques y que contienen el nombre de Keops. Ese dispositivo es único en la arquitectura egipcia.

La gran pirámide no es un monumento aislado. Para comprender su función, hay que saber que es el centro de un conjunto funerario que se organiza en torno suyo. Se han descubierto, en zanjas cavadas al este y al sur. unas barcas grandes que permitían al faraón viajar por el cosmos tras su muerte física. Esto indica claramente el aspecto dinámico de esta arquitectura. Las piedras no son algo inmóvil, sino que están dotadas de vida.

Transmiten eternidad y han grabado las verdades y el Conocimiento espiritual que perpetúan. En torno a la pirámide se alzan también pequeñas pirámides de reinas y. en el oeste, lo que se ha llamado «calles de tumbas», es decir, las tumbas de personas importantes que continúan sirviendo a su monarca en el Más Allá.

En la cara este de la pirámide se había construido un templo que actualmente está destruido. Una gigantesca calzada, cuyas paredes interiores estaban adornadas con bajorrelieves, llegaba hasta su entrada.

Desgraciadamente, esa calle cubierta ha desaparecido. El último elemento de ese conjunto es el templo bajo o templo de recepción, situado junto al valle, en la frontera del mundo de los vivos y del universo funerario. En este lugar se momificaba el cadáver, y se le llevaba en seguida al templo funerario donde se efectuaban los ritos de regeneración con la momia

preparada ritualmente. Se le introducía después en la pirámide. es decir, en la vida eterna. Así. cada etapa de la resurrección estaba marcada por la construcción de un edificio concreto; por esta razón el conjunto estaba concebido a una escala monumental.

Los egipcios consideraban la pirámide como un ser vivo. Tenía un nombre, se le hacían ofrendas, era el receptáculo de la fuerza espiritual del faraón. Cuando llegaba el otoño y la inundación cubría la tierra de Egipto, transformando el país en un lago inmenso, sólo sobrevivían los árboles y los pueblos construidos sobre colinas, que se comunicaban entre sí gracias a los barqueros. Pero hay una colina más alta que las demás: la pirámide. Se mostraba ante todos como la colina primigenia, surgida del océano en los

El faraón Kefrén, sentado en su trono, ataviado con el *nemes* y vestido con una simple faldilla. La serena fuerza del Antiguo Imperio se encuentra perfectamente ilustrada en esta estatua. (*Roger-Viollet.*)

primeros tiempos, como la vida en su aspecto inicial. Esto no era fruto del azar: el maestro de obras había sabido conciliar monumento y paisaje para hacer de él un inmenso símbolo.

Kingsland. que ha criticado las extravagantes teorías desarrolladas acerca de la gran pirámide, admite que fue concebida por un grupo de iniciados que plasmó en ella sus enseñanzas. De hecho, esta pirámide se presenta como una de las expresiones más perfectas de la Divina Proporción, clave de la armonía viva, y sería preciso un libro entero para desarrollar la simbología geométrica manifestada en la piedra. Jomard. uno de los científicos de la expedición de Egipto, se acercaba bastante a la verdad al escribir: «No cabe duda de que no es nada inverosímil pensar que en este edificio se celebraban misterios, o que tal vez se practicaran iniciaciones en las salas inferiores». En todo caso, no hay duda que la construcción de la pirámide se integra en la religión iniciática de los antiguos egipcios y que por lo tanto no puede ser ajena a ella.

Un texto árabe dice que «esas piedras están llenas de escritura con ese antiguo carácter cuyo valor se ignora hoy en día». Equivaldrían, al menos, a diez mil páginas.

El propio Manetón habla de un libro sagrado redactado por Keops para transmitir la revelación de que había sido objeto. En realidad, esos textos de las pirámides no han desaparecido. No están grabados en las paredes de las tres grandes pirámides de la llanura de Gizeh. ya que están consagradas a una enseñanza de orden puramente geométrico, sino que están grabados en pirámides mucho más pequeñas, a partir del final de la V dinastía y durante la VI dinastía.1 La visita a la pirámide del rey Unas, el primero en revelar esos textos en su tumba, es motivo de admiración. Visto desde el exterior, el monumento parece en ruinas y carece de interés. Pero cuando se toma la galería inclinada v se llesa a la cámara funeraria, la visión es inolvidable. En las paredes hay columnas de jeroglíficos de color verde, perfectamente dibujados. Como señalaba Max Guilmot. nos encontramos dentro de un libro, en el punto central del misterio.

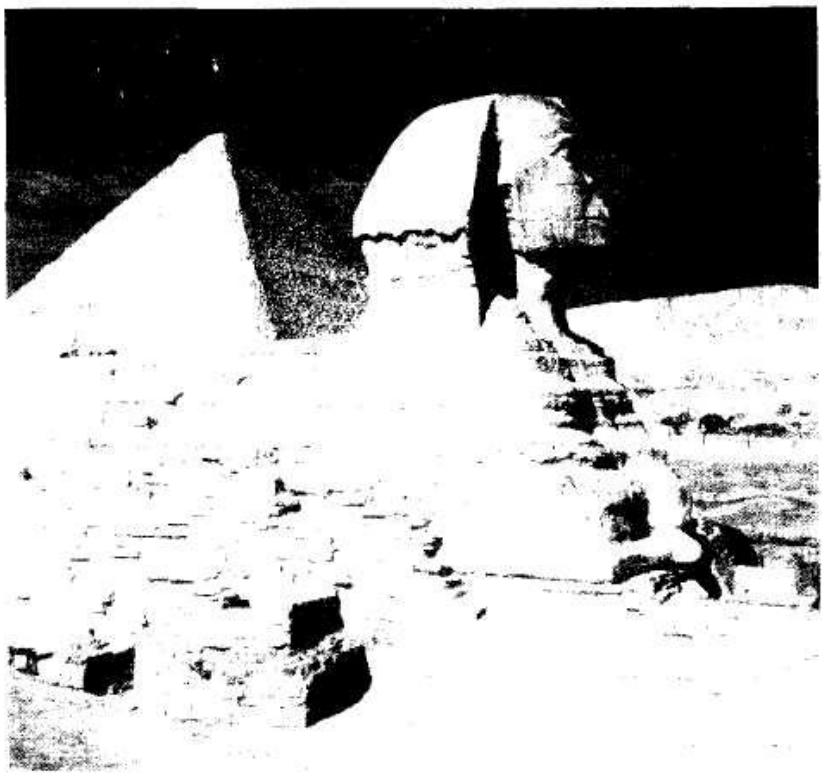
Es de todos conocido que el general Bonaparte quedó impresionado por las pirámides. Es menos conocido que pasó muchos minutos dentro de la cámara funeraria de la gran pirámide, en compañía de su guía, un religioso musulmán. Salió pálido e impresionado, él que no tenía miedo a nada ni a nadie. No quiso decir nada a su ayudante de campo. Junot. Luego explicó que había jurado mantener silencio sobre lo que se le había revelado. Las Cases, que recogió las confidencias de Napoleón, por poco traicionó ese secreto en su lecho de muerte, pero rectificó a tiempo: «¿Para qué? —dijo—, no me creerían...».

La gran pirámide no nos ha brindado todos sus misterios. Se le han consagrado muchos libros, pero haría falta poseer al mismo tiempo el saber egiptológico junto con conocimientos de geometría simbólica para poder «desentrañar ese sustancioso intríngulis».

Kefrén no sucedió directamente a Keops. Entre los dos gigantes se sitúa el reinado de Djedefre (2528-2520 a. de J. C.) quien, curiosamente, hizo construir su pirámide en Abu Roach. al noroeste de Gizeh y no en la llanura donde se alzaba la gran pirámide. Según Manetón. Kefrén. cuyo nombre egipcio significa «Ra-cuando-se-levanta». reinó sesenta y seis años. La crítica histórica actual solamente le otorga veintiséis. De este faraón nos queda una estatua de diorita que procede del templo del valle de su pirámide de Gizeh y que. a nuestro entender, es la escultura más perfecta del arte egipcio. El rey está sentado en su trono: está realmente vivo. La diorita. una de las piedras más duras, no ha sido un obstáculo para que el escultor consiga plasmar la potente musculatura del monarca. El rostro refleja una completa serenidad.

Es el símbolo más perfecto de esa edad cierta en que el rey-dios es la garantía de la felicidad en la Tierra. En la nuca de Kefrén se ha posado el halcón Horus que protege al rey con sus alas desplegadas. Esta alianza entre el hombre y el ave rapaz hubiera podido resultar desagradable, pero tiene un gran poder de seducción. El dios halcón es la fuerza celeste que vela por la institución faraónica. Al mirar ese retrato de Kefrén. se comprende por qué los egipcios consideraban que las estatuas sagradas eran algo animado, porque les abrían la boca durante los ritos de resurrección. El nombre técnico del escultor es. en egipcio, «el que da la vida», y no sobra razón para ello.

El reinado de Kefrén no parece estar marcado por ningún acontecimiento histórico digno de importancia. Según Herodoto (Historias. II. 127-128). habría sido, como Keops. un tirano: «Durante todo ese tiempo, no se



La gran Esfinge, encarnación del dios solar, vela el reposo de los justos enterrados en la necrópolis. (*Roger Viollet.*)

abrieron los santuarios que se habían cerrado. El odio que los egipcios sienten por esos reyes hace que no quieran nombrarlos: incluso llaman a las pirámides con el nombre del sacerdote Filitis. que en aquellos tiempos

llevaba a pacer sus animales por allí». Todas esas informaciones son falsas y muestran un extraño deseo de ensuciar la memoria de los constructores de pirámides.

La pirámide de Kefrén es casi tan alta como la de Keops. pero mide quince metros menos en la base, con lo que la pendiente es un poco más rígida. En la cumbre, el revestimiento de piedra caliza está casi intacto y le da un aspecto fácilmente reconocible. Un maestro de obras de Ramsés II. Mai. trabajó en este lugar, pero la interpretación de su trabajo es tema de controversia. Unos piensan que restauró la pirámide, otros que utilizó los bloques de granito para construir los basamentos de un templo de Ptah en Mentís, convirtiendo la pirámide de Kefrén en una cantera.

El acondicionamiento interior es mucho menos complejo que el de la pirámide de Keops. Dos pasillos, que corresponden a dos entradas, se unen para desembocar en una cámara funeraria que alberga un sarcófago sin adornos ni inscripciones. Los árabes consiguieron llegar allí en el siglo XII: se ignora lo que descubrieron. El templo funerario (o templo bajo) de Kefrén es una obra casi tan colosal como la pirámide. Está concebida con una gran severidad, siendo sus pilares de granito buena muestra de la grandiosa austeridad del Antiguo Imperio, y pone de relieve prodigios técnicos que siguen sin tener explicación. Algunos bloques alcanzan dimensiones enormes, llegando a pesar más de ciento cincuenta toneladas: se trata de los más imponentes de toda la arquitectura egipcia. Ese templo, durante mucho tiempo considerado como el templo de la Esfinge, es el único santuario de este tipo y de esta época que ha llegado hasta nuestros días en buen estado de conservación. Estaba enterrado bajo la arena y fue descubierto por Mariette en 1853.

Los nombres de Kefrén están grabados encima de las puertas del templo, que tiene dos entradas. Cuando se penetra en este lugar, se tiene la curiosa impresión de encontrarse en un laberinto compuesto de piedras gigantes. Las altas columnas de granito, talladas en un solo bloque, elevan el alma. Probablemente, aquí se abría la boca de la estatua del ka real, su esencia inmortal. En este lugar se habían instalado veintitrés estatuas de Kefrén en alabastro, que estaban muy bien iluminadas. Este templo era a la vez un espacio cerrado y abierto, dirigiendo la luz del sol de tal manera que daba vida a las estatuas.

El templo alto de Kefrén. desgraciadamente destruido, debía de ser enorme, si consideramos algunos restos que han quedado, como un bloque de 425 toneladas. Se cree que su fachada alcanzaba 130 metros. En el norte y en el sur se habían cavado fosos que contenían barcas utilizadas por el faraón para sus peregrinaciones celestes.

Quizá Kefrén añadió la Esfinge a estas monumentales obras. Los textos antiguos no dicen nada acerca de ella; ninguna inscripción del Antiguo Imperio nos habla de ella. La Esfinge es un león con cabeza humana, ataviado con una peluca ritual, y está situada al sureste de la gran pirámide, encarada hacia Oriente. Tiene veinte metros de altura y cincuenta y siete de largo. Muchos investigadores piensan que reproduce el rostro del faraón Kefrén. pero otros piensan que fue construida con anterioridad. El término griego «esfinge» procede del egipcio shesep ankh. es decir, «imagen viviente», uno de los epítetos de Atum, el creador y el señor del universo. La Esfinge fue considerada protectora de la necrópolis de Gizeh. haciendo guardia ferozmente para garantizar el descanso de los muertos y alejar los malos espíritus.

La Esfinge es un león, es decir, un símbolo del rey. Este gran animal era considerado como el ser vigilante por excelencia: su fuerza y su energía le convertían en garante del orden cósmico. Para que el ciclo solar se cumpliera armónicamente, unos leones estaban encargados de que el Sol se levantara y se pusiera. Se afirmaba que el felino tenía, noche y día. una mirada penetrante y que nunca cerraba los ojos. Por esta razón, se colocan esfinges delante de los templos y las tumbas.

El Imperio Nuevo identifica la Esfinge con el dios Harmakis. cuyo nombre significa «Horus en el horizonte». Se consideraba que el monumento poseía un ka y se le hacían ofrendas. Una excepcional estela nos ofrece una representación de la Esfinge con las pirámides de Keops y Kefrén perfilándose al fondo. Lleva un gran collar y custodia una estatua real colocada entre sus patas; sobre su cabeza vuela un halcón que sostiene en sus garras el símbolo del universo.

La Esfinge se vio constantemente amenazada por la arena. El rey Tutmés IV tuvo que limpiarla, y se cree que Ramsés II hizo que buenos especialistas en tallar piedra efectuaran reparaciones. Resulta extraño que Heródoto no hable de la Esfinge, ya que en la época en que viajó a Egipto, su culto gozaba de una gran importancia. ¿Por qué este silencio? ¿Acaso los sacerdotes prohibieron al extranjero que hablara del sagrado guardián de la necrópolis? La Esfinge gozó del fervor popular hasta el final del paganismo (siglo IV a. de J. C). En el siglo II. los romanos restauraron los adoquines del patio situado delante del monumento; también se debe a ellos el revestimiento de las patas del animal. La mutilación de la cara fue provocada por un emir árabe que bombardeó la esfinge con un cañón. Milagrosamente, no se produjeron más actos vandálicos de este tipo.

La Esfinge, monumento incomparable, sigue siendo algo enigmático. Algunos investigadores todavía se preguntan si existe algo por descubrir en la Esfinge o debajo de ella, a pesar de que los egiptólogos rechacen esta idea. De todos modos, se plantean dudas acerca de la planificación y

resultados de las excavaciones. Cabe esperar que algún día se produzcan descubrimientos, de tipo textual o arqueológico, que consigan aclarar la edad y la significación del protector de la llanura de Gizeh.

Mikerinos sucede a Kefrén y sube al trono hacia el 2490; reinó unos veinte años. Es el único de los tres constructores de las grandes pirámides que se granjeó la simpatía de Heródoto: «Desaprobando lo que su padre había hecho, Mikerinos volvió a abrir los santuarios y dio libertad a la población, agotada y reducida a la extrema miseria, para que acudiera a sus ocupaciones y ofreciera sacrificios; de todos los reyes, fue el que dio al pueblo las sentencias más justas [...] Mikerinos observó tal comportamiento y trató bien a sus súbditos, pero el primer infortunio que le aconteció fue la muerte de su hija, el único heredero que tuvo; la segunda desgracia que le aconteció fue la siguiente: un oráculo vino de la ciudad de Buto. anunciando que sólo tenía seis años de vida y que moriría al séptimo [...] Dándose cuenta de que su sentencia estaba pronunciada desde ese momento, mandó construir muchas lámparas; en cuanto llegaba la noche, las hacía encender, y se dedicaba a beber, a la vida placentera, sin dejar, ni de noche ni de día, de pasearse por el campo, por la floresta, y por allá donde oía decir que se podía divertir. Su intención era convencer al oráculo de que era mentira, para hacer que los seis años se convirtieran en doce, al transformar las noches en días»; (Historias. II. 129-133).

No tenemos prácticamente ninguna indicación histórica acerca del reinado de Mikerinos. salvo esas fábulas que no tienen ningún fundamento.

Los escultores nos han legado varios retratos del rey, fundamentalmente estatuas, conservados en el museo de Boston, donde aparece en compañía de su esposa a la que abraza tiernamente. También está representado en el centro de las tríadas, rodeado de dos mujeres; una de ellas es una diosa y la otra simboliza un nomo. Los cuerpos son hermosos. robustos, con una fuerza tranquila y una majestad natural. Las mujeres llevan túnicas muy ceñidas. Son imágenes de un mundo tranquilo, de una monarquía segura de sí misma, de un país que tiene fe en su propia eternidad. La belleza no necesita mostrarse mucho; se impone por su propio resplandor. El amor humano que vincula al rey y a la reina se eleva a la altura de una virtud divina.

Mikerinos. cuyo nombre significa en egipcio «estables son las potencias vitales (o la potencia vital) de Ra», no merece quizá el epíteto de «gigante», al mismo nivel que Keops y Kefrén. No se sabe por qué. pero su pirámide, la tercera de la llanura de Gizeh. es mucho más pequeña que la de sus dos predecesores. Tiene poco más de sesenta y seis metros de altura y el conjunto funerario no está terminado. Su volumen es nueve veces más pequeño que el de la pirámide de Kefrén. Hay que decir que una gran excavación efectuada en un sitio llamado Zauiet al-Aryan muestra que en este lugar se habían cavado los cimientos de una enorme pirámide. Las obras se abandonaron. ¿Prueba esto que los maestros de obras ya no disponían de los recursos necesarios para construir pirámides gigantescas? ¿Faltaban hombres o materiales? ¿Eran insuficientes los recursos económicos del país? Desgraciadamente, carecemos de documentación sobre esos puntos. No hay nada que confirme la existencia de crisis de cualquier tipo durante el reinado de Mikerinos. Su pirámide ofrece una innovación en cuanto al revestimiento, ya que un tercio de su altura es de granito y el resto de piedra caliza. La pirámide, cuyo nombre era «Mikerinos es divino», es citada en un texto del Antiguo Imperio, grabado en la tumba de Debehn: «Mikerinos ordenó que esa tumba fuera hecha para mi padre, mientras que Su Majestad estaba de camino hacia las pirámides, para ver el trabajo realizado en la pirámide llamada Mikerinos-es-divino. Su Majestad hizo venir al comandante de los barcos, al gran señor de los artesanos y a

los artesanos».

El 29 de julio de 1837. Vyse descubrió la entrada de la pirámide de Mikerinos tras seis meses de búsqueda. Al igual que las otras dos grandes pirámides, estaba situada en la cara norte, donde los mamelucos habían abierto una enorme brecha. En la cámara funeraria, situada debajo del monumento y construida totalmente en granito, el arqueólogo encontró un sarcófago de basalto, con la tapa rota y decorado como una «fachada de palacio». También había restos de un féretro de madera y algunos restos de un cuerpo momificado. Quizá se trataba de los restos mortales que los sacerdotes se habían visto obligados a enterrar de nuevo a raíz, de una profanación que. desgraciadamente, no fue la última. El sarcófago de Mikerinos. destinado al British Museum de Londres, nunca llegó. El barco que lo transportaba naufragó y esa casa simbólica donde vivía el cuerpo momificado para la eternidad desapareció para siempre.

Los propios egipcios consideraban el Antiguo Imperio como la época afortunada de la historia, la edad dorada en que su civilización alcanzó una gran perfección. /.Acaso la sociedad no está organizada en forma de pirámide, con el rey. cúspide que irradia todas las cosas, y todo el país que le sirve de base? Ya hemos visto que la historia anecdótica de los faraones es prácticamente inexistente. Tienen un único deber, una única pasión: construir, hacer templos para que se rinda culto a los dioses y que éstos vivan en la Tierra. Egipto es como un inmenso espacio en obras donde arquitectos, artesanos y obreros conjugan sus esfuerzos para embellecer la «tierra amada».

No existe ninguna preocupación estética en esta empresa, no se trata del arte por el arte: se construye para garantizar la supervivencia del rey y de la nación.

La llanura de Gizeh no es una zona muerta, siniestra, donde reina la muerte y el infortunio. En realidad, en este lugar se establece contacto entre el Más Allá y la vida terrestre. Las tumbas tienen una capilla donde acuden los vivos a festejar en compañía de las almas de los difuntos. Los sacerdotes funerarios velan constantemente para que no les falte nada a los muertos, dando vida a las ofrendas grabadas en las paredes al nombrarlas, al llevarlas a la realidad mediante el Verbo.

La organización racional de la explotación de las canteras fue. en la perspectiva del arte «útil» de que hablábamos, una tarea esencial del Antiguo Imperio. La piedra caliza se empleó para las pirámides pero también para las tumbas de los nobles: se extraía de las canteras de Tura, situadas en la orilla derecha del Nilo, casi enfrente de Menfis. Las canteras de Uadi Hammamat eran de acceso más difícil, pero ofrecían materiales de admirable calidad que han sabido vencer el transcurso del tiempo. Para llegar a ellas, partiendo del valle del Nilo a la altura de Coptos. había que andar al menos tres días por los caminos del desierto, en dirección al mar Rojo. Las expediciones estaban dirigidas por tesoreros, jefes de obra o militares de alto rango cuyas tropas velaban por la seguridad de los obreros. Podían constar de dos mil hombres: unos cincuenta bueyes y doscientos asnos eran necesarios para transportar la comida y la bebida. Se desbastaban in situ las piedras extraídas, lo que implicaba que arquitectos y talladores acamparan en grupos más o menos amplios en esa zona desértica y hostil. La fama de las canteras de Uadi Hammamat era tal. que eran visitadas por personajes muy importantes, como un hijo del rey. sumos sacerdotes o «amigos únicos del rey».

El faraón del Antiguo Imperio es un rey-dios que tiene poderes mágicos. Durante una procesión, un cortesano se encontraba junto al rey Neferirkara. El cetro del soberano tocó, casualmente, la pierna del cortesano. Choque dramático que causó pavor. El triste riesgo de morir

instantáneamente, de ser «electrocutado», en cierto modo. Afortunadamente, el faraón tiene la suficiente serenidad para decir en seguida en voz alta: «¡Que no te pase nada!». Como su palabra se convierte inmediatamente en realidad, el cortesano no sufrirá ningún efecto nocivo del choque con el cetro mágico de Su Majestad.

Como sumo sacerdote, jefe de las obras, jefe de la guerra y jefe de la administración, el faraón reúne en su persona todas las funciones humañas y todos los estados de la sociedad. En la práctica, se rodea de hombres competentes que forman lo que se llama la «corte», es decir, el conjunto de personalidades más importantes del reino. Hay que señalar que personas de condición modesta podían acceder a funciones muy altas. Escribas, sacerdotes y artesanos de condición media forman una clase intermedia, mientras que la «base» está constituida por campesinos, cuya producción está severamente controlada, pero que eran más afortunados que los fellahs contemporáneos, porque el Estado les garantizaba ayuda y asistencia en períodos de crecida excesiva o insuficiente. Además, el Egipto faraónico nunca estuvo superpoblado. La descripción que acabamos de hacer de la sociedad egipcia no debe dar la imagen de algo rígido: así. por ejemplo, se puede ser perfectamente escriba y militar, o bien sacerdote y artesano. Se trata, por consiguiente, de un cuerpo social muy flexible, sin barreras infranqueables.

En el Egipto del Antiguo Imperio, los dioses están en la Tierra. Necesitan un lugar de residencia: el templo. Por esta razón, el faraón construye su morada y agasaja a las divinidades para que éstas agasajen a Egipto. Los sacerdotes encargados de la administración de los santuarios no son creyentes como sucede en la religión católica, por ejemplo, sino que son especialistas: unos en jeroglíficos, otros en medicina, otros en liturgia, en carnicería, en la toma de hábito y en todos los ámbitos religiosos o económicos que dependen del templo. Los productos en su estado original, como el ganado o el grano, se llevan al templo; allí son «tratados» y luego distribuidos. Por esta razón, el templo no abriga solamente santuarios, sino también almacenes, talleres, establos, corrales, mataderos, salas de purificación. Es fundamental que la administración central dirigida por el rey vigile la naturaleza y la cantidad de productos que entran, de modo que la riqueza se distribuya equitativamente en el país. Además, cada templo posee su propio personal, su gestión interna, y tiene a su cargo un cierto número de tierras.

Al descifrar muchos textos, la fórmula «una ofrenda que da el rey». no se trata de una banalidad ni de un voto piadoso. Efectivamente, el faraón es el señor de la economía y solamente él puede dar cosas. Algunos casos puntuales prueban que los favores reales condicionan actividades de todo tipo; por ejemplo, él concede la autorización para emplear una determinada cantidad de piedra caliza para la construcción del monumento funerario de un noble.

Es obvio que el faraón no podía vigilarlo todo personalmente. El faraón tiene que dictar decretos administrativos y religiosos, presidir las audiencias de los tribunales, reunirse con grandes dignatarios, visitar los templos, verificar el estado de las obras, inspeccionar las minas o los caminos del desierto; por lo tanto, no se parecía en nada a un lascivo emir preguntándose cómo llenar sus horas. Por esta razón, estaba rodeado de un cuerpo de funcionarios eficaces dirigidos por el visir. En la IV dinastía se trata probablemente de un príncipe real. Luego puede tratarse de un noble elegido por el rey. A finales de la VI dinastía, el cargo se ha convertido en algo demasiado pesado para recaer en una sola persona y se comparte entre dos: el faraón nombra a un visir para el sur y otro para el norte. El título principal del visir era «director de todos los trabajos del rey», lo que

indica que tenía muchas responsabilidades. Las personas llamadas «los cortesanos», «los amigos», «los amigos únicos» del faraón son sus consejeros más íntimos. Muy cercanos a la figura real, tienen como misión vestirlo, vigilar las coronas, llevar las sandalias; entre ellos se encuentran médicos, barberos, oculistas; las comidas del faraón se confían a los cocineros, cuya misión es considerada como especialmente importante.

La administración del Antiguo Imperio está llena de títulos, algunos de los cuales son muy arcaicos. Resulta muy difícil leer la realidad concreta que se oculta tras algunos de ellos; «gobernador del Alto Egipto», por ejemplo, no implica forzosamente que el poseedor de ese título haya ejercido, de manera efectiva, una autoridad administrativa en el sur del país. Se trata de una distinción que calificaríamos hoy día de honorífica. Además, como los títulos religiosos se mezclan con los títulos profanos, resulta aún más difícil trazar un cuadro preciso y detallado de la administración de esa época. En todo caso, hay que abandonar la perspectiva puramente materialista, que adoptamos en este ámbito, si no queremos incurrir en graves errores. Para dar un ejemplo concreto, algunos jueces formaban parte de los «jefes de los secretos» y se ocupaban a la vez de asuntos humanos y divinos, con lo que no se puede asimilar a los jueces tal y como los concebimos actualmente.

El escriba es el elemento más importante del Estado, al menos en lo que se refiere a la difusión y al registro de las órdenes reales. Está protegido por el dios Thot, dispone de una paleta, de un estuche de cálamos, de una salserilla para el agua y de un recipiente con tinta negra y tinta roja. Su función es actuar «conforme al deseo del rey». Existen, sin embargo, varias categorías de escribas; unos no son más que funcionarios de poca importancia, otros acceden a la Casa de la Vida donde se les comunican los secretos de las escrituras sagradas y aprenden a crear los rituales.

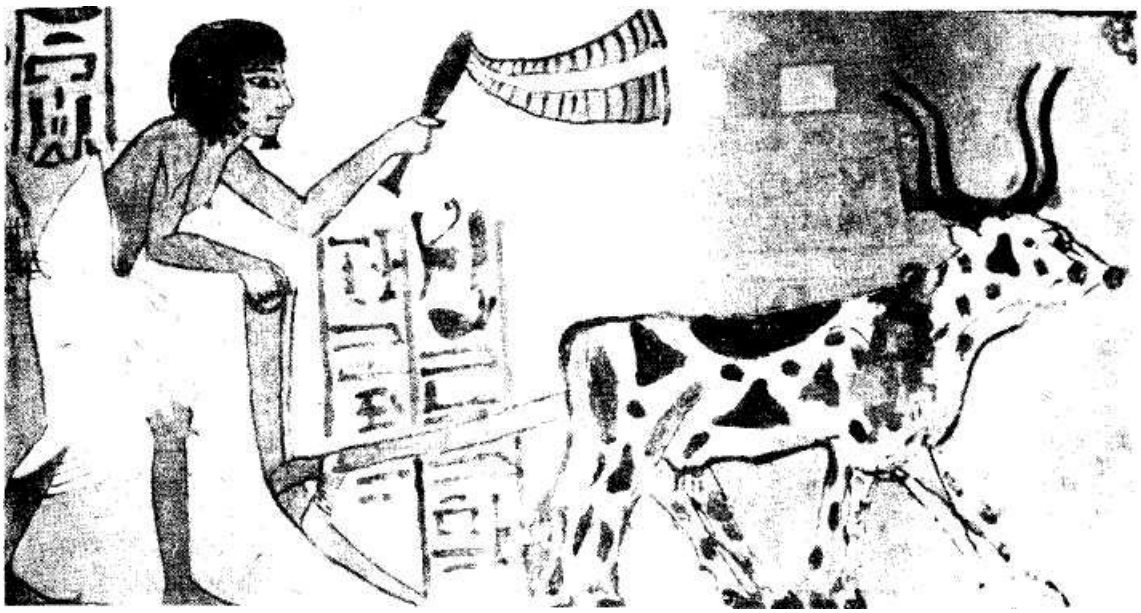
Si bien el Antiguo Imperio es una época en que los funcionarios importantes, los que están representados majestuosamente en sus tumbas, ocupan puestos clave, hay que desechar la idea errónea de que constituían una casta de nobles codiciosos, entumecidos en sus riquezas. El Antiguo Imperio rinde culto al trabajo y a la construcción. Entre las personalidades importantes, hay muchas personas que han desempeñado un trabajo manual y existen indicios de que desempeñaron de manera efectiva y correcta las funciones encomendadas por el rey. Un fenómeno importante y característico es que podían desempeñar un cargo sacerdotal de poca monta cuando iban al templo. Las personalidades importantes del Antiguo Imperio ocupan, en el marco del servicio religioso que deben desempeñar periódicamente, cargos modestos como vigilante nocturno en el vestíbulo de un santuario o en una terraza, o bien administrador encargado de la buena recepción de un cargamento de madera o de ladrillos. Hay que ver en ello la excepcional sabiduría de una época en la que el administrador mejor situado acepta servir a la comunidad sagrada sin preocuparse de su rango profano.

En el organizado mundo del Antiguo Imperio existe ejercito y policía. En lo que se refiere a las fuerzas militares, no hay ejército regular sino tropas reclutadas por los nomarcas en sus provincias y enviadas a la capital cuando se necesitaban. Se trata más bien de milicias militares que de regimientos profesionales. Este ejército es necesario en circunstancias precisas: operaciones de comandos en Libia. Palestina. Nubia y Sinaí. El Antiguo Imperio no pretende conquistar territorios extranjeros, se contenta con mantener el orden en las zonas de influencia. Existen cuerpos de élite que tienen una función paramilitar: se trata esencialmente de la guardia del palacio, que garantiza la protección del rey y de los intérpretes que hablan lenguas extranjeras, cumpliendo la función de diplomáticos y negociadores.

Estas personas están encargadas de suscribir tratados comerciales con el extranjero. En el armamento de los soldados se encuentran lanzas, puñales, hachas, mazas, hondas, diversos tipos de arcos y escudos de madera o de cuero. Los materiales corrientes son la piedra para las mazas heredadas de la prehistoria, por ejemplo, y el cobre.

Las fuerzas de policía eran diferentes de las del ejército. La guardia del palacio desempeñaba, desde luego, el papel de la policía del Estado, mientras que los monarcas disponían de «gendarmes» locales, indispensables para arreglar las disputas lugareñas y domésticas, arrestar las personas sospechosas y hacer que reinara el orden en los caminos. Existen también brigadas especializadas, como la de !os «cazadores» —en realidad, una verdadera policía del desierto—. que garantiza la seguridad en los itinerarios de los confines orientales y occidentales del país. Con la ayuda de sus perros amaestrados, antecesores de nuestros «perros policías», buscaban a sospechosos y vagabundos que intentaran saquear caravanas o atracar a algún viajero aventurero. El papel político de esos policías del desierto era importante: tenían también la misión de vigilar los desplazamientos de los nómadas ya que algunos intentaban penetrar en el territorio egipcio para cometer fechorías. La caza propiamente dicha era una actividad complementaria y probablemente lucrativa, puesto que los grandes señores apreciaban la caza de primera calidad procedente del desierto.

Durante el Antiguo Imperio. Menfis sigue siendo la capital y la ciudad importante. Además, será un centro económico de primer-orden. variable según las épocas, pero mantendrá su importancia durante toda la historia faraónica. Heliópolis, cuya influencia se acentuó con los faraones de la V dinastía, es la capital teológica del país, situada no lejos de Menfis. Ciudad santa, lugar donde se erigía el templo del dios Ra, Heliópolis será



venerada

Tumba de Sennedjem. Tanto en la Tierra como en el cielo, el campesino cultiva el campo para poseer los alimentos materiales y espirituales. (Roger-Viollet.)

por todos los faraones, basta los Ptolomeos. Aquí latía el corazón religioso del primer Egipto, enraizado más allá de la historia. Incluso en el Imperio Nuevo, cuando Tebas fue la primera ciudad de Egipto. Heliópolis no cayó en el olvido. Del esplendor de la ciudad solar, de sus numerosos y magníficos edificios, sólo subsiste hoy día el obelisco de Sesostris I.

Las capitales de provincia eran ciudades de mediana importancia que disponían de cierta autonomía, puesto que tenían su jurisdicción, sus graneros —símbolo de una relativa independencia económica—, y sus milicias. Pero la autoridad del faraón y la presencia de un poder central fuerte se manifestaba por la intervención de escribas del fisco que lo controlaban todo con gran minuciosidad. La profesión de «tesorero de dios» no es una sinecura: esos funcionarios se desplazan continuamente de un nomo a otro, viajan por tierra y por mar. incluso están obligados a adentrarse por los caminos del desierto para inspeccionar a los trabajadores de las canteras.

Controlan los ingresos territoriales y agrícolas con sumo celo durante las cuatro dinastías del Antiguo Imperio. Las relaciones están centralizadas en el ministerio de Hacienda, la «doble Casa Blanca» en que se reúnen la casa blanca del Alto Egipto y la casa roja del Bajo Egipto.

Los jefes de las provincias, los nomarcas. llevan una existencia bastante fastuosa. Pueden presentarse como «conductores del país» en la medida en que la prosperidad de su nomo depende de su gestión. Algunos de ellos se hacen representar en las paredes de sus tumbas en una postura casi real. El señor del territorio está sentado en un sillón con patas de león y. a veces, se le autoriza a llevar barba postiza, privilegio de los dioses y los reyes; contempla la procesión de los portadores y portadoras de ofrendas, encargados de los buenos productos de su territorio. Los dioses son felices, los hombres también: campesinos, artesanos, pescadores trabajan al unísono. Las tablas de ofrendas muestran sabrosos manjares que, merced a las palabras mágicas, se perpetuarán en el Más Allá. Alimentos, bebidas, telas, vasijas, mobiliario, danzas, música, juegos.... nunca acabaríamos de enumerar los placeres y los días vivificados por el calor del dios Sol y la brisa del norte. Estas escenas de la vida cotidiana han guardado su frescura, son imperecederas, porque estaban ya ancladas en la eternidad por la voluntad de los propios egipcios. Al ordenar su existencia cotidiana a partir de los ritmos del cosmos, se impregnaban de ellos de manera natural y los reproducían en su arte con una espontaneidad no desprovista de una ciencia rigurosa del dibujo y de la geometría. En una tumba egipcia nadie siente la presencia de la muerte; el genio artístico del Antiguo Imperio nos ha transmitido la vida en su eternidad.

De entre todas las riquezas de esta época, hay que señalar una en particular porque pertenece propiamente al Egipto de la Antigüedad y no a la cultura árabe que ha asimilado actualmente este país; se trata de la vid. Los antiguos egipcios eran grandes comedores de carne, también les gustaban las verduras y frutas, y apreciaban mucho el vino. La producción estatal era importante, pero los particulares también plantaban vides en sus jardines. La calidad se verificaba rigurosamente, al menos en lo que se refiere a los vinos que se dejaban envejecer en las cavas del rey y de las personalidades; el nacimiento de la denominación controlada se remonta al Antiguo Imperio de Egipto, ya que en etiquetas de ánforas que contienen vino se puede leer: «El año X del rey tal. vino de tal calidad procedente de tal viñedo». Las principales regiones vinícolas estaban situadas en el Delta y en los oasis, administradas por un gobernador y proporcionaban también natrón. Algunos vinos selectos se conservaron durante dos siglos para ser consumidos. En este sentido, no sorprenderá que la diosa Hator haya sido a la vez la patrona del amor y de la embriaguez —además, el tema de la embriaguez divina forma parte del fondo más ancestral de la religión egipcia — , y que una parte importante de los banquetes sea el soleado fruto de la vid. ¿Acaso los egipcios del Antiguo Imperio no habían convidado a los dioses a uno de los más bellos banquetes de la historia, donde se sentaron, uno al lado del otro, grandes faraones, constructores de

pirámides, escultores y simples mortales, cuya existencia adquiría un sentido porque se integraba en la armonía de una auténtica civilización?

6

Pepi II: el reinado más largo de la historia

La figura central de la VI dinastía, que se extiende del año 2325 al 2155 a. de J.C.. y comprende siete reyes, es el faraón Pepi II que subió al trono de niño y permaneció en él noventa y cuatro años. Que nosotros sepamos es el reinado más largo de la historia; este hecho pone también de relieve que los egipcios podían vivir muchos años. El final de este inmenso reinado no es de los más felices, como ya veremos. Marcará el final del Antiguo Imperio, edad de oro que pocas civilizaciones han conocido. Al principio del reinado de Pepi II. el Antiguo Imperio está todavía asentado sobre sólidas bases; noventa y cuatro años más tarde, está a punto de disgregarse. Intentaremos comprender sus causas.

Cuando Pepi II, hijo de Pepi I y hermanastro de Merenre, llega al poder es un niño de seis años de edad. Una estatua de alabastro de cuarenta centímetros de altura, conservada en el Brooklyn Museum de Nueva York, nos presenta una emotiva escena: la reina Anjnesmerire tiene en sus rodillas al pequeño faraón, colocado de modo perpendicular a ella, posición excepcional en la estatuaria egipcia. Si bien el tamaño del monarca es el de un niño, su cara, en cambio, ya es la de un adulto. He aquí una manera ingeniosa de mostrar que los deberes de un faraón confieren una precoz madurez a la persona encargada de cumplirlos. Durante los primeros años del reinado de Pepi II. su madre dirige los asuntos del país. Cuando se envía una expedición al Sinaí. durante el cuarto año de su reinado, se menciona conjuntamente a madre e hijo.

Una anécdota muestra que el joven faraón se comportaba aún como un niño a pesar de la gran responsabilidad de que estaba investido. Cuando Pepi II tenía ocho años, el explorador Hirjuf emprendió su cuarta expedición a Nubia. Este explorador era un hombre duro y valeroso. Partiendo de Elefantina, había descubierto nuevas rutas en las comarcas nubias, penetrando en zonas hasta el momento inexploradas; se sabe que llegó hasta el sur de la segunda catarata y quizá franqueó la tercera. Había que tener agallas para hacerlo, porque los indígenas podían resultar peligrosos. Pero la suerte sonrió al audaz Hirjuf. Trajo de sus viajes centenares de asnos cargados de incienso, marfil, extraños aceites. pieles de leopardo, jabalinas y muchos otros productos. Pero ese año hace un descubrimiento que dcspiert;; la pasión del joven faraón: un pigmeo, un auténtico pigmeo vivo. Pepi II envió una carta a Hirjuf en cuanto supo la noticia. «Mi Majestad —escribe— tiene más deseos en ver a ese enano que los productos del Sinaío de Punt.»

Además, le solicita al explorador que vaya a palacio lo más rápidamente posible, que trate bien al pigmeo que ha encontrado en el otro extremo del mundo y se lo lleve: sobre todo que Hirjuf tome las debidas precauciones, que se ocupe cuidadosamente del pigmeo, que hombres escogidos le rodeen en la cabina del baivoen que viajará, que poria noche se haga ronda diez veces si es necesario. El trayecto entre Nubia y el palacio real se desarrolla sin incidentes. El faraón tiene por fin la gran satisfacción de descubrir lo que es un auténtico pigmeo, y éste ejecutará ante el faraón danzas sagradas para divertir al soberano.

Hay otro héroe que es aún más célebre que Hirjuf. Se trata del fun-

cionario Uni. cuya carrera fue excepcionalmente larga, dado que se desarrolló bajo el reinado de tres faraones. Con él se asiste a una ejemplar ascensión, ya que Uni ocupó primero cargos subalternos antes de acceder a importantes funciones. Además, la jerarquía administrativa del Antiguo Imperio no era algo estancado; ser de modesta condición no representa un obstáculo irremediable para hacer una brillante carrera. Uni fue oficial de baja categoría, portador del sello, chambelán, poseyó un cargo sacerdotal en la ciudad de la pirámide de Pepi I. y llegó a ser confidente del faraón, sirviéndole de hombre de confianza en un oscuro asunto del harén. Como «amigo» del rey. título que implica una excelente posición de cortesano, procedió a la audición de testigos sin estar-presente el visir, que sin embargo era el jefe supremo de la justicia. Pero Pepi I no tenía ganas de que se difundiera el incidente cuyo alcance desconocemos. Sabía que Uni no diría nada y resolvería lo mejor posible el problema. En el momento en que efectuó esta investigación. Uni. aunque estaba en la corte, no era todavía un oficial de alto rango. Supo salir bien del apuro, allanó las dificultades y mantuvo su discreción acerca de lo que había visto y oído.

Uni desempeñó un papel militar de suma importancia. En el nordeste de Egipto, unos semitas nómadas se mostraban algo turbulentos, penetrando en el Delta para efectuar correrías, saquear y causar malestar entre sus habitantes. La situación llegó a ser intolerable. Entonces, el rey pone a Uni al frente de varios miles de hombres y envía a ese ejército a combatir a «los-que-están-sobre-la-arena» para poner de relieve que el faraón sigue siendo el señor de su país. Uni cumple esta nueva misión con entusiasmo. Probablemente, sus adversarios no eran pobres beduinos armados con palos: se debieron unir a ellos algunas tribus más evolucionadas procedentes del sur de Palestina. Incluso se ha pensado en una ola de invasores asiáticos, pero no cabe duda de que eso supone forzar la realidad. Esos nómadas insurrectos provocaron un estado de inseguridad en las regiones mineras del Sinaí. cuya explotación era indispensable para el buen funcionamiento de la economía egipcia. Como las milicias de los príncipes locales no bastaron para restablecer el orden, hubo que recurrir al poder central y a un ejercito reclutado por el faraón. Los soldados contratados proceden tanto del Alto como del Bajo Egipto, e incluso se cuenta con nubios en sus filas. Probablemente están divididos en regimientos y cada uno de ellos está al mando de un alto dignatario. Hay que señalar que Uni. general jefe, da órdenes a personas importantes de palacio, con más títulos que él. Pero el hombre de confianza del rey hace gala de tales cualidades personales que nadie se opone a su autoridad. Sabe evitar cualquier discusión en el seno del ejército, instaura una férrea disciplina entre sus tropas, impide que los soldados roben el pan o las sandalias de un viajero con quien se han cruzado, garantiza que reine la seguridad más absoluta en los poblados que atraviesan los regimientos. Gracias a él. los hombres de la tropa no cometen ni exacción ni rapiña. Tras su paso, no faltará ni un vestido en las casas, ni una cabra en los campos. El brillante general también es depositario de un secreto de Estado: ¿acaso no es uno de los pocos que conoce el número exacto de soldados que posee el faraón?

La expedición militar es un éxito completo. En su autobiografía. Uni no habla casi de los combates ni de su victoria, pero los resultados que menciona hablan por sí mismos: se destruyen los puestos fortificados del enemigo, se exterminan sus tropas, se queman sus casas, se arrancan sus viñedos y sus higueras; además se cogen muchos prisioneros. Al leer estos datos, nos damos cuenta de que el adversario se había instalado realmente en un territorio considerado como zona de influencia de Egipto. Probablemente, ésta fue la causa de su fin. El asunto no se solucionó con

mucha rapidez, ya que el propio Uni explica que fueron necesarias cinco expediciones para someter definitivamente a los habitantes de las arenas.

Uni realizaría aún más viajes. También tuvo que ir al sur. en Nubia: pero esta vez se trataba más bien de una expedición comercial y de vigilancia que de batallas. En esta época. Nubia está tranquila; acabamos de ver que se reclinaban nubios para el ejército del faraón. Sin embargo, la región no forma parte de Egipto, ya que la frontera está situada en la primera catarata, ni tampoco es una colonia. Cabe pensar que se considera este lugar como una zona de influencia privilegiada y que proporciona productos exóticos apreciados en la tierra de los faraones. E! faraón nombra a Uni «gobernador de los países del sur», sin duda para firmar de nuevo su soberanía en esta región alejada de la capital donde los príncipes locales, en particular los nomarcas de Elefantina, se mostraban demasiado independientes. Al colocar a su hombre de confianza en este puesto, el rey esperaba demostrar que era el único señor del país. Pero esta misión no tuvo el mismo éxito que las precedentes, porque el título de «gobernador de los países del sur» fue también atribuido a no-marcas. La tentativa de reinstauración de un poder central absoluto había fracasado.

Uní procuró otras satisfacciones a su soberano. Dirigiendo una expedición a las canteras de granito de Asuán. utiliza doce barcos de transporte para traer una importante cantidad de piedras destinadas a la construcción de la pirámide de Merenre. Además. Uni fue un especialista en este tipo de «transporte de material», puesto que arregló las formalidades de desplazamiento de un sarcófago procedente de Turah, así como de un dintel y de una mesa de libación, sin olvidar una mesa de ofrenda procedente de las canteras de alabastro de Hatnub y llevada a Menfis en diecisiete días, en pleno período de aguas bajas. Asimismo. se le encargó a Uni que practicara cinco pasos navegables en la masa rocosa de la primera catarata.

Encargado de la administración del Alto Egipto al final de su carrera, poseyendo muchos títulos, honores y riquezas, Uni hizo llevar a cabo un inventario de las propiedades del rey y de sus ingresos. Esta última misión quizá muestra una cierta inquietud por parte del faraón, deseoso de hacer un balance de su poder real en el país.

El reinado de Pepi II se inicia bajo los mejores auspicios. Egipto es un país poderoso; Menfis es una capital brillante. Basta con contemplar las admirables mastabas de los nobles, esas tumbas de bajorrelieves fantásticos que jalonan la necrópolis menfita, desde Abusir norte a Saqqara sur. Todo en este lugar respira orden y belleza. Los faraones de la VI dinastía siguen construyendo pirámides que. aunque son más bajas que las de Keops y Kefrén. no dejan de ser grandiosos monumentos. Por ejemplo, la construcción de todas esas pirámides, que tienen las mismas proporciones regidas por el llamado «triángulo sagrado», implicaba la utilización de baldosas de bóveda de casi dos metros y medio de espesor que pesan hasta cuarenta toneladas. En las paredes se siguen grabando los Textos de las pirámides, según la tradición inaugurada por Unas, el último rey de la V dinastía. Así pues, los faraones duermen eternamente dentro de un libro abierto, bajo la bóveda estrellada de su casa eterna.

El nomo de Elefantina, donde se sitúa la frontera entre Egipto y Nubia. plantea problemas a Pepi II. Por esta razón, le concede un estatuto especial. Está dirigido por un alto funcionario encargado especialmente de los asuntos nubios. y no por el propio monarca. La frontera permanece estrechamente vigilada y se organizan expediciones periódicas para explotar esa región, mantener las rutas abiertas por el explorador Hirjuf y descubrir nuevos itinerarios comerciales. Se decide instalar colonias egipcias en Nubia. que serán protegidas por el ejército. Aventureros,

comerciantes y militares, atraviesan Nubia; hay caravanas que traen a Egipto piedras preciosas, ungüentos, plumas de avestruz, madera de ébano. Nubia es el sueño exótico de Egipto, un punto de avance realista y razonable hacia el África negra.

Las actividades comerciales del Egipto de Pepi II no se refieren solamente a las expediciones nubias. Se establecen contactos regulares con el país de Punt (en la zona de la actual Eritrea) y con Biblos. regiones donde son importantes los productos de lujo, las finas esencias, las maderas raras, dii." is todos ellos de ser apreciados en una corte refinada. Todo esto comparta una serie de riesgos. Al principio de uno de los viajes hacia Punt. unos beduinos atacan la delegación egipcia y masacran a varios de sus miembros. La reacción de Pepi II no se deja esperar; envía un contingente de soldados para castigar a los asesinos y. sobre todo, para recoger los cuerpos de las víctimas para que puedan ser enterrados en Egipto. La desgracia más grande que le puede acaecer a un egipcio es morir lejos de su país, de la «tierra amada».

El ejército egipcio interviene en Palestina con incursiones rápidas y concretas. Derriba las murallas de poblados fortificados y hostiles, causa destrozos en viñedos y cultivos a modo de represalia, extermina a los enemigos y hace prisioneros. En el templo de la pirámide de Pepi II, incluso se ve la representación de varios jefes libios que han sido llevados ante el faraón. Sin embargo, se puede poner en duda la certeza histórica de esas campañas militares. La última escena representada es exactamente la misma que la que está grabada en el templo funerario de Sahure. rey de la V dinastía, y los jefes libios llevan los mismos nombres.

No cabe duda de que una innovación más real es el envío de expediciones hacia lejanos oasis. Una vez más. encontramos al infatigable explorador Hirjuf. apasionado por el descubrimiento de nuevos horizontes. A 250 km al oeste de Luxor. oasis como los de Jarya o Dajla son pequeños mundos encerrados en sí mismos, pero dignos de interés. Actualmente. Jarya tiene 150 km de largo y su anchura varía entre veinte y cuarenta kilómetros. En Balat. en el oasis de Dajla donde el Instituto Francés de Arqueología acaba de emprender unas excavaciones que se anuncian prometedoras, se han descubierto unas tumbas que datan de la VI dinastía. En este lugar había un hombre importante, llamado Medu-Nefer, gobernador, capitán y alto dignatario religioso. Se ha descubierto su tumba intacta, porque su superestructura se había venido abajo. Contenía numerosos objetos interesantes, como presbiterios de piedra, paletas de escriba, joyas y amuletos. Los arquitectos de la VI dinastía habían edificado en este lugar una ciudad bastante grande. Por consiguiente, a partir de esta época los oasis ya no son tierras perdidas en las inmensidades desérticas, sino provincias de Egipto habitadas y civilizadas.

El rey estuvo preocupado fundamentalmente por las instalaciones religiosas, a las que liberó de tasas mediante decretos. Imitando a su predecesor. Neferirkare de la V dinastía, hizo que muchas comunidades religiosas no pagaran impuestos.

Esta política no estuvo exenta de peligros. Al conceder tales privilegios, al dejar a ciertos templos el disfrute de tierras que pertenecían legalmente al faraón. Pepi II inicia un proceso de debilitamiento del poder real. Su autoridad disminuye inexorablemente. ¿Por qué actúa de este modo? ¿Actúa por su propia voluntad o movido por la obligación de vincular a su causa a ciertos nomarcas o potentados locales que son leales a la corona en la medida en que ésta se muestre generosa con ellos? Sea lo que fuere parece como si asistiéramos a U ¡rimeros pasos de un proceso necesario pero peligroso. A base de ex .,¡ciernes, el territorio del rey va disminuyendo. Se forman castas en las provincias vinculadas a sus nuevas

riquezas. Evidentemente, hay que decir que no todo está perdido: el faraón no es todavía un noble más. sigue siendo un rey-dios cuya soberanía nadie cuestiona, pero la fruta empieza a pudrirse.

El poderoso reino de Pepi II es un coloso con pies de barro. Ello no se debe a amenazas exteriores, sino a su propia estructura interna. El punto débil del Estado es la relación entre el faraón y los nomarcas. Los reyes de la V y la VI dinastía, para garantizar la lealtad de los nomarcas. les han concedido demasiados privilegios. Poco a poco, los nomarcas más poderosos, bien instalados en sus provincias, van construyendo Estados dentro del Estado. Aunque respetan el poder central, se independizan de él. Existen dos indicios de ello: por un lado, el monarca prefiere hacerse enterrar en su nomo antes que buscar una sepultura cerca del faraón; por otro lado, tiende a convertir su cargo en hereditario, a transmitirlo a su hijo sin solicitar la opinión del rey, de modo que las riquezas adquiridas se mantienen dentro de la familia. De hecho, el faraón sólo nombra nomarcas en pocas ocasiones. Algunos de ellos empiezan a saborear así la independencia; el de Abydos. por ejemplo, tiene su propia corte y sus funcionarios, y la organización de su palacio está copiada, sin lugar a dudas, de la del palacio real. Además, los nomarcas son personas muy competentes, de aguda inteligencia, que no pretenden de ningún modo oponerse al poder central del que dependen y que les parece indispensable para garantizar la estabilidad de Egipto y. por consiguiente, para mantener su propia fortuna. Sin embargo, cuanto más lejos se está de Menfis. más libres son los altos funcionarios de tomar iniciativas en su territorio.

Este análisis no tiene un carácter absoluto. Probablemente, la idea de que el destino póstumo de todos los egipcios está vinculado al de su faraón sigue presente. En Saqqara. los nobles continúan enterrándose a la sombra de la pirámide real, bajo la protección del rey-dios. Sería abusivo imaginar facciones de nomarcas preparándose para derrocar al faraón. Nos limitamos a señalar unos hechos que llevan en sí mismos un desarrollo inevitable, pero no una predisposición a hacerlo.

Se ha dicho muchas veces que cuando Pepi II era viejo no tenía ya la autoridad necesaria para gobernar Egipto, y que ese venerable anciano de más de noventa años había dejado las riendas del poder a sus nomarcas, quienes, destrozándose mutuamente, habían conducido el país a la anarquía. Cierta literatura satírica llega hasta a acusar a Pepi II de haber mantenido relaciones con uno de sus generales. Los dos amantes, con ayuda de corrompidos administradores, habrían efectuado sórdidas maniobras legales para impedir que un demandante viera su causa solucionada. Todo esto quizá reflejaba un descontento popular frente a una dinastía que se extinguía. No cabe duda de que la actividad económica se fue reduciendo poco a poco en varias obras: el adobe sustituye a la piedra cuyo transporte era problemático, lo cual siempre es señal en Egipto de una mala salud económica y social. Sin embargo, las tumbas de los nomarcas en Meir. Asiut y Asuán. por ejemplo, siguen siendo bastante suntuosas y no hacen pensar para nada en un país al borde del abismo.

Hablar de una «fermentación social» en el reinado de Pcpi II es algo que parece totalmente incorrecto. Para comprender este difícil final de reinado, se ha pensado en una invasión de los beduinos del Bajo Egipto, en una guerra civil, en una sucesión de períodos de hambre, en el abandono de obras de riego que comprometían la prosperidad de la tierra.... pero se trata de supuestos peligros que no han sido probados. La única cosa segura que sabemos es que se debilita el poder central, parcialmente transferido a ciertos nomarcas. Las provincias más ricas pudieron conquistar de este modo una relativa autonomía. Se produjo un empobrecimiento real del país, pero no conocemos sus causas.

A finales del reinado de Pepi II, el Antiguo Imperio se derrumba. Ocho o más reyes sucedieron al gran monarca, pero ninguna gran personalidad llegó a imponerse. Cabe pensar en graves problemas de sucesión, en querellas de palacio que condujeron a una inestabilidad política cuyas consecuencias económicas, para un país como Egipto, fueron sumamente graves. El último soberano de la VI dinastía y del Antiguo Imperio es una mujer. Nitocris. «la mujer más noble y más bella de su época», según Manetón. Herodoto no deja de contar sabrosos chismorreos acerca de ella: se habría suicidado tras haberse vengado de las personas que habían matado a su hermano y le habían permitido acceder al trono: así. aplica a Egipto las tristes disputas asesinas de Grecia.

En realidad. Nitocris tuvo que «administrar una crisis», utilizando una expresión moderna. Crisis demasiado profunda para poder ser resuelta y que iba a hacer que el Antiguo Imperio se hundiera en las tinieblas del Primer Período Intermedio, hacia el 2155 a. de J.C.

7

Sesostris y la sonrisa del Imperio Medio

Uno de los milagros arqueológicos de la inmensa obra de Karnak es un templo pequeño consagrado al rey Sesostris I. uno de los faraones del Imperio Medio que abarca las dinastías XI y XII (del 2134 al 1785 a. de J.C.). Ese pequeño monumento de líneas de increíble pureza había desaparecido: los propios egipcios lo habían desmontado cuidadosamente, poniendo las piedras que lo constituían en el tercer pilono del gran templo de Karnak. El arquitecto francés Henri Chevrier reconstruyó con suma paciencia esa obra maestra, ofreciendo de este modo a los hombres del siglo XX una capilla formada por un cubo de piedra con ventanas que dejan pasar la luz. y a la que se accede mediante rampas de suave pendiente. He contemplado muchas veces ese monumento resucitado y he podido constatar dos fenómenos. En primer lugar, los jeroglíficos grabados en sus paredes son de una perfección absoluta: reflejan muy bien el Imperio Medio, época literaria por excelencia en que la lengua egipcia se considera clásica. Pero además siento que ese edificio sonríe: a pesar de su austeridad, a pesar de su carácter sagrado, se desprende de él una alegría interna, un sabor tan intenso de armonía que en sus piedras aparece una sonrisa, símbolo vivo de una época en que vivieron ilustres faraones.

La leyenda hizo de la figura del rey Sesostris un monarca universal. Su fama cruzó las fronteras de Egipto, porque Sesostris. bendecido por los dioses, gobernó el mundo. Primero venció a los libios, antes de lanzarse a la conquista del mundo. Durante nueve años luchó en Asia y en Europa, dejando a su paso estelas que conmemoran sus victorias. De vuelta a Egipto, escapó a una conspiración destinada a asesinarle, de la que era instigador su propio hermano. Hizo levantar muchos templos, construir embalses, excavar canales. Fundamentalmente, se le debe el gran canal entre el Nilo y el mar Rojo. Durante su reinado hubo una política fiscal justa y una política agrícola eficaz. Apoyándose en un corpus legislativo muy completo, aplicó una justicia equitativa. Sesostris tenía un carácter generoso y liberó a muchos prisioneros de guerra y a gente endeudada. Por esta razón, se convirtió en el símbolo de la paz y de la serenidad.

Esta leyenda oculta una realidad histórica. El Sesostris de que se habla cubre dos grandes personalidades reales: Sesostris I (1971-1926) y Sesostris III (1878-1841), cuyos reinados representan los puntos álgidos de la XII dinastía. Además, a Sesostris III se le confundió a veces con Ramsés II. al parecerse los nombres egipcios de ambos faraones. Sesostris significa «el hombre de la diosa Useret». de la cual, desgraciadamente, tenemos poca información. Sesostris I. cuyo reinado fue sinónimo de paz profunda, fue también un gran militar, un hombre que sabía actuar firmemente. Fue muy respetuoso con sus antepasados y dedicó una estatua a Intef el Grande, fundador de la XI dinastía, y un altar a Mentuhotep II. Desde luego no se había olvidado de los problemáticos tiempos del Primer Período Intermedio, cuando a Egipto le faltó poco para hundirse definitivamente en el caos. Si los Sesostris se mostraron particularmente enérgicos con los asuntos de Estado, era para impedir que se volviera a una época sombría, dominada por el mal. en que los salteadores de caminos atacaban a la población, las criadas despojaban a sus señoras de sus riquezas, y la anarquía había sustituido al orden.

A Sesostris I se le llamaba «estrella que ilumina el Doble País» (alusión a su papel de señor espiritual), «halcón que conquista gracias a su fuerza» (el jefe de la guerra), «hijo de Atum» (heredero del Creador). «Señor universal». Sesostris III recibe alabanzas comparables: se le califica de muralla contra el mal tiempo, de refugio que protege al que tiene miedo del enemigo, de lugar cálido y seco durante el invierno, de asilo donde nadie puede ser perseguido. Así pues, los Sesostris gozan de una literatura destinada a glorificar sus alabanzas, a probar su aspecto bienhechor y protector. Cada ciudad apreciaba más al rey Sesostris que a su propio dios local, y hombres y mujeres eran felices por él. Minué describe al rey como «un dios sin igual, un señor de sabiduría, perfecto». Los Sesostris son. a la vez. sabios y hombres de acción que encaran el peligro. Son los únicos que pueden utilizar su arco. Ningún otro hombre dispone de su fuerza, pero este vigor no contraría el amor que tienen por su país. Se recomienda a todos los hombres que veneren al rey en su fuero interno, porque éste da vida a sus fieles. Los dioses perseguirán a sus enemigos.

En el paraje de Kahun se descubrió un lote importante de papiros. En uno de ellos se había redactado un himno a Sesostris III vivo. Básicamente, se cuenta que se organizó una fiesta con motivo de la llegada del rey a una de sus residencias. La población está alborozada; saludan al soberano como el defensor de Egipto, como el vencedor que aplasta al adversario. Los dioses, los antepasados y el pueblo son felices. Sesostris es el pastor que da el hálito vital a los egipcios. No es fruto del azar que el primer coloso conocido, símbolo del rey deificado, date del reinado de Sesostris III.

Sesostris I fue asociado al trono por su padre Amenemhet I. que fue un gran faraón. Cuando ocupaba el puesto de visir, el soberano le encargó que dirigiera una expedición a las canteras de Uadi Hammamat para buscar un gran sarcófago en este lugar. Cuando los obreros estaban trabajando, vino una gacela hacia ellos. Todos pararon, desconcertados. Normalmente, ese huraño animal no se acerca a los hombres. Pero no se habían acabado las sorpresas para los canteros. La gacela parió sobre una piedra muy grande, que resultó ser la más perfecta para la tapa del sarcófago.

Amenemhet I enseñó personalmente a su hijo el oficio de faraón. Sus palabras fueron grabadas en papiros, tabletas de madera, ostracones. e incluso en un rollo de cuero, encontrándose entre las numerosas obras maestras de la literatura del Antiguo Egipto. Amenemhet I reconoce que su reinado no fue fácil: tuvo que enfrentarse a ciertos potentados locales. «He avanzado hasta Elefantina —explica— y. retrocediendo, he llegado hasta las

ciénagas del Delta; al velar por las fronteras del país, he vigilado su interior.»

El rey recomienda a su hijo Sesostris que siga sus consejos si desea tener un feliz reinado. Que no cuente con los demás, porque cuando se está en una dificultad ya no existen amigos. Que esté alerta con sus subordinados, que no confíe en nadie, ni siquiera en los más allegados. Que su espíritu sea siempre lúcido, incluso mientras duerme. El anciano rey ha dado lo necesario a pobres y huérfanos, pero a cambio solamente ha recibido ingratitud y malevolencia. A lo largo de su vida se ha mostrado prudente, salvo en una ocasión. Una noche, en su palacio, descansaba después de comer, pues estaba muy cansado. De repente, oyó ruido de armas. Unos hombres que se habían introducido en sus habitaciones privadas pronunciaban su nombre. Sintiéndose en peligro, se quedó inmóvil como una serpiente del desierto. No podía luchar solo contra esos agresores; aunque se hubiera hecho con una espada habría sucumbido, pues se trataba de muchos hombres.

¿Consiguió el padre de Sesostris I escapar a la conspiración o fue asesinado? El faraón no lo precisa en los textos: de todos modos, el nuevo faraón aprendió la lección. Después de haber sido jefe del ejército en Asia. Libia y Nubia mientras su padre aún vivía, cortó cualquier tentativa de sedición. Pacificó los países extranjeros y Egipto. Como legislador, gozó de los servicios de un visir muy competente: Mentuhotep. uno de los organizadores de los misterios religiosos de Abydos, donde representaba el papel ritual del dios Horus. El rey amó más a este visir que a los otros dignatarios, y éste actuó de modo que su autoridad fuera reconocida en Egipto y en los demás países. Mentuhotep es amigo-único del faraón, los cortesanos le rinden homenaje y él ilumina a todos con su inteligencia. Promulga los decretos legales tras consultar con el rey, organiza el funcionariado. vela por el respeto del catastro, permite que los hombres se vayan en paz tras haber escuchado la sentencia del tribunal. Como el visir es un juez protegido por el dios Thot, tiene los escritos del dios en la lengua para no pronunciar palabras inicuas. Sabe lo que se oculta en el fondo de los corazones, así identifica a la persona que miente y puede alejar del faraón a cuantos tuvieran sentimientos hostiles hacia él.

Sesostris I dirige el país con el apoyo de un consejo privado. La corte real dispone de un presupuesto controlado muy de cerca por escribas que exigen que se justifique cada gasto. Se indica quién ha dado las instrucciones, si se transmitieron oralmente o por escrito. La burocracia está presente en todos sitios, en ciudades y campos. Se efectúan censos de la población. El tesoro es rico y está bien administrado. Los «tesoreros del dios» financian obras importantes debidamente catalogadas.

La prosperidad de Egipto durante el reinado de Sesostris I se debe, en gran parte, a la reforma administrativa ya empezada por sus predecesores. El faraón ha triunfado en una empresa delicada: abolir los privilegios y poderes exorbitantes adquiridos por los nomarcas. De este modo, vuelve a hacerse con las riendas del Estado, aunque ciertas familias de provincia sigan siendo ricas y poderosas, como las de Beni Hassan cuyos dignatarios locales poseen una corte a imitación de la del faraón y a la que los libios ofrecen tributos como hacen en honor del rey de Egipto. Gracias a una revisión del catastro, los límites de los nomos se fijaron de manera precisa. En lo sucesivo, los límites fronterizos entre los territorios son tan estables como los del cielo. El rey aparece como Atum, el cazador; ha eliminado la injusticia, ha llevado al país a su estado primigenio, ha dado a cada persona lo que le pertenecía. Los terrenos que una ciudad ha robado a otra han sido restituidos.

Los nomarcas. jefes de las provincias, se convierten en fieles servi-

dores del rey. Tal y como pretenden, amados en sus capitales regionales, cuentan sus años de reinado como lo hace el faraón. Se hacen construir admirables tumbas: El Bersheh. Beni Hassan, Meir figuran entre los lugares más importantes del arte egipcio. Los nomarcas, cuyo cargo es hereditario, poseen milicias, recaudan el impuesto para el faraón y vigilan el sistema de riego. Durante el reinado de Sesostris. fueron excelentes administradores que se vanagloriaron, con razón, de haber alimentado a los que pasaban hambre, de haber vestido a los que estaban desnudos, y de haber adoptado las medidas necesarias en caso de escasez. No expulsaron a los agricultores de sus tierras, ni oprimieron a los débiles.

Sesostris III parece haber suprimido las prerrogativas que les quedaban a los nomarcas. Cabe señalar a este respecto que después de su reinado desaparecen suntuosas tumbas provinciales. El poder real se vuelve a afirmar con toda su omnipotencia. Las obras literarias subrayan esa vuelta a la oriunda tradición de Egipto.

Sesostris I no fija la capital en Tebas sino en el Medio Egipto, desde donde puede controlar más fácilmente el sur y el norte. Nombra a uno de sus allegados «alcalde» de Tebas con el fin de controlar la gran ciudad. Se atrae al clero de Amón y a su dios, sin dejar de lado por ello a otras divinidades como Ptah de Menfis. Es conocido el admirable relieve en que Sesostris recibe de Ptah el abrazo paternal, y el dios !e concede al faraón el hálito vital.

El rey fue un gran constructor. La explotación de las canteras le proporcionó los materiales necesarios para alzar un número considerable de monumentos: en List, la capital, su pirámide; en Karnak, la magnífica capilla que mencionamos al principio de este capítulo y otros edificios en el templo de Amón: en Heliópolis, un templo del que sólo queda un obelisco. Además se ha conservado el texto que relata la entrevista del rey con sus consejeros en torno a la obras de Heliópolis. En el año 3 de su reinado. Sesostris lo deseó construir un templo a Ra-Horajty. El rey apareció en la sala de audiencias llevando la doble corona. Consulta a la gente de palacio. El dios ha puesto al faraón en el mundo para ejecutar lo que él debe hacer. Por esta razón Sesostris debe alzar un santuario. «Me ha designado como el pastor de este país —explica—, conociendo al que mantendrá a Egipto en orden. Me ha dado lo que él protege [el universo], lo que ilumina su ojo.» El faraón está predestinado: «desde el huevo», estaba destinado a reinar. El país es suyo a lo largo y a lo ancho, su poder alcanza la altura del cielo. El rey que se inmortaliza en sus obras, al construir un templo no desaparece. «Lo que pertenece a la eternidad es imperecedero.» La gente de palacio aprueba el proyecto de Sesostris : «¡El Verbo está en tu boca, el Conocimiento está detrás de ti. oh. rey!», exclaman. Tras haber consultado a su canciller y a su ministro de Hacienda, el soberano les encarga que organicen y que planifiquen las obras. El texto menciona en su conclusión la ceremonia fundacional dirigida por el faraón. El jefe de los sacerdotes lectores y el escriba de los libros divinos estiraron el tendel para trazar el plano del nuevo edificio mientras el pueblo mostraba su regocijo.

La obra arquitectónica de esta brillante época ha desaparecido casi en su totalidad. No hay que olvidar que el Imperio Nuevo vuelve a utilizar las piedras de los edificios antiguos para construir nuevos templos. Este fenómeno de reutilización marca la voluntad de continuar una tradición sagrada reintegrando la obra pasada en la obra presente. De este modo, al «desmontar» templos o pilónos, se han encontrado construcciones del Imperio Medio en piezas sueltas.

Sesostris I. al igual que los faraones del Antiguo Imperio,'elige para su tumba una pirámide (de unos sesenta metros de altura). En las cámaras subterráneas se aprecian innovaciones técnicas. A los faraones del imperio

Medio les gusta complicar el sistema de pasillos, creando verdaderos laberintos destinados quizá a desalentar a los ladrones. Además, la entrada de la pirámide ya no está encarada al norte, con el consiguiente abandono de la antigua teología estelar, basada en que el alma se situara entre las estrellas circumpolares.

La gran obra del reinado de Sesostris I y de la XII dinastía es la organización y la revalorización de la región de Fayum. en el suroeste de El Cairo, lugar en que un brazo del Nilo, el Bahr Yussuf desemboca en el famoso lago Moeris, el actual Birkat Qarun. Sesostris I hizo de esta región una de las más fértiles de Egipto, desarrollando también su capital. Shedet (es decir, «lugar formado por excavación») que los griegos llamaron Cocodrilópolis. la ciudad del cocodrilo, porque el dios Sobek. de cabeza de saurio. era adorado en este lugar. Fayum estaba dotado de un sistema de riego excelente, siendo así una especie de paraíso terrestre con agradables localidades al lado del lago donde la pesca era muy abundante. La esclusa de Illahun regularizaba la subida de las aguas, y el lago servía de depósito para los cultivos cuando la crecida se acababa. Por esta razón Fayum se convirtió en una gran provincia muy rica (unos 2.000 km2). Sauces, acacias y tamariscos alegraban un paisaje en que se cultivaba el trigo, el lino y la vid. Gozaba de un clima suave, y los habitantes de la región creaban floridos jardines donde revoloteaban numerosos pájaros.

Se han encontrado las ruinas de la ciudad de Illahun. El barrio real ocupa la mitad de la ciudad rodeada de murallas. Se entra en ella por una puerta. Su urbanismo es simple y claro. Las residencias de la gente importante ocupan grandes superficies (una media de 2.500 m2). las casas más pequeñas tienen unos 80 m2. Los artesanos, como los escultores, orfebres o fabricantes de sandalias, estaban agrupados en gremios.

Mucho más tarde, en la época ptolemaica. se hicieron nuevas obras de embellecimiento en Fayum. Los Ptolomeos edificaron templos, crearon nuevos barrios y aumentaron la superficie cultivable, mejorando el sistema de diques y esclusas. A partir del siglo III a. de J.C. la región sufrió, como todo Egipto, una mala administración y se debilitó poco a poco; se perdieron zonas de cultivo.

La importancia económica de Fayum no debe hacer olvidar la significación mitológica de esta región. No hay que olvidar que era considerada como una imagen del Océano primigenio, como «la madre de los dioses y de los hombres», garantizando la fecundidad del país. Además, en el oeste de Illahun se edificó el célebre laberinto, el templo funerario del rey Amenemhet III. «Consta de doce patios cubiertos —escribe Herodoto—. con las puertas unas enfrente de otras, seis de ellas orientadas hacia el norte, las otras hacia el sur. contiguas, envueltas por un mismo muro exterior. Hay dos series de salas, unas subterráneas y otras en la parte superior, encima de las subterráneas, sumando tres mil, ya que cada serie consta de mil quinientas. Hemos visto y recorrido las salas que estaban por encima del suelo; hablamos, pues, según lo que hemos podido constatar con nuestros propios ojos. Nos hemos informado verbalmente acerca de las salas subterráneas, porque los egipcios que las custodian se han negado rotundamente a mostrárnoslas, alegando que en ese lugar se encuentran las sepulturas de los reyes que construyeron ese laberinto y las de los cocodrilos sagrados. Así pues, hablamos de oídas de las salas inferiores, pero hemos visto con nuestros propios ojos las salas superiores, que superan en mucho lo que el ser humano es capaz de hacer. Los caminos que se siguen para salir de las habitaciones que se atraviesan, las vueltas que se dan para cruzar los patios, nos producen, a causa de su extrema complicación, un infinito asombro, mientras pasamos de un patio a las salas, de las salas a los pórticos, para pasar después de esos pórticos a

otras habitaciones, y de esas salas a otros patios...»1 Éste es el testimonio del viajero griego sobre ese complicado templo que ha desaparecido en su totalidad.

Se poseen retratos de Sesostris III cuando ya era adulto; era un hombre austero, severo, investido de la importancia de su función. Se lee en su cara un real escepticismo. El faraón no se forja ideas falsas acerca de las virtudes de los hombres. Su experiencia de gobierno es grande, sin quimeras. Su reinado no fue muy diferente del de Sesostris I. De espíritu muy religioso, se preocupó de la ciudad santa de Abydos que conoció su apogeo en el Imperio Medio. En este lugar se veneraba al dios Osiris y se celebraban sus misterios. El rey envió a su tesorero-jefe para equipar el gran templo. Este alto funcionario llevó muchos presentes al clero de Osiris, sobre todo oro, plata y lapislázuli. El dios recompensó al faraón proporcionándole una gran fama.

Abydos ocupa un papel esencial en la política religiosa del faraón porque éste se confunde con el dios de la ciudad santa, Osiris. A su vez. todos los hombres pueden convertirse en Osiris y gozar de un Más Allá feliz si su alma se ha considerado justa por el tribunal encargado de juzgar a los muertos. En el emplazamiento de Abydos se han encontrado una gran cantidad de estelas que son una especie de exvotos. Una de las formas rituales más frecuentes es «ofrenda que da el rey a Osiris para que éste dé ofrendas a fulano». El rey y el dios conjugan sus poderes para garantizar la supervivencia de los difuntos.

El mensaje de Abydos se hizo inmortal. Al final de la civilización egipcia, cuando Tebas se muere, el antiguo culto de Osiris, completado con el de Isis, se extiende en Europa donde continuará viviendo, a la vez, en una religión oficial como el cristianismo y en una sociedad iniciática como la masonería.

Durante la época de Sesostris. Egipto es un país unido, coherente y bien emplazado dentro de sus fronteras, que no se olvida de mirar hacia el exterior. Se organizan viajes diplomáticos y expediciones militares: operaciones comerciales, búsqueda de oro, explotación de minas y canteras e instalación de plazas fuertes son los motivos principales. Se parte de la ciudad de Coptos hacia el país de Punt para traer incienso. Los soldados protegen los viajes comerciales, alejando a los ladrones que frecuentan las rutas del desierto. La intendencia está bien asegurada, y los viajeros reconocen que están bien alimentados. Se hacen pozos para facilitar el itinerario. Los beduinos y las tribus libias son considerados como bárbaros porque carecen de cultura y normas de educación: ¿acaso no atacan al adversario sin advertirle el día del combate?

Sesostris III se muestra muy firme en su política nubia. Durante el octavo año de su reinado, el rey conduce una expedición para aplastar al «mísero país de Kush», actualmente Sudán. Para que puedan pasar sus barcos, el faraón manda construir un nuevo canal cerca de la isla de Sehel. en un lugar próximo a la primera catarata. Se plantea seriamente la posibilidad de una revuelta nubia. Es indispensable que reine la seguridad en Nubia para que las expediciones comerciales circulen libremente y sin riesgo alguno. En el año 26 del reinado, el rey coloca estelas fronterizas en la isla Uronarti y en Semna. Marca así los límites de su expansión hacia el sur. «He establecido la frontera —proclama Sesostris III — . he superado el límite alcanzado por mis padres río arriba; he aumentado lo que he recibido. Soy un rey que emite el Verbo y que actúa; lo que mi corazón concibe se realiza por mi acción.» El faraón no tiene ninguna piedad con su adversario; nunca retrocede. Entre sus descendientes, el rey reconoce como hijo suyo al que defenderá la frontera y reniega del que no se preocupe de ella. La estatua de Sesostris, colocada en este lugar, recordará a sus sucesores.

Sesostris III edifica o amplía trece fortalezas entre Elefantina y Semna, en el extremo meridional de la segunda catarata. Están establecidas en lugares elevados o en islas, y permiten vigilar a las tribus nubias. Están construidas con ladrillo, y cumplen un papel defensivo. Egipto está protegido por las murallas, los baluartes, las torres, los caminos de ronda de las plazas fuertes como Buhen. Mirgissa y Semna cuyo aspecto general no se aleja demasiado del de los castillos de la Edad Media. Paralelamente a su función estratégica, no es del todo imposible que estas instalaciones también hayan favorecido la implantación de un control aduanero. De todos modos, es evidente que la noción de frontera se resiente de modo especial porque ningún nubio puede franquear esta zona sin autorización egipcia.

Aunque Sesostris III declara que capturó nubios, que los llevó cautivos a Egipto y que quemó sus cosechas para castigar a los rebeldes, su administración fue sin duda muy apreciada, porque este faraón fue adorado como un dios en Nubia hasta varios siglos después de su muerte. ¿Acaso el rey. haciendo gala del sentido de gobierno que le caracterizaba, no privilegió el culto de Dedun, viejo dios nubio apreciado por las poblaciones locales?

Sesostris III. como muchos otros faraones, hizo gala de un excelente valor físico cuando las circunstancias asilo requirieron. En este sentido, tuvo que conducir personalmente la única expedición militar importante del Imperio Medio. Llevó su ejército a Siria y a Palestina, donde exterminó al adversario fácilmente y lanzó sus flechas con fuerza y precisión. Asiáticos y beduinos, instalados en las inmediaciones del Delta, habían intentado probablemente incursiones en el territorio egipcio que un monarca como Sesostris III no podía tolerar. La intervención fue rápida y eficaz. El ejército alcanzó la región de Sichem combatiendo a los palestinos en el propio corazón de su país. Uno de los soldados, llamado Sebekkhu. realizó magníficas hazañas que merecieron ser contadas en una estela. Se conoce bien el aspecto de los asiáticos en esta época porque treinta y siete de ellos aparecen representados con todo lujo de detalles en la tumba de un monarca de Beni Hassan; hombres y mujeres tienen el pelo negro, se visten con abigarrados vestidos, y llevan sandalias. Las mujeres se ponen cintas en el pelo, se adornan los tobillos con brazaletes; los hombres están armados con lanzas, hachas, arcos y jabalinas. Uno de ellos toca la lira.

Sesostris III fortifica el país en el este y en el sur. prolongando además la obra de Sesostris I. El ejército aporta grupos especializados en misiones de vigilancia en las fronteras. Los nomarcas reclutan en sus provincias hombres para la tropa si la situación lo exige, pero utilizan también extranjeros, como los arqueros nubios. presentes en forma de «modelos» de madera en las tumbas de personajes importantes, sobre todo en la de un príncipe de Asiut que partió para el otro mundo rodeado por sus soldados. Los soldados de infantería llevan arcos y flechas, escudos de madera revestidos de piel de buey, lanzas, espadas.

Además de sus ejércitos, los faraones del Imperio Medio tienen otro medio de combate sorprendente: la magia. Se considera a los enemigos de Egipto como la encarnación de las fuerzas del mal y no como adversarios profanos. Por consiguiente, es indispensable utilizar contra ellos la magia religiosa, porqueta fuerza de las armas no sería suficiente. Por esta razón se graban figuras de prisioneros, con las manos atadas detrás de la espalda, en vasijas o en estatuillas y el nombre de los asiáticos o nubios que deben ser aniquilados. Una vez hechizados, esos objetos se rompen, igual que los adversarios de Egipto. De este modo, se poseen listas de príncipes y de pueblos extranjeros, responsables de una disarmonía que hace cesar la intervención de magos competentes. Sería inútil caer en un racionalismo fácil y burlarse de estas costumbres que, según han constatado los

etnólogos, se practican todavía en ciertas civilizaciones y dan fe de una eficacia que. aunque no corresponda a nuestros criterios en la materia, no deja de ser una forma de realidad.

El Egipto de los Sesostris es un mundo de cultura. En ese Imperio Medio donde hay tantos aspectos sonrientes y luminosos, el genio artístico se ha expresado a menudo con felicidad. Sobre todo, es el período de esplendor de la joyería. En Dahshur y en Illahun se han descubierto verdaderos tesoros en las tumbas de las princesas, en los que las joyas ocupan un lugar prioritario. Ejecución, elección de formas, colorido, dan fe de un gusto y de un refinamiento cercanos a la perfección. Oro y piedras semipreciosas son las materias más empleadas, cada una de ellas poseyendo un sentido simbólico preciso. La turquesa, por ejemplo, encarna la alegría celeste, dispensada por la diosa Hator. Pectorales, colgantes, amuletos, perlas, diademas, collares, brazaletes, brillan en la luz de un arte donde la elegancia no tiene nada de valioso ni de frívolo.

No es nada sorprendente, por lo tanto, que este período haya sido considerado como la época en que la lengua egipcia alcanza su etapa «clásica». Para iniciarse en los jeroglíficos, se empiezan a leer textos con escritos del Imperio Medio, como el Cuento del náufrago o Las aventuras de Sinuhé, cuya lectura e interpretación distan mucho de ser fáciles. Se está de acuerdo en afirmar que la expresión literaria alcanza una especie de plenitud, basándose en una gramática de una gran sutileza, gramática que hoy día aún se sigue escrutando para captar sus múltiples matices. Diversos géneros aparecen representados: el trágico, con el Diálogo de un desesperado con su alma, donde un hombre medita en términos admirables sobre su muerte; la aventura, con Sinuhé y su vida de hazañas y peligros: el fantástico, con el Náufrago; el humor y la sátira, con el Cuento del campesino, donde se despliegan los tesoros de la retórica, y la Sátira de los oficios, donde el escriba, denigrando sistemáticamente las demás profesiones, muestra que la suya es la mejor; la profecía, donde unos sabios describen los terribles acontecimientos que ponen a Egipto en peligro, pero anuncian la llegada de un rey salvador; las «sabidurías», donde un rey enseña a su hijo la manera de gobernar y de comportarse con los hombres.

Entre esas obras apasionantes, a diferentes niveles, la más célebre es la novela de Sinuhé. Se trata de una historia completa reconstruida con la ayuda de diversos papiros y ostracones. El relato se hace en primera persona. Sinuhé, cuyo nombre significa «hijo del sicómoro», cuenta su vida. Nace en un medio modesto y se educa en la corte de List; este funcionario servía en el harén de la reina Snofru, esposa de Sesostris I. En el momento en que empieza la novela, el faraón está en su décimo año de reinado; comparte el poder con su padre Amenemhet I. Sesostris I dirige una operación militar en el territorio libio. Sinuhé, que ha hecho también el viaje, se mezclará en una complicada situación que marcará su destino.

En el año 30. en el tercer mes de la estación de la inundación, en el séptimo día. el rey Amenemhet I sube al horizonte, uniéndose al disco solar. En la corte reina la tristeza; hay luto. Las grandes puertas del palacio están cerradas. Los cortesanos apoyan la cabeza sobre sus rodillas, mostrando así su dolor. Esas tristes noticias llegan a oídos de Sesostris I; unos mensajeros, enviados a toda prisa, han conseguido avisarle. El rey parte rápidamente con algunos hombres fieles para llegar a la capital lo más pronto posible.

La desgracia que le acontece a Sinuhé es sorprender, durante la noche, una conversación secreta que parece revelar una conspiración que se trama contra el rey. ¿Se prepara una guerra civil? ¿Una usurpación? No se sabe exactamente, porque Sinuhé, invadido por un gran pánico, se da a la fuga. «Mi corazón se trastornó —confiesa—. mis brazos se separaron de mi cuerpo, un temblor me recorrió todos los miembros. Dando un salto, me

alejé para buscar un escondrijo» (traducción de G. Lefebvre).

Sinuhé parte hacia el sureste, pasa por la punta meridional del Delta, atraviesa el Nilo y llega a «los muros del príncipe». Se trata de una célebre fortaleza construida por el faraón Amenemhet I en la frontera nordeste de Egipto, para proteger el país de posibles incursiones asiáticas en el Delta. Esos «muros del príncipe» eran tan impresionantes que dieron lugar a una leyenda; se habla, así. de una gran muralla de Egipto que iba desde Pelus hasta Heliópolis. La realidad era mucho menos extraordinaria; se trataba de fortines establecidos de plaza en plaza, con guarniciones permanentes. Además, parece ser que en esta época aparece la noción de «frontera», ya que los faraones tenían el deseo de preservar la integridad territorial de Egipto donde residen «los hombres». rodeados de extranjeros cuyo grado de civilización es, verdaderamente. muy inferior.

Sinuhé se esconde para que no le vean los centinelas. Anda durante la noche. Pero va debilitándose. «Me sobrevino un ataque de sed. de modo que me ahogaba y mi garganta estaba seca; me dije: "Es el gusto de la muerte".» De repente, oye el mugir de un rebaño. Unos beduinos se acercan. Un jeque, que había vivido en Egipto, reconoce a Sinuhé; le da agua, leche, y luego lo lleva a su casa.

La vida errante continúa. Sinuhé va de un lugar a otro, recorre Siria-Palestina, que en esta época está en calma. Aunque no existe una alianza profunda y verdadera con Egipto, esta región se mantiene en una paz relativa, vigilada por las armas del faraón; Sesostris I ha elegido la vía de la diplomacia. Cuando llega a Qedem. al sur de Biblos. Sinuhé se queda allí un año y medio. Se lo lleva entonces un príncipe del Retenu superior, un principado palestino, quien le plantea una molesta pregunta: «¿Por qué has venido aquí?». Sinuhé cambia un poco la realidad de los hechos. De vuelta de una expedición en el extranjero, explica, su corazón se trastornó y lo condujo por los caminos del desierto, a causa de una información que había recibido. Pero él no es culpable de nada. En realidad, su largo viaje se debe a una fatalidad. «Era como un designio de Dios», afirma. Para dejar bien clara su fidelidad a Sesostris I, que está en el palacio para recibir la herencia de su padre. Sinuhé hace elogios de él. Alaba su sabiduría, sus excelentes mandamientos, su valor. su bondad.

El príncipe de Retenu casa a Sinuhé con su hija mayor, le otorga una posición importante en la corte y le proporciona una tierra magnífica: «Producía higos y uva; el vino era más abundante que el agua; tenía mucha miel y el aceite de oliva era abundante; en los árboles había frutas de toda clase. También había cebada y trigo, y ganado de muchas especies». Sinuhé pasa varios años en ese paraíso de infinidad de alimentos. «Mis hijos se habían hecho fuertes —dice — ; cada uno de ellos dominaba su tribu.» El egipcio exiliado, príncipe en el extranjero, sabe ser generoso: ayuda al que ha sido robado en los caminos, da agua al sediento y pone en la buena senda al descarriado. Sinuhé es un hombre de acción, y llega a ser general de los beduinos ayudándoles a rechazar los asaltos de tribus adversas. Consigue numerosas victorias, su fama no deja de incrementarse en la región.

La calma de Sinuhé se ve empañada por un desafío. Un «hombre de Retenu». una especie de gigante que nadie ha conseguido vencer, provoca al egipcio. «Decía que lucharía conmigo: creía que me atacaría y se proponía hurtar mi ganado.» Sinuhé protesta; no conoce a ese hombre. No entiende por qué está furioso. Pero se prepara para el singular combate que le espera. Por la noche, tensa su arco, practica la espada, limpia sus armas.

Por la mañana, una gran multitud espera a los dos héroes. Todo el mundo apoya a Sinuhé. El gigante, blandiendo su escudo, su hacha y su brazada de venablos, avanza hacia Sinuhé. Pero Sinuhé, que es más rápido

y más ágil, evita los ataques. Ninguna de las flechas lanzadas por su adversario le alcanza. Cuando se abalanza sobre él. rabioso, Sinuhé lanza una flecha que se hunde en su cuello. Herido de muerte, el gigante cae delante de sus narices. Sinuhé acaba con él utilizando su propia hacha, y lanza un grito de victoria. David ha vencido a Goliat.

Todos los asiáticos dan gritos de júbilo, felicitan al héroe que se convierte en propietario de los bienes del vencido. Poseedor de una hermosa casa, de mucha tierra, admirado por todos, Sinuhé es un hombre rico y satisfecho.

Pero no es feliz. En su fuero interno implora: «¡Oh, Dios, quienquiera que seas, que has predestinado esta huida, ten piedad de mí, llévame a la corte». Los antiguos egipcios obligados a vivir en el extranjero no tenían sino un deseo: volver a Egipto. La idea de no poder ser enterrado allí les era insoportable. A veces se organizaron expediciones para traer los cuerpos de soldados o de funcionarios muertos lejos de la tierra amada.

Sinuhé sufre. Es un exiliado. Desea vivir de nuevo por la gracia del faraón, saludar a la reina, oír la voz de los hijos del rey. «¡Ah —suspira—, que mi cuerpo se vuelva joven porque me ha llegado la vejez, el decaimiento me ha invadido; mis ojos pesan, mis brazos no tienen fuerza, mis piernas se niegan a funcionar, porque mi corazón está cansado; estoy cerca del momento de partir, cuando me conducirán a las moradas eternas.» El gran visir Ptahhotep, que redactó sus enseñanzas a la edad de ciento diez años, pensando que había llegado la hora de transmitir su experiencia, sentía los mismos males. Pero él se encontraba en Egipto; en su alma reinaba la serenidad.

Se produce el milagro. La plegaria de Sinuhé llega al faraón. Envía una misiva al egipcio exiliado. El rey no tiene nada que reprocharle; Sinuhé no ha cometido ninguna falta. «Vuelve a Egipto —escribe Sesos-tris—. para que puedas ver de nuevo la corte donde creciste, para que beses la tierra de la doble puerta grande y te juntes con los amigos.» Se le concederá a Sinuhé una hermosa sepultura y un entierro según los ritos.

Cuando recibe esas noticias. Sinuhé no puede ocultar su gozo. Primero se pone boca abajo, luego recorre su casa en todas direcciones, se mueve, grita. La clemencia del rey le salva de la muerte. Redacta su respuesta, explicando una vez más que su fuga no fue premeditada. «Fue como una especie de sueño, como cuando un hombre del Delta se encuentra en Elefantina o un hombre de las marismas en Nubia.»

En el momento de partir Sinuhé distribuye sus bienes entre sus hijos. El rey ha enviado regalos para los beduinos. Sinuhé es conducido por unos militares a la capital. List, al sur de Menfis. Es llevado a palacio; los hijos del rey y los amigos le reciben. El rey está en su trono de oro. Sinuhé está tan impresionado que pierde el conocimiento. Teme una vez más un castigo. Pero Sesostris se muestra amistoso y benévolo. Hasta llega a decirle a la reina en tono de broma: «Mira, Sinuhé parece un asiático, un verdadero hijo de los beduinos». Ríen a carcajadas, algunos protestan: Sinuhé no puede haber cambiado hasta ese punto. Pero Sesostris afirma: «Sí que es él».

Se proclama la sentencia real: Sinuhé es de nuevo introducido en el círculo de los nobles, de las personas allegadas al monarca. Se instala en una casa del hijo del rey. Tiene unos sesenta años y ha pasado al menos unos veinticinco en el extranjero. Ha llegado el momento de descansar y de estar tranquilo. En su nueva y suntuosa morada aprecia la fresca sala, encuentra vestidos de lino real que son suaves para su cuerpo, olíbano y aceite fino. Sinuhé se adapta pronto a su nueva condición; le depilan, le arreglan el pelo, le quitan sus toscos vestidos, la huella de los años.

Unos obreros se encargan de restaurar una casa de campo que había pertenecido a un noble. Sinuhé pasará allí el final de sus días. Se plantan

árboles. Tres veces al día un cortesano trae platos que proceden de la cocina real. Un maestro de obras prepara la tumba de Sinuhé, su morada funeraria se prepara con sumo esmero. «No hay común de los mortales por quien se haya hecho tantas cosas —reconoce — . Y he sido objeto de los favores reales hasta el día del tránsito.»

De este modo se presenta este hermoso texto que recuerda de maravilla la época de Sesostris y la civilización refinada de los faraones del Imperio Medio. El mundo sirio-palestino está descrito con precisión y de modo imparcial; sin embargo, contrasta con Egipto y su corte real donde se afirman los valores espirituales y culturales. La novela de Sinuhé merece sin duda el calificativo de obra maestra por la elegancia de la lengua en que está redactado el texto, el encanto de la aventura, lo profundo de los pensamientos y los símbolos que encierra.

8

Ahmosis el Liberador

La fama del faraón Ahmosis (o Ahmés) casi no ha trascendido los círculos de especialistas y, sin embargo, los faraones más importantes del Imperio Nuevo, universalmente conocidos, tienen con él una deuda inmensa: Ahmosis fue el liberador de un Egipto ocupado por invasores extranjeros. Por esta razón merece, al igual que su predecesor Kamosis. que se le dediquen algunas páginas para rememorar sus hazañas.

La gloria del Imperio Medio había sucumbido en las tinieblas de una época muy mal conocida, la del Segundo Período Intermedio (1875-1552, de la XIII dinastía a la XVII). Una invasión sucedió a un período de anarquía. Hacia el 1650. unos extranjeros, los «hicsos». invadieron el Delta. Según el historiador judío Flavio Josefo. que Manetón afirma citar, un castigo de Dios cayó sobre Egipto. Los hicsos procedían del este y penetraron fácilmente. Quemaron ciudades, arrasaron los templos, masacraron a los egipcios o los redujeron a esclavos, sin discriminar a mujeres ni niños. Tuvieron un jefe que organizó grupos armados. Impusieron tributos, explotando duramente a sus vencidos. El calificativo de «reyes pastores» atribuido a esos invasores es un error; proviene de una mala etimología de «hicsos». término trasladado del egipcio y que en realidad significa «príncipes de los países extranjeros». En el Imperio Medio se designaba de este modo a los jefes beduinos.

Seguramente, hay que corregir buena parte de esta descripción apocalíptica. Durante la débil XIII dinastía, bandas de salteadores semitas, entre las cuales se encontraban muchos palestinos, hicieron incursiones cada vez más profundas en el Delta. Con el transcurso del tiempo, constataron que el poder real de los faraones disminuía y que la capacidad de defensa de Egipto menguaba. Estos hicsos se envalentonaron y se implantaron progresivamente en el interior de las Dos Tierras, apoderándose de terrenos enteros que el ejército y la policía egipcios se veían incapaces de recuperar. Cabe suponer que los hicsos no fueron una raza de invasores venida de muy lejos, sino simplemente una especie de confederación de nómadas semitas que se aprovecharon de la decadencia de Egipto para apoderarse de una parte de ese gran país, cuyas riquezas conocían.

Los hicsos fundaron su propia capital. Avaris. una plaza fuerte le-

vantada en el Delta. Contrariamente a lo que narra una leyenda muy conocida, no llegaron a conquistar Egipto gracias a la utilización de la caballería, ya que al igual que sus adversarios solamente poseían soldados de infantería.

En Avaris adoraban al dios Seth. cuyo nombre escriben con la forma de Sutekh y cuyo carácter se acerca al Baal asiático. Sin embargo, no persiguieron a las otras divinidades.

Si bien es seguro que los hicsos reinaron en el Delta y en el Medio Egipto, resulta poco probable que extendieran su dominio hasta el Alto Egipto, donde, probablemente reinaban príncipes incapaces de unirse. Tebas era independiente, mientras que, más al sur. Nubia ya no se encontraba bajo la protección egipcia.

Los historiadores modernos no dan casi crédito a la versión de Flavio Josefo. que mencionamos anteriormente. No piensan que el balance material de la ocupación de los hicsos haya sido catastrófico. Devastaciones, destrucciones, incendios, parecen formar parte de una temática literaria destinada a revalorizar la llegada de un rey salvador que sacó al país de la odiosa influencia extranjera. El verdadero caos fue la ausencia de un gran faraón. Los hicsos supieron aprovecharse de una situación, pero no fueron destructores. Adoptaron la escritura jeroglífica, las costumbres egipcias, y hasta tomaron nombres egipcios, pero probablemente nunca fueron más allá de la ciudad de Gebelein. Estos «invasores» se egipcianizaron rápidamente y no se comportaron nunca como revolucionarios. Por esta razón la población se habituó a su presencia y a su gobierno, que no debía ser muy diferente del de los insignificantes monarcas de la XII dinastía. Trajeron consigo armas más perfectas, como puñales, espadas de bronce o arcos, tuvieron la idea de hacer que los caballos tiraran de los carros, construyeron fortificaciones modernas alrededor de su ciudad: dieron, por lo tanto, buenas ideas a los militares egipcios, que supieron aprovecharlas para modernizar su ejército.

Hacia el 1650. la XVIII dinastía tebana —que reina paralelamente a la XVI dinastía de los hicsos, en el norte— empieza a soportar con dificultad la presencia de extranjeros en el suelo egipcio. Las provincias del sur se reagrupan alrededor de los príncipes tebanos. Se decide una tentativa militar. Tiene lugar un primer enfrentamiento. en el que muere el tebano Sekenenra-Taa. Su momia, que ha sido encontrada, presenta varias heridas en la cabeza. Los hicsos rechazaron a los egipcios pero indudablemente no les vencieron, porque el movimiento de revuelta, en lugar de cesar, se incrementa. Hacia el 1555, Kamosis toma el poder en Tebas, completamente decidido a continuar la lucha.

El rey Kamosis. elegido por el dios Ra. reúne un gran consejo en su palacio para examinar la situación. Constata con amargura que hay «un poderoso» en Avaris. es decir, el soberano hicsos. y otro en Kush. es decir, en Nubia. Así pues. Kamosis está acorralado entre un norte y un sur que le son hostiles. Pero su corazón quiere liberar a Egipto, y este deseo es más fuerte que los peligros a que se expone. Afortunadamente, el sur donde él reina es próspero. El punto de partida para el ataque es sólido, pero los cortesanos se muestran inquietos. Aconsejan a Kamosis que sea prudente, pero él no les escucha; piensa que hay que reconquistar todo Egipto.

Kamosis sale de campaña. «Bajé el río —dice— para que los asiáticos siguieran a Amón, el Justo-de-consejos; con mis bravos soldados delante de mí. como una llama de fuego.» El primer acto de Kamosis, apoyado por una intendencia minuciosamente preparada, es hacer que vuelvan a participar en la vida nacional los colaboradores egipcios que se habían declarado a favor de los hicsos. De este modo, combate contra un príncipe Teti: «Pasaba la noche en mi barco —explica Kamosis — , mi corazón era feliz.

Cuando la tierra se iluminó, me abalancé sobre él como un halcón». A mediodía, el asunto había concluido. El adversario se rinde, los muros de su ciudad son derribados, sus gentes capturadas. Los soldados de Kamosis, como leones, se reparten el botín, en el que se encuentra ganado, leche y miel.

Kamosis sube hacia el norte, los hicsos se ven obligados a tocar retirada y a refugiarse en su capital. Avaris, donde sufren el asedio. Kamosis se presenta como un vengador despiadado: manda arrasar las ciudades partidarias de los asiáticos. Así perecieron los enemigos de Egipto, los que se habían olvidado de la omnipotencia del faraón. Además, el rey tiene mucha suerte. Sus hombres capturan a un mensajero que marchaba a Nubia, y que llevaba una carta escrita por el soberano hicso. Este pedía ayuda a los nubios contra Kamosis. al que juzgaba muy peligroso. «Si consigue vencerme —previene a sus aliados del sur— os vencerá también a vosotros. Venid —suplica—, subid inmediatamente hacia el norte, no lo penséis más. Mirad, está aquí, a mi lado [...] No me desharé de él hasta que no lleguéis. Entonces, nos repartiremos las ciudades de Egipto entre nosotros.» No contenta con haber recobrado su independencia, la turbulenta Nubia traicionaba a Egipto; pero no pudo aportar a los hicsos la ayuda que éstos esperaban. Elefantina, en la frontera egipcia, era una plaza fuerte fiel a Kamosis. Las tropas nubias, suponiendo que fueran enviadas, no consiguieron pasar. No hubo una alianza asiático-nubia contra Egipto. Kamosis volvió victorioso a Tebas, donde fue aclamado por una población entusiasmada. Sin embargo, la victoria no era total y Kamosis no fue considerado como el liberador de Egipto. Ese título glorioso se le adjudicaría a su sucesor. Ahmosis el fundador de la XVIII dinastía y del Imperio Nuevo.

Ahmosis (1552-1527) puede ser considerado al mismo tiempo como el último faraón de la XVII dinastía y el primero de la XVIII. Hombre del final de un universo, encarna el inicio del período mejor conocido de la historia egipcia, el Imperio Nuevo, que abarca las dinastías XVIII. XIXy XX (1552-1070 a. de J. C).

Probablemente. Kamosis no había conseguido destruir la fortaleza de Avaris. Había conseguido que los hiesos retrocedieran hacia el norte, pero su capital seguía en pie. Ahmosis. cuyo nombre significa «la luna ha nacido», continúa la lucha hasta el final. A él se debe la conquista de Avaris: este acontecimiento se considera tan importante que justifica un cambio de dinastía. Se conoce la caída de Avaris gracias a una inscripción grabada en una pared de la tumba de Ahmes. hijo de Abana en la ciudad de Al-Kab. Ahmes era un brillante militar que se inició pronto en una carrera que fue muy larga. Hombre de gran valentía, tuvo la suerte de realizar muchas hazañas guerreras con el rey Ahmosis. quien le colmó de recompensas y de condecoraciones, en especial del codiciado «oro del valor».

Desgraciadamente, tenemos pocos detalles acerca del episodio propiamente militar de la toma de Avaris. que fue larga y difícil. El ejército de Ahmosis no se contentó con este espléndido éxito, porque emprendió otro sitio, que duró tres años para hacerse con Saruhen, una plaza fuerte al suroeste de Palestina. No cabe duda de que el rey quiso extirpar definitivamente el germen hieso persiguiéndolo hasta la guarida de donde había salido. Esta vez. el peligro asiático ha sido conjurado; Egipto está al amparo de una invasión del este.

La depuración no había terminado. Hemos visto que Nubia apoyaba más o menos intensamente a los hiesos. Ahmosis lleva sus tropas hacia el sur y Nubia vuelve al seno egipcio tras ser expulsado el usurpador que había tomado el poder. Ahmes. de espíritu lírico, que acompaña siempre al faraón, canta sus victorias. El valiente guerrero no deja de decir que recibe

numerosas recompensas para gratificar su conducta. Otro soldado, que hizo también una larga carrera, narra los mismos acontecimientos. Se deduce así que los soldados de Ahmosis poseían un arma especial: el entusiasmo. Formaban un ejército de liberación, que luchaba para devolver a Egipto el esplendor de otros tiempos pasados que. pronto, serían nuevos. Nubia. por lo demás, no opone casi resistencia. Los potentados negros que. durante un tiempo habían creído en su independencia, bajaron rápidamente la cabeza. Sin embargo, hicieron falta tres campañas para que cesara totalmente la oposición en Nubia.

Convertido en faraón, el príncipe tebano Ahmosis había llevado a buen término su empresa. ¿Qué título más glorioso que el de liberador de su país? Hace de Tebas, su ciudad natal, la capital de Egipto. Restaura templos por todos sitios. Lanza la idea de una fuerza divina que actúa en y por el rey: él ha salido vencedor porque la divinidad ha favorecido sus propósitos. Pronto, los poderosos faraones del Imperio Nuevo utilizarán un lenguaje idéntico insistiendo en los favores concedidos por su padre Amón.

Las mujeres pertenecientes a la familia real tebana que luchó contra los hiesos desempeñaron un papel esencial en la liberación de Egipto.

Escena de la coronación (templo de Edfu): el faraón lleva el psen, unión de la corona roja y la

corona blanca. (Roger-Viollet)

No olvidemos que son ellas quienes detentan el principio de legitimidad; son ellas quienes hacen de los pretendientes al trono faraones auténticos. La madre de Ahmosis, llamada Aahotep, fue venerada después de su muerte. Ella había dominado una rebelión en Tebas y restableció la unidad en las filas del ejército devolviéndole la confianza. Tras la muerte de Kamosis y el relativo fracaso del rey frente a Avaris, la reina supo inculcar nuevo valor en el alma de los combatientes antes de que Ahmosis los llevara a la victoria. Esa enérgica mujer murió cuando tenía más de ochenta años; su momia se conserva en el museo de El Cairo. Ahmosis se casó con Nefertari. reina aún más famosa que la anteriormente citada. Su nombre se cita en muchas inscripciones. El rey no dudaba en entrevistarse con ella para pedirle consejo.

Un día, Ahmosis pensó en sus queridos antepasados, preguntándose de qué modo podía rendirles homenaje. Para conmemorar su recuerdo, quería construir monumentos en su honor. La reina, viéndolo preocupado, le interroga acerca de los pensamientos que agitan su corazón. El se le confía. Ella le alienta a seguir su deseo de maestro de obras que, pronto, se vio realizado. La reina asistió al rey en muchas actividades públicas; le acompañó, por ejemplo, a las canteras de Turah para abrir nuevas galerías. Egipto, liberado, puede volver a construir.

El Imperio Nuevo parece haberse acordado siempre, con mayor o menor intensidad, de la invasión de los hicsos. Si bien el Primer Periodo Intermedio marcó una división interna de Egipto, el Segundo fue el período de la primera gran ocupación extranjera. La instalación de los hicsos en el Delta fue como una pesadilla que se hizo cada vez mayor, cada vez más real. Los nómadas de Asia se habían sedentarizado; pero aunque se hubieran egipcianizado no eran egipcios. Mucho tiempo después de su expulsión, fueron considerados aún como una peste, una enfermedad que carcomía el cuerpo de la nación.

En esta lucha de liberación. Egipto adquirió una conciencia aguda de su singularidad y de su originalidad irreductible a otros pueblos. Además, una clase nueva —o al menos relativamente nueva en su manera de actuar — apareció en la sociedad egipcia: la de los militares. Las fortificaciones construidas por los poderosos monarcas del Imperio Medio no habían bastado para detener a los invasores. Quedarse a la defensiva no constituía un método infalible. Los faraones del Imperio Nuevo tendrán esto en cuenta, prefiriendo a veces pasar al ataque antes que esperar los golpes del agresor. El Imperio Nuevo es militarista porque quiere proteger a Egipto de cualquier invasión extranjera, porque desea evitarle revivir la experiencia de los hicsos. Alternando la guerra y la paz. el uso de la espada y la vida lujosa de palacio, formó el tercer período glorioso de la historia egipcia, con nombres que brillan aún en nuestras memorias como inmensas luces: Hatshepsut, Tutmés III, Amenofis II. Tutmés IV. Amenofis III. Akenatón. RamsésII, RamsésIII... La historia nos invita ahora a revivir la aventura de estos reyes.

9

Hatshepsut, reina-faraón

Durante más de veinte años (1490-1468), una mujer. Hatshepsut, va a reinar en Egipto. No es el primer faraón femenino, porque la situación ya se había presentado, una vez en el Antiguo Imperio y una segunda vez en el Imperio Medio. Pero las dos mujeres faraones precedentes habían reinado a finales de épocas ilustres, en períodos de crisis. Hatshepsut, en cambio, es jefe de un Egipto rico y poderoso. Inteligente, hábil, dotada de capacidades administrativas probablemente excepcionales, jefe político, Hatshepsut era una de las hijas de un gran monarca. Tutmés I (1506-1694). Este preparó a su hija para ejercer el poder. Ella le prodigó un profundo afecto, tomándolo como ejemplo.

Tutmés I. que mantuvo firmemente a Nubia bajo el yugo egipcio, condujo una importante expedición militar a Asia. Acompañado por un oficial célebre por su brillante carrera. Ahmes. hijo de Abana, el rey se arriesgó hasta el territorio de Naharina, al este del Eufrates, donde estaban instalados los mitanni. Tras haberlos vencido, conmemoró ese hecho de armas mandando construir una estela fronteriza junto al Eufrates. Tutmés III. el gran conquistador, la encontrará intacta unos cincuenta años más tarde cuando su ejército llegó a este lugar. En el camino de vuelta, el rey se dedica a la vida placentera: organiza una cacería de elefantes en Siria. En la corte, condecora por última vez a Ahmes, hijo de Abana, quien por siete veces había recibido el oro que recompensa a los valientes. ¡La primera vez los hicsos todavía ocupaban Egipto! El viejo soldado, admirado por todos, ya no saldrá por los caminos, decidido a disfrutar de un descanso bien merecido. A Tutmés I se le debe también el inicio de unas importantes obras en Karnak. El maestro de obras Ineni dirigió los trabajos en este lugar, donde los arquitectos del Imperio Nuevo iban a rivalizar en talento.

Hatshepsut heredó el carácter enérgico de su padre. Se casó con un hijo de éste nacido de una concubina. Tutmés II. cuyo reinado fue breve (1493-1490). Durante su primer año de gobierno, estalló una revuelta en Nubia. El faraón se puso furioso como una pantera al enterarse de que unos salteadores habían robado ganado y unas tribus se habían atrevido a atacar la fortaleza. Su cólera es terrible. Remonta el Nilo con su ejército y extermina a los rebeldes. Solamente perdona a uno de ellos: el hijo de un jefe, que lleva como prisionero a Tebas, ciudad que aclamó a los soldados vencedores. Apenas se ha calmado el sur. surgen problemas en Siria-Palestina. Tutmés II interviene rápidamente.

El joven rey. cuya carrera parece prometedora, muere prematuramente. Esta defunción coloca a Egipto en una situación difícil. Tutmés II había tenido dos hijas y un hijo, el futuro Tutmés III. Pero este último era sólo un niño, incapaz de desempeñar la pesada función a que estaba destinado. Hatshepsut asegura la regencia. «Hija del rey. hermana del rey, esposa del gran dios, gran esposa real», dirigirá el país según la voluntad de su sobrino, afirma ella.

Pero este tipo de gobierno no corresponde a la mentalidad egipcia. Por esta razón. Hatshepsut decide ser rey. Decimos rey y no reina porque adoptará las características masculinas que harán de ella un faraón como los otros. La mutación se efectúa por etapas. Al principio, aun estando representada como mujer, se afirma como faraón. Luego, se viste como un

hombre, adopta el protocolo de los reyes, suprime la desinencia femenina en sus nombres y en sus títulos, lleva la barba postiza, la doble corona. Dos años después de la muerte de Tutmés II, Hatshepsut actuaba ya como jefe de Estado. Quiere legitimar su poder, explicando que su padre, el estimado Tutmés I. la había elegido como reina.

Los textos afirman que Hatshepsut. hija del dios Amón, lo cual era también una garantía para que ocupara el poder, dirigió los asuntos de Egipto desde su punto de vista. El país bajaba la cabeza ante ella. Era el cable que hala el Bajo Egipto, el poste en que se amarra el Alto Egipto, el timón del Delta. Esas imágenes del lenguaje de los marinos hacen pensar en la expresión «el navio del Estado», cuya ruta orientó Hatshepsut. Gracias a sus excelentes órdenes, las Dos Tierras vivieron en paz.

Hatshepsut era una mujer muy bella. Uno de sus más bellos retratos es una esfinge de cabeza humana, conservado en el Metropolitan Museum Of. Art. de Nueva York. Los rasgos de la cara son a la vez finos y tenaces. La momia de Hatshepsut es una de las más emocionantes. Ha conservado sus largos cabellos. A pesar de la máscara de la muerte, se adivina una personalidad enérgica, una feroz energía unida al encanto de una resplandeciente feminidad.

Gracias a la obra de sus predecesores. Hatshepsut vive un período de paz. Lo aprovecha para dedicarse a la gestión económica del país y sobre todo a una intensa actividad arquitectónica. Sentada en su trono, en su palacio, piensa en su creador, Amón. Su corazón le pide construir dos obeliscos en honor al dios. Se pone en movimiento. Imagina ya la sorpresa de los hombres cuando vean esos monumentos. Hatshepsut es consciente

Hatshepsut, faraón de Egipto, con rasgos delicados y, a la vez, llenos de decisión. (*Metropolitan Museum.*) (*Roger-Viollet.*)

de su empresa: ella hará que su nombre sea duradero y eterno. Efectivamente, la reina hizo construir cuatro obeliscos en Karnak, lugar donde emprendió muchas construcciones, como una sala de la barca sagrada rodeada de capillas anejas. Si bien su actividad en el norte del país es todavía mal conocida, se sabe que hizo levantar un templo dedicado a Horus en Buhen, en Nubia. Se caracterizaba por poseer columnas acanaladas, cercanas al estilo dórico. Los templos griegos adoptarán mil años más tarde esas formas.

Pero la obra maestra de la reina, el templo que además permite «leer» su reinado a través de sus relieves, es Dayr el-Bahari, construido en la región tebana en un lugar consagrado a la diosa Hator. Una de las mayores emociones que se siente cuando se viaja por primera vez a Egipto es el descubrimiento de este templo, de esta arquitectura aérea y a la vez enraizada en la eternidad, cuya fuerza celeste está subrayada por la

verticalidad del acantilado contra el que está adosado el canturrio. El nombre de este último era «maravilla de las maravillas». «Contemplarlo —afirmaban los egipcios— es lo más grande del mundo.»

En el Imperio Medio existía ya un santuario, pero la reina, confiando la dirección de las obras a su arquitecto Senenmut, concibió un proyecto muy original. Dayr al-Bahari presenta una particularidad única en la arquitectura egipcia: una calzada que sube en suave pendiente hacia el templo, compuesta de terrazas superpuestas.

La reina tuvo el inmenso placer de ver su templo acabado. Tutmés III. cuando ocupó el trono, hizo desaparecer algunos cartuchos de Hatshepsut sin llegar a emprender la destrucción del edificio que glorificaba su recuerdo. Ramsés II, como hizo en todo Egipto, marcó su presencia haciendo grabar su nombre y textos alabando sus hazañas. Parece ser que el templo fue más o menos abandonado a finales de la XX dinastía, en una época en que Egipto se debilitaba. El área sagrada sirvió de cementerio a los sacerdotes y a las sacerdotisas de Amón. Allí se ocultaron momias reales. La arena y el polvo ocultaron una gran parte del monumento. En la época ptolemaica, las autoridades religiosas se volvieron a ocupar de Dayr al-Bahari. Ya no se rendía culto a Hatshepsut desde hacía mucho tiempo, pero se arreglaron las capillas, donde los peregrinos veneraban a dos sabios divinizados: Imhotep,

El templo de Dayr al-Bahari, obra de Hatshepsut y de su maestro de obra Senenmut. Encaja perfectamente en el marco admirable que forman el desierto y el acantilado. (*Roger-Viollet.*)

el maestro de obras de Zóser. y Amenhotep hijo de Hapu. el de Amenofis III. Monjes y anacoretas eligieron Dayr al-Bahari. «el convento del norte», para retirarse a meditar. En el siglo v d. de J. C. se instaló un monasterio en las ruinas del santuario egipcio, definitivamente abandonado hacia el siglo n. En el siglo VIII desaparece todo rastro de vida de este lugar, que volverá a resucitar con las excavaciones del siglo XIX. Actualmente, tenemos la suerte de poder apreciar «la maravilla de las maravillas» en un estado que no se aleja demasiado de su aspecto primitivo. Pero faltan aún al menos cincuenta años de limpieza y restauración.

Sería preciso un libro entero para hablar del templo, describir su arquitectura, recorrer las salas, traducir los textos, detallar las escenas. Ese mundo de piedra, donde la diosa de la alegría y del amor. Hator. ocupa un lugar importante, es un himno inmortal a la belleza. Con él la reina rinde homenaje a su padre. Tutmés I. al gran dios Amón-Ra, pero también al dios solar Ra-Horajty y al dios funerario Anubis.

En los cimientos, en los ángulos del edificio y debajo del umbral se han descubierto símbolos religiosos como escarabajos, pero también herramientas como mazos, tijeras o también instrumentos para el rito de la apertura de la boca y tinajas con la inscripción: «La hija de Ra, Hatshepsut, ha hecho este monumento para su padre Amón, en el momento de estirar el tendel para el templo de Amón, la maravilla de las maravillas».

Para acceder al templo había que recorrer una avenida de esfinges representando a Hatshepsut. quien acogía en persona a los peregrinos. Ante el edificio se encontraba un magnífico jardín, con alamedas de sicómoros, hileras de tamariscos, palmeras, árboles frutales, de incienso. También había un viñedo y estanques de papiros donde se efectuaban los ritos de caza y de navegación. Dos perseas marcaban la entrada del templo.

En el patio inferior, el pórtico consagrado a las escenas de caza muestra al faraón como una fiera de cabeza humana aplastando a nueve enemigos, es decir, la totalidad de países extranjeros. Durante la celebración del rito de los terneros, el señor de Egipto se asimila al vaquero que da la vida. El faraón Hatshepsut efectúa también la cosecha de los papiros en honor de la diosa Hator. y caza los pájaros acuáticos con jabalinas y una red. El pórtico de los obeliscos recuerda el tamaño, el transporte y la construcción de los gigantescos monolitos de granito rosa destinados al templo de Karnak. Se utiliza una chalana de madera de sicómoro, de más de sesenta metros de largo. Durante la llegada del cortejo a Tebas, el cielo está en fiestas. Amón promete a su hija Hatshepsut un reinado feliz. Sacerdotes, nobles, funcionarios, soldados forman el cortejo. Se celebran sacrificios, en especial el descuartizamiento del buey, y después se procede a dedicar los obeliscos a Amón. Hatshepsut efectúa ritos durante la donación del terreno donde serán erigidos, en particular el recorrido del área sagrada, exactamente en la misma postura adoptada por Zóser.

Dejemos el patio inferior y tomemos la rampa de acceso hacia la terraza intermedia. Al norte se encuentra la capilla del dios de cabeza de chacal. Anubis. que conduce la reina hacia el fondo del santuario. Para Hatshepsut representa la certeza de no perderse en el reino de los muertos. Al sur. la capilla de Hator. señora de Occidente que acogía los difuntos en la necrópolis. Se le ofrecían flores, frutas, exvotos, como perlas o escarabajos. El santuario hatórico está precedido de una sala hipóstila cuyas columnas están coronadas por capiteles que representan una cabeza de mujer con orejas de vaca. A Hator. considerada como la madre de la reina-faraón, se la representa a veces en forma de una vaca que lame los dedos de

Hatshepsut sentada en un palio, y otras veces como una espléndida mujer. La diosa acoge a su hija que ha construido su casa y ha llevado alimentos a sus altares. La sala más sagrada, estrecha y profunda, está excavada en el acantilado. En este lugar, la vaca sagrada amamanta a Hatshepsut. dando así a la soberana un líquido de inmortalidad. El cuadro del fondo muestra una tríada, compuesta de Amón, que ofrece el signo de la vida a Hatshepsut; la reina-faraón divinizada y Hator que consolida su corona, mientras un disco alado planea por encima de la escena.

Sobre esta terraza intermedia, el pórtico del nacimiento fue concebido para explicar el origen divino de Hatshepsut y legitimar su poder. Con el apoyo de los sacerdotes tebanos, se dispuso el mito de la teogamia según el cual el dios Amón en persona fue su padre. Amón, venerado por los Amenemhet de la XII dinastía, cuyo nombre significa Amón-está-delante, es el dios de Tebas, ciudad donde nació el movimiento de liberación de Egipto que acabó con la expulsión de los hicsos. Al glorificar a Amón, se daban las gracias a Tebas. El origen del dios es oscuro. Su nombre significa «el oculto». Con cierta prontitud, adoptará características solares acercándose de este modo a Ra, hasta convertirse en todopoderoso en el Imperio Nuevo con el nombre de Amón-Ra, rey de los dioses.

Las escenas del pórtico del nacimiento nos hacen asistir a un consejo de dioses presidido por Amón-Ra que ha decidido unirse con la reina Ahmes, la más bella de todas las mujeres. Con el consentimiento del colectivo divino. Amón toma la forma del faraón y entra en la habitación de su esposa. La encuentra durmiendo. Ella se despierta al sentir el suave perfume que emana del cuerpo de su marido. El le sonríe, el amor invade sus cuerpos, se unen. La reina, embarazada, se regocija al dar a luz a una hija que detentará el poder. Los dioses intervienen para favorecer el nacimiento: Jnum modela la niña y su ka en el torno de alfarero para que tengan siempre vida, salud, abundantes alimentos, ideas justas, amor, alegría. La diosa rana Heket da vida a las figurillas modeladas por Jnum. Thot anuncia el futuro nacimiento de la feliz madre que es conducida a la cámara del parto. Hatshepsut nace en presencia de Amón y de nueve divinidades. Es presentada a su padre divino que saluda a la niña nacida de su carne y la arrulla. Siguen después escenas en que se amamanta a Hatshepsut, es presentada a la diosa Sejsat que traza sus cartuchos. «Su Majestad crecía mejor que cualquier otra cosa —dice un texto—. Su forma era la de un dios, su esplendor era el de un dios. Su Majestad se convirtió en una hermosa joven, resplandeciente como la primavera.»

Hatshepsut. tras haber sido presentada a los dioses del sur y del norte, viaja por todo Egipto. Se hace reconocer como faraón por las divinidades locales y sus cleros, realizando así una especie de peregrinaje político-religioso. Llega entonces el momento de proceder a la coronación en la capital. Hatshepsut se coloca ante su padre. Tutmés I, que está sentado en el trono. Éste presenta a su hija, cuyo nombre significa «la primera de los nobles», como su sucesora. De ahora en adelante, ella dará las órdenes. Todos han de escuchar sus palabras y unirse bajo su mandato. Los dioses la protegen mágicamente. Las personalidades importantes de Egipto escuchan ese discurso con regocijo. Están persuadidos de que Hatshepsut sabrá oír la voz de los egipcios como lo había hecho su padre. En la escena final, la reina recibe las coronas del Alto y del Bajo Egipto. Hay que señalar que algunos cartuchos de Hatshepsut han sido dañados y el rito final de la coronación está muy deteriorado. Se ha querido ver en ello el resultado de la venganza de Tutmés III. Sin embargo, si se acepta esta interpretación, ¿por qué se dejaron intactos ciertos cartuchos y no se destruyeron todas las representaciones?

La aventura de Hatshepsut hubiera sido imposible sin el apoyo del

clero de Amón que, paradójicamente, había designado rey a Tutmés III. Hatshepsut encontró un fiel aliado sobre todo en la persona del sumo sacerdote Hapuseneb. que tenía una influencia política considerable. Él favoreció la creación del mito del nacimiento divino y justificó teológicamente la legitimidad de Hatshepsut. Hapuseneb fue elevado al rango de jefe de los sacerdotes de! sur y del norte, dirigiendo todos los cultos y, utilizando el oráculo, hacía conocer la voluntad de Amón. Hatshepsut le dio el rango de visir, colocándolo así al frente del Estado.

Sobre esta misma terraza intermedia del templo de Dayr al-Bahari. el pórtico de Punt narra los episodios de una expedición comercial que fue considerada por Hatshepsut como uno de los grandes momentos de su pacífico reinado. Durante éste, se hizo una pausa en la política de intervención de los enérgicos faraones de la XVIII dinastía. Sin embargo, la reina proyectó una imagen de sí misma bastante sorprendente: es la soberana de la luz, y ella ha acabado con el caos del Segundo Período Intermedio. Se vanagloria de haber restaurado los monumentos arruinados en la época en que los asiáticos ocupaban Avaris y las provincias del norte eran atacadas por los saqueadores, que actuaban sin conocer al dios Ra. Una vez más. Hatshepsut insiste en su legitimidad. El desorden se ha acabado porque ella es faraón.

Sin lugar a dudas, su política exterior fue muy débil. En Asia, las poblaciones se mostraron igual de turbulentas que en los años anteriores. El no intervencionismo egipcio alentó incluso los proyectos de revuelta. Cuando Tutmés III llega al poder, se encuentra con una situación relativamente explosiva de la que Hatshepsut era. en parte, responsable.

La reina se dedicó fundamentalmente a mantener relaciones comerciales con el extranjero. El viaje a Punt marca el apogeo de esta política. El país de Punt, cuya localización exacta todavía se discute (probablemente se encontraba en la costa de Somalia, cerca de Eritrea), fue visitado por los egipcios desde el Antiguo Imperio. Los dos países parecen haberse llevado bien desde siempre. Amón de Tebas inspira a Hatshepsut, su protegida, la idea de una excepcional misión hacia la región del incienso, que los sacerdotes consumían en abundancia para sus ritos.

La flota egipcia consta de cinco grandes barcos de treinta remeros cada uno. Cuando se descubre la maravillosa tierra de Punt. embellecida aún más por las leyendas, se echa el ancla en un agua repleta de peces. Una embarcación cargada de vituallas se separa para ir hacia la orilla. Los marinos del faraón desembalan muchos regalos mientras el jefe de la expedición, protegido por una escolta militar, saluda al rey y a la reina de Punt. La reina es deforme, sufre una elefantiasis aguda. Se distribuyen perlas, collares y armas. Las personalidades de Punt se inclinan y rinden homenaje a Amón-Ra.

Los egipcios admiran la encantadora flora tropical los indígenas viven en medio de palmeras, en chozas redondas a las se accede mediante escaleras. Llevan los mismos vestidos que en la época de Keops. En esta comarca la moda no varía mucho: llevan trenzas en el pelo y la barba cortada en punta.

Las transacciones se pactan en un clima de buen humor. Se planta una tienda para el enviado del rey y los dignatarios egipcios. Se inician las discusiones. Los egipcios se llevarán madera de ébano, oro. incienso, colmillos de elefante, monos, pieles de leopardo y fieras vivas. Tratan con suma delicadeza los árboles de incie--: o. cuyas raíces envuelven en esteras. La carga es asunto exclusivo de ; marinos egipcios que no permiten a las gentes de Punt subir a bordo.

El fin de las negociaciones comerciales se festeja con un alegre banquete donde abundan el pan. la fruta, la carne, el vino y la cerveza. Los

textos oficiales no hablan de trueque, sino de un tributo pagado por Punt a Hatshepsut. Además, la expedición no es sólo profana: tiene también como objetivo hacer una ofrenda a Hator. soberana de Punt. En las orillas de este país, la reina manda construir una estatua que la representa en compañía del dios Amón.
Durante el viaje de regreso unos graciosos monos suben por los cables. Se les dejaba en libertad, puesto que estaban destinados a ser los animales domésticos de los nobles. La llegada a Tebas es triunfal. Recuerda al recibimiento que se hizo a los marinos del rey Sahure (Antiguo Imperio). Los marinos en pie encima de los barcos con los mástiles bajados, las velas cargadas y los remos levantados, alzaban las manos y aclamaban al faraón.

Hay que señalar que los barcos estaban protegidos por la magia, con la proa y la popa adornadas con la «llave de la vida», el signo ankh, y el Ojo de Horus.

La reina preside la ceremonia de recibimiento en los jardines del templo de Dayr al-Bahari, donde se han plantado los árboles de incienso. Se cuenta el incienso fresco, se pesa el oro y los demás metales. La propia Hatshepsut controla la exactitud del peso. Durante la hermosa fiesta del valle. Amón visitaba los templos de la necrópolis tebana. Al llegar a Dayr al-Bahari. el dios se congratuló de que el incienso que se le ofrece sea fresco y puro. Era ésta la razón esencial de que hubiera ordenado una expedición a Punt. Su corazón encuentra regocijo en este hecho, el cielo y la Tierra se inundan de incienso.

Dirijámonos ahora hacia la terraza superior. Su pórtico exterior está en ruinas. En este lugar se encuentran unos colosos momiformes con la efigie de la reina. Un pórtico de granito rosa da acceso al patio. Esta parte secreta del templo estaba consagrada al culto de Amón, de Ra y de Hatshepsut divinizada. El santuario principal está situado en el eje del templo. A veces, la imagen de Hatshepsut ha sido reemplazada por la de Tutmés III. pero no siempre. En estos lugares, dos familias asocian su fama a las gracias divinas: Hatshepsut y sus padres, por un lado; Tutmés III y su padre, por otro.

La propia capilla funeraria de Hatshepsut está mal conservada, desgraciadamente. Se podía ver en ella la navegación de la barca solar durante las horas del día y las horas de la noche, escenas de ofrendas de animales, de telas, de flores. Así. Hatshepsut disponía de todo lo necesario para sobrevivir. Al fondo de la capilla, la estela de culto era el elemento sagrado por excelencia, que permitía al espíritu de la reina vivir eternamente.

En otra capilla de esta terraza superior, consagrada al culto de Tutmés I, nos espera una extraordinaria sorpresa. Sobre una de las paredes se encuentra representado un hombre de rodillas, adorando. Se precisa su nombre: Senenmut. Senenmut es el genial arquitecto que concibió el templo de Dayr al-Bahari. De esa manera, este nombre, una personalidad no real, ha tenido la audacia —o la autorización— de dejar constancia de su recuerdo. Senenmut. que profesaba un culto particular a Hator, está también presente en otro lugar del edificio. De origen modesto, hizo una rápida carrera, ocupando unos veinte cargos diferentes. Estuvo encargado de una parte de la gestión del gran templo de Karnak, segundo profeta de Amón, y fue también preceptor de la princesa heredera y jefe del consejo privado de Hatshepsut. Unas estatuas lo muestran con la hija de la reina envuelta en su manto.

El nombre de Senenmut desaparece de las inscripciones después del decimosexto año del reinado de Hatshepsut. Algunos, pensando que el arquitecto fue amante de la reina, creen que quizá cayó en desgracia. Quizá la verdad sea algo diferente; probablemente, el maestro de obras de Dayr

al-Bahari murió. No lejos del templo, cerca de una cantera, se encontraba una tumba preparada para Senenmut. El panteón estaba situado debajo del ángulo nordeste de la terraza inferior del templo, con lo que Senenmut contaba con descansar debajo de su obra maestra y permanecer eternamente cerca de su soberana. Pero no fue enterrado en este lugar por razones que ignoramos.

¿Cómo terminó la aventura de Hatshepsut. mujer excepcional y la reina más insigne de Egipto? No lo sabemos con certeza. Se ha escrito a menudo que el joven Tutmés III, que accedió al poder a la muerte de su tía, la odiaba. Hizo esculpir su nombre sobre los monumentos para borrar de la historia el recuerdo de Hatshepsut. Hay que matizar esas afirmaciones. Tutmés no dio orden de derribar el templo de Dayr-al-Bahari que. sin embargo, era el símbolo más puro del reinado de Hatshepsut. Además, parece ser que su pseudoodio empezó mucho más tarde, quince años después de la muerte de la reina. Si bien es verdad que las marcas y las mutilaciones simbólicas de algunas estatuas pretenden vincular e! reinado de Tutmés III con el de Tutmés II. la destrucción del nombre o de la imagen de Hatshepsut dista de ser sistemática. Tutmés III prefiere legitimar su propio poder que anular el reinado de Hatshepsut.

Es verdad que tanto Hatshepsut como Tutmés III eran de carácter muy enérgico. En este caso concreto, la historia se ha organizado admirablemente para que ambos pudieran expresarse. Cuando Hatshepsut murió, el nuevo faraón ya no era un niño. Deseoso de probar rápidamente su valor y su competencia, iba a convertirse en el genio militar más grande del Antiguo Egipto.

Se ha encontrado la tumba de Hatshepsut. Es la primera que se cavó en el Valle de las Reinas. Llega hasta más de cien metros debajo de la tierra y no tiene ni textos ni representaciones. Contenía los sarcófagos de Hatshepsut y de su padre. Tutmés I. Pero Hatshepsut, cuando llegó a faraón, mandó construir otra tumba en el Valle de los Reyes. Hapuseneb, sumo sacerdote de Amón, se encargó de hacerlo. El eje principal de esta «morada de eternidad» se situaba en dirección al templo de Dayral-Bahari. uniendo así de manera abstracta los monumentos esenciales de la reina-faraón.

Le debemos al padre de Hatshepsut una innovación fundamental: la elección del Valle de los Reyes para construir las últimas moradas de los faraones. Este valle, un uadi salvaje y desértico al oeste de Tebas, está coronado por una cima, una especie de gran pirámide natural; hay quien se pregunta si no fue tallada por la mano del hombre para parecerse a las pirámides de los antiguos reyes y servir de protección a los faraones situados debajo de ella. El Valle de los Reyes, custodiado por fortines, no era accesible a los profanos. Las tumbas fueron cavadas por artesanos iniciados y sus accesos fueron bloqueados. En períodos turbulentos, ese lugar mágico se convertirá en un atractivo reclamo para ladrones y saqueadores, decididos a hacerse con el oro de los monarcas.

Los creadores de las tumbas reales estaban instalados en Dayr al-Madina. en un lugar llamado «el lugar de verdad», «el lugar de armonía». Esos hombres, que nunca fueron muy numerosos (entre treinta y cincuenta, aproximadamente), dependen directamente de la autoridad del rey y del visir. Su presencia está claramente contrastada en las dinastías XIX y XX. pero sin duda empezaron a funcionar a partir de la XVIII dinastía. Formaban un colegio iniciático cuyas normas de vida presentan afinidades con las de otras comunidades de constructores.

Reinado feliz, años de paz y de serenidad, belleza de una civilización

que se refleja en el templo de Dayr al-Bahari: el balance de la obra realizada por Hatshepsut es uno de los más positivos. Sin embargo, en el horizonte resuena el estrépito de las armas. Llega Tutmés III.

10

Tutmés III, el Napoleón egipcio

El joven hijo de Tutmés II, que estaba destinado a ser rey, sólo reinó teóricamente, puesto que dejó el poder a su tía Hatshepsut. Sin embargo, había manifestado sus derechos de manera clara. ¿No había indicado el propio Amón su preferencia? Hallándose el muchacho en el templo de Karnak, el dios fue a buscarlo: lo identificó, se paró delante de él y le designó rey. No se podía rechazar el oráculo. Pero la inscripción que relata esos hechos data de más de cuarenta años después de la llegada al poder de Tutmés III. Al igual que Hatshepsut. legitima su acción dándole la indispensable justificación religiosa, fundamentada también en la intervención directa de Amón.

Durante el brillante reinado de Hatshepsut, Tutmés III permaneció en la sombra. Las afirmaciones de que fue encarcelado carecen de fundamento. Fue educado en el palacio real y aprovechó esos largos años para prepararse para el oficio de rey. que siempre pensó ejercer. Aunque oficialmente era faraón desde hacía casi un cuarto de siglo, en realidad empezó a ejercer el cargo a partir del 1468 a. de J. C.

El tiempo perdido fue recuperado rápidamente. Su visir dice de él: «El rey sabía todo lo que iba a suceder: no existía dificultad que él no consiguiera resolver, no existía nada que él no pudiera llevar a cabo». El desarrollo de los acontecimientos probará que este alto dignatario no iba desencaminado.

El dios Seth en persona le había enseñado a tirar con el arco. No hay más remedio que creérselo cuando se constata el vigor del rey más conquistador de la historia de Egipto, hasta el punto de merecer el epíteto de «Napoleón egipcio». Según el examen de su momia, que se encontró rota en tres fragmentos y fue restaurada por los sacerdotes que le salvaron de la destrucción. Tutmés III era un hombre de tamaño y corpulencia mediano. Cuando subió al trono, el peligro asiático se convirtió en real y acuciante. El no intervencionismo de Hatshepsut, si bien preservó la paz, no pudo impedir que los mitanni formaran una coalición contra Egipto, país próspero de riquezas codiciadas. Mitanni reunió bajo su bandera a turbulentos jefes de tribus y de clanes, que pocas veces consiguieron entenderse en el pasado. El rey de Qades encabezó el movimiento.

Tutmés III emprendió una larga guerra contra los asiáticos, puesto que harán falta diecisiete campañas para asegurar la victoria egipcia. No todas tienen la misma importancia; algunas son combates, otras simples viajes de inspección. Todas ellas forman lo que se llama los Anales de Tutmés III. una especie de periódico de guerra grabado en las paredes de Karnak.

La primera campaña tuvo lugar durante el vigésimo segundo y vigésimo tercer año del reinado teórico, en realidad el primero y el segundo año del reinado real de Tutmés III. Por consiguiente, el rey inaugura su vigorosa política exterior muy poco tiempo después de la desaparición de Hatshepsut. El octavo mes del vigésimo segundo año del reinado. Tutmés III. siguiendo las órdenes de su padre Amón-Ra, parte de campaña para extender las fronteras de Egipto y acabar con sus enemigos. Tras unos diez

días de viaje, llega a la ciudad de Gaza, que conquista el día del aniversario de su ascensión al trono. Continúa después hasta Yehem donde se convoca un consejo de guerra. El príncipe de Qades y sus aliados se reunieron en Megiddó, una ciudad fortaleza. Para llegar a esta ciudad se pueden utilizar tres caminos: dos son largos y fáciles; el tercero, el del medio, es estrecho y difícil. Los soldados se verán obligados a andar en fila india. Si el enemigo ha pensado en preparar una emboscada, el ejército egipcio será aniquilado. Los consejeros del faraón optan por la prudencia: hay que evitar el camino del medio. Pero el rey opina lo contrario. Precisamente, le parece más rápido este último camino. «Estoy vivo — dice—, Ra me ama, mi padre Amón me favorece y me rejuvenece la vida y la fuerza, Mi Majestad irá por este camino.» Nadie podrá decir que el faraón ha tenido miedo ante un peligro. Los consejeros obedecen aunque siguen teniendo miedo. «El sirviente seguirá a su señor», es su conclusión.

El símbolo de Amón abre el camino. Tutmés va en cabeza de sus hombres, sobre su carro de combate de oro resplandeciente. Tras él. el ejército se mete por el estrecho paso, un soldado detrás de otro. En sus rostros se lee la angustia, pero nadie se vuelve atrás. Cuando llegan al otro lado del desfiladero, Tutmés III sabe que ha elegido bien. Los enemigos habían preparado una emboscada, pero en los otros caminos.

Al salir del desfiladero, el ejército egipcio se extiende por el valle de Megiddó. El rey da un descanso a sus tropas antes de avanzar hacia el sur de la plaza fuerte, donde se alza el campamento hacia las siete de la tarde. Se ordena a los soldados que se preparen para la batalla que tendrá lugar al día siguiente por la mañana. Un duro enfrentamiento en perspectiva, porque las tropas aliadas reunían a más de trescientos príncipes de Siria y de Palestina. Sin embargo, el ataque tuvo lugar algunos días más tarde, sin que se precise la razón del retraso. Es probable que los aliados, cuando se inicia el combate propiamente dicho, hayan maniobrado de tal manera que a los egipcios les dé el sol en los ojos. Tutmes III, hábil estratega, evita continuar el ataque en condiciones tan malas y confunde al adversario mediante un movimiento de las tropas que le permite penetrar por sorpresa en Megiddó. El faraón, encima de su carro, es un dios protegido por Horus y Montu. En medio de su ejército muestra de lo que es capaz y da buen ejemplo. Sin embargo, a muchos enemigos les dio tiempo de refugiarse en la plaza fuerte, y ésta fue asediada. Los textos egipcios presentan la victoria como total. Sin embargo, cabe preguntarse si dada la estrategia adoptada por Tutmés III no se pudo evitar el combate. Se inicia un largo sitio de siete meses. El rey quiere que esa fortaleza se rinda, porque tomar esa plaza «equivale a tomar mil ciudades». Casi todos los príncipes que gobiernan las ciudades sirio-palestinas se encuentran allí encerrados. En Karnak, cada una de las ciudades vencidas está simbolizada por un prisionero con las manos atadas a la espalda: no hay menos de trescientos cincuenta. Los aliados, hambrientos, se vieron obligados a rendirse. El botín obtenido por Tutmés III sería importantísimo. Se habla de más de novecientos carros y de dos mil caballos que pasarán a enriquecer el tesoro egipcio. Parece ser que el rey no mandó ejecutar a los príncipes asiáticos, contentándose con devolverlos a sus países, no sin antes haberles dirigido serias advertencias.

Después de este gran éxito, Tutmés III no se queda inactivo. Comprende que una simple hazaña no serviría para mucho y que puede formarse de nuevo una coalición. Por esta razón, durante las campañas siguientes organiza la dominación egipcia en Siria-Palestina. La conquista económica sigue a la conquista militar. Las zonas ricas de Siria se dividen en distritos. Cada año el rey va personalmente a los países sometidos para recibir los impuestos. El poder egipcio está presente de una manera discreta. Aprovechándose de esos viajes, el faraón trae muestras de una

flora y de una fauna que no existen en Egipto; se representarán en los relieves que componen el célebre «jardín botánico» de Karnak.

El rey lleva a cabo una sutil política para implantar la cultura egipcia en las regiones colonizadas. Elige a los hombres que harán de administradores, lleva a Egipto a miembros de las familias de los príncipes asiáticos para educarlos a la egipcia antes de enviarlos a sus provincias.

Dándose cuenta de que la vinculación por mar entre Egipto y Siria era mucho más fácil que el trayecto terrestre. Tutmés III asegura una base militar en Palestina. Es el objetivo de su quinta campaña. El país es rico: jardines, huertos y trigales lo hacen atractivo. El ejército egipcio goza de las delicias de Capua. antes de que alcanzara su pleno desarrollo, apreciando los excelentes vinos locales y divirtiéndose mucho. Pero el rey no se deja engañar ante el espejismo de una conquista fácil. Se dirige hacia Orantes, sin encontrar grandes oposiciones. Somete definitivamente a Qades, cuyo príncipe había sido jefe de la coalición vencida en Megiddó. Durante la séptima campaña somete una revuelta en Fenicia.

En el año 33 del reinado, el de la octava campaña, el rey decidió emprender una campaña para llegar hasta el Eufrates. No escatimó medios materiales, hizo construir muchos barcos de cedro colocados sobre unas plataformas arrastradas por bueyes. Estas embarcaciones servirán para cruzar el Eufrates. Cerca de Karkemish, al oeste de Alepo. tuvo lugar la batalla. El enemigo fue vencido y huyó en pleno desorden. Tutmés III. lleno de emoción, mandó construir una estela al lado de la de su antepasado. Tutmés I. que le había precedido en esos lugares. El rey de Mitanni es derrotado, pero sus tropas no son exterminadas puesto que dos años más tarde el faraón tendrá que volver a la guerra.

Retrocediendo hacia el sur. el ejército egipcio se enfrenta a una revuelta de príncipes sirios. Unas treinta ciudades serán destruidas. Pero en este glorioso año 33 hay también lugar para el esparcimiento: Tutmés III se deleita con una cacería de elefantes. El rey encuentra ciento veinte de estos animales cerca de un lago. Se precipita impetuosamente sobre los paquidermos que están bebiendo y refrescándose. Sin embargo, se muestra imprudente y provoca la rabia de los animales que ponen su vida en peligro. Un militar prestigioso. Amenemheb. salva al rey. y se vanagloria por haberse introducido en las aguas del lago y haber cortado la trompa del elefante más grande que amenazaba al soberano. Además, el mismo hombre había realizado otra hazaña sensacional durante un combate contra el príncipe de Qades. que había tenido la idea de lanzar una yegua desbocada en las filas de carros egipcios para sembrar el pánico. Dejándose llevar por su valor. Amenemheb hace fracasar esa trampa, lanzándose sobre el animal, y le lleva su cola al rey.

A finales del año 33, el faraón goza de gran prestigio en el Próximo Oriente. Aparece como un jefe guerrero excepcional, respaldado por un ejército de una eficacia sin igual. Asirios. babilonios, hititas. le envían tributos para congraciarse con él. Del año 34 al año 42. Tutmés III fortalece su imperio. Las campañas que emprende aseguran la presencia egipcia en terreno conquistado y desalientan las tentativas de revuelta. Varias sediciones locales son cortadas de raíz.

Un cuento, titulado La conquista de Jaffa habla de una de las campañas de Tutmés III en Siria. Un general, llamado Djehuti. no conseguía romper la resistencia de la ciudadela palestina de Jaffa. Viendo que los repetidos asaltos no daban ningún resultado, decide emplear la astucia. Hace introducir grandes vasijas de aceite en la ciudad. En su interior se han escondido soldados egipcios que. una vez en la plaza fuerte, se apoderan fácilmente de los enemigos. He aquí una prefiguración del famoso caballo de Troya.

Las campañas de Asia no tuvieron solamente un aspecto militar. En el año 27, un alto funcionario, barbero del rey. había recibido como siervo a un asiático, prisionero a raíz de una victoria de Tutmés III. El barbero lo casó con una de sus sobrinas y dio una dote a la pareja. Muchos prisioneros de guerra se instalaron de este modo en Egipto, integrándose en la sociedad faraónica en la que ocuparon, a veces, puestos importantes.

El rey se casó con sirias, que tuvieron el rango de esposas secundarias. Se conoce el tesoro de tres de ellas, cuya tumba común fue descubierta a raíz de unas fuertes tempestades que provocaron derrumbamientos. El afortunado descubridor, un fellah. se llevó el oro y tomó pronto una segunda mujer, signo inequívoco de riqueza. Fue denunciado y confió el tesoro a su segunda esposa. Cuando ella intentaba escapar de las fuerzas del orden, fue identificada por un policía que se había enamorado de ella. Una rápida excavación permitió salvar el tesoro funerario de las esposas extranjeras de Tutmés III.

Hay que señalar que el botín de las diecisiete campañas quizá no fue extraordinario; algunos especialistas hablan de 6.500 cautivos. 4.000 cabezas de ganado; 1.000 caballos. 100 kilos de oro. No hubo ninguna destrucción total ni pillaje, y se produjeron pocos muertos por ambas partes. Las victorias del faraón no acababan en un aniquilamiento del enemigo, sino en el dominio de las comarcas que causaban disturbios.

Esas victorias le permiten a Tutmés III presentarse como el instrumento de Dios, a quien pertenece el universo. Amón-Ra le concede el poder, la dominación sobre las naciones, ha hecho que todos los países le glorifiquen y le teman, ha llevado el terror que él inspira hasta los cuatro pilares del cielo. Vence a las hordas rebeldes que rechazan el orden del mundo. Si Tutmés ha llegado a ser dueño de la tierra a lo largo y a lo ancho, del Occidente al Oriente, es porque Dios le ha guiado. El ureus que lleva en su frente ilumina su soberanía, le da el fuego que extirpa la revuelta de los seres maléficos. Como Dios lo ha ordenado, los pueblos han venido a postrarse ante el faraón, cargados de tributos.

Aunque Tutmés III se ocupó mucho de Asia, no se olvidó del sur de Egipto. Durante el año 50 de su reinado emprendió una campaña en Nubia. No se trataba de librar combate sino de inspeccionar una región tranquila y sumisa. El prototipo del vencido, el extranjero que se doblega ante el poder del faraón. Tutmés III restauró el antiguo templo de Semna e inició obras en Amada. Buhen. En Yébel Barkal, una estela cuenta que una estrella apareció en el cielo; signo favorable de Amón-Ra que aprobaba de este modo lo que el rey hacía. Además, en Yébel Barkal. situado más allá de la cuarta catarata, se edifica un hermoso templo a Amón-Ra. Está protegido por fuertes militares, y tiene un floreciente mercado que acoge productos del África negra, llevados por caravanas. Se produce otro acontecimiento excepcional; la captura de un rinoceronte. animal poco citado en la documentación egipcia.

Las numerosas expediciones de Tutmés III requieren un ejército numeroso y disciplinado. Este ejército desempeñaba un papel propiamente bélico, pero también servía para proteger a los obreros que acudían a las canteras o que transportaban materiales. Durante el Imperio Nuevo, los faraones que practican una política de conquista y de intervención en el extranjero forman un verdadero ejército profesional con oficiales de valía, algunos de los cuales, como Ahmes hijo de Abana, tuvieron una brillante carrera. Tutmés dispuso de tropas bien entrenadas, capaces de practicar rápidamente difíciles maniobras y que no desfallecieron nunca. El ejército se convirtió en una casta algo privilegiada, y sus miembros adquirieron una gloria indiscutible; no es de extrañar ya que el botín capturado en las

campañas enriquecía los templos, y por consiguiente toda la sociedad. Entre los cuerpos de élite, hay que citar fundamentalmente los carros de combate. El propio rey combatía de pie encima de un magnífico carro. Cabe señalar también la existencia de un cuerpo de ingenieros, necesario para construir los cercos ante las ciudades enemigas. Los últimos asaltos se hacían siempre con arietes y escaleras.

Los soldados que vivieron en las provincias de Asia descubrieron modos de vida diferentes al suyo, costumbres religiosas particulares y un lujo que llevaron a Egipto. La sociedad egipcia se modificará poco a poco.

La guerra en el Oriente Próximo de la Antigüedad es un fenómeno muy complejo. Nunca se produjeron las espantosas carnicerías de los conflictos modernos que. sin embargo, se han producido en un mundo considerado como «civilizado». El enfrentamiento in situ es un fenómeno bastante infrecuente y muy puntual y no suele haber un número elevado de pérdidas de vidas humanas. El combate es una pequeña parte de las operaciones de guerra, que incluye numerosas conversaciones, intrigas, negociaciones entre Estados adversos, demostraciones de poder y fuertes declaraciones para impresionar al adversario, intercambio de mensajes, tráfico de influencias con compra de aliados, y un espionaje relativamente bien organizado. En el caso de batallas tan célebres como la de Megiddó, la victoria se basa más en un éxito táctico que en la masacre de adversarios. No olvidemos, además, la importancia de las fórmulas de cortesía, de los ritos, de las obligaciones religiosas, incluso entre enemigos.

Los altos oficiales del ejército egipcio —éste es un hecho fundamental — son escribas reales, por lo tanto gente ilustrada, hombres con cultura y conocimientos, que nunca fueron amantes de la crueldad o de la violencia. Los jefes del cuerpo de élite de los arqueros no son vulgares soldados ignorantes; a menudo, sus aptitudes intelectuales y morales les convirtieron en dignatarios que ocuparon puestos, administrativos de primer orden tras haber servido en el ejército. Lo mismo sucede con otro cuerpo de élite, los conductores de carros, ya que varios hijos de reyes y diplomáticos aprendieron en él a ser hombres de gobierno.

El cuerpo de carros desempeña un papel primordial en los conflictos del Imperio Nuevo. El carro egipcio está montado por dos soldados y está tirado por dos caballos. Este cuerpo se divide en varios grupos de veinticinco carros mandados por capitanes que recibían las órdenes de un comandante jefe. Necesitaba un servicio de intendencia formado por jefes de caballos, jefes de cuadras, y una administración especializada que velaba por el mantenimiento de los «vehículos» y de los animales.

Este ejército profesional empleaba al mismo tiempo a egipcios y extranjeros que no son todavía mercenarios. El Imperio Nuevo nace de la lucha contra el invasor hicso. Por esta razón, los faraones organizan de la manera más perfecta posible ese instrumento de libertad que constituye el ejército nacional. El faraón es su jefe supremo. Está asistido por el visir, que conoce día a día el estado exacto de las fuerzas, y por un general.

El grueso de las tropas está formado por la infantería. La unidad más pequeña es la sección de cincuenta hombres. Una compañía consta de doscientos hombres; cada una de ellas tiene un estandarte. Los soldados de infantería llevan una faldellín corto y se protegen el vientre con una pieza de cuero. Se empiezan a utilizar corazas de cuero y de bronce. Los soldados extranjeros que sirven en los regimientos egipcios tienen un armamento particular, en especial escudos redondos, largas espadas y cascos. En La sátira de los oficios, un escriba critica severamente todas las profesiones para probar que solamente el escriba goza de una situación envidiable. La vida del soldado es, claro está, bastante dura: de pequeño se le separa de sus padres, se le encierra en un cuartel, recibe golpes, se le envía a Siria

donde pone en peligro su vida, come pan malo, bebe agua contaminada, pasa calor, frío y vuelve enfermo o herido a Egipto. Aunque esos inconvenientes forman parte de los riesgos de la vida militar, no son las únicas características de este oficio. Hemos visto cómo muchas campañas brindaron a los soldados la posibilidad de saborear las delicias de Capua y de darse a la buena vida en provincias asiáticas ricas y agradables. Al final de su carrera, de vuelta a Egipto, recibieron recompensas en especie —la condecoración de la «mosca de oro» se concedía al más valiente — , así como campos y pequeños terrenos. Probablemente, se formó una especie de aristocracia militar basada en la posesión de tierras y en la exención de ciertas tasas.

El caballo, importado de Asia hacia el 1600 a. de J. C fue utilizado en los carros durante la guerra, pero sirvió también en una empresa más pacífica, la de las postas que funcionaban por relevos de ciudad en ciudad. La gente particular no monta a caballo, sino que continúa circulando a pie o en barco.

Al igual que sus antepasados, Tutmés III también construye. Hace de Karnak la mayor cantera de Egipto. Para honrar a su padre Amón-Ra y darle las gracias por las victorias que éste la ha permitido obtener, adorna su templo con magníficos monumentos.

Antes de Tutmés III. los faraones ya se habían ocupado del embellecimiento del templo de Amón. Pero Amón, convertido en dios de un imperio, merece un santuario a ia medida de su poder divino que concede la victoria: inmenso, colosal, reflejo de su soberanía celeste y terrestre. Obeliscos alzándose hacia las nubes para disipar las nocivas influencias y proteger el área sagrada, pilónos macizos donde las escenas rituales cuentan las batallas victoriosas, salas de columnas: Karnak entona un himno de piedra al rey de los dioses.

Tutmés III manda construir estatuas colosales que demuestran la presencia real de la divinidad en la persona del faraón, concebido como un símbolo. Siguiendo la norma, desmonta las construcciones de los faraones precedentes y vuelve a utilizar las piedras en nuevos edificios. Crea la célebre sala de los Anales donde se narran sus hechos de armas importantes, el «jardín botánico» cuyas escenas muestran las plantas exóticas que se vieron durante las expediciones a Asia, la «cámara de los antepasados» cuyos bajorrelieves, donde el rey hace ofrendas a sus predecesores, fueron llevados al Louvre en el siglo XIX. El arte del escultor es ardiente, vibrante: comunica la vida a esas paredes que graban para siempre el esplendor del reinado. Parece que la mayoría de las inscripciones no fueron grabadas antes del año 40. La actividad militar ha cesado, el período de guerras ha terminado. Se entra en un período de recuerdos. Tutmés III muestra sus hazañas más importantes.

La obra maestra del reinado es. sin lugar a dudas, lo que se llama la «sala de las fiestas», el akh-menu cuyo nombre egipcio significa «brillante de monumentos». Este conjunto de construcciones, que forma un todo coherente dentro de Karnak, era el templo de regeneración de Tutmés III. Lo componen tres partes esenciales: una gran sala de pilares y de columnas, capillas consagradas a la simbología de la resurrección y otras capillas expresando la resurrección de la naturaleza bajo el efecto benefactor del Sol. Para el rey. ese templo, cuya teología compleja y profunda merecería todavía más representaciones, era algo esencial: una renovación de su poder asegurado por los ritos. Además, es interesante constatar que el akh-menu fue. como señala el egiptólogo Paul Barguet, que ha estudiado detalladamente ese monumento, el lugar de iniciación a los misterios para los sacerdotes de Amón. El santuario de Tutmés III se

asimila a un cielo cuyas puertas se abren a quien se muestra digno de penetrar en él.

Al enriquecer Karnak. Tutmés III enriquece también su clero, dando una importancia considerable a la persona que lo dirige, el sumo sacerdote de Amón. Entre los presentes ofrecidos a Amón y a sus servidores, cabe citar oro. plata, prisioneros asiáticos y nubios. campos, jardines, huertos, rebaños, ofrendas especiales que se añadían a las ordinarias, tributos pagados por las ciudades conquistadas; en una palabra, el templo de Amón-Ra en Karnak se convierte en una giganteca empresa cuya estructura económica es administrada por el sumo sacerdote.

Ahora bien. Tutmés III. cuyo carácter enérgico no ha sido subrayado, no tuvo siempre muy buenas relaciones con el alto clero de Amón. El gran sacerdote Hapuseneb fue quien permitió que Hatshepsut tomara el poder y dejó en la sombra al joven Tutmés ITI. Cuando éste reinó. nombró sumo sacerdote a uno de sus amigos de infancia. Menkheperre-seneb. al que hizo rico exigiéndole a cambio su docilidad. Tutmés III desconfió del creciente poder de los sacerdotes de Amón y no toleró compartirlo: el faraón reina, nadie más.

Con una gran habilidad, el rey volvió a dar un cierto esplendor al antiguo culto de Heliópolis. Manda reconstruir edificios en ruinas u olvidados, en especial un templo de Ra en Sakhebu, en el Delta. Los cultos solares de la región menfita gozan de la generosidad del rey que intenta establecer un sutil equilibrio entre los grandes cleros de Egipto, de modo que el de Amón no obtenga una preponderancia absoluta. Esta sabia política religiosa no se pondrá siempre en práctica.

Tutmés III estuvo secundado por un primer ministro de gran categoría, el visir Rejmira. Este visir, cuya tumba tebana es una de las más bellas de toda la historia egipcia, fue instalado en su puesto por el rey en persona en una grandiosa ceremonia. El faraón indicó a Rejmira sus futuros deberes con mucha solemnidad. «Ten cuidado con lo que sucede en tu lugar de trabajo —dice el faraón—; el orden de todo el país depende de él. La tarea del visir no es un placer sino un deber. Tu función no es mostrar una partidista debilidad con los príncipes y la gente importante. Cumple la ley.» Esta ley es Maat, la armonía del mundo, la hija de la luz. Está siempre presente sobre el pecho del visir en forma de un amuleto. Ha de mostrar su firmeza a todas las personas que reciba y no favorecer a sus parientes o amigos. Tampoco debe cometer excesos en el sentido opuesto, como aquel visir que se negaba a escuchar a sus allegados, por miedo a ser tachado de parcial. El honor de un poderoso como el visir es ser la propia encarnación de la justicia: «Así es la ley desde la época de los dioses». El visir le será fiel si no es esclavo de sus sentimientos y de su interés personal, si conoce las tradiciones seculares de Egipto y las reglas divinas.

Queda claro, pues, que la entronización del visir va mucho más allá del marco profano. Las responsabilidades que pesan sobre sus espaldas son considerables. Como jefe de la administración tiene amplias competencias. Cuando decimos «el visir», hay que precisar que, en realidad, la tarea se reparte en dos: un visir del norte, con sede en Heliópolis que administraba Egipto de Asiut al Mediterráneo: y un visir del sur. con sede en Tebas, que administraba el país de Asiut a la primera catarata.

Acompañado del responsable del Tesoro, el visir acude temprano por la mañana al palacio real. Se entrevista en secreto con el faraón, entregándole el informe diario sobre los asuntos de Estado. Después de haber recibido las instrucciones del rey. el visir da sus propias directrices al jefe del Tesoro. Las oficinas están abiertas y se examinan los informes procedentes de diferentes nomos de Egipto. El visir manda que envíen sus órdenes a las capitales de provincia. Después ha de conceder audiencia a

aquellas personas cuyas peticiones se han considerado suficientemente fundamentadas. A veces, está obligado a desplazarse, bien para inspeccionar las administraciones provinciales, bien para estudiar asuntos que exceden el ámbito de competencia de los tribunales locales.

En esa época, los nomarcas tienen un papel reducido, porque están totalmente sometidos a un poder central que ejerce su autoridad con mucha firmeza. Aunque las grandes dinastías familiares de provincia todavía poseen riquezas considerables, su influencia política se ha debilitado mucho.

El despacho del visir es. en realidad, una enorme administración donde se centralizan los archivos del reino. Allí se llevan los documentos, donde se les pone el sello del visir. El visir es responsable de la organización de la justicia y de las finanzas públicas, y está también encargado de la organización de las obras importantes, garantizando su financiación. Vela también por el mantenimiento de los canales de riego, el catastro, los graneros y el almacenamiento de las cosechas. Sus prerrogativas militares son importantes: forma la escolta personal del rey, da su opinión sobre el nombramiento de los oficiales de alto rango, y conoce con precisión el estado de las tropas y del armamento.

El final del reinado de Tutmés III transcurre en calma. Durante los doce últimos años ya no se mencionan expediciones a Asia. Los territorios sometidos envían regularmente sus tributos a la corte de Egipto. Las riquezas se acumulan, se extiende el gusto por el lujo. El prestigio del faraón es tan importante que Egipto se ha convertido en la dueña del mundo antiguo, la mayor potencia militar a la que nadie se atreve a enfrentarse, la civilización más resplandeciente con la que todos desean mantener buenas relaciones comerciales.

Tutmés III asoció a su hijo Amenofis II al trono para instruirle en el ejercicio del poder. Cuando el Napoleón egipcio muere hacia el año 1436. a la edad de sesenta años (o más), Egipto es realmente un imperio que se extiende del Eufrates hasta Sudán. La extensión de sus territorios es la más grande alcanzada por el Doble País. En un himno se dice que el dios prometió al rey darle la tierra hasta donde llegan sus límites. El contorno del océano se encierra en su puño. El rey es un toro de valiente corazón que domina el universo: «Su frontera sur se extiende hasta lo más alto de la Tierra, su frontera norte hasta los confines de Asia, hasta los pilares del cielo».

La tumba de Tutmés III. cavada en el Valle de los Reyes, glorifica a unas setecientas cuarenta divinidades representadas en una gran sala. El faraón rinde homenaje así a casi todas las fuerzas divinas que han facilitado su obra. Entre las diversas escenas, cabe señalar la de Isis amamantando al rey en una cámara con dos pilares que presentan una característica sorprendente: como sus ángulos son redondeados, tiene la forma de un cartucho gigante en cuyo interior vive eternamente el espíritu del gran Tutmés III.

11

Amenofis II, el rey deportivo

Amenofis II, el hijo de Tutmés III. reinó alrededor de un cuarto de siglo (de 1438 a 1412 a. de J. C). Este faraón, menos ilustre que su padre, merece ser citado al poseer un carácter especialmente marcado, que le otorgó una reputación de rey «deportivo».

Nació en Menfis. y muy pronto se le encargó que supervisara la distribución de la madera en el desembarcadero de Perunefer, cerca de la ciudad. También ocupó funciones religiosas antes de que su padre le asociara al trono. Desde el primer año de su reinado, el rey puso a prueba su capacidad: unos agitadores, esperando que la muerte del gran Tutmés perturbaría a Egipto, fomentaron una revuelta en Siria-Palestina. No contaban con la fuerza del nuevo faraón, que interviene con prontitud y brutalidad. Los jefes sirios caen prisioneros y son ejecutados.

Amenofis conoce todos los trabajos del dios Montu. es decir, conoce todas las operaciones bélicas. La tradición hace de él un atleta dotado de cualidades físicas fuera de lo común. Era un remero infatigable, tan potente y rápido como doscientos hombres. Era un excelente jinete y un gran aficionado a los caballos, y podía recorrer grandes distancias sin fatigarse. En las carreras era el más rápido. Su fuerza era tan grande que solamente él era capaz de tensar el arco y de traspasar con sus flechas gruesas placas de cobre. Amenofis II responde al tipo ideal de hombre fuerte, de hombros robustos y vientre liso, como fue representado a menudo en la estatuaria egipcia. Los textos insisten en el carácter «deportivo» del rey para mostrar que él simboliza la fuerza justa que acabará con el enemigo, con el rebelde, con todo aquel que traicione la ley de la armonía.

Sin embargo, cabe suponer que el rey fue realmente un atleta y que le gustó la atmósfera de los combates y de la guerra. La severidad con la que sofocó las revueltas prueba un carácter fuerte que no está dispuesto a conceder ninguna parcela de la soberanía egipcia. Se le representa en su carro, lanzado a gran galope, participando personalmente en los enfrentamientos en primera línea. Hasta habría llegado a custodiar él solo durante toda una noche, un número considerable de prisioneros. Las tropas estaban lejos, excepto la guardia del palacio, pero el rey no le teme a nadie. Tras haber orado a los dioses, había mandado los cautivos a la hoguera antes de atravesar el Orontes. Los apiñó en montones y al prenderles fuego produjeron un fantástico resplandor. No hay que tomar al pie de la letra esos relatos. A Amenofis II le gusta asustar al enemigo. La leyenda también lo describe como un vividor y un gran bebedor. Durante un banquete, en el que se bebió mucho vino, expresó su total desdén por sus adversarios extranjeros a los que calificó de «viejas mujeres».

Amenofis II fue enérgico y quizá cruel, y mantuvo intacto el imperio de Tutmés III a pesar de las revueltas que agitaron Asia. Durante su primera campaña siria, el rey consiguió una gran victoria en solitario, trayendo unos sesenta prisioneros vivos atados a su carro. Tras la leyenda se esconde una batalla probablemente bastante violenta durante la cual se destruyó la fortaleza de Shamash-Edom. El rey atraviesa el Orontes. de aguas tumultuosas como las de un dios. Los asiáticos se han reagrupado con el fin de atacar al ejército egipcio; pero su caballería resulta insuficiente para rechazar a las tropas del faraón que se lanza al combate con la fuerza del halcón. Frente a él, los enemigos van cayendo unos sobre otros. Amenofis

II. vencedor, va a la ciudad de Niy. Está dispuesto a iniciar un nuevo asedio; pero los habitantes, por prudencia, suben a las murallas y aclaman al rey de Egipto. Amenofis II acepta la rendición de la plaza. En Qades recibe la sumisión del rey de esta ciudad así como la de varios príncipes asiáticos. Algunos pueblos son arrasados en señal de represalia. A causa de la vigorosa intervención del faraón, la tentativa de coalición asiática ha fracasado. El botín es enorme. Muchos prisioneros son llevados a Egipto; entre ellos se encuentra un número considerable de altos dignatarios sirios; muchos de ellos harán carrera en el país de los faraones. El corazón de Su Majestad se parece al de un toro salvaje, ebrio de alegría. Según la tradición, en el camino de vuelta. Amenofis II se dedicó a cazar gacelas, zorros, liebres, asnos salvajes, e incluso a dar algunos paseos.

En el año noveno de su reinado, Amenofis II se ve obligado a emprender una segunda campaña en Asia, ya que estalló una revuelta en Retenu. una provincia siria. Ese asunto es menos grave que los acontecimientos que provocaron la primera campaña, pero Amenofis II interviene con la misma energía. Mientras el rey descansaba en su tienda, el dios Amón se le aparece en sueños y le promete la victoria. Confiando en su suerte, guiado por la divinidad, el faraón no tuvo ningún problema para reducir las ciudades rebeldes. También esta vez el botín es importante. Además, el rey nombra a hombres de confianza para substituir a los jefes rebeldes. Da la sensación de que lleva a cabo una especie de cruzada, en la que Egipto encarna las fuerzas del bien mientras los rebeldes asiáticos se asimilan a las fuerzas del mal. de la destrucción, que pretenden arruinar la armonía del mundo. No hay que menospreciar el aspecto teológico y sagrado de los combates librados por los faraones, sin que ello signifique hablar de una guerra santa.

En su dura política con los países sirios, el rey exige importantes tributos. Por ejemplo. Retenu tiene que entregar más de seiscientos kilos de oro y cuarenta y cinco toneladas de cobre. Es evidente el papel económico que desempeña la guerra, enriqueciendo las Dos Tierras.

El número de prisioneros siempre es considerable, pero no hay que tomar al pie de la letra ese tipo de informaciones. Cabe pensar que el total de cautivos de una campaña puede ser en realidad la suma de los totales de campañas precedentes. Según una estela de Karnak, Amenofis II habría machacado con su propia maza el cráneo de siete jefes sirios. Seis cadáveres se habrían colgado de las paredes de la muralla de Tebas, y el séptimo se llevó hasta Napata para impresionar a las poblaciones nubias.

La coalición asiática, formada por beduinos, palestinos, sirios, indoiraníes y quizá hebreos, comprende que Amenofis II es demasiado fuerte para ellos. Varios príncipes de Asia se reúnen y deciden hacer la paz con Egipto. Se presentan humildemente, llevando tributos en la espalda, ante la corte del faraón, y le solicitan que les conceda el hálito de vida.

El reinado de Amenofis II no se consagró solamente a la guerra. Si bien los militares reciben muchas donaciones de palacio como recompensa a los servicios prestados, si bien el rey concede mucha importancia a que se le presenten los nuevos reclutas una vez que se les ha cortado el pelo según la manera reglamentaria, también es un gran constructor. En primer lugar se preocupa de Karnak, continuando la gigantesca obra empezada por su padre Tutmés III. Pero al igual que éste, no deja de lado otros lugares. Envía al Delta a su maestro de obras Minmose para que se ocupe de las construcciones. También efectúa obras en Nubia, especialmente en Amada, a unos ciento ochenta kilómetros del embalse más alto. Se ven allí ceremonias de construcción de templos dirigidas por Amenofis II. que lleva a cabo la obra empezada por Tutmés III. El rey guerrero hizo colocar en Amada una estela donde recuerda sus campañas victoriosas en Asia. Al

construir otro templo nubio, en Ka-labcha, Amenofis II inaugura una tradición arquitectónica que conocerá su pleno apogeo con Ramsés II.

Una vez hecha la paz con Asia, el poderoso Egipto conoce el reinado de una luz serena donde el resplandor de la alta sociedad rivaliza con el de la corte real. Las tumbas de los altos dignatarios son espléndidas. Pensemos en la del visir Rejmira. ya en funciones bajo el reinado de Tutmés III. Entre las escenas que la decoran, la aportación de tributos de los cretenses, sudaneses, sirios y asirios es un perfecto símbolo del reinado, al hacer todos los pueblos extranjeros un juramento de fidelidad al faraón y a sus representantes. La tumba de Kenamón, gran intendente real, comprende un vestíbulo de diez pilares y una cámara funeraria de ocho soportes. Él era el encargado de organizar las suntuosas fiestas del Año Nuevo en que se hacían magníficos regalos, los productos más perfectos de los talleres, estatuas, vasijas, carretillas, collares de materias preciosas, armas de gala. La última morada de Sennefer. príncipe de la ciudad del sur. fue llamada «tumba de los viñedos» porque su bóveda está decorada, excepcionalmente. con una vid de grandes racimos. Recuerda los momentos felices en que los hombres de aquella época disfrutaban con los frutos de la naturaleza, con la paz después de la guerra.

Se piensa que Amenofis II murió cuando tenía unos cincuenta años. Su momia, intacta, estaba cubierta de hojarasca y de flores; se le puso un ramo de mimosa sobre el pecho. Su tumba del Valle de los Reyes es impresionante. El pasillo de acceso se hunde profundamente en la tierra. Repentinamente, queda bloqueado por un pozo simbólico que estaba relacionado con el Nun. el océano primigenio que rodea la Tierra. La primera sala de dos pilares no tiene decoración. Por una escalera se baja a una sala de seis pilares. Sobre las paredes se desarrollan las escenas de un libro funerario, el Amduat, que tiene como finalidad permitir la regeneración del ser cuyo destino está ligado al del Sol, muriendo por la noche y volviendo a nacer por la mañana. El techo de la tumba se identifica con el cielo, pintado de azul oscuro, con estrellas de cinco puntas. El suelo desciende y se penetra en el panteón donde se descubrió el sarcófago que contenía aún la momia del rey. Además, la tumba de Amenofis II sirvió de escondrijo a otras momias reales antes de que fueran trasladadas a lugar seguro.

Más allá de la muerte física, el valiente Amenofis, el de poderoso brazo, también seguía velando por la seguridad de la casta real. Protegía a su pueblo, y podía enorgullecerse de haber preservado el poder de su país y de haber prolongado la tradición de sus padres.

12

Tutmés IV y la Esfinge

Tutmés IV. hijo de Amenofis II, fue asociado al trono por su padre y reinó unos diez años (de 1412 a 1402). Es un período de calma y de esplendor. Parece como si se hubiera inmovilizado el tiempo. Egipto está en pleno auge de un imperio en equilibrio.

La momia del rey. que murió cuando tenía unos cuarenta años, se ha encontrado en mal estado de conservación. Pero la cara de Tutmés IV se ha mantenido muy hermosa. Está radiante, sereno, expresa una viva inteligencia, una verdadera vida interior. El refinamiento y la seducción de esos tiempos afortunados parece haberse grabado en sus rasgos.

Ese rey afortunado y bienhechor vivió una extraña aventura que merece ser contada. Antes de acceder al trono, el joven Tutmés disfrutaba cazando en el desierto, cerca de la gran Esfinge de Gizeh, casi completamente enterrada en la arena. Los egipcios del Imperio Nuevo la llamaron Harmakhis, es decir, «Horus en el horizonte», y la consideraban la guardiana de la necrópolis. También se llamaba Khepri-Ra-Atum. es decir, sol de la mañana, del mediodía y de la noche; dicho de otro modo, luz creadora en todos sus aspectos. Al futuro soberano se le compara con el joven Horus. Era muy fuerte, y tiraba con el arco a una diana de metal, cazaba leones, corría alocadamente con su carro gracias a unos caballos más rápidos que el viento.

Al mediodía. Tutmés sintió un extraño cansancio. Contempló la Esfinge con respeto. Unos peregrinos venían a adorarla, haciéndole ofrendas asub. «Ahora bien —dice el texto de la estela que ha conservado estos acontecimientos—, la gran estatua de Khepri se alzaba en ese lugar, poderosa, santa de majestad; la sombra de Ra estaba sobre ella.»

Tutmés se sentó bajo la protección del dios y se durmió entre sus patas. Cuando el Sol se encontraba en su cenit, un sueño santo invadió al futuro faraón, apareciéndosele la Esfinge en sueños. Le habló como un padre habla a su hijo. «Si me quitas la arena que me cubre —dijo—, haré de ti un rey.» Tutmés llevará la corona blanca y la corona roja, el país le pertenecerá a lo largo y a lo ancho y todo lo que ilumina el ojo del dueño del universo, su vida será rica en años. «Mi rostro te pertenece — afirma la Esfinge — , mi corazón te pertenece. Sufro, la carga que pesa sobre mí me hará desaparecer. Sálvame, hijo mío.»

Tutmés, muy impresionado, le dio su palabra. Mandó que se emprendieran las obras de limpieza. La Esfinge volvió a recobrar su antiguo esplendor. Ella también mantuvo su promesa, haciendo de Tutmés IV un gran faraón. Una estela de 3.60 m de altura, de granito rosa, fue colocada entre las patas de la Esfinge para conmemorar el pacto entre el dios y el rey. Fue encontrada en el mismo sitio en 1818.

Ésta leyenda presenta, disimuladamente, la continuación de la hábil política religiosa inaugurada por Tutmés III. No hay que olvidar que Tutmés IV era consciente de la importancia de su papel. El faraón es el único dueño de Egipto. El nombra al sumo sacerdote de Amón, quien cumple misiones concretas. El rey no le da ningún cargo en el gobierno del país. Ra-Harmakhis, la Esfinge, es un dios solar directamente ligado al culto de Heliópolis.

Por lo tanto, el clero de la ciudad santa más antigua del reino legitima el poder de Tutmés IV, y no el clero tebano de Amón. El faraón preserva de este modo un equilibrio entre las diversas formas religiosas y los poderes temporales que encubren.

En el ámbito internacional. Tutmés IV llevó a cabo una política de paz activa con las principales potencias extranjeras. Hay que decir que dirigió campañas de inspección en Asia y que incluso tomó una fortaleza siria donde algunos sediciosos se habían rebelado, pero no hubo ningún combate digno de mención. Más bien se efectuaron operaciones de policía y una férrea vigilancia. Parece ser que los sirios proporcionaban buenos albañiles; construyeron fortalezas en Egipto.

Asia se ve amenazada por una ola de desestabilización. Los mitanni se sienten en peligro. Un pueblo nuevo, los hititas, muestra sus tendencias belicosas. Después de haber luchado tanto contra Egipto. Mitanni busca ahora una alianza defensiva contra los hititas. Tutmés IV acepta favorecer esta política. Se intercambian mensajeros y embajadores.

Para sellar la alianza, el faraón declara su intención de casarse con una princesa mitanni, Mutemuia. El rey de Mitanni se niega seis veces seguidas. Pero la perseverancia egipcia, tras haber intercambiado muchas muestras de cortesía, triunfa. Se celebra una gran boda.

Hay que ver aquí una actitud revolucionaria por parte de Tutmés IV. Las extranjeras, según la norma, se convertían en esposas secundarias. En cambio. Mutemuia, una mitanni. es elevada al rango de «gran esposa real» y será la madre de Amenofis III. Si tenemos en cuenta que la reina de Egipto es

Tumba de Najt. A los egipcios les gustaba el vino. Sus viñedos eran de los más apreciados del mundo antiguo. (Roger-Viollet.)

la guardiana de la sangre divina, se comprenderá que la gracia concedida por
el faraón a sus nuevos aliados era muy importan te. Tutmés IV concluyó también un tratado de amistad con el rey de Babilonia, que fue respetado rigurosamente por ambas partes.

En lo que se refiere a Nubia. no presentó muchos problemas. El rey efectuó un viaje en el año 8 de su reinado. Una inscripción grabada sobre un peñasco, cerca de Konosso. nos indica que el faraón habló en ese lugar con su padre Amón acerca de una revuelta de los nubios. Tutmés IV había acudido al templo de Karnak y había efectuado una gran ofrenda al dios, pidiéndole que le aconsejara y que le guiara por el buen camino. Amón se mostró benévolo con su hijo, que salió con el «corazón henchido» del santuario, es decir, el colmo de la felicidad.

En esa época en que la vida fluye entre los dedos como el abundante jugo de la parra, en que las costumbres de los nobles son suntuosas, en que los elegantes adoptan modas de lo más refinadas, el espectro de la guerra está lejos. Sin embargo, en la tumba del rey se ha encontrado un carro de gala con la carrocería intacta. Las piezas metálicas son doradas. En la parte exterior del carro se ve al faraón en el centro de una pelea que el domina con toda su estatura, tirando flechas mortales. Completamente tranquilo, él es el orden que domina el desorden. Esta máquina de combate, pasada por las manos de los artesanos más hábiles del reino, se ha convertido en una obra de arte, una fiesta para los ojos. Lo que se pone de relieve es su valor ritual y no su utilidad bélica.

En esta época vivió el famoso Najt. escriba y astrónomo de Amón, cuya tumba es una de las más visitadas de la necrópolis tebana. Curiosa-mente, las escenas que la decoran no están en relación con su profesión sino que evocan la caza, la pesca, la vendimia, el banquete que se sitúa a la vez en este mundo y en el otro. La tumba de Menna. escriba del catastro, está también muy bien conservada. Las escenas de la vida agrícola se mezclan con las representaciones religiosas, en especial la adoración al Sol saliente y al dios de los muertos, Osiris. En ella se puede ver una peregrinación en barco a la ciudad santa de Abydos y la escena de psicostasia donde los jueces del Más Allá examinan el alma del muerto.

La tumba del rey contenía un sarcófago de piedra caliza, decorado con los dos ojos del difunto resucitado. La momia, desplazada, se guardó en la tumba de Amenofis II. Cuando se descubrió, muchos objetos y elementos de mobiliario aparecían rotos por el suelo. Resulta difícil interpretar estos indicios. No parece creíble la idea de una persecución especial contra Tutmés IV. Quizá se trataba de restos de una antigua profanación.

Bajo el reinado de Tutmés IV se construyó el mayor obelisco que se conoce (unos 44 metros de alto), que se encuentra actualmente delante de la iglesia de San Juan de Letrán en Roma. Constituye un perfecto símbolo de esa época, coherente y estable, como ese fascinante monolito que penetra en los cielos frente a la gloria de la luz divina.

13

Amenofis III o el reinado de la luz

Durante los treinta y seis años del reinado de Amenofis III (1402-1364). Egipto alcanza el punto más álgido de su poder y de su riqueza. El Imperio Nuevo está en su apogeo. Las guerras de conquista, origen de tributos regularmente pagados por los vencidos, han hecho de Tebas una capital opulenta. Egipto es rico, muy rico. El comercio, sea exterior o interior, funciona de maravilla. Hay un hecho digno de ser mencionado: se posee una unidad de valor, el deben (una pieza de cobre que pesa unos noventa gramos), pero no se crea «dinero», bajo ninguna forma. El trueque sigue siendo la norma. Si tal objeto vale tantos deben, para procurárselo hay que cambiarlo por otro objeto cuyo valor en deben sea equivalente. Pero el deben en sí no circula. Uno de mis colegas decía un día: «No comprendo por qué esta prodigiosa civilización, que lo encontró todo, que lo comprendió todo, no inventó el dinero». A mi entender, Egipto prefirió no explotar esta invención, haciendo gala de una gran sabiduría. Fueron los griegos quienes al importar una economía monetaria hicieron perder a la civilización faraónica su pureza.

Cuando Amenofis III inicia su reinado, se convierte en el Creso del mundo civilizado, el faraón más afortunado de la historia de las Dos Tierras. El Tesoro público nunca estuvo tan lleno. Millones de hombres se colocaron bajo la autoridad del monarca. El faraón es el Sol que se levanta en su trono, según la imagen simbólica citada a menudo en los textos egipcios. Él ilumina con su claridad a los egipcios, pero también a las otras razas. Sin embargo, la naturaleza de ese poder sigue siendo religiosa. Como escribe Jacques Pirenne en su Histoire de la civilisation de l'Egypte ancienne (II, 208): «La teoría de la "voluntad arbitraria" considerada como fuente de la autoridad real, nunca existió en Egipto. El poder, y el poder real más que cualquier otro, es la expresión de un derecho. Solamente se justifica por la voluntad del gran dios creador. En realidad, el poder pertenece a Dios. El rey no hace sino ejercerlo sobre la Tierra en nombre de Dios; y por esta razón es portador del ka divino».

Amenofis III ha sido uno de los faraones más calumniados por los egiptólogos. Muchos lo han calificado de déspota oriental de carácter blando, vividor, que se contentó con llevar una vida lujosa y disoluta en magníficos palacios. La única energía que se dignaba utilizar se manifestaba en enormes cacerías de leones, matando más de doscientos durante los diez primeros años de su reinado. En una sola cacería derribó cien toros salvajes.

Este gran rey merece ser rehabilitado. Un faraón de semejante importancia no podía comportarse como un déspota decadente. Los deberes de su pesada carga, donde los elementos religiosos y rituales son preponderantes, no se lo permitían. En realidad, Amenofis III gestionó la paz y la riqueza. Fue hombre piadoso y de gran espiritualidad. Un funcionario encargado de la administración de los territorios declara que recibió una enseñanza de la propia boca del rey. quien era capaz de comportarse como un maestro espiritual. Estudios recientes han demostrado que las cacerías de leones y toros salvajes no eran distracciones de un monarca aburrido que busca emociones fuertes, sino actos auténticamente rituales que marcaban el predominio del orden sobre el caos, preocupación constante

de la monarquía faraónica.

La esposa de Amenofis III. la reina Tiyi, fue una mujer de una gran personalidad que influyó en la marcha de los asuntos del Estado. El rey y la reina vivieron una excelente comunión de pensamiento que además no fue única en la monarquía egipcia. Su matrimonio fue conmemorado con la elaboración y difusión de escarabajos, pequeños objetos que llevan un texto que relataba el acontecimiento y lo hacía conocer a todo Egipto. El rey y la reina aparecen conjuntamente en numerosas actividades oficiales. Además. Amenofis III ofrece un suntuoso regalo a su esposa, digno de los fastos de la XVIII dinastía: ordenó que se creara para ella un lago de recreo, el Birket Habu. al sur del templo de Madi-nat Habu y al este del palacio de Malgatta. Los arquitectos reales se mostraron tan diligentes y sus obreros tan hábiles que se hizo el lago en quince días. La reina lo inauguró con un paseo en barca: esta barca llevaba el curioso nombre de «esplendor de Atón», un dios cuya fama fue creciendo hasta el momento en que fue bruscamente colocado en el pináculo por el faraón Akenatón.

Los retratos de Tiyi revelan un carácter serio, muy firme. El rostro está a veces casi cerrado, los rasgos son duros.'Sin duda alguna, la reina era una «mujer de carácter». Sorprende el hecho de que Tiyi era plebeya. ¿Cabe pensar, a través de la elección de Amenofis III, en una auténtica historia de amor que situó a esta mujer en la dignidad más alta?

La presencia política de Tiyi está probada por una carta que un rey de Mitanni envía a Amenofis IV tras la muerte de Amenofis III. Se leen las siguientes frases: «Todas las palabras que he intercambiado con tu padre, las conoce tu madre Tiyi. Nadie más que ella las conoce y las podrás conocer por ella». Tiyi no era una reina frívola, confinada en su harén, sino una personalidad de primer plano que tenía acceso a los secretos de Estado. La reina desempeñó un papel fundamental en la formación del pensamiento del futuro Akenatón y le inspiró seguramente parte de sus opciones en política extranjera. Estuvo profundamente vinculada a la grandeza de Egipto, y no se encerró en un nacionalismo estrecho sino que se propuso mantener vínculos con otras naciones.

Tebas, la de las cien puertas, es el centro de todo el esplendor. La ciudad del dios Amón nunca fue tan suntuosa. Hombres y mujeres elegantes se pasean por los jardines. Las fiestas marcan una fastuosa vida de corte. Solamente los campesinos y los obreros llevan todavía el simple faldellín que constituía el vestido más extendido en el Antiguo Imperio. En lo sucesivo, triunfa el esplendor de una moda complicada en que los grandes vestidos más o menos transparentes rivalizan en su refinamiento con peinados muy elaborados. Se hacen traer productos extranjeros muy apreciados, con objetos de aseo, ánforas, objetos de vidrio. De Creta, de Micenas. de las provincias de Asia y Nubia llegan riquezas de todo tipo.

Las mansiones de las personas importantes demuestran que se gozaba de una buena posición. Delante de cada casa hay un jardín con paredes a su alrededor. En el interior hay un estanque con lotos y papiros donde el dueño y sus huéspedes van a tomar el fresco. Los jardines tenían árboles como acacias, granados, palmeras. Glorietas y cenadores los hacían aún más agradables. Estas suntuosas viviendas se componían de numerosas salas, comedor, dormitorios de los propietarios y de su familia, habitación de invitados, cuartos de baño, galerías, capillas privadas. Las grandes propiedades son verdaderas entidades económicas, albergando gran número de obreros y artesanos que trabajan en los lagares, bodegas, establos, cuadras, carnicerías, panaderías o silos de grano.

Los banquetes son deslumbrantes. Pero no hay que olvidar que las escenas que describen esa atmósfera feliz y refinada están pintadas en las paredes de las tumbas. La muerte forma parte de la vida. Se llevan

ofrendas a los muertos en sus tumbas, incluso se celebran banquetes en el lugar, pasando así la noche en la capilla funeraria. Las moradas eternas de los ricos tebanos son también verdaderas obras maestras. En el Assassif, necrópolis situada al sur de Dayr al-Bahari, la tumba de Amenemhet. consejero privado del rey. contiene una sala sostenida por setenta y seis pilares. En la tumba de Kheruef. intendente de la gran esposa real, hay admirables escenas que evocan la fiesta de la construcción de la columna djed. símbolo de la estabilidad divina. En el valle llamado «de los nobles», la tumba del inspector de los graneros del Alto y del Bajo Egipto mezcla lo profano y lo sagrado, corno se hace en todas las demás tumbas. El gran funcionario presenta sus cuentas al rey. instalado bajo un palio, pero también ofrece sacrificios. El rico universo simbólico y artístico de esas tumbas tebanas, donde se descifra a la vez la vida eterna y la vida cotidiana, merecería un volumen entero.

Amenofis III se había instalado en el palacio de Malgatta. en la orilla izquierda del Nilo, al sur de Madinat Habu. El edificio ha desaparecido casi totalmente, pero lo poco que queda de él tiende a probar que fue. sin duda, el más lujoso de todos los palacios reales egipcios. Dominan los colores vivos; abundan los decorados naturalistas. Por todas partes hay plantas, paisajes, pájaros. En la sala de las fiestas. Amenofis III celebra sus «fiestas jubilares» o fiestas del sed al cumplirse treinta, treinta y cuatro y treinta y siete años de su reinado, recobrando así una energía nueva indispensable para continuar gobernando. Poco queda de los suntuosos palacios reales del Imperio Nuevo; estaban construidos en ladrillo y no en piedra, no se hacían para que durasen mucho tiempo.

La riquísima Tebas es también una ciudad teológica; es más santa que las demás ciudades. En esta ciudad el agua y la tierra existieron por primera vez. Tebas es el ojo del dios Ra; todas las cosas le pertenecen. Por esta razón el clero tebano. gran beneficiario de la riqueza de Egipto, reivindica un lugar preferente en la vida nacional.

Amenofis III y Tiyi no son ciegos. Por un lado, quieren la cohesión interna del país y no pueden aislar al sumo sacerdote de Amón en un gueto. Por otro lado, desconfían del contrapoder que éste detenta. En un principio. Amenofis III sigue la sutil política de sus predecesores manteniendo un equilibrio entre Heliópolis. Menfis y Tebas, al menos en lo que se refiere al ámbito religioso. Ra de Heliópolis es el creador, pero la creación está garantizada por Ptah de Menfis. Ra es uno. el único que está solo, pero Amón-Ra es el dios misterioso, el que no tiene ni forma ni nombre, el padre de los dioses. La «circulación de las ideas» entre las diferentes mitologías y los diferentes cultos está garantizada con mucha sutileza. Amenofis III no puede olvidar que su nombre es «Ra-es-señor-de-verdad», lo que implica deberes particulares respecto a Heliópolis. No solamente el rey concede gracias a los sacerdotes del Sol. contrapesando así la influencia tebana, sino que también retira algunos privilegios administrativos a los sacerdotes de Karnak. Sin embargo, no hay ninguna huella de conflicto abierto. Aunque el rey juega con la multiplicidad de cultos, la situación no desencadena enfrentamientos doctrinales.

El que Amenofis III haga visir del Alto Egipto al- sumo sacerdote Ptahmose. responde sin duda a exigencias amistosas. Ptahmose tuvo una brillante carrera porque actuó siempre según la verdad que al rey le gusta y de la que vive. Trabajó mucho, pasando noches sin dormir para desempeñar su cargo. Es el primero que saluda al rey cada mañana. Pre-siente sus intenciones. Llevó a cabo sus órdenes con exactitud y supo guardar silencio y mostrarse moderado.

La administración de Egipto se hizo tan compleja que el faraón se vio obligado a delegar una parte de sus poderes a altos dignatarios como los

visires, el virrey de Nubia y el sumo sacerdote de Amón. Si la personalidad del rey es lo suficientemente fuerte para garantizar la coherencia del sistema, no se plantean problemas. De no ser así, pueden surgir ambiciones que ponen en peligro la unidad de Egipto.

Al sumo sacerdote de Amón, que es el primer «profeta» del dios, lo nombra el propio Amón. Se hace una procesión y la estatua del dios se inclina ante aquella persona que deberá elevarse a la dignidad de jefe del clero. Sin embargo, los reyes de la XVIII dinastía intervienen en ese nombramiento. Es el faraón quien confía sus tesoros al sumo sacerdote, le nombra responsable del templo, le anuncia que en lo sucesivo todo estará bajo su mando. El sumo sacerdote de Amón, convertido en un personaje político de gran importancia, puede intervenir a su vez en el nombramiento de los reyes. Así ocurre cuando Hapuseneb favorece la subida al poder de la reina Hatshepsut. El sumo sacerdote reina sobre un numeroso personal eclesiástico y laico, sobre una gran superficie de tierras cultivables. Amón le da al faraón la posibilidad de vencer a sus enemigos en la guerra: por esta razón el rey manifestará su agradecimiento al dios enriqueciendo sus posesiones temporales.

A pesar del lugar ocupado por Tebas. Menfis sigue siendo la capital administrativa de Egipto y lo seguirá siendo hasta la Época Baja. En Menfis se encuentran templos, palacios, y el harén real. Los faraones van a ella de buen grado. Menfis es también un centro económico y estratégico esencial, con un puerto y un arsenal. Allí residen muchos extranjeros; la vida es muy animada.

A Amenofis III le gusta Nubia. Fue allí para cazar y viajó hasta el sur de la cuarta catarata. Durante el quinto año del reinado se produjo una revuelta en Nubia y fue sofocada por un ejército que mandaba el virrey de Nubia. Los textos afirman que Amenofis III en persona estaba presente y que su poderoso brazo capturó más de mil enemigos. En realidad, esta «revuelta» debió de ser algo muy localizado y de poco alcance.

Una estatua de Amenofis III en las ruinas de Karnak. El faraón del lujo y la opulencia hizo de Tebas la ciudad más bella del mundo. (*Roger-Viollet.*)

Nubia estaba lo suficientemente tranquila como para que los artesanos del faraón trabajaran allí en paz y edificaran monumentos tan importantes como Soleb y Sedeinga: también en esta zona, lejos de las

miradas de los sacerdotes tebanos. el rey fundó un santuario en honor del dios solar Atón.

Nubia se divide en dos provincias y está administrada por un virrey a quien se representa con el cayado, el hacha y el flagellum a la derecha del faraón. El territorio que tiene a su cargo produce oro en abundancia, indispensable para adornar los templos. En las aldeas nubias se han instalado sacerdotes, funcionarios, soldados egipcios que. sin embargo, conservan su identidad original y solamente se mezclan con la población local de una manera bastante superficial. Un ejemplo significativo de ello es que los militares afirman que la cocina nubia no es buena y que no se puede comparar a la egipcia.

Los hijos de las personalidades nubias son educados en Egipto. Éstos, profundamente influenciados por la cultura faraónica, están destinados a convertirse en los mejores emisarios de la política egipcia cuando vuelven a su país para ocupar en él puestos importantes.

Amenofis III afirma que su reinado se extiende hasta muy lejos por el sur y por el norte. Por el sur. hasta más allá de Napata. cosa que parece exacta. Por el norte, hasta el país de Naharina. lo cual parece ser solamente un deseo, porque la situación evoluciona rápidamente en Asia. Egipto se considera aún como el centro del mundo, en el que convergen los tributos. Durante su primera fiesta jubilar, en el año 30 del reinado. Amenofis III manda hacer una lista de las cantidades de trigo producidas por los países que están bajo dominio egipcio: se alcanza la enorme suma de veinticinco millones de hectolitros.

Amenofis III es el dios y el sol de sus vasallos; él les protege. En una carta al príncipe de la ciudad palestina de Gezer. el faraón se presenta como «el rey. tu señor, que concede la vida a su vasallo». Anuncia que está bien, y también su ejército, y que el dios Amón ha colocado el universo bajo sus pies. Todos los años, los vasallos deben pagar tributos, que son recogidos por los agentes de la administración egipcia, bien en especie, bien como metales preciosos. El oro se envía en cajas selladas cuando el faraón desea hacer regalos a sus aliados. A su llegada a los países extranjeros, se examina rigurosamente el metal amarillo en presencia de los embajadores. Por todas partes se pide oro a Amenofis III para financiar diversos trabajos. El faraón sabe ser generoso. El idioma de la diplomacia es el acadio. Por razones religiosas, los egipcios guardan los jeroglíficos para su uso interno. Por esta razón, los escribas destinados a una carrera de embajador son obligados a aprender lenguas extranjeras.

Sin embargo, una de las potencias vecinas se muestra inquieta. Se trata de los asirios que. tras haber vivido durante años bajo el dominio de Mitanni y Babilonia, recobran progresivamente su independencia bajo el impulso de reyes enérgicos. Amenofis III. que estaba al corriente de esos cambios, pone en práctica la diplomacia en lugar de la acción militar. Procede a un intercambio de regalos con los asirios. Con Babilonia desarrolla una intensa actividad comercial; caballos, metales preciosos y lapislázuli circulan entre ambos países. Chipre cambia su cobre por el oro egipcio. Los soberanos se llaman «hermanos» el uno al otro y se dirigen peticiones francas y claras, aunque rodeadas de las indispensables fórmulas de cortesía. Aunque los textos egipcios proclaman que las Cicladas, Chipre y Creta son vasallos suyos, la realidad es un poco diferente. Se trata más bien de relaciones comerciales basadas en tratados que incluyen cláusulas especiales.

Amenofis III estrecha sus lazos de amistad con Mitanni. Por esta razón, pide en matrimonio a la hija del rey de este Estado. El soberano de Mitanni, según la costumbre, rechaza esta propuesta. Amenofis III debe pagar una dote. Se inician negociaciones. La princesa mitanni será elevada

al rango de reina de Egipto. Se firman contratos, se intercambian regalos.

El rey de Babilonia también se niega a casar a su hija con el faraón egipcio. Tiene razones para ello, ya que no se sabe qué le sucedió a una princesa de Babilonia enviada a Egipto en tiempos de Tutmés IV. ¿Todavía está viva? ¿No habrá sido relegada a un harén de mujeres de rango secundario? Amenofis III exige un embajador para discutir el asunto. Babilonia envía un funcionario que ocupa un cargo subalterno, manifestando de este modo su fuerte malestar. Harán falta seis años para allanar las diferencias entre ambos soberanos. El poder de discusión de Babilonia frente a Egipto era bastante limitado. Cuando su rey expresó el deseo de recibir una esposa egipcia a cambio de su hija, recibió una severa respuesta de Amenofis III: nunca se le dio a cualquiera una hija de Egipto. El soberano babilonio tuvo que doblegarse y aceptar las condiciones del faraón.

Las diferentes bodas diplomáticas de Amenofis III fueron organizadas en parte por la reina Tiyi. Las hijas de los reyes extranjeros eran bien acogidas en Egipto y ocupaban el rango de esposas secundarias, vivían una existencia fastuosa en lo que se llama los «harenes» reales, donde las mujeres, sin estar encerradas, se dedicaban a sus deberes mundanos y a ciertas actividades artesanales.

Amenofis III es un agudo diplomático, apasionado por la paz. Un nuevo hecho pone en vilo su política: la ambición hitita. Subbiluliuma, soberano de los hititas, es un político astuto y hábil. Su objetivo es terminar con la influencia egipcia en Asia. El primer paso que hay que dar es acabar con Mitanni. Las tropas hititas se lanzan al ataque, pero funciona el tratado de alianza. El ejército egipcio acude en ayuda de Mitanni. Los hititas son rechazados. Su rey no depone las armas; comprende que para vencer a Mitanni hay que formar poco a poco una coalición lo bastante poderosa y sobornar a los pequeños vasallos asiáticos de Egipto, de lealtad dudosa.

Si bien Amenofis III se dio cuenta del peligro, no intervino militarmente. Se le puede reprochar no haber acudido personalmente, encabezando su ejército, a las provincias de Asia, y no haber emprendido campañas de inspección regularmente como hicieron sus predecesores. Pero Amenofis III creía en la paz, mucho más cuando se habían tomado precauciones. En las principales rutas existían puestos de vigilancia que rechazaban a las personas no gratas. Las bocas del Nilo estaban vigiladas por soldados que sólo dejaban circular libremente a los navíos de la marina real. Los escribas registran cualquier cambio de frontera. Hay fortalezas que cierran las vías de acceso hacia Asia. El fuerte de Elefantina protege al país de una invasión procedente del sur. Egipto se siente seguro.

Sin embargo, la política del faraón se basa en gran parte en la confianza que él siente por los soberanos extranjeros. Las limitaciones que pesan sobre sus vasallos son poco importantes. Cada uno de ellos conserva su ejército, a veces con la oficialidad egipcia, su cultura y religión. Es esencial que la información circule con fluidez entre Egipto y los demás países, de ahí que, con frecuencia, se confíen misiones a mensajeros reales y viajes de inspección efectuados por oficiales superiores. Si a un vasallo se le acusa de infidelidad a la corona egipcia. Amenofis III le escucha antes de condenarlo. Si la felonía se prueba, se le condena a la pena de muerte. Pero el faraón se muestra magnánimo; si el traidor reconoce su falta, escapa a la pena capital.

Los extranjeros que viven en Egipto no sufren segregación social. Hasta las personas que. abusivamente, se llaman «esclavos», y que están vinculados a un señor, se liberan fácilmente por el matrimonio, adquieren un nombre egipcio y acceden a funciones importantes. Amenofis III estaba convencido de que su política, consistente en formar jóvenes príncipes asiáticos en

Egipto, que dirigirían después sus países, sería la más eficaz para preservar el status quo internacional.

A estos métodos racionales, hay que añadir la magia y los hechizos para impedir que los enemigos causen daño. En el templo de Soleb hay una especie de emblemas donde se representan los pueblos extranjeros que pueden amenazar a Egipto: mitannis, asirios, hititas. mesopotamios. nómadas del Sinaí. etc. Hasta se mencionan los shasu de «Yahvé». Es el primer testimonio conocido del termino «Yahvé». que en este caso designa una zona montañosa.

La actitud de Amenofis III muestra un profundo horror a la guerra. Se le reprochó una cierta debilidad. Es verdad que algunas provincias del imperio solamente cuentan con su ejército para defenderse de un posible invasor y a menudo reclaman intervenciones militares. Poco a poco, los príncipes sirios se alejan de Egipto al parecerles que éste no está dispuesto a garantizar su protección armada. El ejemplo de la ciudad de Tunip, que. a pesar de pedir ayuda al faraón cae bajo la influencia hitita, es bastante característico. Amenofis III. correctamente informado y sabiendo lo que pasa, no quiere a ningún precio desencadenar las hostilidades. Su agudo sentido de la diplomacia le permite preservar la paz. Sin embargo, existían motivos justificados para tener miedo si sus sucesores no se mostraban a la altura de las circunstancias.

La corte de Amenofis III contaba con un personaje de considerable envergadura, el maestro de obras Amenhotep hijo de Hapu. Los escultores lo han representado como un hombre de edad madura, profundo, meditativo, en cuclillas según la postura de los escribas, encarnando al sabio por excelencia. Una de estas estatuas fue colocada en el templo de Amón, cuando tenía ochenta años. Amenhotep hijo de Hapu, heraldo de los dioses, había nacido en Athribis, en el Delta, de familia modesta. Nada hacía pensar en la fabulosa carrera que desarrollaría y que hizo de él el dignatario más importante del Imperio Nuevo.

Amenhotep fue escriba real y escriba de los jóvenes reclutas, es decir, educador de los adolescentes considerados aptos para realizar una carrera militar. Se ocupaba de reclutar las quintas que efectuaban un período determinado de instrucción antes de ser reemplazadas por las siguientes. También se preocupaba de la organización de la policía del desierto y de la administración de los territorios. Estuvo encargado del ritual de las fiestas importantes, después fue jefe de todas las obras reales, convirtiéndose en la eminencia gris del faraón y orientando el destino del país con sus sabios consejos.

Amenhotep hijo de Hapu escucha a quienes desean verlo, pero no les deja excederse, ya que no dispone de mucho tiempo. Está informado de los asuntos privados de palacio. Es confidente de su señor el rey. y se entrevista con él muy a menudo. Cuando se hace de día, ya está trabajando. Jefe de los maestros de obra, conocedor a fondo de los textos religiosos y de las tradiciones más esotéricas, penetró en los ámbitos más misteriosos del Conocimiento. Su prodigiosa inteligencia se aplicó a campos muy diversos, de la metafísica a la técnica. «He sido iniciado en los libros —manifiesta en un texto grabado en una de sus estatuas—. he tenido acceso a las fórmulas de Thot, soy un experto en sus secretos, he resuelto todas sus dificultades.» No hay ningún asomo de vanidad en ello, basta con conocer la obra de Amenhotep hijo de Hapu: el templo de Luxor, importantes obras en Karnak (el templo de Khonsu, el templo de Munt. la avenida de esfinges entre Luxor y Karnak), el templo funerario de Amenofis III en el margen oeste, del que solamente subsisten los colosos de Memnon. Obras maestras todas ellas que justifican la gracia excepcional que se le concedió al arquitecto: construir un templo a su ka, su energía

imperecedera, no lejos del de Tutmés II.

Amenhotep hijo de Hapu fue educador del joven príncipe Amenofis IV, el futuro Akenatón. Le educó en el respeto a la luz creadora, en un espíritu religioso donde el sentido del misterio de la vida, concebido como una irradiación que anima todas las cosas que existen, ocupaba el lugar prioritario. El anciano sabio murió a la edad de más de ochenta años, pero no desapareció de la memoria de los egipcios. En la Época Tardía, cuando su templo cayó en ruinas, se le continuó venerando y se le rendía culto. Se consideró entonces que curaba y venían peregrinos a pedirle gracias. En Dayr al-Bahari tenía una capilla; allí efectuaba milagros, y sobre las paredes se grabó el relato de curaciones obtenidas por su intervención.

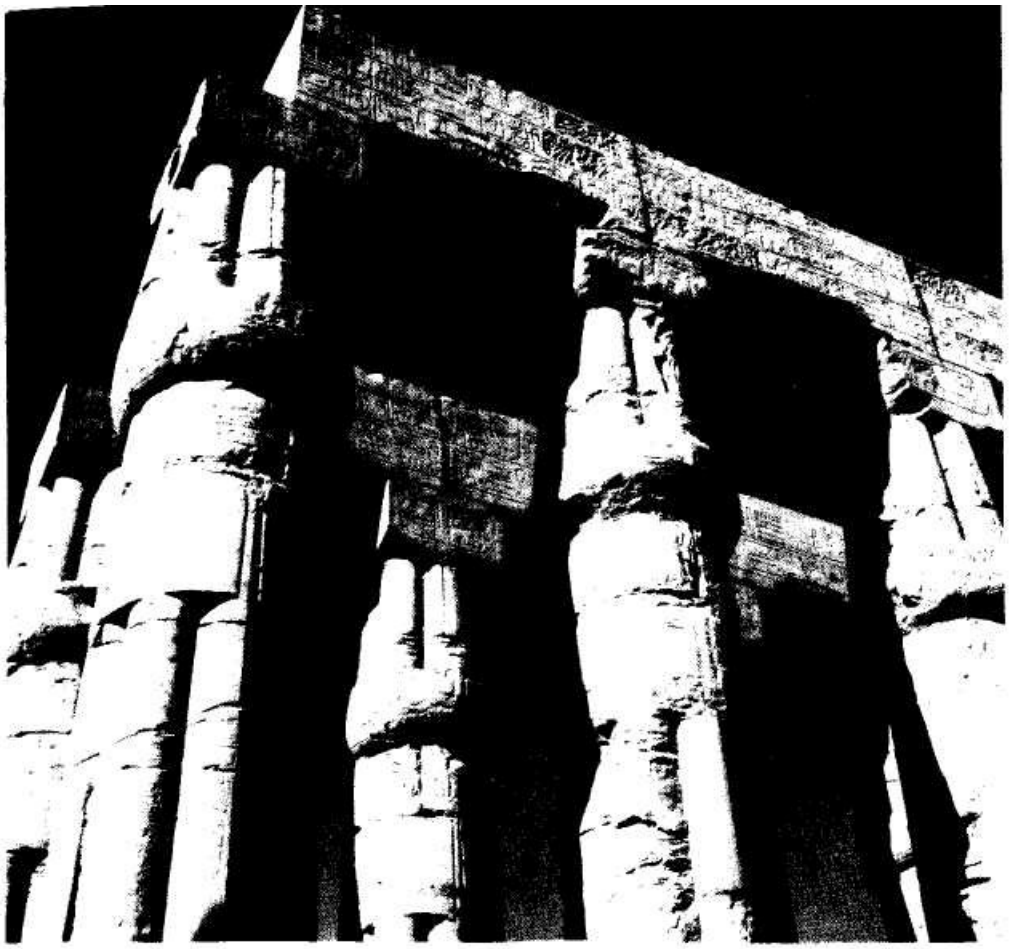
Amenhotep hijo de Hapu es el prototipo del escriba iniciado y sabio que llega al pináculo. Si el escriba practica bien su arte puede acceder a la sabiduría. Su nombre dura eternamente, mientras que el de sus contemporáneos cae en el olvido. Sus herederos no son unos monumentos, ni sus hijos, sino los libros y las enseñanzas que escribió. Los libros son los sacerdotes que celebran su culto; de la paleta de escriba hace su hijo bien amado; sus pirámides son sus enseñanzas. La pluma es su hijo, la tabla de pintar es su esposa. El poder mágico que expresa llegará a sus lectores v les orientará en el camino de la vida.

En una carta escrita en Tebas el 24 de noviembre de 1828. Jean-Francois Champollion se expresa de la siguiente manera: «Aquí aparece toda la magnificencia faraónica, lo más excelso que han imaginado los hombres [...] Ningún pueblo antiguo ni moderno ha concebido la arquitectura a una escala tan grandiosa como lo hicieron los antiguos egipcios. Concebían como hombres de cien pies de altura, y la imaginación que en Europa se eleva por encima de nuestros pórticos, se detiene para caer, impotente, al pie de las ciento cuarenta columnas de la sala hipóstila de Karnak».

Efectivamente, el templo de Amón-Ra, rey de los dioses, es el centro de uno de los mayores imperios que ha conocido la historia. Tebas es la sede de un rey considerado, en todo momento, como de esencia cósmica ya que su ojo brilla más que las estrellas del cielo, según dicen los textos. La región tebana alberga los templos más grandes de Egipto, las tumbas reales, magníficas esculturas de grandes personajes. Amenofis III dio directrices personales a sus artesanos sobre la construcción de los templos, manifestando así el interés que concedía a la arquitectura. En Karnak emprendió muchas obras, dirigidas por Amenhotep hijo de Hapu. Crea el admirable templo de Mut. rodeado de un lago sagrado en forma de media luna, que será restaurado por Ramsés III; el templo dedicado al dios-hijo de la tríada tebana, Jonsu, que encarna uno de los aspectos de la fuerza lunar; el templo dedicado al dios guerrero Montu. gracias al cual se consiguieron muchas victorias. También se debe a él la columnata central de la gran sala hipóstila, ese bosque de piedras donde los juegos de luces revelan, según la hora del día. tal o cual aspecto de las divinidades. Amenofis III es también el autor de un gran escarabajo, muy famoso, instalado cerca del lago sagrado para recordar el devenir constante del ser y las necesarias transformaciones que hay que efectuar para escapar a la «segunda muerte» y entrar en el paraíso del Más Allá.

La gran obra maestra del reinado de Amenofis III es el templo de Luxor, la morada del señor de los cielos, idéntica al horizonte del cielo. Su columnata principal es sutileza, equilibrio, serenidad. Una vez al año, Amón abandonaba Karnak para ir a Luxor. donde adoptaba la forma del dios de la fuerza fecundadora. Min, con el falo erecto. Una teología muy compleja justificaba la implantación de esos dos templos y explicaba sus vínculos. Schwaeller de Lubicz ha demostrado que los maestros de obra egipcios no

dejaban nada al azar y concebían sus templos como seres vivos, portadores de un mensaje espiritual. Nadie que haya tenido la suerte de visitar Luxor lo pondrá en duda.



Columnata del templo de Luxor (patio de Amenofis III): piedras de luz y de plegaria. (*Roger-Viollet*.)

Una inscripción dedicatoria explica que Amenofis III hizo construir el templo de Luxor en hermosa piedra blanca, con puertas de madera de acacia incrustada de oro; el nombre de Amón estaba incrustado en piedras preciosas. Luxor se edificó a lo largo del Nilo, siguiendo un eje norte-sur. A causa de las crecidas, el templo fue construido sobre un zócalo de piedra. El plan original comprendía una sala hipóstila completada con salas para el culto. Se añadió un pilono, un gran patio y una sala de columnas relativamente estrecha, conservando una capilla triple de Tutmés III para las barcas de Amón, Mut y Jonsu. Luxor responde al esquema tipo del templo egipcio del Imperio Nuevo: un muelle junto al Nilo, una avenida de esfinges del desembarcadero al templo, unos pilo-nos precedidos de colosos reales, un amplio patio flanqueado de pórticos, una sala hipóstila de donde se pasa a la sala que alberga la barca sagrada, un santuario que contiene la estatua del dios y que está rodeado de habitaciones destinadas a los archivos o a los objetos del culto.

El templo de Luxor está consagrado en parte al nacimiento divino del rey. que era hijo de una extranjera. Teológicamente, es hijo de Amón que se unió a la reina de Egipto como persona simbólica y no como individuo carnal. Las escenas que relatan este nacimiento siguen un proceso idéntico al que encontramos en el templo de Dayr al-Bahari para Hatshepsut. El dios-carnero Jnum modela al rey y su ka en un trono de alfarero después de

que Amón, que ha adoptado el rostro de Tutmés IV, ha dejado embarazada a la reina. Los dioses y las diosas ayudan a la reina a dar a luz. Hator amamanta al recién nacido y su ka antes de que sean presentados a Amón. Por último, el rey sube al trono.

Los relieves de la columnata relatan los episodios de la fiesta del Año Nuevo, durante la cual las barcas divinas procedentes de Karnak iban a Luxor. Ésta era la ocasión para organizar una gran fiesta, cuyo objetivo era regenerar la fuerza divina que garantizaba el mantenimiento del orden en el mundo.

Hay una escena del primer vestíbulo que nos parece característica de la actitud de Amenofis III hacia la divinidad. Está arrodillado ante Amón que le da la vida «magnetizándole» la nuca con su mano derecha. No hay mejor manera de expresar que la fuerza detentada por el rey es de esencia divina. Por esta razón, tiene el deber de «ofrendar la casa a su señor», según reza una expresión egipcia, es decir, ofrecer el templo de Luxor a Amón.

Este edificio, donde se pueden admirar las columnas más bellas creadas por el arte egipcio, sufrió ciertas transformaciones bajo el reinado de Ramsés II. Fue restaurado en la XXVI dinastía y en la XXX. Alejandro Magno hizo construir una capilla para la barca de Amón, el dios que le permitió coronarse faraón. A finales del siglo III d. de J. C. los romanos construyeron un campamento militar en este lugar y utilizaron bloques procedentes del templo. El primer vestíbulo que seguía a la sala hipóstila se convirtió en una capilla cristiana. Los cristianos esculpieron bajorrelieves, desmocharon columnatas y destruyeron escaleras. El templo no ha sido totalmente abandonado, porque una mezquita ocupa el ángulo nordeste del primer patio. Es de lamentar el hecho de que todavía no se haya publicado ningún estudio exhaustivo sobre él.

Escena del amamantamiento (*mammisi* de Dandara). Al absorber la leche de la diosa, el joven rey recibe una excepcional energía. (*Roger Viollet.*)

Hay otro templo que. según lo que queda de él. no tenía nada que envidiar en belleza al de Luxor. Se trata de Soleb. construido cerca de la tercera catarata del Nilo, en pleno desierto de Nubia. El esquema tipo se había aplicado con el dispositivo habitual de pilónos, patios, sala hipóstila (de veinticuatro columnas) y santuario. Además de la elegancia de la construcción, característica de Amenofis III. Soleb presenta una notable originalidad: su decoración ofrece claves importantes de la fiesta del sed, ceremonia de la regeneración del faraón. Breasted había comparado este templo, que se alza marcial en su aislamiento y de difícil acceso, al Partenón.

No lejos de Soleb, cuyo nombre egipcio era «apareciendo-de-verdad». Amenofis III había hecho construir el templo de Se-deinga para el culto de su esposa, la reina Tiyi.

Una estela del British Museum muestra a Amenofis III sentado delante de una tabla de vituallas. Sonríe pero parece viejo, gordo, cansado; da la impresión de que su cuerpo se va a desplomar. La obra realizada es gloriosa, pero el futuro es inquietante. El peligro hitita no ha sido conjurado. Todo dependerá del valor del faraón que suceda al viejo rey. Sin embargo, gracias a Amenofis III la alegría de vivir ha reinado en Egipto. ¿Acaso los hombres de su tiempo no saborearon la belleza de los jardines de los templos y de las mansiones privadas, la frescura de la sombra y del viento del norte, los estanques rodeados de árboles y cubiertos de lotos blancos y rosa? ¿Acaso no pudieron apreciar los maravillosos frutos del campo, y los

saborearon conversando con sus amigos? ¿Acaso los templos no se construyeron según la voluntad de los dioses? Con la distancia que impone el tiempo, el reinado de Amenofis III se presenta como el reinado de la luz. No se trata de una claridad cegadora o cruel, sino de un calor vivificante, de una paz real que se había instaurado en el espíritu de los hombres y en el cuerpo del Estado.

14

Akenatón el Hereje

Durante diecisiete años, de 1364 a 1347, Egipto va a conocer una extraña aventura bajo la dirección de Amenofis IV-Akenatón. Este reinado marca una ruptura en la evolución histórica de Egipto. Elogiado por unos, considerado como un loco por otros. Akenatón es una figura excepcional. Cambió de nombre, modificó las tradiciones religiosas, creó una nueva capital, intentó organizar una sociedad diferente. Su evolución interna no hizo de él un místico estéril, ya que consiguió poner en práctica sus visiones, actuando en nombre del poder real de que estaba investido.

El arte de la época de Akenatón, que rompe claramente con la obra de los demás faraones, ha impresionado mucho a los estetas contemporáneos. Se ha hablado mucho de deformaciones, de excesos, de expresionismo a veces desmesurado.

Sin embargo, el egiptólogo Arthur Weigall trazó un retrato idílico de Akenatón: «Nos expuso, hace tres mil años, el ejemplo de lo que debía ser un esposo, un padre, un hombre honesto, de lo que debía sentir un poeta, enseñar un predicador, perseguir un artista, creer un sabio y pensar un filósofo. Al igual que otros grandes señores, lo sacrificó todo a sus ideales; su vida mostró hasta que punto sus principios eran impracticables». Se trata de un Akenatón romántico, un dechado de virtudes, aislado en un mundo demasiado duro. Como reacción a este análisis, otros egiptólogos se preguntaron si Akenatón no padeció alguna tara física. Alexandre Moret escribe: «Era un adolescente de talla mediana, de osamenta endeble y formas redondas y afeminadas. Los escultores de la época nos han legado fielmente ese cuerpo de andrógino de senos protuberantes, caderas demasiado anchas, muslos demasiado torneados, que le dan un aspecto equívoco y enfermizo. La cabeza no es menos singular, suavemente ovalada, con los ojos un poco oblicuos, una nariz larga y fina, la protuberancia de un labio inferior prominente, el cráneo redonde y hundido, inclinándose hacia adelante como si el cuello fuera demasiado débil para soportado». Entre el místico idealista y el enfermo mental, ¿dónde se sitúa la frontera? Algunos no han dudado en franquearla, otros han llegado a precisar la enfermedad que sufría el rey: el síndrome de Fróhlich. una enfermedad sexual grave. El gran Mariette consideraba que Akenatón era un prisionero castrado traído de Nubia por las tropas egipcias. Lefébvre se preguntaba si acaso no sería una mujer disfrazada de hombre.

Akenatón ha desencadenado pasiones tanto en su época como en la nuestra. Sin embargo, aunque un modesto fragmento de estatuilla (6 cm de altura, museo de Bruselas) nos restituya bien su rostro, cuánta serenidad, cuánta luz existe en la visión interior transmitida por ese objeto. Ningún

rasgo anormal, ninguna deformación. Se trata de uno de los más bellos retratos del arte egipcio, donde la juventud se alía con la profundidad, y una sensibilidad intensa se une a la meditación. No cabe duda de que Akenatón fue un ser de contrastes y de conflictos; pero quizá llegó a alcanzar la luz glorificada por los textos dedicados a su dios. Atón.

Aunque la documentación sobre el reinado de Akenatón es relativamente abundante, los materiales históricos precisos son bastante raros. Por esta razón, muchos aspectos de esta problemática época siguen siendo oscuros.

Se suele pensar que Amenofis IV-Akenatón es el hijo de Amenofis III y de Tiyi. Su infancia y su adolescencia transcurrieron en el espléndido palacio tebano de Malgatta. La educación de un futuro faraón se basaba en una doble enseñanza, intelectual y física. En cuanto a la actividad deportiva, no parece que el joven rey haya manifestado un gusto especial por la caza y el manejo de las armas. En cambio, disfrutó de un clima de espiritualidad totalmente excepcional, del que el maestro de obras Amenhotep hijo de Hapu era en gran parte responsable. A Amenhotep, por su formación y por las exigencias de su arte, no le gustaban mucho los visionarios. Educó a Akenatón de una manera rigurosa y le indicó, al igual que su padre, los deberes sagrados inherentes al cargo de rey.

Las tendencias místicas del futuro monarca debían de ser fáciles de descubrir. Pero todavía se sigue discutiendo sobre si sufrió la influencia de Amenofis III y de ciertos pensadores. Nos parece que no se puede negar que esta época está marcada por una religión relativamente «abierta» . donde los cultos solares ocupan un lugar importante junto a la veneración a Amón. Para un espíritu que debía hacer de la luz la «sustancia» divina por excelencia, el contexto intelectual era favorable.

Amenofis IV sube al trono en 1364. a la edad de quince años. Probablemente, ya estaba casado con Nefertiti, cuyo nombre significa «la bella ha venido», pero se sabe que era egipcia. Sin embargo, el nuevo rey debería haberse casado con la princesa heredera. ¿Cabe hablar de una historia de amor entre dos adolescentes? Es poco probable. Los dirigentes de Egipto habían impuesto esta unión, de la que nacería una auténtica pasión entre dos seres excepcionales.

Nefertiti, «la-bella-ha-venido»: reina de ensueño, el sueño de una fuerza solar perdida en las brumas de la historia. (*Roger-Viollet.*)

Se ha dicho a veces que Nefertiti era la hija de Amenofis III. pero no se ha presentado ninguna prueba decisiva para confirmar esta hipótesis. Ella nunca lleva el título de «hija del faraón». En realidad. Nefertiti pertenecía a la familia de un personaje importante de la corte.

La ceremonia de la coronación es la ocasión de una gran fiesta en Tebas. Llegan regalos de todas partes. Egipto es poderoso. Para dar un ejemplo concreto, el faraón mantiene excelentes relaciones con el rey de Chipre, que le envía una vasija sagrada de gran valor a modo de felicitación; a cambio pide telas, un carro dorado, vasijas y otros regalos, recordando los navios que viajan entre los dos países y garantizan el tráfico comercial.

Se plantea un problema fundamental para la lectura histórica de los principios del reinado: ¿Amenofis III y Amenofis IV reinaron varios años conjuntamente según los principios de la corregencia, o bien Amenofis IV ocupó el trono en solitario? El debate sigue abierto, aunque la primera hipótesis es la que se adopta con mayor frecuencia. Según la hipótesis que se elija, varían las fechas y la interpretación de algunos acontecimientos.

El nuevo faraón adopta los títulos tradicionales. Hasta el año 5 del reinado, simplemente se anotan algunas particularidades en las inscripciones. Amenofis IV se llama «Único de Ra» o «Primer profeta de Ra-Har-ajty». demostrando así una devoción particular por el dios solar. En Tebas hizo construir un santuario llamado «Atón ha sido encontrado», donde se puede ver a Ra-Har-ajty en forma de un disco solar que emite rayos que terminan en manos. Él Sol se considera como un rey. comparte la soberanía con el faraón, celebra jubileos como él.

Amenofis IV y su esposa Nefertiti son inseparables. Presiden conjuntamente los ritos religiosos y las ceremonias oficiales. La tumba del visir Ramosis es una excelente muestra de la evolución que se produce. Una parte del monumento de ese gran personaje está decorada a la manera clásica. Cuando Ramosis hace una ofrenda floral en honor de Amenofis IV. el rey está representado de manera «normal», en el estilo habitual; pero cuando Ramosis recibe unos collares de Akenatón y de Nefertiti, se adopta el estilo amarniano con su característica deformación de los cuerpos.

Durante el año 5 del reinado el joven rey adopta una decisión capital. Cambia de nombre. Ya no se llama Amenofis, nombre en el que figura el dios Amón, sino Akenatón, que significa «servicial para Atón» o, quizá mejor, «espíritu eficaz de Atón». En lo sucesivo, el dios Atón protegerá la realeza. Al estar la política unida inseparablemente a la religión, se modifica el destino de todo Egipto.

El padre de Akenatón se llama Amenofis, pero su hijo no tiene ningún resentimiento hacia él. Existen varias representaciones donde el nuevo faraón presenta ofrendas a Amenofis III deificado. Akenatón no decidió combatir contra el dios Amón como tal. sino contra su clero. contra los hombres encargados de practicar su culto y que él juzgó sin duda que eran indignos de esa misión. No e un azar si Akenatón adopta el título de sumo sacerdote de Heliópolis. es decir, «el mayor de los videntes», que le vincula así a la expresión religiosa más antigua de Egipto, juzgada más pura que la religión tebana.

Sin embargo. Akenatón impone su idea en Karnak, en el feudo de Amón. Los colosos que lo representan son especialmente impresionantes. El rey es andrógino. Ordenó a los escultores que creasen un cuerpo que mezclara las características masculinas y femeninas. El rostro está deformado expresamente, adoptando aspectos sonrientes e inquietantes a la vez, según el ángulo desde el que se contemple. La pelvis es más ancha para evocar la fecundidad: ¿acaso el faraón no es a la vez el padre y la

madre de los seres? La ligera obesidad, la espalda un poco encorvada, evocan quizá la postura del escriba, es decir, del sabio cuyo espíritu domina el cuerpo. Esas estatuas colosales han causado malestar entre algunos observadores que han acusado a Akenatón de sensualidad mística mezclada con la locura. Sin embargo, no hay que olvidar que el aspecto general y el tipo simbólico del coloso respetan el canon artístico tradicional. Quien aparece representado de esta manera no es el individuo Akenatón sino el rey en el ejercicio de su función, que insiste en algunos aspectos de su persona teológica.

No habían acabado las sorpresas para los sacerdotes de Amón. Para imponer su ideal. Akenatón no quería compartir su autoridad, mucho más aún si se tiene en cuenta que su política religiosa no podía conciliarse con el conformismo del sumo sacerdote de Amón. Akenatón estima que ha de restablecer el orden normal de las cosas poniendo de relieve que él es el único dueño de Egipto. Su objetivo es privar a los religiosos de la gestión de los considerables bienes temporales que pertenecen, de pleno derecho, a la corona.

Además, hay que constatar que Egipto —y Tebas en particular-había acogido a muchos extranjeros durante el Imperio Nuevo. La capital había sido un crisol de ideas y doctrinas. Es muy probable que Akenatón tuviera la idea de una religión de tendencia universalista que podría subsistir a las creencias amonianas; el término «universalista» se aplica aquí al mundo civilizado conocido por el rey. Aunque ésta no fuera su intención definitiva, no se puede negar que se apoyó en las capas «medias» de la población y en un cierto número de extranjeros integrados en la sociedad egipcia. No cabe duda de que para él era el único medio posible de luchar contra los ricos y contra la casta de los sacerdotes de Karnak cuyo poder parecía inquebrantable.

Para Akenatón. Tebas ya no es sino una obligación de la que desea evadirse. Su decisión está tomada: fundar una ciudad nueva para la gloria de Atón. Es indispensable que el nuevo dios del Estado goce de un lugar totalmente nuevo, limpio de cualquier influencia del pasado. Cada ciudad de Egipto está protegida por una divinidad. La religión de Atón exige un marco inédito. El dios todavía no tenía un lugar de culto, una morada privilegiada en el país. El rey le dio una: Aketatón, «el horizonte de Atón».

El acontecimiento se produjo en el sexto año del reinado. El lugar se escogió en el nomo hermopolita. a medio camino entre Menfis y Tebas, en el margen derecho del Nilo. Las montañas del este dejan un espacio despejado delante del río. Los terrenos del margen izquierdo son propicios para la agricultura y para la ganadería y podrán asegurar el abastecimiento de los habitantes. «Este inmenso circo de montañas redondas que se encuentran en torno al Nilo —escribe Bernard Pierre al describir el paraje de Aketatón (cuyo nombre moderno es Tell al-Amarna. a menudo abreviado en Amarna) —, ese fuerte desierto que se extiende dentro del anfiteatro, ese palmeral verde que se extiende varios kilómetros a lo largo del río, detrás del cual se ocultan poblados construidos en adobe, todo esto compone uno de los paisajes más puros y más bellos de Egipto.»

Akenatón acudió al lugar que ocuparía la futura ciudad acompañado por altos dignatarios. Recorrió el territorio de Atón montado en su carro. Aketatón, lejos de Tebas, no pertenece ni a los dioses ni a los hombres. Podía salir de la nada, crecer bajo los rayos del sol. El rey juró no abandonar nunca más su nueva capital. Cumplirá su juramento.

Los terrenos circundantes son propicios para la agricultura y podrán garantizar, por lo tanto, el abastecimiento inmediato de los habitantes. La superficie de la ciudad del Sol está delimitada por límites fronterizos. Sus

textos nos dan a conocer que el día trece del octavo mes del sexto año de reinado. Akenatón salió de la tienda donde había pasado la noche, subió en su carro de oro y se dirigió hacia el norte para fijar los límites de la nueva capital de Egipto. Tras haber ofrecido sacrificios a los dioses, volvió hacia el sur. Cuando los rayos del sol brillaron sobre él, se detuvo. Atón en persona le había indicado el término de su ciudad.

Nunca se franqueará esta frontera, al igual que las demás, al este o al oeste. El rey hace un curioso juramento: jura que ni él ni su esposa pasarán las estelas fronterizas. Aketatón, desde un principio, está establecida para la eternidad en su espacio inicial. Se excluye la idea de crecimiento. Este juramento se renovará en el año 8 del reinado.

Todo el perímetro de la ciudad pertenece a Atón. Es su tierra, el lugar donde él se encarna. En un gran discurso dirigido a sus cortesanos, a sus soldados y a sus fieles, el rey explica que Atón ha querido establecerse en una ciudad. Es el propio dios quien ha elegido este lugar, nadie más lo ha hecho. El rey exige que su cuerpo se traiga a este lugar, incluso si muere en otra ciudad de Egipto. El toro de Mnevis de Heliópolis también será enterrado en Aketatón. Este detalle pone de manifiesto las estrechas relaciones que el rey mantenía con los cultos más antiguos.

Los cortesanos, encantados por el discurso del rey. aseguran que todas las naciones vendrán a presentar sus ofrendas a Atón. Todo el universo está animado por el Sol: es justo que se le rindan honores.

«Solamente Atón, mi padre, me ha conducido hasta esta ciudad del horizonte», manifiesta Akenatón. El territorio donde se edifica pertenece al Padre celestial, que ha creado todas las cosas, montañas, desiertos, prados, islas, suelo, tierra, agua, hombres y animales. Durante el inicio oficial de las obras. Su Majestad aparece sobre un carro de electro tirado por un par de caballos. Aparece como Atón, y llena al Doble País con su amor.

La ciudad de Atón se construyó muy rápidamente. Cuatro años después del inicio de las obras, albergaba una importante población. Esta rapidez explica que los monumentos y las casas sean a veces de calidad mediocre. En el marco de una propaganda anti-Akenatón. algunos pretendieron que los criminales enviados a las canteras para purgar su pena habían sido los primeros adeptos del nuevo dios.

En realidad, hay que imaginar una importante emigración de población de la región tebana a Aketatón. Muchos cuadros administrativos, escribas, sacerdotes, militares, artesanos, campesinos, abandonaron sus puestos para seguir al faraón. Entre los arquitectos y escultores figuran maestros de obras, pero el rey no les deja casi tiempo para construir edificios civiles y religiosos. Se utilizan al máximo ladrillos secos. Se crea un urbanismo simple y claro. La ciudad es acogedora, con sus largas avenidas, sus zonas verdes, sus parques, sus grandes mansiones nobiliarias. Todo está hecho para que el sol circule libremente.

El gran templo de Atón es el centro de la ciudad. Mide unos ochocientos metros de largo y trescientos de ancho: su nombre es «templo de la piedra levantada (el benben)». aludiendo a uno de los símbolos más importantes del templo de Heliópolis. El benben era la piedra misteriosa sobre la que el sol se había levantado en el principio de los tiempos. Este gran templo es diferente de los otros santuarios de la XVIII dinastía: no hay salas oscuras, donde el culto se celebra en secreto, sino una hilera de patios descubiertos que conducen al gran altar de Atón. El antiguo benben se cambia por una gran estela donde se representa a Akenatón y su familia adorando a Atón. El templo del dios es básicamente un lugar de ofrendas, provisto de numerosos altares para rendir homenaje al todopoderoso Sol.

En esta perspectiva, no habría que olvidar que todos los faraones son «hijos de Ra» desde la V dinastía. Los monarcas del Antiguo Imperio que crearon ese título pidieron a sus arquitectos que construyeran unos templos para la glorificación del Sol. El más célebre de ellos es el de Neuserre (2420-2396 a. de J. C), edificado en Abu Gorab. al norte de Abusir y al sur de Gizeh. Existía un templo de recepción cerca del valle, y una calzada que subía hasta el templo, cuyo centro de culto era un obelisco edificado sobre un basamento en forma de tronco de pirámide. No cabe duda de que el templo de Heliópolis sirvió de modelo a los santuarios solares de la V dinastía y parcialmente, por lo menos, al gran templo de Atón en Amarna.

La fachada del inmenso palacio real alcanzaba unos ochocientos metros. Se alzaba a lo largo del eje principal de la ciudad y estaba unido a las habitaciones privadas del faraón por un pasaje que dominaba la calle. Se accedía al palacio por un jardín con terrazas. Akenatón quería dominar su ciudad, colocar su morada temporal en un lugar elevado, para estar más cerca del Sol. Hay restos que muestran que la decoración, de inspiración naturalista, era excelente: ramos de vid. flores, papiros. componen una naturaleza exuberante que hace pensar en la del arte cretense.

Al norte del palacio existía una especie de parque zoológico; las excavaciones han permitido desenterrar recintos de animales, pesebres y fragmentos de decorados donde se ensalzaba el mundo animal. Quizá se habían criado en este lugar especies raras.

Amarna quiere ser una capital: por esta razón tiene un barrio de ministerios, un edificio destinado a albergar el Tesoro público, una escuela de funcionarios, barrios comerciales y obreros, en donde las casas más pequeñas tienen cuatro habitaciones.

No cabe duda de que Akenatón concibió un proyecto grandioso: edificar otras dos capitales solares, una al sur de Egipto, de la que se han encontrado restos, y otra al norte, tal vez en Siria, cuya existencia es incierta e hipotética.

De la nueva capital. limitada por sus estelas fronterizas, salían carreteras y una de ellas conducía a la necrópolis formada por hipogeos donde el rey y los nobles esperaban ser enterrados. Como sucede siempre en Egipto, la muerte estaba integrada en la vida cotidiana. La ciudad de Atón, al igual que las otras, estaba vinculada a las «moradas de eternidad». Estas, cavadas en la roca, están casi todas sin acabar, simplemente iniciadas. La existencia de Aketatón fue breve: pocas personalidades murieron allí.

«Grande por su encanto, agradable a los ojos por su belleza»; éste es el testimonio que nos brinda uno de los habitantes de Amarna al contemplar su ciudad, que hasta llegó a calificar de «visión celeste». El corazón del Egipto de Akenatón latía en ella. Vivir en este lugar era ante todo dar las gracias al Sol por la alegría que transmitía al corazón de los hombres. Cuando Akenatón y Nefertiti pasan por las calles en su espléndido carro, el pueblo les aclama gritando: «¡Vida, salud, fuerza!». Hay muchas ceremonias religiosas que marcan el compás de la vida cotidiana. El rey acoge a embajadores de países extranjeros que vienen a ofrecer sus tributos. A menudo, del mismo modo que el sol aparece en el horizonte, el faraón aparece en la galería de su palacio, que da al pasaje elevado que lleva a los edificios administrativos. En este lugar, él recompensaba a sus fieles ofreciéndoles collares de oro.

Amarna podía vivir bajo un régimen autárquico. Las mansiones más opulentas estaban concebidas como villas galorromanas o granjas medievales. Pero es probable que llegaran muchos productos por el Nilo. Además, la nueva capital estaba bien protegida, puesto que algunas patrullas, en las que destaca la presencia de nubios y asiáticos, vigilaban sus accesos, impidiendo un posible ataque sorpresa. La tumba número nueve

de Amarna, la única que está terminada, es precisamente la del jefe de la policía militar del rey. Se le ve en su papel religioso adorando al Sol, pero también en su función administrativa, elaborando informes, verificando el estado de los puestos de vigilancia. Es condecorado por Akenatón que le recompensa por sus excelentes servicios.

¿Qué tipo de población residía en Amarna? Ante todo, existía una mayoría de egipcios que habían seguido al rey, como su jefe de comedor Parrenefer. que abandona su tumba tebana, decorada en el estilo «tradicional», para adoptar la religión de Atón. Seguramente, una buena parte del personal administrativo tebano, fiel a la monarquía faraónica, continuó sirviendo a Akenatón. Personalidades conocidas de la corte de Amenofis III conservan su rango. No hubo ninguna «caza de brujas» y no se encuentra en esta época ninguna huella de guerra civil. El faraón sigue siendo el señor del reino. Sea cual fuere la cólera del clero tebano. no puede sino doblegarse.

Al separarse de Tebas, Akenatón también se aleja de ciertas castas de notables. Hay que resaltar que utiliza hombres nuevos, fundamentalmente muchos extranjeros. Nombres del tipo «Akenatón me ha creado» son muy significativos. Entre ellos se introdujeron, sin duda, ambiciosos que veían en el «atonismo» el mejor medio de hacer una carrera rápida. Pero no se puede negar la existencia de creyentes sinceros. Entre los mejores colaboradores de Akenatón se encuentran el visir Najt; Hatiay, el jefe de los arquitectos; Meri-Ra. el sumo sacerdote de Atón; Ranu-fer. el superior de los carros y de los caballos; Pahehsi. el superior de las tropas. Las estructuras esenciales del Estado no se modificaron, aunque esos hombres no pertenecían a la aristocracia tebana. Se observan innovaciones en la lengua egipcia, se introducen los giros hablados, populares o de origen extranjero.
Al lado de Akenatón, la reina Nefertiti ocupa un lugar esencial. Les une un profundo amor. Está tan comprometida con el «atonismo» como su marido. Nefertiti se ha convertido en el símbolo de la belleza de la mujer egipcia. Es verdad que sus dos extraordinarios retratos, conservados uno en Berlín y otro en El Cairo, siguen ejerciendo una fascinación ante la que nadie puede quedarse insensible.

Nefertiti desempeña una función religiosa. Ella es «la que hace reposar a Atón con su dulce voz y sus hermosas manos que sostienen sistros». Participa activamente en los ritos, es la gran sacerdotisa de un santuario especial donde se celebra la puesta del sol. Un bloque que procede de Heliópolis, y que se conserva en el Museum of Fine Arts de Boston, presenta una sorprendente escena: Nefertiti coronada y en la postura del faraón, golpea con su mortero a un enemigo al que coge por los cabellos. Se trata de una actitud muy clásica, pero reservada a los faraones masculinos. ¿Quiere acaso indicar que Nefertiti estaba investida de un poder particular?

Esta reina cuyas responsabilidades políticas son evidentes, es también una madre. El amor a los niños y a la familia es una constante de su carácter, como del de Akenatón. Trajeron al mundo seis hijas. La existencia de una esposa secundaria llamada Kia no interfiere para nada en la vida de la pareja real. Para el rey, la familia es el símbolo de la vida divina. El amor conyugal es la traducción humana del amor divino y merece ser proclamado por los artistas. Además, el tema pertenece a la tradición egipcia más ancestral. Basta con mirar algunos grupos escultóricos del Antiguo Imperio para comprender que la unión del hombre y de la mujer está concebida en una perspectiva sagrada. La novedad radica en la expresión de esta certeza, en lo que se ha llamado el «naturalismo» amarniano. El rey y la reina no dudan en hacerse representar desnudos, en hacernos entrar en el corazón de su hogar. La naturaleza, según se dice en el gran himno a Atón, es una obra divina. El cuerpo humano, al igual que las aves, las plantas o

los peces, está animado por la luz.

A Akenatón y Nefertiti les gusta evocar la ternura que sienten por sus hijos. Recordemos ese bajorrelieve en que la reina, sentada en las rodillas del rey, sostiene a una de sus hijas; en esa estatuilla que muestra a Akenatón abrazando a una de ellas; en esos bajorrelieves tan emocionantes donde el rey y la reina, desesperados, lloran ante el féretro de Meket-Atón, su segunda hija, muerta de enfermedad. Este acontecimiento, que sucedió en el año 12 del reinado, fue para el rey una prueba de gran crueldad. Resulta curioso que en el nombre de la quinta y sexta hijas de la pareja real, el nombre de Atón es substituido por el de Ra, sin duda por razones religiosas.

Akenatón y Nefertiti formaron realmente una pareja solar; esto se debe a la voluntad de afirmar su amor como un símbolo de luz. No debemos olvidar que el gran himno de Atón, especie de manifiesto de la nueva religión, termina con una dedicatoria que hace de la reina la destinataria de todas las cosas bellas del mundo, creadas por la divinidad.

Un texto grabado sobre una de las estelas fronterizas de Amarna da esta admirable descripción de Nefertiti:

Clara de rostro
Felizmente ataviada con la doble pluma
Soberana de felicidad,
Dotada de todas las virtudes
Tiene la voz de quien se regocija
Señora de gracia, grande de amor,
Sus sentimientos regocijan
Al Señor de los Dos Países...
La gran y muy amada esposa del rey
Señora de los Dos Países (cuyo nombre es)
«Bellas-son-las-bellezas-de-Atón»,
«La-bella-ha-venido»,
Viva por siempre.

La experiencia religiosa de Akenatón fascina desde hace mucho tiempo a todos los investigadores. Amarna no fue fundada por capricho sino para poner en práctica una fe particular. Atón es un dios de amor y de luz que se encarna en el disco solar, cuyos rayos creadores se terminan en unas manos que dan vida. Es la energía que hace crecer todo lo que existe y adopta el canal del Sol para manifestarse. El rey es su sacerdote y su profeta. Él mismo enseña la religión de Atón. Dignatarios de Amarna reconocen que fueron iniciados en el conocimiento de los misterios de Atón por el rey en persona. Akenatón fue un auténtico señor espiritual, distribuyendo la «palabra divina» y cumpliendo ese papel de educador.

Al principio de la «revolución» religiosa, que en realidad se apoya en bases muy antiguas donde la sabiduría heliopolitana es esencial. Atón es el primer dios, el más importante. Luego la situación cambia. El rey afirma que lo peor que ha tenido que soportar fueron las palabras de los sacerdotes. Ahora bien, éstos están al servicio de los dioses. Akenatón intenta desmantelar ese sistema de culto haciendo destruir a golpes de martillo el nombre de los demás dioses. Amón a la cabeza, lo que equivale a reducirlos a la nada. Sin embargo, las causas y la aplicación de esta política religiosa siguen siendo bastante confusas. Además, no fue sistemática; por otro lado, en la propia Amarna hay indicios que demuestran que la población continuaba rindiendo homenaje a otras divinidades además de Atón.

Uno de los hechos más importantes es la supresión del culto a Osiris Akenatón cometió con ello un grave error de consecuencias importantes,

porque el pueblo estaba muy unido a esta religión de esperanza en el Más Allá, de justicia divina que se aplicaba a ricos y pobres. Pero Osiris es lo contrario de Atón, es el principio de las tinieblas frente al principio de la luz.

Es probable que el faraón adoptara, en este campo, una posición muy radical.

La palabra «dios», en plural, se suprime. En sus antiguos nombres, Akenatón incorporaba el de Amenofis. Lo hace desaparecer. Solamente deja el de Nebmaatra, donde figuran el dios solar Ra y la diosa Maat, que él considera como el soplo de la vida divina. Además, como sacerdote, Akenatón «da Maat a los cuerpos», es decir, da la vida a sus subditos. El deseo de los muertos es salir por la mañana del mundo inferior, ver a Atón que se levanta, participar en las ofrendas que le son consagradas, escuchar la voz del rey oficiando el culto. Además, por esta razón el rey está presente en la decoración de las tumbas, donde se le ve a menudo dar el oro de la recompensa a sus fieles servidores.

Curiosamente, Akenatón mantiene excelentes relaciones con su madre, la reina Tiyi, que va a visitarlo a la ciudad de Atón. Manda construir para ella un edificio religioso y la acoge solemnemente, aunque ella encarna el antiguo mundo tebano. La escena de una tumba amarniana muestra incluso a Akenatón cogiendo a su madre por la mano y la acompaña al interior de un santuario. Por encima de ellos brilla un sol, cuyos rayos terminan en sus manos. Le sigue una procesión. ¿Acaso el amor maternal de Tiyi era más fuerte que sus concepciones políticas? ¿O bien después de morir su marido, Amenofis III, se pasó al «atonismo»? ¿O simplemente aceptó una situación obedeciendo, al igual que los demás, las órdenes del señor de Egipto?

Akenatón venció en su empresa. Se convirtió en rey absoluto, único intermediario entre los dioses y los hombres, como los monarcas del Antiguo Imperio. Sin embargo, su estilo de vida difiere porque él quiere mostrarse humano, más cercano a sus súbditos. Pero la realidad del poder es la misma.

Cambiar de capital y promover una nueva religión eran tareas de gran envergadura que hicieron que el faraón descuidara un poco otros deberes. Sin embargo, uno de ellos hubiera necesitado que le prestaran mayor atención: el liderazgo de Egipto. Akenatón es consciente de que existen otros pueblos, otras civilizaciones, otras costumbres: pero todos dependen de Atón que les ha creado. Por esta razón, adopta una actitud pacífica. Detesta la guerra, los conflictos, prefiere continuar la política de intercambio de regalos, creyendo que el prestigio de Egipto bastará para preservar el equilibrio en el Próximo Oriente.

En el año 12, una grandiosa ceremonia en el palacio de Amarna reúne delegaciones extranjeras procedentes de Asia, Libia, Nubia y las islas egeas. Pero el fausto no es más que una ilusión. La situación internacional se está volviendo poco a poco desfavorable para Egipto. Ahora bien, el faraón está comprometido con sus aliados. Cuando las caravanas oficiales del rey de Babilonia son saqueadas, este rey pide que se le indemnicen las pérdidas sufridas. Se considera a Akenatón el protector de sus vasallos, pero no parece que haya cumplido con ese deber de manera rigurosa. A los hititas les fue fácil «influir» en los aliados de Egipto, por adoptar un término del espionaje contemporáneo, insistiendo en la debilidad y las tergiversaciones del faraón reinante.

Akenatón parece haber confiado en sus embajadores, que se ocuparon de la política exterior pensando más en su beneficio personal que en el del Estado. Para referirse a los países extranjeros, el faraón sigue diciendo «mis posesiones», pero ya no es sino una afirmación teórica. El imperio fundado por Tutmés III se disgregó rápidamente a causa del auge del poder

hitita. Uno a uno, sobornados o amenazados, los vasallos del faraón se apartaron de Egipto. Peor aún: los que se mantuvieron fieles no recibieron ninguna ayuda de Akenatón, a pesar de sus llamadas de socorro. Ribaddi, príncipe de Biblos, pagará su lealtad con la vida. En Palestina y en Siria se acentúan los problemas. Dado que el faraón permanece impasible, se amplifica la revuelta contra su poder. Los puertos de Fenicia abandonan a Akenatón; él sigue sin mostrar ninguna reacción militar. Mitanni. aliado de Egipto, desaparece del mapa, aplastado por los asirios y los hititas. Los beduinos invaden Palestina y se hacen con Megiddó y Jerusalén. Los hititas y sus aliados se van imponiendo en todos los territorios, substituyendo a Egipto. El imperio de Asia ya no existe.

¿Qué pasa en la corte? ¿Por qué no interviene Akenatón? Hay quien piensa que los informes que se le presentaron eran incompletos, mutilados, incluso falseados. Aun teniendo en cuenta esta hipótesis, hay que lamentar esta actitud de Akenatón, que tuvo para él consecuencias desastrosas: Atón, que debía substituir al poderoso Amón-Ra, se convirtió para los egipcios en el símbolo del debilitamiento de su país. No cabe duda de que a partir de esta dolorosa constatación, que se vio acompañada probablemente de problemas económicos, Akenatón se convirtió en el «hereje». El dios que él había decidido privilegiar quitaba vigor a su pueblo y traicionaba la vocación militar de los grandes faraones de la XVIII dinastía.

El final del reinado de Akenatón es un misterio casi completo. Se han expuesto numerosas teorías inverificables. Tal vez el rey se sumió en una especie de entorpecimiento, incapaz de controlar los acontecimientos: tal vez se volvió loco a! ver como se hundía su sueño; tal vez no quiso comprender la gravedad de la situación. Akenatón y Nefertiti solamente habían tenido hijas. Según la costumbre, el rey tomó un corregente para enseñarle el arte de gobernar, como si estuviera seguro de que la aventura amarniana continuaría tras él. Este corregente fue un tal Smenker cuya actitud es equívoca. Incluso algunos piensan que fue uno de los primeros en abandonar la doctrina atoniana y en irse de Amarna para volver a Tebas. Por inscripciones de una tumba tebana, sabemos que el rey Smenker construyó un templo en honor de Amón. Sin embargo, había recibido toda la confianza de Akenatón que le había dado como esposa a una de sus hijas antes de coronarlo rey en el palacio de Aketatón.

La momia descubierta en la tumba 55 del Valle de los Reyes no disipa las tinieblas. Se encontraba dentro de un sarcófago de mujer. Durante algún tiempo se pensó que se trataba de Akenatón. Actualmente se piensa que esa momia masculina, cuya postura ritual es la de una mujer, es la de Smenkcr. corregente de Akenatón. Según Christiane Desro-ches-Noblecourt. Akenatón habría querido formar una especie de «pareja» real, idea que le valió además acusaciones de homosexualidad. Lo más extraño es que uno de los nombres del corregente está calcado precisamente del de Nefertiti.

¿Qué sucedió con Nefertiti después del año 15 del reinado? Algunos piensan que la reina cayó en desgracia, quizá en beneficio de la segunda esposa, Kia. ¿Acaso se dio cuenta de la disgregación del impelió y se habría opuesto a la política de su marido? Por orden del rey se la obligó a retirarse a un palacio secundario, en compañía del futuro Tutankamón, a quien ella habría preparado para ejercer el poder. La hipótesis de una traición de Nefertiti parece difícil de aceptar. Otros investigadores han hecho de la reina la seguidora más fiel del «atonismo», defendiendo sus principios hasta el último momento; partidarios de Amón la obligarían a retirarse, entendiendo que ella era el alma de la herejía.

Estas teorías no se han fundamentado sobre ninguna prueba. A nuestro entender, la opinión de Cyril Aldred es la que más se acerca a la

verdad. Es probable que Nefertiti muriera en el año 13 o 14 del reinado de Akenatón. Los escultores modificaron entonces varias de sus representaciones para adaptarlas al rostro de su hija Mery-Atón. que se convirtió en la primera dama del reino.

Akenatón estaba solo, privado de la presencia de su amada esposa, la «sin igual». Sin lugar a dudas, la desaparición de la mujer con quien había hecho y esperado todo, fue una dura prueba para este hombre hipersensible. El centro de la reforma religiosa, la pareja real, era la clave del equilibrio del reino; cuando Nefertiti desaparece, Akenatón se siente destrozado.

En la ciudad del Sol. algunos indicios prueban al rey que el culto a Atón no ha penetrado realmente en todos los espíritus. En los barrios obreros, se seguía venerando aún al feliz enano Bes o a la diosa Tueris, protectora de los partos. Todavía causa más equívoco el descubrimiento de pequeños carros tirados por monos cuyo conductor, también un mono, está al lado de una mona. Resulta imposible no ver en ello una caricatura de Akenatón y Nefertiti.

Entre las nuevas personas que Akenatón había llenado de honores y de títulos, ¿cuántas eran sinceras? ¿Cuántas estaban dispuestas a seguir siendo fieles en caso de dificultad?

Esos tristes pensamientos venían a oscurecer la obra realizada. Cada vez más encerrado en su tristeza, cada vez más aislado en su palacio, ¿seguiría pensando el rey en el gran himno que él mismo había compuesto? En este himno describía la aparición del disco viviente, creador de vida, en el horizonte del cielo. Cuando el Sol desaparecía, el universo se sumía en las tinieblas, quedaba como muerto. Por la mañana, todas las cosas se despertaban. El universo entero canta la llegada de la luz. El Sol hace nacer el embrión en el vientre de la mujer, produce el semen en el hombre. Él concede el hálito de vida. Ha colocado a cada hombre en su función, ha diferenciado a los pueblos, pero otorga sus favores a todos los países. Aunque crea miles de formas, se mantiene en su unidad. «Nadie de los que tú engendras te ve —dice el himno—; tú resides en mi corazón. No existe nadie más que te conozca, excepto tu hijo Akenatón.»

La última fecha conocida del reinado de Akenatón es el año 17. No se sabe nada acerca de la muerte del rey. Probablemente, no fue enterrado en la gran tumba familiar que había hecho excavar en Amarna, donde reposaba su segunda hija. Se han encontrado allí figurillas funerarias con el nombre del rey, fragmentos de sarcófagos. Pero no hay nada que permita afirmar que se depositaron allí momias reales. Quizá personas allegadas al faraón disimularon su cuerpo en una sepultura que no ha sido identificada. Una leyenda cuenta que su cadáver fue despedazado y lanzado a los perros, o quemado.

Amarna fue abandonada y la ciudad del Sol volvió al silencio del desierto. Pero la reacción contra Akenatón no parece que fuera inmediata. Parece ser que la destrucción a martillazos de sus nombres no se debe a los faraones que le sucedieron inmediatamente. Con Seti I, el dios Atón todavía no ha sido suprimido del panteón, y no se le llamará «ese malvado» hasta el reinado de Ramsés II, más de cincuenta años después de la muerte del «hereje». Además, las piedras del gran templo de Amarna fueron reutilizadas en otros monumentos, siguiendo la tradición. Numerosos bloques que pertenecían a monumentos «atonianos» se han encontrado incluso en Karnak. Poco a poco, se llevan cuadros enteros; el más célebre, que narra escenas de la vida cotidiana en Amarna, está expuesto en el museo de Luxor. Las estatuas de Akenatón, por extrañas que parecieran, no fueron destruidas sistemáticamente. Parece como si el recuerdo de Akenatón borrado en las listas reales oficiales, se hubiera conservado

voluntariamente en el orden religioso. Además, sus ideas habían hecho mella. Un faraón como Ramsés II, a pesar del desdén que manifiesta por el personaje histórico de Akenatón, se inspira en parte de su ideal.

Resulta prácticamente imposible emitir un juicio global acerca del reinado de Akenatón y sigue siendo aún mal conocido. Es seguro que el rey intentó una experiencia religiosa inédita, aunque habría que matizar esta afirmación. El epíteto de «revolucionario» nos parece desmesurado, en el sentido que Akenatón no corta de ningún modo con la tradición religiosa egipcia. Al contrario, intenta recobrar la pureza de las primeras épocas, se inspira en el culto nacional más antiguo, el de Heliópolis. Akenatón no consiguió una amplia base para la transformación religiosa que intentaba, especialmente porque no se dio cuenta de la profunda implantación de los cultos osirios y de las creencias populares. Probablemente, su lucha contra el resto de divinidades no hizo sino agravar la situación.

La política exterior del rey fue catastrófica. Los primeros faraones de la XVIII dinastía habían comprendido que el pacifismo conduciría a Egipto a la decadencia, ya que los pueblos de Asia sólo pensaban en la guerra y en la conquista. Con el reinado de Akenatón, el gran imperio egipcio se hunde. El período más glorioso del Imperio Nuevo ha terminado.

La aventura espiritual de Akenatón fue, con todo, de una intensidad excepcional. Lejos de ser un soñador ensimismado en su misticismo, Akenatón se comportó como un auténtico faraón. Al construir la ciudad del Sol, cumplió el primer deber de los reyes que es ofrecer un santuario al dios. Esperemos que los progresos de la investigación arqueológica y del desciframiento de textos puedan esclarecer poco a poco las zonas oscuras de un reinado en el que el disco solar desempeña un papel tan importante.

15

Tutankamón el Desconocido

A la historia le gustan las paradojas. Si bien Tutankamón (o Tut Anj Amón) es un faraón conocido por el gran público, para los egiptólogos es uno de los monarcas más desconocidos y de los menos importantes de la historia egipcia. En este caso, es fruto de unas circunstancias peculiares. El descubrimiento de su tumba en 1922 por Howard Cárter, dio a Tutankamón una fama mundial, ya que los tesoros que contenía eran fabulosos. La reciente exposición que se le consagró atrajo a muchos visitantes que así entraron en contacto con el arte del Antiguo Egipto. Pero ha habido otros tesoros, otros descubrimientos, que no han sido tan famosos. Tutankamón el Desconocido tenía una cita con el destino. Unos tres mil años después de su muerte, había de convertirse en uno de los focos más importantes de la cultura humana.

El príncipe Tutankafó« vivió en la corte de Amarna. llegó a rey cuando tenía nueve años y murió cuando tenía dieciocho (1347-1338). ¿Era hijo de Akenatón, de Amenofis III, o se trataba de un plebeyo? Han circulado muchas teorías, pero son sólo hipótesis. Lo que significa su nombre no está claro: «benévolo de vida es Atón», «imagen viva de Atón». En la corte de Akenatón disfrutó de una relativa independencia, puesto que adoró a otros dioses además de Atón, en especial a Atum, el gran creador del origen. Sin embargo, se casó con la tercera hija de Akenatón. Pero estuvo muy presente en la vida pública. De vez en cuando, su nombre se menciona en los textos, pero no aparece representado en las escenas de las tumbas o en estelas. Tal vez vivía en Amarna y también en Tebas, donde residía la reina Tiyi, que algunos piensan que era su madre.

Cuando se casa. Tutankamón es un niño unido a una chica muy joven. Un preceptor, probablemente el gran dignatario Ay, le aconseja. Las querellas entre los partidarios de Amón y los partidarios de Atón, el destino de Egipto, son problemas que no le afectan. Le gustan las fiestas y los juegos. Sin embargo, ese niño se convierte en faraón. Está investido del cargo supremo de un país perturbado, víctima de la incertidumbre.

La coronación no tiene lugar en Amarna, sino en Tebas. Dos hombres se ocupan del pequeño rey: Ay, «padre divino», lugarteniente general de los carros, hábil cortesano que mantuvo los vínculos entre las dos ciudades; Horemheb. un general de carácter muy templado que dirigió la fuerza armada. Ay es el conciliador que evita una posible guerra civil. Horemheb es el señor real de Egipto, aunque prefiere mantenerse aún en la sombra.

Progresivamente, Tutankatón se convierte en Tutankamón. Al igual que Akenatón cambia de nombre, sólo que esta vez supone abandonar la doctrina de Atón por la religión de Amón. El gran dios del imperio vuelve a situarse en primer plano. Una estela de Berlín muestra al nuevo rey adorando a Amón-Ra, lo que prueba su vuelta a la ortodoxia; cabe suponer que no había desaparecido del todo en Amarna. En sus dos anillos encontrados en la ciudad del Sol figura ya el nombre de Tu-tankamón. Algunos hasta llegaron a imaginar que el joven rey era una especie de espía enviado a Amarna por los tebanos y que procedió a la «liquidación» de la herejía. Pero esto significa olvidarse de la edad con que contaba el rey.

Una estela de cuarcita, conservada en el museo de El Cairo, fue ins-

talada en el ángulo nordeste de la gran sala hipóstila de Karnak. Se la llama «de la restauración», porque nos cuenta cómo bajo la inspiración divina de Amón, Tutankamón puso de nuevo a su país en el buen camino. Horemheb, que había inspirado ese gran proyecto, usurpará el documento para atribuirse el beneficio de las acciones desarrolladas por Tutankamón.

Se dice que el nuevo rey fue a su palacio de Menfis. Consultó a su corazón y se dio cuenta de que el reinado de Akenatón había sido desastroso. Era indispensable restablecer la armonía para agradar a Amón y a las grandes divinidades. ¿Qué se constata? Que el mal reina por doquier. Los templos de los dioses y diosas, de norte a sur. de Elefantina a las marismas del Delta, están en un estado lamentable. Los santuarios han sido descuidados. No quedan sino ruinas. La vegetación ha invadido las capillas. Las salas secretas permanecen abiertas para todo el mundo. Ya no se sigue el culto según las tradiciones. Los dioses han abandonado Egipto.

Afortunadamente, Tutankamón ha llegado al trono. Está decidido a reconstruir las ruinas y a reparar los monumentos para que Egipto vuelva a ser la hija predilecta de los dioses. Lo más urgente es hacer una estatua de oro de Amón, con incrustaciones de piedras raras, más grande que las que se han hecho anteriormente. Así, el clero de Tebas estará satisfecho. Dedicará otra estatua a Ptah, señor de Menfis. El rey reforma la clase dirigente de la nación. Los notables y sus hijos recuperan sus antiguas funciones. Se restituyen las riquezas que pertenecen a los templos. De este modo, Amón amará a Tutankamón más que a ningún otro faraón.

Si consideramos este texto al pie de la letra, se podría pensar que Tutankamón desplegó una inmensa actividad arquitectónica, enviando cohortes de maestros de obras, de talladores de piedra y de escultores por todo el país para reparar casi todos los templos. Pero en realidad, ¡os templos solamente fueron dañados económicamente.

Ciertamente, hay muchas estatuas de Amón con el nombre de Tutankamón en Tebas: el faraón demuestra así su veneración por el rey de los dioses. En Luxor se puede ver al rey ofreciendo flores a Amón. Una tríada de El Cairo lo muestra entre Mut y Amón, en el papel de dios hijo.

A Tutankamón se le considera «señor de Heliópolis del sur», es decir, de Tebas, que. gracias a él. recobra su papel de capital político-religiosa de Egipto. Pero él no es solamente el príncipe de una ciudad, y deja bien claro que reina sobre todo Egipto. También es amado por Atum de Heliópolis y por Ptah de Menfis. expresando de este modo que todas las ciudades le reconocían como rey legítimo.

¿En qué posición se encuentra Egipto a nivel internacional? Según una escena de la tumba de Huy. el joven monarca, instalado bajo un palio, recibe tributos traídos por los países del sur, de los que era gobernador el propietario de la tumba, conservando así el puesto que ocupaba con Akenatón. Tutankamón también recibe tributos de los países del norte. Al sur de Abu Simbel. en Faras (Nubia). Tutankamón hace una importante obra. Ordena traer oro de esta región, productos exóticos, jirafas, panteras, madera de ébano, caoba, plumas de avestruz, colmillos de elefantes. Los príncipes nubios rinden homenaje al faraón.

Si bien se le representa en la postura clásica del rey vencedor, abatiendo a su enemigo, la realidad era algo diferente. Tutankamón no emprendió probablemente ninguna campaña militar. La situación internacional casi no evolucionó durante su reinado, y si lo hizo fue en un sentido desfavorable para Egipto. El ejército egipcio, aunque había perdido su poder y su importancia, sigue existiendo. En su primera tumba, la de Menfis. el general Horemheb hizo representar varios pueblos asiáticos entregando tributos. En la estela de la restauración, se revelan hechos concretos: el ejército egipcio, enviado a Siria para intentar mantener las fronteras de

Egipto, solamente sufrió fracasos.

Sin embargo. Horemheb impidió que se produjeran invasiones. Tutankamón le dio plenos poderes. Era el «elegido del rey», el favorito entre los favoritos, el confidente entre los confidentes. No hay que imaginarse a este general como un individuo tosco y grosero. Horemheb es un escriba, un letrado que. por encima de todo, ama el derecho y la justicia.

En el año 6 de su reinado. Tutankamón tiene quince años: ya no es un niño. Está curtido en la vida de la corte y empieza a conocer su oficio de rey. No cabe duda de que empieza a interesarse por el poder, a ser consciente de su cargo. Ay y Horemheb eran consejeros cualificados y competentes. Sus lecciones habían sido de gran provecho para el joven rey. La política internacional practicada por Egipto es hábil: la corona intenta entenderse con los asirios. que envían una delegación comercial a Egipto. Pronto, el rey de Babilonia se inquieta e intenta acercarse a Tutankamón. Egipto vuelve a afirmar su presencia. Un futuro brillante se le avecina al joven faraón.

Pero los dioses decidieron las cosas de otra manera. Tutankamón muere a los dieciocho años. Su tumba no estaba preparada; por esta razón se le entierra en un modesto panteón que, con toda probabilidad, no estaba destinado a albergar al rey.

A la muerte de Tutankamón se produjo un acontecimiento bastante increíble. Su viuda, llamada Anjesenamón, que se convertirá en la esposa de Ay, escribe una carta al rey de los hititas. Se ha conservado la versión cuneiforme. Sin lugar a dudas, la joven mujer le había tomado gusto al poder. Ya que su futuro era incierto, decidió acudir al soberano extranjero más poderoso. «Mi marido ha muerto —dice en su misiva—. Tus hijos son adultos. Envíame a uno de ellos. Me casaré con él y lo convertiré en rey de Egipto.»

El gran rey hitita Suppiluliuma debió sorprenderse bastante al leer esta petición. Es verdad que los matrimonios diplomáticos eran algo corriente, pero en circunstancias diferentes. El soberano hitita conoce la problemática situación de Egipto, cuyo poder militar, sin embargo, permanece intacto. Poner en el trono de las Dos Tierras a un hitita le parece una empresa bastante poco realista. Desconfiando —no sin motivos—, cree que se trata de una astucia. Le contesta a la viuda de Tutankamón con unas preguntas: ¿Dónde se encuentra el hijo del rey Tutankamón? ¿Cómo murió Tutankamón?

Cuando el mensaje del rey hitita llega a la corte, la joven viuda se siente contrariada. Este intercambio de mensajes lleva su tiempo y ella necesita actuar con rapidez. Mi marido ha muerto, vuelve a decir, y no tengo hijos. Probablemente, el rey hitita mandó a sus espías para que investigaran. Reflexionó, y una vez comprobado que la reina no mentía y que quizá era posible explotar la situación, envió a su hijo para que se le coronara en Egipto. Pero era demasiado tarde. Ay se había convertido en faraón y conocía los mensajes. El joven príncipe hitita nunca llegó a Egipto. Fue detenido en el camino o asesinado, lo que hizo aún más tensas las relaciones entre hititas y egipcios.

Fue el «divino padre» Ay quien dirigió los funerales de Tutankamón y efectuó el ritual de apertura de la boca de la momia real. Ay era ya un hombre importante en la corte de Amenofis III. Su prestigio aumentó aún más en Amarna, donde fue uno de los íntimos de Akenatón. Recibió el oro de la recompensa de manos del «hereje». Además, es en su tumba donde se encuentra esculpido el himno a Atón. Ay fue muy hábil y reconquistó Tebas sin perder nada de su influencia. Siendo ya de edad avanzada, reinó durante cuatro años (1337-1333). Familiarizado con el poder, arregló los asuntos corrientes con la aprobación de Horemheb. Ay se convirtió en rey

casándose con la viuda de Tutankamón. Curiosamente, en su tumba no se la designa como esposa del faraón, sino como la nodriza de Nefertiti. Este simple detalle muestra hasta qué punto sigue siendo difícil comprender las relaciones exactas que existían entre los diversos personajes que animan este período.

La estrella de Horemheb brillaba desde finales del reinado de Akenatón. En aquella época, estaba al servicio de su rey y obedecía sus consignas de paz. aunque deseaba intervenir de manera más directa en Asia. Emprendió una incursión contra los beduinos en Palestina, probando así que el ejército egipcio seguía siendo «operativo». También era administrador, puesto que Akenatón le confió la gestión del norte del país.

A la muerte de Ay. Horemheb. que daba órdenes a los dos visires, decidió gobernar. Reinará durante veintisiete años (1333-1306). tras haber servido a tres faraones: Akenatón, Tutankamón y Ay. Su subida al trono fue legitimada por la religión, puesto que había sido ordenada por el dios Amón. Horemheb llegó a Karnak cuando se celebraba la fiesta de Opet: la estatua del dios se paró delante de él. designándole como sucesor de Ay. Una vez efectuado este oráculo, el nuevo faraón fue a palacio para casarse con una princesa de sangre real.

Horemheb «usurpó» los monumentos de Tutankamón y de Ay substituyendo sus nombres por el suyo. Borró los tres reinados que le precedieron y se vinculó directamente a Amenofis III, que consideró como su antepasado. En Tebas hizo desmontar las construcciones de Akenatón, pero no las destruyó: los bloques cortados se utilizaron para la construcción de nuevos pilónos. Él. Horemheb. había reorganizado Egipto. Encontró su pueblo en un espantoso estado de miseria. La anarquía había substituido al orden. Los poderes públicos ya no cumplían su misión. Las personas que estaban en el poder eran todas corruptas, y explotaban a los pobres. Por todas partes hay pillaje, corrupción, estafas, deshonestidad. El rey ha pasado largas noches sin dormir meditando sobre la injusticia que reina en Egipto y que se debe a la herejía atoniana. No queriendo caer ante la desesperación que ello le producía, hizo varios decretos administrativos que entregó a un escriba. Se restaura la autoridad central. Un verdadero faraón está de nuevo al frente del país. Los funcionarios y soldados corrompidos son castigados severamente. Se les corta la nariz y se les envía al exilio a fortalezas establecidas en la frontera de Asia. Los funcionarios de más alto rango no escapan a la justicia.

Es obvio que se exagera el panorama para destacar la actividad positiva del nuevo monarca. Sin embargo, no deja de ser cierto que Horemheb efectuó una «purga» en el cuerpo de funcionarios, donde ciertos elementos habían aprovechado la relativa anarquía que reinaba en el país para enriquecerse, dejando de lado sus obligaciones.

Aunque Horemheb es un rey piadoso, desconfía de la casta sacerdotal. Su confianza en Amón no se refleja en una gran solicitud hacia los servidores del dios. Por esta razón, elige un cierto número de sacerdotes entre sus amigos militares. Conoce bien los jefes del ejército, que divide en dos grandes grupos, uno para el norte, y otro para el sur. Provistos cada uno de un mando específico. Apasionado por la justicia, Horem-heb reorganiza los tribunales, colocando a su frente a hombres íntegros. Se vanagloria de haber devuelto sus bienes a aquellos a quienes se les habían quitado. Así, por ejemplo, manda restituir sus embarcaciones a los barqueros. Se restablece la circulación del Nilo, lo que posibilita que la economía egipcia funcione normalmente al poder utilizar esa carretera comercial esencial, que constituye el río.

El Horemheb militar se presenta también como un conquistador victorioso. Afirma haber vencido a todos los pueblos extranjeros, incluso a los

hititas. En realidad, el ejército egipcio y el hitita permanecieron en sus posiciones.

Con el general Horemheb, que tuvo un reinado pacífico, termina la XVIII dinastía, la más célebre de la historia egipcia. Horemheb es un hombre de transición que pertenece a un mundo nuevo. «Liquidador» de la experiencia amarniana, es, en cierto modo, el fundador de una dinastía nueva. Además, la dinastía XIX se iniciará con un rey soldado. como él. Egipto se dispone a conocer una etapa de su larga andadura en que la guerra ocupará un lugar cada vez más importante.

El 25 de noviembre de 1922 fue una gran fecha para la egiptología y para la humanidad. Ese día se abrió la puerta de la tumba de Tutankamón. Ese descubrimiento coronaba los esfuerzos de dos hombres: el arqueólogo Howard Cárter y lord Carnarvon, un aristócrata inglés muy rico, a quien le gustaban las emociones fuertes, y que había ido a Egipto para curarse de una enfermedad respiratoria. Apasionado por el Egipto de la Antigüedad, financió excavaciones que desembocarían en el descubrimiento del prodigioso tesoro funerario de Tutankamón.

Lord Carnarvon murió el 5 de abril de 1923 sin haber visto la momia y los sarcófagos del rey. Cuando murió, se produjo en El Cairo una avería eléctrica inexplicable. Durante los siguientes meses murieron el hermanastro del aristócrata, su enfermera, un médico que había radiografiado la momia, un millonario americano que había visitado la tumba, sin contar la desaparición de otros investigadores o visitantes. A raíz de estos hechos nació la leyenda de la maldición de Tutankamón quien, descontento por haber sido molestado en su sueño eterno, se vengaba de los profanadores. Desde entonces, no han cesado las elucubraciones. Curiosamente, el faraón se olvidó de castigar al principal responsable. Cárter en persona, quien «sobrevivió» trece años a su fechoría. Además, muchos otros eruditos o arqueólogos estuvieron en el mismo caso y vivieron una apacible vejez.

La cámara funeraria fue abierta el 17 de febrero de 1923. Una capilla de madera dorada, de unos 4 por 6,40 m, ocupaba la casi totalidad del espacio. En realidad, se trataba de cuatro capillas, metidas unas dentro de otras, con escenas que representaban la resurrección del faraón. Los excavadores tuvieron que admitir que la tumba no había sido violada o que al menos, los ladrones habían fracasado en su intento. La excavación fue interrumpida por razones que se ignoran y la sepultura del joven rey cayó en el olvido, desapareciendo incluso de la memoria de los saqueadores profesionales. No cabe duda de que la policía del Valle de los Reyes adoptó medidas eficaces. Por primera vez. se podía contemplar la totalidad de un mobiliario funerario real, tal como había sido depositado en la morada de eternidad a la muerte del faraón. Muebles, cofres, tronos, estatuas, carros desmontados, vasijas, copas, capillas...; realmente se trataba de un prodigioso amontonamiento en cuatro pequeñas piezas que, seguramente, no estaban destinadas en origen a recibir los restos de Tu-tankamón. Solamente en la primera pieza se habían depositado ciento setenta y un objetos y muebles que además contenían otros elementos.

Al entrar en la tumba, el primer objeto visible era una copa de alabastro, en forma de loto abierto. Servía de soporte a un magnífico texto: «¡Que tu ka viva! ¡Que puedas pasar millones de años. oh. tú que amas a Tebas, sentado, con tu rostro hacia el viento del norte y tus ojos contemplando la serenidad!». Otra inscripción nos señala que el rey hace imágenes de los dioses para que ellos concedan el incienso, la libación y las ofrendas de cada día.

Un cofre en forma de cartucho real nos da el nombre .de Tutankamón. Además, por todas partes figura su otro nombre. Nebjperura, que significa «Ra es el señor de las transformaciones». El nombre de

Tutankamón también está grabado en un cetro. La momia real reposaba en su sarcófago, pero el estudio del cuerpo no ha permitido aclarar las dudas. Se ha creído que. al examinar las flores depositadas en la tumba, se podría precisar la fecha de su muerte, en enero de 1343. Maya, intendente del Tesoro, terminó de arreglar la tumba. Maya, que conservó su puesto con Horemheb. era probablemente un familiar de Tutankamón e hizo lo necesario para preservar su descanso eterno, ocultando la entrada de la sepultura. Fue ayudado por Nakhtmin. general escriba y portaabánico, que dedicó uchebtis1 a Tutankamón.

El cuerpo del rey es el de un hombre joven. La momia está muy seca. El cráneo está afeitado, como el de los sumos sacerdotes. La momificación estuvo relativamente mal hecha, y probablemente se hizo demasiado rápida, porque un exceso de ungüentos quemó los tejidos y dañó los huesos. Una herida en la mejilla izquierda dio origen a la hipótesis de un asesinato, pero se trata de un indicio poco importante. Sorprendentemente, hay unas tiras grabadas con el nombre de Smenker, corregente con Akenatón, que estaban dispuestas sobre la momia de Tutankamón. Por todo el cuerpo, amuletos protectores colocados siguiendo un orden ritual. En la frente, el símbolo del buitre, encarnando el Alto Egipto, y el de la cobra, encarnando el Bajo Egipto. En el gorro de fino lino que cubría el cráneo se había perpetuado el nombre del dios Atón. Los orígenes del joven rey no se habían olvidado. Así, los sacerdotes que se ocuparon de sus funerales aceptaron el recuerdo del dios venerado por el faraón hereje.

Ese dispositivo mágico que hace de la momia un cuerpo de resurrección permitiría al rey volver a vivir, respirar el aire y salir al día. en la luz de la eternidad. Su cara viviría por siempre. Su ojo derecho se asimilaba a la barca del día. su ojo izquierdo a la barca de la noche, lo que le permitiría viajar por los espacios celestes como el Sol. La decoración de la cámara funeraria es excepcional en relación con la temática habitual de las tumbas reales. Se ve en ella los funerales de Tutankamón y la ceremonia de la apertura de la boca, donde el faraón es representado como Osiris.

Esa pequeña tumba contenía un verdadero tesoro. La mayor parte de los objetos son fabulosos y dan fe de un gran lujo. El oro se emplea en abundancia. El metal precioso siempre fue uno de los elementos fascinantes del arte egipcio. No era considerado solamente como un elemento material, sino que constituía la carne de los dioses. Por esta razón, adornaba templos y estatuas para conferirles una vida divina. Ser iniciado en los secretos en la «morada del oro» significa: haber sido admitido en el taller de escultura para crear estatuas. La energía primordial se transmite al hombre a través del oro.

La máscara de oro de Tutankamón es la ilustración más perfecta de esta idea. La sala central de la tumba, llamada «la sala de oro», contenía los sarcófagos y el cofre de canopes, es decir, los vasos que contenían el hígado, los pulmones, el estómago y los intestinos protegidos por las divinidades. El corazón, símbolo de la conciencia. permanecía en el cuerpo. Sin embargo, un «escarabajo de corazón» substituía el órgano de carne por un órgano espiritual. Así pues, se garantizaban las funciones esenciales del cuerpo de resurrección.

Es muy grande el contraste entre la pequeña tumba de este «pequeño rey» y las riquezas acumuladas. Sobre su cuerpo envuelto se habían repartido ciento cuarenta y tres joyas de oro. El último sarcófago era de oro macizo. Los tres féretros, instalados sobre una cama en forma de león, pesan 1.375 kilos. Es difícil imaginar cómo debían ser los tesoros de los grandes faraones, saqueados en el transcurso de los siglos. No olvidemos que semejante esplendor tenía un único objetivo: el renacimiento del ser.

Por esta razón, elementos modestos pueden tener la misma importancia que objetos muy hermosos; pensamos especialmente en los cuatro genios que estaban ocultos en los nichos de la cámara funeraria. En este lugar había una columna djed, símbolo de estabilidad, de Anubis, destinado a guiar el alma por las rutas del otro mundo, un Osiris, juez de los muertos y muerto resucitado, y un ser de cabeza humana, sin duda el alma absuelta. Las capillas doradas son matrices de resurrección donde el rey, con la ayuda de los dioses y gracias al conocimiento de los textos mitológicos y rituales, vive en la luz.

Un naos revestido de oro contiene una estatuilla de la pareja real. Su decoración muestra a la reina ofreciendo ungüentos y flores a Tutankamón y poniéndole un collar en el cuello. El joven rey vierte un líquido perfumado en la mano de su amada. En el respaldo del trono real tambien se ensalza la pareja. Una de las escenas de un cofre nos sitúa en un clima paradisíaco donde la reina ofrece ramos de papiros y de lotos a un faraón adolescente. Este tema, tan emotivo, no está elegido al azar. El valor sagrado del amor conyugal, afirmado con tanto ardor por Akenatón, se continúa ensalzando.

En su carro. Tutankamón caza avestruces, hienas e íbices. Como todos los faraones, es cazador y guerrero. Las cotas de mallas, los arcos, las flechas, las armas de tiro, las espadas, los escudos revisten aquí una significación ritual. Cuando el rey tira las flechas contra un ejército enemigo formado por negros y asiáticos, pone fin al desorden y a la discordia. Además, cada pieza del gran carro revestido de oro estaba consagrada a un dios; cuando Tutankamón lo utilizaba para mostrar su porte glorioso, se le comparaba al sol naciente.

En el ángulo sureste de la cámara llamada «del tesoro» se había depositado una especie de cofre. En su interior, un recipiente que tenía forma de Osiris. Se metía en él barro del Nilo sembrado con trigo, obteniendo así lo que se llama un «Osiris vegetando»: tras la germinación, salía el trigo del cuerpo de Osiris, nacía la vida de la muerte. Por esto. no se consideraba la tumba como un lugar siniestro, sino como un lugar mágico donde el ser podía pasar de un mundo a otro sin perder su integridad.

Tutankamón casi no ha dejado huellas en la historia, pero el tesoro de arte, de espiritualidad y de simbología que nos ha legado ha hecho resplandecer la gloria de Egipto por los siglos de los siglos.

16

Seti I, el hombre del dios Seth

Seti I, jefe de los arqueros, visir, luego corregente y. por último, faraón ocupando en solitario el poder, reinó en Egipto de 1304 a 1290. Por su momia, muy bien conservada, se sabe que era un hombre de talla mediana, con rasgos vigorosos y autoritarios, gruesa mandíbula y mentón largo. Poderío, determinación, conciencia de su dignidad se leen en su rostro. Ejerció de muy joven importantes responsabilidades. Le gustaban mucho los caballos; dos de sus preferidos llevaban los nombres de «Amón da la fuerza» y «Amón da la victoria». No hay mejor manera de expresar el estilo del régimen de Seti I.

El padre del rey es Ramsés I (1306-1304), un soldado originario del nordeste del Delta. Subió al trono cuando ya era mayor, tras haber ocupado

puestos de comandante de fortaleza, superintendente de las bocas del río, intendente de los caballos y comandante del ejército real. Muy pronto, asoció su hijo Seti al poder, quien no ocultó su intención de devolver a Egipto su verdadera grandeza.

Por su nombre, el rey rinde homenaje al dios Seth, el señor de la fuerza vital extendida por el cosmos, que una vez controlada transforma al faraón en valiente guerrero. Gracias a la protección de Seth, Seti I se abalanza sobre el adversario como un terrible león. Nadie se le escapa. Arrasa los pueblos rebeldes. Manda representar sobre los muros de los templos inmensas escenas donde aparece sereno, victorioso, símbolo perfecto del orden del mundo, aplastando una caótica lucha con enemigos gesticulantes y desarticulados. No se trata de potenciar la brutalidad por la brutalidad: el rey actúa de esta manera, para aparecer como el protector que vela por Egipto.

A Seti I se le llama también «el que respeta los nacimientos», título que toma de Amenemhet I, fundador de la XII dinastía. Esto prueba que él era consciente de que representaba el primer faraón de un nuevo linaje.

En el interior, Egipto está en calma. La obra de reorganización de Horemheb ha sido excelente. Por esta razón. Seti I cree que es posible aplicar de nuevo una activa política exterior. El hombre de Seth no quie ver de ningún modo cómo el renombre internacional de Egipto se va desmoronando. Dispone de tres ejércitos bien preparados, protegidos por los dioses Amón. Ra y Ptah. señores de las tres grandes ciudades. Tebas. Heliópolis y Menfis. La intendencia está asegurada. Los soldados reciben dos kilos de pan al día y dos trajes de tela al mes. Comen buey, pescado y legumbres.

Los hititas. que Horemheb mantuvo a raya, han tenido que soportar una epidemia de peste en su país y vigilar a sus turbulentos vasallos. Una vez restablecido el orden en su país, vuelven a atacar el imperio egipcio. Dominan e! norte de Siria, fomentan una sublevación de beduinos, que se hacen con varias fortalezas egipcias en la carretera que va de Al Kantara a Gaza. El peligro es grande, porque Egipto se verá seriamente amenazado si las tropas coaligadas de amurritas y árameos reciben más apoyo hitita y unen sus fuerzas a las de los beduinos. No hay tiempo que perder, y es una buena ocasión para demostrar a los asiáticos que el faraón sigue dominando el juego. La intervención del rey es un éxito total. Se retoman las fortalezas y los beduinos son aplastados. Siria del Norte vuelve a la zona de influencia egipcia, así como Palestina. El rey llega hasta el Líbano, cuya madera es necesaria para la construcción de los barcos y de los mástiles colocados ante la fachada de los templos. Seti I anuncia incluso que ha destruido la tierra de Qades (región del Orontes) y el país de Amor. A pesar de la falta de detalles, se supone que se produjo el primer choque directo entre el ejército egipcio y el ejército hitita. batiéndose este último en retirada. La campaña de Seti I —o. muy probablemente, las campañas— se tradujeron por victorias en el lugar de los hechos, pero no en un aniquilamiento del enemigo. A pesar de los esfuerzos del faraón. Siria sigue bajo influencia hitita. Siria constituye un excelente punto de partida para atacar a Egipto. Para Egipto, lo esencial es conservar una zona palestina y el dominio de los puertos fenicios.

Seti I tiene otras preocupaciones. En la frontera oeste, los libios, que se habían mantenido tranquilos durante muchos años, se vuelven a agitar. También en este caso la intervención del ejército egipcio es rápida y eficaz. Los libios comprenden que su poderío militar es insuficiente para invadir Egipto.

El balance militar del reinado de Seti I es de los más positivos, pero el rey se ve obligado a constatar que, en lo sucesivo, los hititas formarán una

nación fuerte, bien armada y de potencial militar considerable. Hasta finales del reinado de Seti. los dos ejércitos están a la defensiva y respetan el statu quo. pero nada se ha solucionado.

Seti I continúa favoreciendo la casta de los militares que. más que nunca, son los garantes de la seguridad para el país. Se ve a Seti en la «ventana de aparición» de su palacio mientras distribuye el oro de la re-

El rostro de la momia de Seti I, el faraón guerrero, constructor del templo de Abydos, de extraordinarios bajorrelieves. Todavía refleja la vida eterna preservada por los ritos funerarios. (*Roger-Viollet.*)

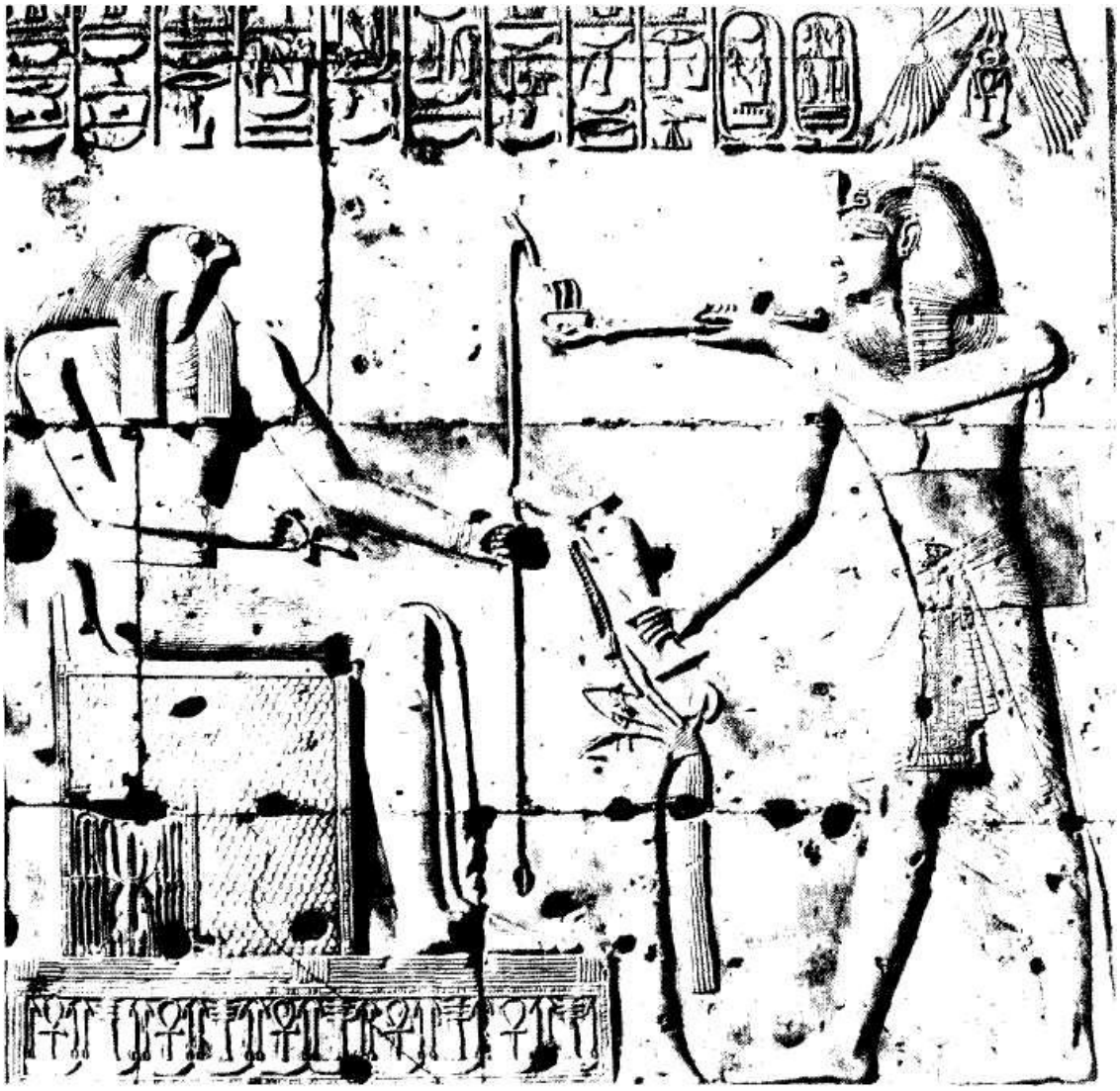
compensa. La obtención del preciado metal no es cosa fácil. Por eso el rey toma medidas especiales para un colectivo que él juzga que están desfavorecidos: los hombres que extraen y lavan el metal precioso en las

minas próximas al mar Rojo. En efecto, realizaban uno de los trabajos más penosos. Recorrían carreteras difíciles y peligrosas en las que corrían el riesgo de morir de sed. El rey acudió personalmente a las minas y constató que hacía falta cavar más pozos. «Dios le guiaba», dice un texto, mientras medita buscando una solución. De repente, tuvo una inspiración divina; el rey anduvo hacia adelante y encontró un pozo. El agua era tan abundante que se habría dicho que procedía de la caverna de Elefantina, donde brotaba el Nilo.

A Seti I se le debe la tumba más grande y más bella del Valle de los Reyes. Desde la entrada se hunde profundamente en la tierra. Un falso itinerario se acaba en un pozo, y la entrada verdadera de la tumba estaba oculta. Hay que pasar por diversos pasillos y habitaciones antes de llegar al corazón del monumento, una sala muy grande detrás de la cual se sitúa el panteón propiamente dicho, que alberga el sarcófago. Parece ser que los arquitectos tenían la intención de continuar cavando la tierra, porque hay un pasillo inacabado que parte de esta última pieza. Los muros están cubiertos de textos de los libros funerarios reales. Pero hay que señalar también la presencia del ritual de la apertura de la boca y del relato mitológico sobre la vaca del cielo. El cuadrúpedo figura en un techo: debajo de su vientre se despliega el cielo estrellado y navegan las dos barcas solares.

No contento con hacer trabajar a sus arquitectos en la gran sala hipóstila de Karnak, empezar unas obras en Heliópolis y construir un templo funerario que acabará Ramsés II. Seti I ordenó la construcción del gran templo de Abydos cuyos relieves son, sin lugar a dudas, los más hermosos del arte egipcio. Abydos es una ciudad muy antigua. En ella fueron enterrados los reyes de las dos primeras dinastías. Durante el Imperio Medio conoció una gran expansión, cuando el culto osirio se convirtió en el más popular. Osiris, señor de Abydos. permite a sus fieles depositar sus

estelas funerarias en sus procesiones. Con este acto, participan en su inmortalidad. La peregrinación a Abydos es un tema



Templo de Abydos: ofrenda del faraón al dios Sokaris. El rey mantiene el mundo en armonía mientras ejerce el culto. (*Roger-Viollet.*)

representado frecuentemente en las escenas de las tumbas. Por esta razón, la ciudad se presenta como un centro teológico de suma importancia, aunque su papel económico fuera muy escaso.

Nadie había emprendido nunca obras de este tipo en Abydos. Seti. el hombre del dios Seth. tenía la obligación de venerar especialmente a Osiris. Este dios había sido asesinado y despedazado por su hermano Seth. Por esto, el faraón, aun adquiriendo el poder setiano. debía mostrar su lealtad hacia Osiris, el dios de los muertos, el jefe del tribunal que permitía a los justos acceder al paraíso.

El templo construido por Seti I está concebido como un santuario nacional donde se veneran la tríada local (Osiris, su mujer Isis y su hijo Horus), los dioses Amón de Tebas, Ptah de Menfis y Ra-Harakhty de Heliópolis, así como Seti divinizado. Por lo tanto, en cierto modo el templo es una síntesis de todos los cultos de Egipto. Un santuario excepcional exige un plan excepcional: siete puertas de entrada , siete tramos, siete

santuarios para venerar a las divinidades que hemos citado anteriormente. Los grandes pilónos y los patios que preceden al templo están en ruinas: solamente se conserva la parte principal. Las siete capillas están decoradas con admirables escenas rituales, entre las cuales está la coronación de Seti I. Ramsés II. que se hizo representar como sacerdote rindiendo culto a su padre, afirma que es él quien ha terminado el gran templo de Abydos, En el ala sur del edificio, se descubre una de las «tablas de Abydos»: Seti I ofrenda incienso a setenta y seis faraones designados por su cartucho.

Al lado del gran templo se alza el monumento más enigmático del país. Se le llama «el cenotafio». Está construido en el eje del edificio principal. Los arquitectos utilizaron granito rosa, piedra caliza blanca y gres rojo. Un largo pasillo, que atraviesa dos vestíbulos, conduce a una sala donde se reconoce una isla rodeada de un canal. Se trata de una encarnación en piedra de la colina primordial surgida de las aguas en el alba de la creación. El maestro de obras ha hecho presente y tangible, mediante la arquitectura, el mito fundamental sobre el origen de la vida en la Tierra.

El clero de Abydos goza de la generosidad real. Los sacerdotes quedaron exentos de impuestos y tasas, y la construcción religiosa de Seti I gozó de una inmunidad fiscal. Política peligrosa, en definitiva, ya que tiende a formar un pequeño Estado, y que conducirá a todos los administradores de templos a reclamar los mismos privilegios.

El reinado de Seíi I es característico de la monarquía egipcia, en el sentido que este faraón de temperamento guerrero es también un hombre profundamente religioso. Su devoción hacia Seth. dios de la tempestad, de la tormenta, de la fuerza, no le impidió ejecutar los relieves rituales más conseguidos del arte egipcio.

17

Ramsés II y la exaltación del poder

Ramsés II reinó en Egipto durante sesenta y seis años, de 1290 a 1224. Se le califica de «glorioso sol de Egipto», de «montaña de oro», de «imagen perfecta de Ra», de «sol de todos los países». Quien ha visto el rostro de la momia de Ramsés II. muerto a los noventa años, no lo olvidará nunca. Aparentemente muerto, el faraón más famoso de la historia egipcia permanece firme, omnipresente. La nariz es aguileña, la mandíbula fuerte, los labios carnosos. La firmeza de sus rasgos no le resta delicadeza. Las manos son hermosas, de uñas cuidadas. Hombre de acción y hombre de cultura: así aparece el gran Ramsés. La momia se salvó del saqueo gracias a los sacerdotes de Amón, en la XXI dinastía. Se volvió a enterrar después de practicar de nuevo los ritos de resurrección. Unos textos precisan que los restos de Ramsés II fueron guardados en la tumba de su padre. Seti I. antes de ser transportados a un panteón de Dayr al-Bahari donde se encontró. Además, el transporte fue objeto de un proceso verbal, del que se precisan los títulos y nombres de los funcionarios responsables.

Ramsés II es hijo de Seti I y de la dama Tuy. a quien se rindió culto; era altiva, majestuosa y bastante hermosa. El joven rey fue educado en el respeto de la grandeza de su país. El clima era propicio: Seti restauró el prestigio de las Dos Tierras y educó a su hijo en este ideal. El joven Ramsés

tiene una férrea voluntad. Es dominador. En casi todos los sitios que se pueden visitar actualmente. Ramsés dejó alguna huella a su paso. A los ojos de los egipcios que vivieron a finales de la civilización faraónica era el dueño del mundo, y se decía de él que hacía vivir o morir a quien quería. Sus nombres tenían un poder mágico. Varios siglos después de su muerte, los seguían grabando en escarabajos, incluso en el extranjero. Ramsés II aprovecha todas las ocasiones para hacer saber a su pueblo que él es un benefactor. Se ha podido constatar que se había impuesto psicológicamente, que había llegado a ser el alma viva del Estado. Hay textos y monumentos que resaltan sus hazañas, probando hasta qué punto era indispensable. Los colosos simbólicos de Ramsés. en Abu Simbel, lo muestran con su estatura heroica y divina, la que le conviene.

Ramsés es un elegido del Sol. pero también es hijo de Ptah. La teología real hará de él un dios sobre la Tierra.

Seti I comprendió el carácter de su hijo. Su ambición no le desagradaba. Por esta razón, le asoció al trono. «Coronadle rey —ordenó Seti— para que yo pueda ver su perfección en vida.» Cuando tenía diez años, Ramsés, cuya fuerza física parece haber sido excepcional, dirigía una escuadra de militares. Probablemente, su padre le llevó con él en una campaña contra los libios. Curtido rápidamente en las duras realidades de su época, excelente conductor de carro, fue nombrado capitán de infantería. La progresión fue tan evidente que su subida al poder no planteó ningún problema.

Ramsés II hizo enterrar a su padre en el Valle de los Reyes. Tenía entonces unos veinte años. Después de haber pasado por Karnak, donde se celebraba la fiesta de Opet. fue a Abydos y dio órdenes para que se acabara el templo empezado por Seti I. Puso la primera piedra de su propio templo e hizo grabar una inscripción en memoria de su padre, dando fe de su profundo espíritu filial. Se dirigió en seguida a su capital del Delta.

He aquí a un faraón que se considera el defensor de Egipto, el halcón de oro que ofrece su sombra protectora al extender las alas a los hombres, instalado en su palacio. Cuando nació, los dioses gritaron de alegría. Inspira terror a los pueblos extranjeros, su nombre circula por el universo. Tiene la fuerza del fuego. Se le compara a un chacal que corre velozmente, recorriendo toda la Tierra en un instante, a un león con garras y de terribles rugidos. Es verdad que se trata de epítetos tradicionales, pero que en su caso adquieren un relieve especial. Además, parece ser que Ramsés II poseía un león domesticado que llevaba a la guerra. Por la noche, el felino se acostaba delante de la tienda de su dueño, impidiendo que cualquier persona se acercara. Si algo hubiera de leyenda, corresponde muy bien al poder del rey. que sabía domar a las fuerzas más salvajes de la naturaleza.

Tal y como señalan los textos del obelisco de Luxor. Ramsés le había pedido a su padre Amón que el universo entero se sometiera a él. Ramsés era dueño de todo lo que rodeaba al Sol. y estaba dispuesto a conquistar los países extranjeros, de pie en su carro: cada una de las piezas de este carro estaba habitada por un rey. Los Nueve Arcos, es decir, todo el país, se encuentran en sus sandalias; los enemigos son vencidos. atados, desarmados.

Éste es el ambicioso programa de Ramsés II. ¿Cuál fue la realidad histórica? El rey empezó por reforzar su poder militar. A los tres ejércitos existentes, los de Amón. Ra y Ptah, añadió un cuarto ejército, situado bajo la protección del dios Seth. Utilizó los servicios de muchos extranjeros, sáldanos, libios, nubios. amurritas. prisioneros de guerra reconvertidos o bien hijos suyos nacidos en Egipto.

Una estela encontrada en Asuán. que data del segundo año del reinado, anuncia perentoriamente que Ramsés II ha vencido a los nubios,

libios e hititas. Nada más fácil que Nubia; el nubio vencido, aplastado, sometido, se ha convertido en un tema literario caracteristico de la retórica real. Una pintura del templo de Beit al-Uali nos p resenta una escena en que los nubios aportan sus tributos al faraón: oro. colmillos de elefante, abanicos, pieles, escudos, bebidas y alimentos de todo tipo, animales vivos. Ramsés II mantiene con firmeza el dominio egipcio sobre Nubia. Necesita el oro de sus minas y no soportaría el menor problema.

El enfrentamiento con los libios tiene bases más realistas. Siguiendo una antigua costumbre, quizá intentaron algunas correrías durante el cambio de faraón, esperando que el nuevo monarca sería más débil que el antiguo. Ramsés tuvo que rechazar un modesto intento de invasión de piratas llamados sardanos. cuyo nombre dio lugar más tarde a Cerde-ña. Se les ve aparecer en la corte del faraón y en su ejército, donde combatirán contra los hititas. Un siglo más tarde estarán integrados en la sociedad egipcia, como hicieron muchos prisioneros de guerra, tras haber recibido tierras para recompensar su valentía en el combate.

El problema es de orden diferente en lo que se refiere a los hititas. Ramsés II se opone a un rey. Muwatalli, tan intrépido como él. Los dos ejércitos se sienten tan fuertes el uno como el otro. El punto de discordia es la parte norte de Siria, que egipcios e hititas quieren conservar en su área de influencia. En el año 4 de su reinado, Ramsés emprende una campaña de exploración para probar las reacciones hititas. Conduce sus tropas a lo largo de la costa palestina y llega hasta el río del Perro, no lejos de Beirut, donde hace erigir una estela orientada hacia el mar cuyo texto es hoy día ilegible. Se asegura de que la región es un buen punto de partida para emprender la guerra contra los hititas. Toma por asalto fotalezas asirías y palestinas controladas por sus enemigos. Los soldados egipcios rompen las puertas a hachazos, colocan escaleras, escalan las murallas. Con escudos en la espalda para protegerse de las piedras y flechas que les arrojan, y armados con sus puñales, dan fe de una gran valentía.

Los hititas no se quedan con los brazos cruzados. Comprenden que se acerca el momento del gran enfrentamiento que preparaban desde hacía años. El rey de Egipto está solo. Ellos han formado una potente coalición de la que forman parte más de veinte pueblos. Todo está a su favor para conseguir la victoria.

En la primavera del quinto año de su reinado, Ramsés II conduce su ejército hacia Asia. Todas las fuerzas egipcias están involucradas. Una batalla decisiva contra los hititas parece inevitable. El ejército atraviesa la frontera de Egipto en Sile. pasa por el norte de Siria y. un mes más tarde, llega a las cimas que dominan la plaza fuerte de Qades, la actual Tell Nebi. cerca del Orontes. Parece ser que Qades había sido sitiada por Seti I. pero los hititas la habían vuelto a tomar.

Ramsés ocupa una posición estratégica, pero sabe que pronto deberá enfrentarse con una formidable coalición formada pacientemente por los hititas, y que le supera ampliamente en número. Muwatalli ha reunido a todos sus vasallos y aliados; incluso se ha llevado su tesoro, con un considerable volumen de piedras preciosas. En Qades está en juego el equilibrio del mundo antiguo.

Un incidente parece dar un giro decisivo a favor del faraón: dos beduinos son conducidos ante él. Declaran que han abandonado a los hititas tras haber estado a su servicio, y se convierten en fieles servidores del rey de Egipto, dándole una información útil a su causa: los hititas todavía están lejos de Qades. El ejército egipcio puede avanzar sin temor y hacerse con la ciudadela fácilmente.

Ramsés II está convencido de que ha impresionado suficientemente a los hititas como para hacerles retroceder. Desgraciadamente, los beduinos

eran espías que practicaban lo que los servicios de espionaje calificarían hoy día como «desinformación» o «intoxicación». Tal y como escribe sir Alan Gardiner, no exento de humor, «es evidente que algo no marchaba bien en el Servicio de Inteligencia egipcio». En realidad, las fuerzas prohititas están cerca, escondidas al este de Qades.

Aunque los espías hititas fueron desenmascarados, como algunos piensan, ya era demasiado tarde. Confiado, Ramsés II ha marchado hacia Qades al frente del ejército de Amón únicamente, mientras que los de Ra, Ptah y Seth todavía están lejos. Ramsés iba acompañado por su guardia personal, los sardanos, fácilmente reconocibles por sus cascos con una bola en la punta. El rey se encuentra dentro de su campo rectangular, rodeado por escudos. La tienda en que se aloja lleva su cartucho. El soberano está protegido por su león familiar, que lleva el nombre de «exterminador de los enemigos». En el campo cada uno se dedica a sus ocupaciones; se preparan las armas, se preparan los carros.

De repente, se produce el ataque sorpresa de los hititas. A los egipcios les coge desprevenidos. La estupefacción del rey es total cuando el ejército enemigo le rodea y le separa de sus soldados que huyen. El pánico perturba el ejército de Amón. Sus soldados de infantería son dispersados rápidamente, incapaces de resistir el azote que cae sobre ellos. A Ramsés II le ha dado tiempo de ponerse su coraza, coger su arco y saltar sobre su caballo, llamado «Victoria en Tebas». Está listo para combatir.

Se produce entonces el momento fundamental de la batalla. El faraón Ramsés II está solo, en su carro, frente a muchos hombres y caballos. Dos mil quinientos carros de guerra le rodean. Está condenado a muerte. El rey no entiende nada. Siente un intenso dolor. A su lado, no hay ningún oficial, ningún soldado; le han abandonado, dejándole en la situación más desastrosa que pueda existir. ¿Dónde está su padre. Amón? A las puertas de la muerte. Ramsés II reza. No se trata de una súplica, de una oración desesperada, sino de un grito de protesta. Siente una gran indignación. «Amón, padre mío —exclama—, ¿por qué el padre ha abandonado a su hijo? ¿Acaso he actuado sin tu inspiración, he desobedecido alguna de tus órdenes? Te invoco, padre mío, ahora que estoy en medio de una multitud hostil. Todos los países extranjeros se han coaligado contra mí, y estoy absolutamente solo, sin nadie a mi lado. Todos mis soldados de infantería me han abandonado, ningún miembro de mi cuerpo de carros me ayuda. Les he llamado, nadie me ha oído. ¡He comprendido, sin embargo, que Amón era preferible a un millar de soldados!»

Esta toma de conciencia de la importancia de la divinidad hace de Qades la batalla mística más grande de la historia. El dios Amón oye la plegaria de su hijo. Es verdad: Ramsés no le ha traicionado nunca. Hace bien en acudir a él. También es verdad que la fuerza divina que Amón concede vale más que un ejército entero. De repente, Ramsés se levanta. Ya no es un rey vencido, sino un guerrero invencible. Un furor sagrado le anima: parece como si fuera el dios de la guerra. Montu. Tiene la fuerza de Seth. «el de gran fuerza», avanza en las filas, enemigas, mata, masacra, se abre camino, lanzando a sus enemigos de cabeza a las aguas del Orontes.

Los historiadores rechazan la leyenda porque no creen en los dioses de Egipto. Quizá se equivocan. Quizá Amón, como se cuenta en el Poema de Qades. grabado en los muros de los templos de Karnak, Luxor, Abydos. Abu Simbel. y también en los muros del templo funerario de Ramsés II. el Ramesseum. intervino realmente. ¿Por qué poner en duda la fe del faraón y sus capacidades excepcionales de jefe de guerra?

Si adoptamos una postura más racional, más acorde a las costumbres de la crítica histórica, supondremos que Ramsés II previno a su visir antes de ser rodeado y que llegaron refuerzos a tiempo para ayudarle.

Pero sigue habiendo un misterio con Qades. El faraón proclama haber obtenido una formidable victoria pero, en realidad, parece ser que el enfrentamiento egipcio-hitita no salió bien y ninguno de los dos ejércitos venció.

El resultado positivo para los egipcios fue que se detuvo el avance hitita. Muwatalli se da cuenta de que la coalición, que no fue nada fácil de formar, no le ha procurado los resultados esperados. Más vale fomentar revueltas locales, que debilitarán poco a poco la influencia egipcia, que arriesgarse de nuevo a un conflicto global. El soberano hitita no descansa.

Nada más volver a Egipto Ramsés II. estalla una sedición en Palestina. El faraón se ve obligado a volver al combate. Las fortalezas palestinas caen de nuevo en sus manos. Canaán. ciudades del Líbano, e incluso localidades hititas. sucumben a los ataques del rey de Egipto. Desgraciadamente, sigue siendo difícil dar detalles acerca de estos combates y apreciar su alcance real.

Los textos egipcios no se preocupan por la historicidad. Ensalzan la valentía del rey. su omnipotencia, pero pesa un silencio casi total en lo que se refiere a fechas y precisiones materiales.

En 1278 a. de J.C.. Ramsés II y el rey hitita llegan a la misma conclusión. El conflicto se eterniza y no beneficia a ninguno de los dos bandos. En semejantes condiciones, ¿por qué no buscar la paz? Un elemento nuevo ha hecho evolucionar la situación en este sentido: el aumento del poder asirio. Los hititas están inquietos. Conocen bien a los egipcios, su civilización, pero temen a los asirios. cuyo gusto por la guerra parece ser muy pronunciado. Es mejor buscar el apoyo de un aliado tan poderoso como Ramsés II.

El rey de Egipto da su acuerdo. La paz se firma en Pi Ramsés. el día veintiuno del mes de Tybi, en el veintiún año del reinado, poniendo término a una larga enemistad entre ambos pueblos. El texto del tratado está redactado en egipcio y en hitita. Se intercambian copias; unas versiones son grabadas en los muros de Karnak y del Ramesseum. En la mesa negociadora, valga la expresión, se sientan los representantes de Ramsés II y de Hattusil. Muwatalli había muerto, lo que explica también la voluntad conciliadora de los hititas. Según está escrito en una tableta de plata oficial, se trata de un «buen tratado de paz y de fraternidad». Para nuestras mentalidades, el contenido de ese documento fundamental es bastante sorprendente. En él se elogia a los dos reyes, a sus antepasados, se recuerdan las antiguas relaciones amistosas o de enemistad, se invoca a los dioses a quienes se pone por testigo. Los soberanos quieren que todo se haga mejor que nunca. Ninguna enemistad volverá a separar nunca más a los pueblos. Los hijos de los reyes respetarán esta alianza.

Todo se basa en un valor fundamental de estas civilizaciones, que hoy se ignora en política: el respeto a la palabra dada. Además, el curso de los acontecimientos prueba que el tratado fue respetado. La cláusula principal es la no agresión y una alianza defensiva automática en caso de agresión exterior. «El gran jefe del país de Hati no penetrará nunca en Egipto para saquear y el rey de Egipto hará lo mismo. Si un enemigo ataca, sea a uno u otro, ambos dirán: acude en mi ayuda contra él.» Las fronteras no se fijan con exactitud, pero se respeta el statu quo territorial. También se procederá a la extradición de refugiados políticos, pero no serán tratados como criminales.

El tratado se pone bajo la protección de los poderes celestes y de mil divinidades egipcias e hititas. Si uno de los dos reyes traicionara una de las cláusulas del tratado, los dioses destruirían su casa, su tierra y sus criados. Por parte egipcia, es Seth quien autentifica el acuerdo. En una de las tabletas, se ve al poderoso dios egipcio abrazar al soberano hitita.

Tras este tratado capital, las relaciones con los hititas funcionan bien.

Las buenas relaciones entre los dos pueblos duraron cuarenta y seis años. Los dioses, las ideas, las artes viajan entre Egipto y Asía. Se intercambia correspondencia para felicitarse por la paz. Ramsés envía a un médico fisioterapeuta a la corte hitita y una estatua curadora.

Para que desaparezca toda huella de desconfianza entre egipcios e hititas, el rey hitita ofrece en matrimonio a una de sus hijas a Ramsés II. «Así pues —dice a su ejército y a sus jefes—, despojémonos de todos nuestros bienes, el primero de todos mi hija mayor, y llevemos nuestros presentes de honor al dios perfecto (el faraón) para que él nos conceda la paz y la vida. Entonces hizo conducir ante él a su hija mayor acompañada de valiosos tributos: oro, plata, numerosos artículos curiosos e importantes, innumerables caballos, bueyes, cabras, miríadas de corderos, absolutamente todos los productos de su país» (traducción de C. Kuentz). Llega el momento de partir hacia Egipto. Las condiciones climáticas son muy malas; nieva, llueve, hace frío. El viaje es difícil; hay que atravesar zonas montañosas y desfiladeros angostos. Ramsés II teme ese tiempo desagradable para su prometida. Por esta razón, invoca al dios Seth. señor de la tormenta y de las tempestades; Seth escucha la plegaria del rey y durante algunos días vuelve a ser verano.

Cuando las delegaciones hitita y egipcia se encuentran, los soldados forman un solo corazón: se convierten en hermanos, comen y beben juntos. Cuando llegan a Pi Ramsés, se conduce a la princesa ante Ramsés: «Su Majestad vio que su rostro era hermoso... Resultó agradable al corazón de Su Majestad, quien la amó más que a nada en el mundo». A este feliz evento se le dio una gran publicidad, ya que fue relatado en la estela del matrimonio, de la que se conocen versiones en Karnak. Elefantina. Abu Simbel. Amara y en otros lugares.

Después de esta boda que consolidaba la paz. Ramsés comenzó a celebrar sus fiestas jubilares, organizadas por su hijo Jaemuese. sabio mago. Ramsés es decididamente un rey fuera de lo común. Durante su primera fiesta jubilar, Egipto gozó de una crecida excepcional, muy favorable para la agricultura. Así pues, hasta la naturaleza canta la gloria del gran Ramsés.

Del año 10 al año 18. los soldados de Ramsés II libraron combates en el país de Moab y en Nejeb contra los príncipes locales. Algunos de los hebreos prisioneros de guerra trabajaron en los viñedos, otros fabricaron ladrillos. Explotaban también minas de cobre en el norte de Ei-lath y vendían su producción. Algunos piensan que el éxodo se produjo bajo el reinado de Ramsés II. si bien la teoría que se suele admitir normalmente lo sitúa en el reinado de Menefta (1224-1204). De todos modos, aunque el acontecimiento sea importante en la Biblia, no significó nada para los egipcios. Para los egipcios, los judíos del éxodo son simplemente un grupo de beduinos insumisos que abandonan el país. Nada sorprendente ni digno de mención. Palestina sigue siendo un país difícil de controlar.

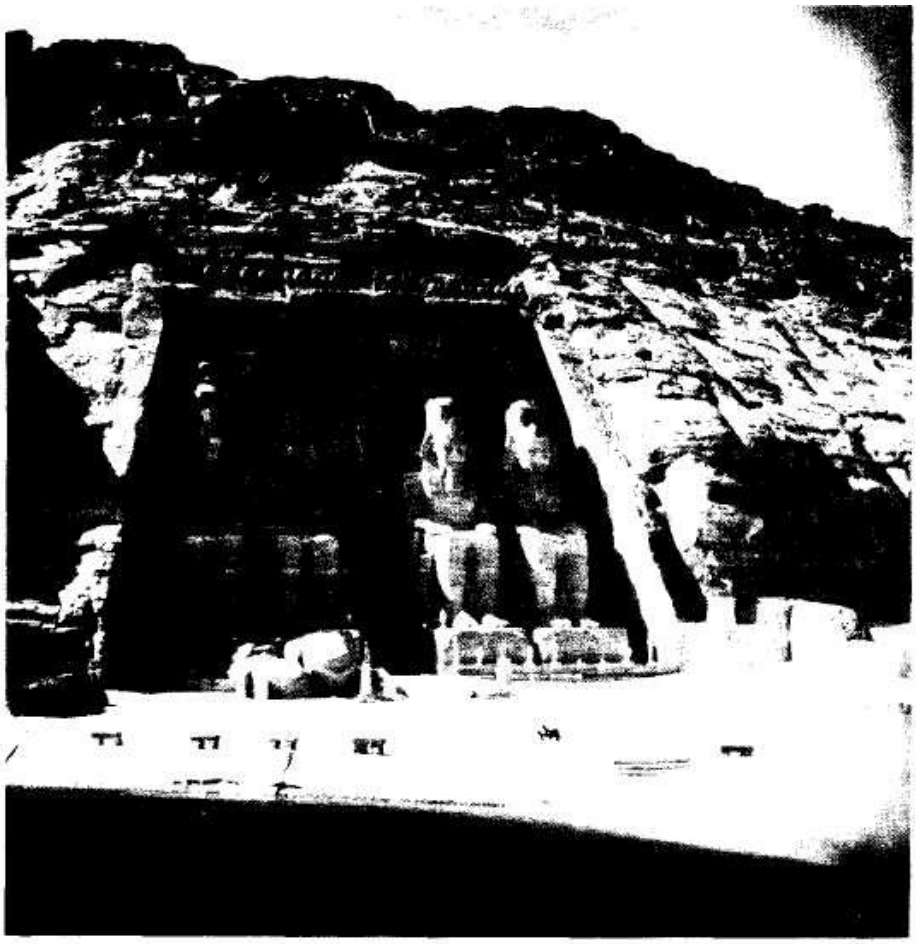
Con el tratado de paz con los hititas. llega el momento de la paz para Ramsés II; se trata de un imperio que va del «ángulo de la tierra», en el sur, hasta las «zonas pantanosas de Horus», en el norte. El rey llevaba un anillo al que daba mucho valor; en el engaste se había grabado la imagen de unos caballos tirando el carro en que había cargado a sus enemigos en la batalla de Qades. Pero el estruendo de la guerra está lejos. Nadie posee los medios para enfrentarse a una coalición egipcio-hitita. El rey mantiene una actitud prudente, a pesar de todo. Hace reparar las fortalezas del Imperio Medio y consolida la frontera del nordeste. Regularmente se efectúan visitas de inspección en las franjas del oeste y en las del este. En esas regiones se controla a los viajeros. El noroeste del Delta está perfectamente protegido de las correrías libias por una serie de fortines.

Muchos extranjeros trabajan en Egipto, sobre todo en obras públicas

y en las canteras, pero también trabajan de obreros agrícolas, de militares, de criados en las grandes propiedades. El movimiento de inmigración se amplia en el reinado de Ramsés II. En esta época, Egipto es un país comerciante. Comerciantes asiáticos, egeos, chipriotas, fenicios viajan mucho de ciudad en ciudad. La sociedad egipcia, influida por el mercantilismo reinante, pierde poco a poco su pureza de antaño. Hay un gusto por el lujo, los vestidos complicados, las pelucas complejas, la última moda, los banquetes en que la gente se exhibe. Si bien aumentan las tendencias materialistas, los viejos valores que conformaron Egipto no desaparecen. El amor por la familia sigue tan vivo como siempre, las relaciones afectivas entre padres e hijos siguen estando marcadas por el respeto. Se considera que una vida conyugal armoniosa es indispensable para el equilibrio del hombre y de la mujer; ésta se beneficia de la igualdad de derechos con su consorte. En la vida corriente se preconiza la prudencia, la dignidad consigo mismo, la educación, el respeto al prójimo. El hombre que no es codicioso espera alcanzar una vejez feliz, en plenitud de condiciones. Vestido con fino lino, navegará aún en su barco de cedro por el Nilo, beberá vino y cerveza, se alimentará con carne y pasteles, saboreará deliciosas uvas, se perfumará el cuerpo..., pero no olvidará preparar su vida eterna porque, cuando Dios lo quiera, le hará comparecer ante el tribunal de los dioses y le hará justificar sus hechos terrenales.

Ramsés, por su parte, es el símbolo de una inagotable vitalidad. Estuvo casado con cuatro reinas y tuvo numerosas esposas secundarias. Si nos fiamos de una imagen del templo nubio de Uadi es-Sebua. el gran Ramsés habría tenido ciento once hijos varones y cincuenta y una hijas.

Entre las grandes esposas reales, la más famosa es sin lugar dudas a la reina Nefertari, que Ramsés amó más que a las otras. A ella le dedica el pequeño templo de Abu Simbel. como «Nefertari. para quien se levanta el



El gran templo de Abu Simbel. en Nubia. la expresion más perfecta del arte monumental ramésida y de su gusto por lo gigantesco. Ramsés III lo erigió para su reina. la hermosa Nefertiti. (*Roger-Viollet.*)

Sol».1 Esta gran mujer, dueña del Alto y del Bajo Egipto que ejercería su soberanía sobre los países extranjeros, murió hacia el año 30 del reinado. Su tumba, cavada en el Valle de las Reinas, es una verdadera obra maestra en su concepción y en su ejecución. Una escalera conduce a una sala hipóstila, luego se toma una segunda escalera que desemboca en la sala del sarcófago de cuatro pilares. Se ve allí a la reina jugando al senet. el antepasado de nuestro juego de damas, con el invisible; se está jugando el destino de su alma. Divinidades como Neith. patrona de los tejidos, Serket, la diosa escorpión, Isis y su hijo Horus acuden en su ayuda para progresar en los caminos del Más Allá. La reina es esplendorosa mente bella: va maquillada,

lleva un amplio vestido de lino blanco. Su peinado se compone de piel de la diosa buitre, con dos grandes plumas en lo alto. Nefertari es presentada a varias divinidades que participan en el proceso de resurrección. Manifiesta sus conocimientos artesanales ofreciendo cuatro telas a Ptah: obtiene la paleta del escriba en presencia de Thot quien reconoce de este modo su sabiduría.

En la sala de pilares. Nefertari recibe el signo de la vida de la mano de Isis, luego es acogida por Hator. señora del cielo. Cuando acaba el recorrido, la reina ya está divinizada. Ahora es ella quien tiene en su mano el signo de la vida. La misma conclusión feliz figura en su templo de Abu Simbel donde el color amarillo da a las escenas un carácter irreal.

Algunos hijos de Ramsés II fueron personajes de primer plano que ocuparon funciones de suma importancia. Según reza la lista del Rameseum. su trigésimo hijo. Menefta. le sucedió en el trono. Pero el hijo más original es Jaemuese. un erudito apasionado por la arqueología. Se ocupó de restaurar varios edificios antiguos según documentos de archivos que él consultaba en las bibliotecas de los templos. Por ejemplo, se sabe que restableció el nombre de Unas en su pirámide e hizo consolidar la mastaba Faraun. Jacmucsc estaba fascinado por la necrópolis menfita donde él podía estudiar las fuentes de la religión egipcia. Fue nombrado sumo sacerdote de Ptah en Menfis. y era considerado como el mayor ritualista del país; por esta razón, se le encargó la organización de las fiestas del sed celebradas en honor de su padre.

La corte real cuenta con grandes administradores. Quizá el más influyente fue Pasar, cuya carrera había empezado con Seti 1. Fue él quien puso las insignias reales a Ramsés II durante la coronación. Sin embargo, procedía de una familia modesta, pero llegó a ser. a finales de su vida, sumo sacerdote de Amón, tras haber desempeñado un papel importante en la negociación del tratado de paz con los hititas. En Pi Ramsés, vivía en una suntuosa mansión.

Como visir del Alto Egipto, tuvo que ocuparse de la administración de la región tebana y veló por la reparación de la tumba real. Es el prototipo de una gran carrera compartida entre los deberes civiles y religiosos.

Tebas, la Heliópolis del sur. el ojo derecho del dios Ra. vive en la opulencia. Pero Ramsés II continúa desconfiando del clero tebano. Poco después de su coronación nombra sumo sacerdote de Amón a un tal Nebunenef. ex sumo sacerdote del dios Onuris en Tis (Abvdos) y de la diosa Hator en Dandara. Se trata de un hombre de provincias que no forma parte de la alta sociedad tebana. Ramsés II se preocupa en todo momento, excepto a finales de su reinado, de poner a un nombre de confianza en Karnak. Además, nombra sumos sacerdotes de Ptah. en Menfis. y de Ra. en Heliópolis, a dos de sus hijos. Por último, el dios adorado en la nueva capital. Pi Ramsés. no es Amón sino Seth. La religión de Ramsés II incluso acoge sin problemas a las divinidades asiáticas, que son adoradas en

Egipto.

Ramsés II desarrolla una hábil política religiosa, que está ligada a su amor por el Delta; allí había nacido, allí había situado su capital. Pi Ramsés. Las fachadas de las ricas mansiones estaban adornadas con tejas barnizadas de azul, que irradiaban, bajo los rayos del sol. una extraordinaria luminosidad. Se hubiera jurado que se trataba de una ciudad de turquesa. «¡Qué feliz el día de tu vida —dice un texto—. qué dulce tu voz cuando ordenas construir Pi Ramsés!» La naturaleza había sido domesticada con arte, el agua era abundante, el palacio real era magnífico. Pi Ramsés. la moderna Tellal-Daba se parecía a Heliópolis, era tan duradera como Menfis y estaba construida con los planos de Tebas. Reunía, pues, las cualidades de las tres ciudades más importantes.

La capital de Ramsés II ocupaba una superficie de unos 3 km2, y estaba situada en un lugar estratégico, ya que vigilaba un brazo del Nilo que dominaba una carretera que iba hacia Asia. Constituía una especie de punto de unión entre el mundo egipcio y el mundo asiático, que permitía tomar, permanentemente, el pulso a la vida internacional. Varias guarniciones permanecían en la ciudad, que estaba provista de importantes arsenales. Los miembros de la caballería recibían allí la instrucción, así como los cuerpos de arqueros y la infantería. Se efectuaban muchos entrenamientos y paradas militares.

Pero Pi Ramsés era también una ciudad religiosa, que poseía un templo en cada punto cardinal: el de Amón en el oeste, el de Seth en el sur. el de Uadjet en el norte, y el de Astarté, diosa siria, en el este. En este panteón oficial existe una presencia asiática importante.

Ramsés II pasó días felices en su palacio de Pi Ramsés. Apreciaba la belleza de sus jardines, saboreaba con placer las granadas y las manzanas de sus huertos, y bebía con deleite los vinos de sus famosos viñedos. No cabe duda de que también le gustaba la mezcolanza de población que animaba las calles. Era imposible tener una idea precisa de las modificaciones — esenciales para el futuro de Egipto— que se producían en Siria. Palestina y Mesopotamia desde Tebas; sin embargo, la capital del Delta era una atalaya ideal, además de los encantos que poseía.

Parece ser que solamente a partir de la XVIII dinastía los faraones empezaron a revalorizar sistemáticamente el Delta; algunas de sus zonas continuaban siendo terrenos pantanosos. En el Delta central se creó el decimoséptimo nomo del Bajo Egipto, que comprendía tierras ganadas a la vegetación salvaje y acuática. Si bien la franja del Delta, habitada desde hacía mucho tiempo, sigue siendo su parte más civilizada, progresivamente se instalan colonos en su parte central. Ramsés II y sus sucesores, originarios de la región, estarán vinculados de un modo especial a este tipo de progreso.

Ramsés II fue un gran hombre de Estado. Supo manejar a la perfección los diferentes componentes de la política egipcia, sin desfavorecer a nadie y presentándose siempre como el arbitro supremo. El Egipto de Ramsés es un mundo nuevo donde la influencia asiática es importante. La lengua cambia; se introducen muchas palabras extranjeras. Los escribas parecen ser cada vez más numerosos, pero el nivel cultural general se debilita. Se poseen copias de textos tradicionales llenos de faltas, como si algunos escribas no comprendieran muy bien lo que redactaban. Las tumbas tebanas son menos bellas y menos refinadas que las de la XVIII dinastía. Sin embargo, algunos historiadores del arte se oponen a esta visión de la realidad artística de la época de Ramsés II. Dicen que de las épocas anteriores solamente hay testimonios excepcionales; en cambio, al conservarse muchas obras de la época de Ramsés. se ofrece lo bueno y lo malo.

Ramsés Íl es el faraón que ha dejado más monumentos. Llevó a cabo

una triple política: en primer lugar, apropiarse de las obras antiguas, de las que se consideraba su creador; después, acabar edificios que se estaban construyendo como la gigantesca sala hipóstila de Karnak; por último, iniciar obras nuevas para alzar conjuntos arquitectónicos tan importantes como su templo funerario tebano, el Ramesseum, o el célebre templo nubio de Abu Simbel, sin hablar de construcciones en Abydos, en Menfis. en Tanis y en su capital del Delta, Pi Ramsés.

El reinado del gran Ramsés fue largo, pero hay que pensar que Egipto disponía de riquezas notables en hombres y en materiales para llevar a buen término un programa de tal amplitud. A Ramsés II le gusta hacerse representar; hay muchas estatuas de él. colosos y obras más pequeñas. La estatua que se conserva en el museo de Turín es una obra maestra de una pureza total donde se puede ver a un rey sonriente, sereno, refinado, ataviado con la corona azul y con el cetro heka.

Los famosos colosos de Ramsés II no obedecen solamente al amor por lo gigantesco, encarnan la divinidad de Ramsés. no del individuo temporal sino del principio monárquico. Ramsés II hombre rinde culto a Ramsés dios. Estos colosos tenían también un papel económico, sobre todo en las colonias militares donde los soldados gozaban de donaciones de tierras que se hacían en honor de esas estatuas gigantes.

La mayor estatua monolita conocida fue tallada en granito y construida en el Ramasseum. Desgraciadamente, se desplomó, privándonos de un espectáculo que había emocionado a sus visitantes, entre ellos el poeta inglés Shelley. Shelley estaba convencido de que se grabaron en el zócalo del gigante abatido las siguientes palabras: «Mi nombre es Ozy-mandias. rey de reyes: ¡mira mi obra, oh Todopoderoso y aflígete! Nada permanece». El poeta se equivocaba. La actividad creadora de los maestros de obras de Ramsés no desapareció. El faraón, que se había preocupado de aumentar el número de obreros, vigilaba con especial atención la explotación de las canteras. No dudaba en prestar ayuda a sus ingenieros, como lo prueba una estela: «En el año ocho, el segundo mes de invierno, el octavo día del rey del Alto y Bajo Egipto, Ramsés. Ese día. Su Majestad se encontraba en Heliópolis, haciendo lo que complacía a su padre, Horajty-Tum, señor de las Dos Tierras, el de Heliópolis, y Su Majestad recorría el desierto de Heliópolis, al sur del templo de Ra. al norte del templo de la Eneada. frente a Hator. señora de la Montaña Roja; entonces Su Majestad encontró un enorme bloque de cuarcita como nunca se había encontrado desde el reinado de Ra; era más alto que un obelisco de granito».

Ramsés II confía el bloque a sus artesanos. Los colma de regalos y felicitaciones, animándoles a realizar una obra magnífica. «Para vosotros —dice el rey— los graneros se llenan de trigo para que no paséis un sólo día sin alimento [...] He llenado para vosotros los almacenes de toda clase de cosas: pan. carne, pasteles y. para vuestro uso. de sandalias, ungüentos para ungir vuestras cabezas cada diez días [...] Yo [os] he proporcionado muchos trabajadores que os garantizan muchas provisiones contra el hambre: pescadores para traer los productos del Nilo y muchos otros, jardineros para hacer huertos, alfareros que fabrican vasijas que refrescan el agua durante el verano» (traducción de B. Letellier).

El rey en persona descubre las piedras más hermosas en las canteras, las capas de agua más profundas en las rutas del desierto: no solamente está habitado por los dioses, sino que también vigila la suerte de los obreros y artesanos, que dan a conocer su poder y su gloria mediante sus creaciones. El mejor arquitecto del reino es probablemente May. hijo de un maestro de obras, que trabajó en la mayor parte de las ciudades de Egipto y dirigió la construcción de los monumentos de Pi Ramsés. Como

militar de alto rango. May mandaba las expediciones a las canteras de granito de Asuán. El arquitecto ejercía sus responsabilidades desde la extracción de la materia prima hasta su acabado.

El templo funerario de Ramsés II. el Ramesseum. fue construido en la margen izquierda del Nilo, en la región tebana, en el límite con el desierto y las tierras cultivadas. El edificio, que desgraciadamente está bastante en ruinas, era enorme. Comprendía un gran templo, con la entrada marcada por dos pilares y su originalidad consistía en poseer dos patios, un palacio, muchos comercios, algunos de los cuales tienen bóvedas de adobe, talleres, habitaciones para los sacerdotes, edificios administrativos. Una muralla de ladrillo aislaba este conjunto del mundo exterior. El Ramesseum maravilló a los autores antiguos que visitaron Egipto. Su sala hipóstila de cuarenta y ocho columnas —de las cuales veintinueve todavía siguen en pie— da una impresión de fuerza tranquila. Debajo de los basamentos del muro oeste hay una escena sorprendente: la procesión de los numerosísimos hijos e hijas del rey. Ramsés también había hecho figurar su victoria de Qades y ceremonias religiosas, en especial la fiesta de Min. uno de cuyos puntos culminantes es soltar cuatro pájaros que vuelan a los cuatro puntos cardinales para anunciar la coronación de un nuevo rey. Otro detalle insólito es una procesión de sacerdotes llevando en sus espaldas la efigie de grandes faraones, uno de los cuales es Ramsés II.

El Ramesseum representaba una especie de ciudad teológica donde lo espiritual y lo material se armonizaban. Se conoce el nombre del inspector de los jardines del templo, un tal Nedjemger. En su tumba hizo representar, detrás del santuario, los espacios verdes que él había concebido, con árboles y un canal de riego. Además, se ve muy bien recompensado por su trabajo, puesto que una diosa que reside en el follaje de un árbol, le ofrece alimentos que le garantizan una vida eterna al amparo de cualquier necesidad.

En Karnak, que sigue estando siempre en obras con sus treinta hectáreas cubiertas de edificios sagrados. Ramsés II construye mucho. Los sacerdotes de Amón son ricos: administran 350.000 hectáreas de tierra, gozan de ingresos considerables. Ramsés II crea una obra maestra a la medida de Karnak: la gran sala hipóstila de ciento treinta y cuatro columnas, con una superficie de casi cinco mil quinientos metros cuadrados. Del Karnak actual, laberinto de ruinas, nace ese bosque de piedras donde cada visitante, instintivamente, baja la voz. Los juegos de luz fueron calculados con una ciencia arquitectónica inigualable. El mundo de los dioses se desvela progresivamente según las estaciones, según la hora el día. Cada columna tiene un mensaje especial. Sin embargo, la sala hipóstila no resulta agobiante; al contrario, eleva el alma, arranca al peregrino de su condición de hombre mortal para elevarlo a la concepción de lo imperecedero.

También se debe a Ramsés II el lago sagrado que se ha conservado hasta nuestros días. No se trata de un estanque de recreo o de una balsa ornamental, sino de una representación simbólica del océano de los primeros tiempos en que nacieron todas las formas de vida. Las plantas que allí crecen son los papiros de la marisma primigenia, donde Isis ocultó a su hijo para protegerlo de la ira de Seth y prepararlo para vengar a Osiris, el rey asesinado. Entre los lotos del lago sagrado nacía el joven Sol. gracias al cual se preservaría la belleza de la creación.

En Luxor. Ramsés II hizo construir el gran pilar que precede el templo de Amenofis III. Este elemento es característico de la arquitectura monumental de la XVIII dinastía. Simboliza las dos montañas del horizonte, la de levante y la de poniente, entre las cuales se levanta el dios Sol. Del pilar se parte para ir hacia el santo de los santos, donde solamente el

faraón puede contemplar la luz divina en toda su fuerza, antes de volver hacia ese mismo punto para acostarse. Gracias a la intervención de los sacerdotes, cada día el ciclo solar vuelve a empezar y marca los momentos esenciales de los ritos. Delante del pilar, hay dos obeliscos y seis colosos de Ramsés II. Uno de los obeliscos ha sido cambiado de lugar: fue ofrecido a Francia en 1831 por Mehmet Alí. y fue instalado en la plaza de la Concorde, en París, el 25 de octubre de 1836. A Ramsés II le gustaba Luxor; imprimió allí su huella de varias maneras. De un modo monumental, mediante las construcciones que acabamos de mencionar, así como por el gran patio rodeado de una doble fila de columnas; pero también de una manera sutil, haciendo grabar su cartucho en las estatuas de Amenofis III. o transformando a Tiyi, la esposa de Amenofis II. en Nefertari.

La obra más popular de Ramsés 11 es. probablemente. Abu Simbel. descubierto en 1812 por Burckhardt. La arena procedente del desierto lo había hecho desaparecer del todo, salvo una cabeza de coloso que era todavía visible. Al estar enterrado. Abu Simbel estuvo protegido de la destrucción. La construcción de la gran presa de Asuán volvió a constituir una amenaza; la campaña internacional llevada a cabo por la UNESCO se vio coronada por el éxito, afortunadamente. Los dos templos, cavados en la arenisca nubia, fueron cortados en 1.036 bloques, algunos pesaban cerca de treinta toneladas, y fueron llevados a la cima del acantilado que constituía su emplazamiento primitivo. Este lugar es extraordinario. A pesar del profundo cambio de paisaje, debido a la crea-! ción del lago Nasser. la visión de Abu Simbel sigue siendo un momento impactante en un viaje a Egipto. Cuando la mirada se pierde en un inmenso desierto de piedras y agua, surge tic repente un templo, un lugar santo arrebatado de la nada. Rápidamente, uno se deja absorber por la contemplación del paisaje sereno de los colosos, cuya finura de rasgos contrasta con lo enorme de la masa. Con una altura de veinte metros, afirman el carácter divino de la monarquía de Ramsés en esa lejana Nubia.

El nombre de Abu Simbel es Usermaat-Ra. «poderosa es la armonía cósmica del dios Ra». Tal y como ha señalado Christiane Desroches-Noblecourt. está grabado de manera monumental en la piedra, encima de la puerta del gran templo: el hombre de cabeza de halcón es Ra. quien se apoya en dos signos que se leen user y Maat: se obtiene así un jeroglífico de significación teológica.

En el norte de la explanada que precede al gran templo, se encontró en 1909 un patio donde se había construido un extraño monumento, un santuario solar. Dentro de la capilla, se había instalado un escarabajo, imagen del Sol naciente, y un mono, símbolo de la Luna. En el centro del patio, un altar que soportaba cuatro monos de pie y que estaba flanqueado por dos obeliscos. Se trata de temas pertenecientes a la religión de Heliópolis que Ramsés II honró. Además, se encuentran veintidós cinocéfalos que coronan la fachada del gran templo. Lanzan gritos de alegría cuando el Sol se levanta. El Sol está encarnado por el dios Ra de cabeza de gavilán, colocado en un nicho encima de la puerta de acceso al templo.

Sin duda. Abu Simbel era el santuario preferido de Ramsés II. Hizo grabar allí los acontecimientos más importantes de su reinado. Si pene-tramos en el interior del monumento, cavado en una montaña considerada como sagrada, descubrimos un pronaos de ocho pilares osirios decorados con hazañas militares, fundamentalmente la batalla de Qades. Los combates de la infantería, la intervención de los carros. Ramsés triunfador con su león al lado, los enemigos vencidos y atados: tantos episodios célebres completados por la representación de otros combates del faraón contra los libios. Hay una escena digna de ser puesta de relieve: se trata de

un combate muy especial. Ramsés es del mismo tamaño que su adversario; le vence atravesándole con su lanza.

Esos combates están rematados con escenas religiosas que les dan una dimensión sagrada. El rey no hace la guerra por sadismo o porque le guste la violencia, sino para respetar la voluntad de los dioses, salvar a su pueblo de la anarquía, e impedir que el desorden se cierna sobre el mundo.

El santuario del gran templo es impresionante. Contra el tabique del fondo se distinguen cuatro estatuas sentadas: las de Ptah, Amón-Ra. Ramsés divinizado y Ra-Harajty. Del 10 de enero al 30 de marzo y del 10 de septiembre al 30 de noviembre, el Sol iluminaba progresivamente las estatuas, excepto la imagen de Ptah. que siempre estaba en la sombra. Los secretos detentados por el dios de los artesanos nunca han sido revelados.

El «pequeño templo» de Abu Simbel está situado a 135 m al norte del gran templo. Cuatro estatuas de Ramsés y dos de la reina Nefertari están colocadas en la fachada. También están presentes, como en el gran templo, sus hijos, esculpidos junto a sus piernas. La familia real tiene aquí un valor religioso, las ideas magnificadas por Akenatón no se han olvidado. Una inscripción proclama que Ramsés II ordenó la construcción de un templo más hermoso que todo lo que se había hecho anteriormente. Ofrece un suntuoso regalo a su gran esposa real, Nefertari, preferida entre las preferidas. Ella asiste a la muerte de un enemigo vencido por Ramsés II. efectúa ofrendas a diversas divinidades, especialmente a Hator y Mut, vinculadas con cultos femeninos. Además, entre Hator y Mut, protegida por ellas, Nefertari se afirma como diosa.

Nubia fascinó a Ramsés II. Construyó templos en Beit al-Uali. Gerf Hussein. Uadi, Sebua, Derr... homenajes todos ellos a dioses egipcios o locales, y a Ramsés divinizado.

Egipto es rico, Egipto vive en paz. Ramsés II es muy viejo. Sus hazañas militares están ya muy lejos. El tratado con los hititas sigue siendo la piedra angular del equilibrio en el Próximo Oriente de la Antigüedad. El reino del gran Ramsés se ha convertido en el de un apacible constructor. Pero el mundo cambia. El imperio hitita conoce crisis internas. En cambio, los asirios se organizan y llegan a ser una potencia capaz de rivalizar con los hititas. El riesgo de desestabilización es grande. Hay otro elemento más inquietante: en la región de los Balcanes y del mar Negro se produce un considerable movimiento de población, es decir, migraciones indoeuropeas que amenazan con irrumpir en numerosos países. De hecho, esas olas de invasores afluyen hacia Asia Menor, las islas del mar Egeo, Grecia. Libia. La invasión se produjo por mar y por tierra. Pronto los hititas se verán amenazados.

No parece que Ramsés. al envejecer, se haya dado cuenta del peligro. El peligro, es cierto, está todavía lejos de las Dos Tierras. Tal vez hubiera sido útil tomar medidas preventivas, tal vez una intervención egipcia hubiera permitido a los hititas y a los babilonios resistir mejor la invasión. Pero el faraón sólo piensa en el Más Allá; los asuntos temporales ya no le preocupan. En su política interior pierde firmeza. Un sumo sacerdote de Amón obtiene el título de jefe de todos los sacerdotes del Alto y del Bajo Egipto. Los religiosos tebanos sacan provecho de la debilidad del viejo rey para hacer de nuevo irrupción en la escena política. Ramsés II es un símbolo viviente. Nadie se atreve a ocupar su lugar, pero se van preparando intrigas en la sombra.

Ramsés II muere en el año sesenta y siete de su reinado, a la edad de ochenta y ocho años. Es enterrado en el Valle de los Reyes. Su tumba ha sido preparada por Pasar, gran visir del sur. Desgraciadamente, fue saqueada a finales de la XX dinastía. De los fabulosos tesoros que debía contener no ha quedado nada. En la actualidad, está terraplenada en parte.

Según ciertos arqueólogos, la última morada de Ramsés el Grande habría quedado sin terminar. Tal vez el final de su largo reinado estuvo marcado por problemas internos, como consecuencia del debilitamiento del poder real.

La obra de Ramsés II fue considerable. Su época vive una modificación profunda de la sociedad y de la mentalidad egipcias. A pesar de la exaltación del poder del faraón, se perciben ciertas tendencias a la decadencia, reflejadas normalmente por una mezcla de lo político y de lo religioso, por una degradación de las costumbres y un relativo empobrecimiento cultural. Es probable que la diferencia se acentúe entre las clases pudientes, que gozan de un alto nivel de vida, y las capas sociales más desfavorecidas de la población. Factores externos a Egipto explican, en parte, esta evolución, sobre todo la presencia de extranjeros y la influencia de civilizaciones asiáticas. A finales del reinado de Ramsés. se está muy lejos de la pureza del Antiguo Imperio. Pero lo colosal, el poder elevado hasta lo divino, la formidable creatividad de esa época atraen de modo irresistible nuestra atención.

18

Ramsés III, el último gran faraón

De 1184 a 1153, Egipto está gobernado por un gran monarca, que se vio enfrentado a una de las tareas más difíciles. Sin embargo, Ramsés III poseía una fuerte personalidad y no se dejaba abatir por la adversidad. Sentía nostalgia por los faraones que habían formado un Egipto poderoso, dueño del mundo. Su modelo era Ramsés II.

Cuando Ramsés III sube al trono, reprime la anarquía que siguió al reinado de Ramsés II. Pero Egipto ha salido debilitado de esta prueba. Se han efectuado cambios sociales profundos. Además persisten las amenazas de invasión. Todo el Próximo Oriente está a punto de verse perturbado por las migraciones indoeuropeas. Desde el reinado de Me-nefta (1224-1204), trigésimo hijo de Ramsés II, los «pueblos del mar», como les denominan los documentos, irrumpieron en Egipto. Menefta consiguió rechazarlos, pero no pudo aniquilarlos. Los invasores se volvieron a organizar; reagruparon un ejército mucho más importante que el que fue vencido por el hijo de Ramsés.

Ramsés III está bien informado y es consciente del peligro. Se prepara para la guerra. Efectúa una excelente elección al reforzar su flota, que le parece la mejor arma para hacerse con la victoria. Sabe que los invasores «estaban unidos y habían unido sus fuerzas con países tan lejanos como los límites de la Tierra. Sus corazones estaban confiados y llenos de ambición».

Se produce la invasión. El reino es devastado. Los puertos fenicios son conquistados. Ugarit es destruido. Se trata de un verdadero huracán que lo devasta todo a su paso. Siria y Palestina son invadidas. En cuanto a los libios, se reorganizan tras la grave derrota sufrida por los ejércitos de Menefta. Libia no es un país rico; siempre ha tenido celos de los afortunados egipcios.

Temiendo ser expulsados de sus territorios por la irrupción de los indoeuropeos, los libios solamente tienen una salida: huir hacia adelante.

Egipto se ve amenazado por todos lados.

A Ramsés III. que ya no creía en una remota posibilidad de paz. no le sorprenden los primeros conflictos. Su ejército, en el que figuran mercenarios nubios y milicias reclutadas por los sacerdotes de Amón, es muy numeroso.

Muchos jóvenes reclutas se juntan a los soldados profesionales, algunos de los cuales han sido llamados dada la gravedad de la situación. Se utilizan muchos mercenarios extranjeros, como libios, asiáticos, sardanos que combatirán contra sus hermanos de raza.

El período de conflictos más importante se inicia con la guerra contra Libia. En este país, la tribu de los mashuesh, poniendo fin a una relativa anarquía, había reunido a los otros clanes bajo su bandera. Ramsés II quiso imponer a los libios un jefe elegido por él, a saber un jefe libio educado en Egipto; es la gota de agua que colma el vaso. El propio faraón ha procurado el motivo de la revuelta, y los libios intentan una vez más invadir Egipto gracias a una organización militar más coherente que las anteriores. El ejército del faraón interviene con gran prontitud y consigue una clara victoria, haciendo muchos prisioneros.

Las tropas egipcias no tienen tiempo de dormirse en los laureles. El conflicto con los libios no era nada comparado con el conflicto que la tierra amada de los dioses va a padecer. Los pueblos del mar llegan por el norte, decididos a establecerse en las zonas más ricas del Delta. Se trata de una verdadera migración de población, puesto que los guerreros están acompañados por sus mujeres, hijos, ganado. Como medio de transporte principal, han elegido carros tirados por bueyes. Curiosamente, se señala la presencia de sardanos tanto en las filas de los invasores como en las del ejército egipcio.

La situación es angustiosa, porque los indoeuropeos atacan a la vez por tierra y por mar. Cuando el faraón llega al frente, no oculta la verdad a sus oficiales. El destino del país está en juego. Los invasores lo han destrozado todo a su paso. Enemigos y amigos de Egipto no han podido hacer nada para detenerlos. El Doble País es su último objetivo. Pero Ramsés III es un rey-dios. Su corazón está confiado. Cogerá al enemigo como el cazador de pájaros los atrapa con sus redes. Se toman todo tipo de precauciones: el rey en persona inspecciona los arsenales, verifica el estado de las armas ofensivas y defensivas, arcos, espadas, picas, cascos, corazas.

La frontera terrestre, bien custodiada, no cede ante el ataque. Pero el grueso de las tropas enemigas intenta invadir Egipto por las bocas del Nilo. Ramsés III muestra cualidades de buen estratega. Si bien los egipcios utilizaban desde siempre el transporte por barco y poseían varios modelos de embarcaciones para circular por el Nilo, el faraón no disponía de una flota de guerra importante. Ahora bien, Ramsés III la había aumentado en proporciones importantes con el fin de poder resistir al agresor. Los barcos, rápidamente construidos, llevan nombres como «toro salvaje»; en su proa, una cabeza de león devorando al enemigo. Los marineros tienen el estatuto de simples soldados del ejército de tierra. Los oficiales superiores se colocan bajo el mando del almirante que depende directamente del visir. Uno de los hombres de la tripulación tiene un papel fundamental; se trata del hondero. Tiene como misión derribar el mástil del navio enemigo mientras que los arqueros egipcios acribillan con flechas a sus adversarios, que solamente están armados con espadas.

Al penetrar en las bocas del Nilo, los invasores se encuentran con una verdadera muralla de barcos de guerra, algunos de los cuales miden más de sesenta metros. Se inicia la primera gran batalla naval de la historia egipcia. El obstáculo de los barcos, formado tanto por galeras como por barcos pequeños, es infranqueable. No contentos con defenderse, los

egipcios pasan al ataque. Se comportan como verdaderos leones. La marina está asistida por la infantería. Los arqueros actúan muy bien. Ramsés III parece que ha conseguido un magnífico movimiento giratorio, que encierra a los asaltantes en una ratonera de la que no pueden salir. Las fuerzas egipcias se lanzan al abordaje, causando muchos muertos y haciendo muchos prisioneros. Los barcos enemigos son volcados y se hunden. Los enemigos supervivientes huyen. Entre los supervivientes, algunos se hicieron piratas. Las familias de filisteos que habían escapado a la masacre se establecieron en la actual Palestina, dándole su nombre.

Ramsés III puede proclamar con orgullo: «Ya no existe la raza de los que habían llegado a mis fronteras». Efectivamente, el faraón ha salvado a su país y a su pueblo. Ningún otro rey antes de él había tenido que enfrentarse a un peligro tan grave. Mil años más tarde, los textos ptolemaicos hablarán aún de esos pueblos procedentes de las islas del mar y de la difícil victoria de Egipto. Según la interesante hipótesis del egiptólogo francés Serge Sauneron, los sacerdotes de Sais que hablaron de la Atlántida a Platón, probablemente no hicieron sino evocar, en forma simbólica, esos acontecimientos.

Tras semejante triunfo, Egipto se podía creer en un período de calma. Sin embargo, no contaban con los libios que no deponían las armas. Se hacen con las localidades de la parte occidental del Delta. El ejército libio se dirige hacia Menfis. La energía de Ramsés III no disminuye. Simbolizando la justicia frente a la injusticia, el orden frente al caos, vence al enemigo que huye asustado delante de él. Efectivamente, las fuerzas libias huyeron en desbandada, y las tropas egipcias las persiguieron varios kilómetros. El jefe libio es un hombre mayor, llamado Ka-per. Es hecho prisionero, como también muchos hombres, mujeres y niños de su pueblo. Trabajarán en Egipto como pastores o peones, incluso algunos de ellos conseguirán subir en la escala social. Los libios no consiguieron imponerse militarmente en Egipto donde, dada la importancia de su colonia, acabarán formando un Estado dentro del Estado. Son soldados en el ejército egipcio, contra el que habían combatido anteriormente, e incluso tomarán el poder un siglo más tarde.

Ramsés III vence a los libios, a los pueblos del mar... y se pone a soñar. Él, cuyo modelo es Ramsés II. ¿no podría convertirse en un gran conquistador, pasar al ataque después de que ha sido obligado a defenderse? ¿Acaso el pasado no muestra que Egipto estuvo al amparo de invasiones cuando su ejército luchó en Asia? Una vez más. confiando en el poderío egipcio. Ramsés III concreta sus aspiraciones. Toma cuatro plazas fuertes en Siria y otra en el país de Amor. Algunas de ellas estaban ocupadas por los hititas. antiguos aliados.

Resulta difícil decir si Ramsés III consiguió llegar al Eufrates, pero es seguro que sus campañas de Asia no respondieron a sus ambiciones. Por ejemplo, la costa palestina continuó en manos de los filisteos. Siria-Palestina sigue siendo una región problemática, inestable. Cabe incluso, poner en duda el carácter realmente histórico de esta expedición, porque Ramsés III. al hacer relatar sus victorias a sus escultores, a veces copió escenas de las batallas de Ramsés II. Sin embargo, era muy propio del carácter de este faraón intentar restablecer, al menos parcialmente, el imperio egipcio de Asia. Pero Egipto ya no tenía la capacidad de modificar o de controlar la situación internacional. Aunque se hayan preservado los valores fundamentales de la monarquía faraónica, el mundo exterior ha cambiado mucho. El Mediterráneo ya no es un mundo cerrado; se ha convertido en una zona de invasiones, de paso de poblaciones, de cambios económicos y sociales. Egipto aparecerá, cada vez más. como un universo singular al que intentarán dominar los pueblos conquistadores. En la época ramésida. las

Dos Tierras están menos unidas: la influencia mediterránea penetra en el Delta, mientras que el Alto Egipto empieza a replegarse sobre sí mismo, salvaguardando la tradición original.

El comercio egipcio no funciona mal. El país ha vuelto a tomar confianza en sí mismo. Se organizan expediciones en dirección a Punt, se explota el cobre y la turquesa en las minas del Sinaí. Nubia es administrada por funcionarios egipcios que viven a la egipcia. Las rutas del desierto son vigiladas. A veces, se utilizan medios mágicos: pensemos en la estatua profiláctica encontrada cerca de una pista que conduce al istmo de Suez. Ese monumento protegía eficazmente a la gente de las caravanas, evitando que les mordieran serpientes y escorpiones.

Ramsés III embellece Tebas. Construye un templo en Karnak en honor de Amón-Ra. El rey se ve obligado a apoyarse en el clero tebano para mantener la cohesión interna del país. Por esta razón, el faraón embellece las posesiones de Amón, ofreciéndole ganado, campos, viñedos. Un papiro que señala el estado de las riquezas de los templos egipcios más importantes muestra que Tebas ocupa el primer lugar de ellos: más de ochenta mil personas están al servicio del templo de Amón en Karnak, que dispone de más de cuatrocientos jardines, y de unos dos mil quinientos kilómetros cuadrados de campos; decenas de pueblos se ocupan de los terrenos. Los otros dos grandes templos son el de Heliópolis (unos trece mil empleados) y el de Menfis (unos tres mil). En Tebas hay más de cuatrocientas mil cabezas de ganado; cuarenta y cinco mil en Heliópolis y diez mil en Menfis.

El fisco tiene muchas dificultades para alimentar el Tesoro Real. El clero, presente en todo el engranaje de la nación, va mermando progresivamente el poder efectivo del rey. Muchas tierras gozan de exenciones de tasas o de impuestos. Parece ser que Ramsés III intentó reformar la sociedad, pero es imposible precisar el método empleado y los resultados obtenidos. Algunos han pensado en una separación en «clases» mucho más radical que antes, que habría reforzado las élites y causado el descontento de buena parte de la población.

Se notan signos de degradación social. El más famoso de ellos es la huelga de artesanos de Dayr ai-Medina, los especialistas de las tumbas del Valle de los Reyes. Al dejar de recibir la comida que se les debe, se niegan a trabajar y van a la huelga. Incluso amenazan con abandonar el pueblo en que viven y no volver nunca más. La situación es tensa. Las autoridades administrativas intentan calmar a esos artesanos de élite, pero ya se les ha engañado muchas veces. No basta con promesas. Incluso llegan a penetrar en el Ramesseum para hacer oír sus protestas y se enfrentan a la policía. Los sacerdotes calman a los artesanos. Sus reivindicaciones son muy precisas: ya no tenemos ropa —dicen — , ni verduras, ni pescado. Que se lo adviertan al faraón y al visir. En efecto, los dos personajes más importantes del Estado son consultados y el suministro prometido llega. Pero al mes siguiente vuelve a faltar la comida en la comunidad de Dayr ai-Medina. Se produce una nueva huelga. Esta vez, el visir interviene personalmente, afirmando solemnemente: «Mi función es dar, y no quitar». Incidentes como éste reflejan que la máquina económica no funciona bien.

Incluso el visir del Bajo Egipto fomentó un golpe de Estado en Atribis para tomar el poder, con la intención de oponerse a la influencia creciente de los sacerdotes. La tentativa fue abortada rápidamente, y el visir fue destituido.

Escenas agradables del templo de Madinat Habu muestran a Ramsés II en su harén, rodeado de concubinas que. por toda vestimenta, llevan sandalias y collares. Muchas mujeres del harén eran princesas extranjeras enviadas a

Egipto como muestra de amistad. Esta institución en la época faraónica no tenía el aspecto de una prisión. Se trataba de un organismo del Estado, regido por escribas especializados y dotado de un presupuesto importante.

En este ambiente aparentemente pacífico y agradable, se trama, a finales del reinado de Ramsés III. una conspiración destinada a suprimir al rey. El documento que relata lo que se llama «la conspiración del harén» es muy extraño. Se trata de un magnífico papiro conservado en el museo de Turín. El propio Ramsés II habla, explicando lo que ha sucedido. El asunto es tan oscuro y embrollado que el rey no lo confía a los tribunales ordinarios, sino que solicita a algunos de sus íntimos colaboradores que formen una jurisdicción especial después de efectuar una seria investigación. Se averigua que personas allegadas al rey han intentado destronarlo y. probablemente, asesinarlo. La conspiración se ha tramado en el harén, donde una de las mujeres ha colocado a su hermano, un militar que mandaba tropas en Kush. Él sería el alma de la conspiración al procurar a los conjurados los medios militares para llevar a buen término el proyecto. El harén de que hablamos no es la institución que existía en las grandes ciudades, sino un harén que acompañaba al rey en sus desplazamientos. Se utilizó mucho la magia negra: se fabrican figurillas de cera en las que se graban textos para hacer daño al rey. No cabe duda de que una de las instigadoras del complot es una de las esposas del faraón, despechada porque su hijo no accedía al trono, y que in
tenta procurarle el poder por medios bastante innobles.

Madinat Habu: el faraón Ramsés III en pleno combate; hierático en su carro de guerra, encarna el orden divino que se impone al caos formado por los enemigos. (*Roger-Viollet.*)

Los conspiradores no supieron guardar bien su secreto. Circularon informaciones. El rey, prevenido, hizo arrestar a los sospechosos. Se identifican más de unos treinta conspiradores, clasificados en cinco categorías según la gravedad de sus faltas. «¡Que el crimen del que son culpables caiga sobre sus cabezas!», pide Ramsés III. Da plenos poderes a los magistrados nombrados por él. pero les dice que se muestren justos. Como faraón, él no debe ser ni severo ni injusto. El rey, cruelmente herido por la traición de sus familiares, no quiere saber nada de las condenas.

El proceso no transcurrió con tranquilidad. Los acusados no llevan sus verdaderos nombres, sino patronímicos como «Ra lo abomina» o «ese sirviente ciego». Para los egipcios, el nombre es como un ser vivo. Así. se utiliza un procedimiento mágico que basta, por sí solo, para precisar la ignominia de los conspiradores. Algunos de los hombres del comité de investigación se corrompen. Atraídos por los encantos de las mujeres del harén, hacen el amor con ellas. El asunto sale a la luz. Pronto los jueces pasan al banquillo de los acusados. Ramsés III se siente muy decepcionado. No cabe duda de que la gente que le rodea no es digna de su confianza. Por fin se dan a conocer las sentencias, tras un procedimiento simple: se oye a los acusados, se leen sus datos y los motivos de la acusación, y se debate. Se pronuncian cuatro condenas de muerte. Sabemos la manera como se ejecuta la sentencia: el suicidio. Se deja solo al condenado en la sala del juicio donde él mismo se imparte el castigo. A los otros se les cortó la nariz o las orejas.

Sin embargo, queda una duda: ¿triunfó realmente la conspiración? ¿Fue asesinado el rey? En el texto del papiro se presentan los hechos como

si Ramsés III hubiera intervenido a tiempo, pero ¿no se tratará de un mero artilugio literario? Resulta más probable que el rey muriera mientras se desarrollaba el proceso. La momia de Ramsés III, encontrada en Dayr el-Bahari. es la de un hombre de unos sesenta y cinco años, sin ninguna marca de herida.

Ramsés III construye en la región tebana su admirable «castillo de los millones de años», el templo funerario de Madinat Habu. El sitio elegido es la colina de Zoma, lugar santo del oeste de Tebas donde Amón se apareció al principio de los tiempos. Las obras no duraron más de unos veinte años, lo que prueba la existencia de una fuerza económica real y supone una intachable cualificación del maestro de obras y de sus equipos, mucho más aún si se tiene en cuenta que se trabajaba también en Karnak, Abydos, Heliópolis, Menfis y en otros lugares.

El templo estaba protegido por una muralla de adobe (310 x 210 m aproximadamente). Tenía el aspecto de una fortaleza que simbolizaba perfectamente el Egipto de la época de Ramsés II, obligado a defenderse contra el mundo exterior. En este lugar, el faraón plasma sus victorias en magníficos relieves; le gustaba dirigir su país desde el palacio que había en el recinto del área sagrada. El enorme edificio no tenía menos de tres salas hipóstilas. Por todas partes, el rey hace huir a sus adversarios. Las escenas ensalzan sus triunfos. Hay que ver en ello una voluntad mágica, el deseo de hacer de todo el templo un talismán que proteja a Egipto contra la desgracia.

Madinat Habu es famoso por particularidades arquitectónicas como el «pabellón real» que es. en realidad, una entrada monumental construida al estilo de las fortalezas asiáticas. En la fachada del palacio donde residieron el rey y su corte, se puede ver una «ventana de aparición» desde donde el faraón asistía a las paradas militares que se efectuaban en el primer patio. También desde este balcón. Ramsés III distribuía las recompensas merecidas por sus fieles servidores.

Madinat Habu es. asimismo, un mundo de capillas donde se evoca el Más Allá, donde se hacen ofrendas a los dioses. Allí grabado se encuentra un calendario ritual inspirado en el del Ramesseum, donde se evoca la fiesta del dios funerario Sokaris-Osiris y la «salida de Min». La mayor parte de las representaciones guerreras se inspiran claramente en las de Ramsés II. siendo una manera de rendir homenaje al glorioso antepasado y de invocar su poderío.

El templo funerario de Ramsés III era una verdadera ciudad, con sus edificios de culto, sus jardines, su lago, sus viviendas para los sacerdotes, sus talleres. Por todas partes existe la misma impresión de inmensidad. Ramsés III. no tiene nada que envidiar a su modelo, Ramsés II, en su gusto por lo colosal. Tuvo la inmensa alegría de ver el templo terminado totalmente. Permanecerá intacto hasta el año 383, fecha del edicto de Teodosio. Se inician entonces las degradaciones efectuadas por los cristianos, que se instalan en el interior del recinto. La invasión árabe los expulsó, pero el destino de Madinat Habu se agravó, puesto que los nuevos invasores utilizaron el templo como cantera de piedras. Solamente la parte anterior, es decir, los pilónos y los patios, han llegado hasta nuestros días en buen estado de conservación, mientras que el fondo del templo está en ruinas.

La tumba de Ramsés II. que mide 125 m de largo, ofrece la imagen de lo que fue la actividad del último gran faraón: escenas consagradas a panaderos, carniceros y a la vida agrícola evocan la economía: la pieza donde se representan armas, espadas, arcos, carcajes y carros, recuerda la importancia de la guerra; en la habitación donde hay muebles y objetos de

diversos tipos se describe la vida artesanal; por último, las numerosas escenas religiosas y mitológicas insisten en su función de sacerdote-rey.

A Ramsés III le gustaban mucho los jardines, los árboles y las flores, e hizo plantar muchos viñedos en varias provincias de Egipto; también fue un gran constructor; su reinado fue ejemplar, como el de sus más gloriosos antepasados. Gracias a él. Egipto se mantuvo como una nación poderosa, aunque ya no fuera la dueña del mundo.

19

NectaneboII, el último faraón egipcio

Nectanebo II no es un faraón famoso. Sin embargo, merece tener un lugar en esta galería de retratos puesto que fue el último faraón egipcio, el último eslabón de la larga cadena de dinastías que había empezado con Menes.

Entre el final del reinado de Ramses II y el inicio del de Nectanebo II. hay cerca de ochocientos años. Egipto ha cruzado la decadencia ramésida. Del año 1153 al año 1070. ocho reyes llevaron el ilustre nombre de Ramsés, pero ninguno de ellos podrá dar esplendor al imperio. Del año 1070 al año 715 se desarrolla el Tercer Período Intermedio (dinastías XXI a XXIV); a partir del año 715 se inicia la Época Tardía que terminará en el año 332 con la conquista de Alejandría. Egipto, a pesar de algunos cambios, no volverá a tener su poderío anterior. Es verdad que existen grandes figuras políticas, pero los faraones, que a veces deben compartir el poder en un país donde el antagonismo entre el norte y el sur plantea problemas, ya no dispone de las armas que poseían sus predecesores. La economía conoce períodos difíciles. La religión se transforma, las corrientes populares se diferencian cada vez más netamente de los círculos iniciáticos. Egipto ya no es capaz de emprender una política exterior brillante. Y lo que es aún peor, sufrirá varias invasiones que acabarán por reducirla al rango de país conquistado. Sin embargo, a pesar de todas estas desgracias, la noción sagrada de «faraón» no desaparece. Hasta los soberanos extranjeros que reinan en las Dos Tierras deberán hacerse coronar como los faraones, pasar por los ritos ancestrales. El faraón es el alma de Egipto.

La historia de este problemático período es muy compleja. Actualmente, muchos egiptólogos se interesan por ella y se van consiguiendo progresos en el conocimiento de las dinastías de la última etapa de Egipto. Describir esta época necesitaría un libro entero. Cuando Nectanebo II sube al trono, en el año 360 a. de J. C tiene que enfrentarse a una situación muy difícil. Cuando el rey precedente, Teos. huyó de Egipto tras una grave derrota frente a los persas, Nectanebo era soldado en Siria. Volvió precipitadamente a su país donde una guerra civil amenazaba con estallar. Teos se había hecho muy impopular, dado que había instaurado impuestos suplementarios para equipar sus tropas. Nectanebo acabó con la revuelta, hizo que la gente importante le reconociera como jefe y se convirtió en faraón.

Hacía varios años que Egipto se apoyaba en su alianza con los griegos para salvaguardar su independencia. La ocupación persa (525-404) dejó profundas huellas. En la XXX dinastía, la última, que empezó en el año 380. se produjeron algunos cambios de actitud de los faraones con respecto a los

griegos. Sin embargo, se gozó de un clima de paz y de una economía relativamente estable que permitió aprender un gran programa de construcciones. Nectanebo II se dedicó a construir y a restaurar templos. Se trabaja en Menfis. Bubastis. Abydos. Karnak, Edfú, File. Antes de la XXX dinastía, la isla de File no era sino una zona verde perdida en un paisaje árido. En lo sucesivo se construirá un admirable templo de Isis, no lejos de la isla de Bigeh. donde se encontraba Abatón, territorio sagrado de Osiris. En estos lugares es donde la religión egipcia resistirá durante más tiempo al cristianismo. File fue el último templo de Egipto que permaneció abierto.

Egipto ya no es una gran potencia, pero ha aprendido a conocer el mundo exterior. ¿Acaso sus marinos no emprendieron un largo viaje, que les llevó del mar Rojo hasta Cap? Por otro lado, éstos manifestaron su sorpresa cuando vieron levantarse el Sol a su derecha. Las Dos Tierras se encuentran vinculadas económicamente a muchos otros países. Se ha hecho lo que se llamaba el «canal de los Dos Mares», es decir, el primer canal de Suez, cuya idea se remonta a Sesostris. Ferdinand de Lesseps se inspiró en el antiguo trazado modificando el plan.

Nectanebo II. rey pacífico y religioso, tuvo que enfrentarse a una dura realidad cuando el rey persa Artajerjes III atacó Egipto en el año 351. El ejército egipcio, con sus mercenarios griegos, consiguió rechazarlo. El faraón no puede permanecer impasible. Fomenta movimientos de revuelta contra los persas, sobre todo en Fenicia. Pero la maniobra fracasa. Las tentativas de sedición fueron reprimidas cruelmente. Además, al rey de los persas le exaspera la resistencia egipcia.

Durante el invierno 343-342. Artajerjes III envía contra Egipto un formidable ejército de trescientos mil hombres, apoyado por una flota de más de trescientos barcos, o sea tres veces más que los efectivos de que dispone el faraón. El ataque se produce por mar y por tierra. El combate es desigual. Se invade el Delta, se toma Menfis, la capital administrativa. Nectanebo II se refugia en Egipto donde intenta reunir las últimas fuerzas. El ejército persa lanza una segunda ola de ataque hacia el sur para acabar con todo núcleo de resistencia. Se conquista todo Egipto. Los templos sufren graves daños. La ocupación extranjera es muy dura.

No se sabe cómo desapareció el último faraón egipcio, gran constructor y soldado desafortunado. Seguramente acabó sus días en Nubia. El año 343 fue el último año en que reinó en el «trono de los vivos» un faraón de origen egipcio.

20

Cleopatra asesinada

Cleopatra es una de las personalidades más famosas de la Antigüedad. No forma parte del gran linaje de las dinastías faraónicas, pero intentó restaurar el poder real en un Egipto que no había perdido todo su esplendor.

En el siglo i a. de J. C, las Dos Tierras subsisten en un mundo mediterráneo dominado por Roma. Egipto ha sido ocupado por los persas del año 343 al año 332, fecha en que fue liberado de ese yugo por Alejandro, tras su victoria sobre Darío III en Isos. Los egipcios le piden ayuda, y Alejandro Magno es coronado faraón según el ritual tradicional en el oasis de Siwa. Organiza la administración del territorio y funda Alejandría, nueva capital de Egipto, pero capital griega. La expresión latina Alexandria ad Aegyptum es significativa: Alejandría no está en Egipto, no forma parte integrante del país, sino que se encuentra en su franja como un tumor. Sus raíces no se hunden en el pasado faraónico. Sin embargo, en este lugar se desarrollará el futuro del país en lo sucesivo.

El Delta se heleniza, mientras que el sur, menos accesible a las influencias mediterráneas, preserva mejor las antiguas tradiciones. Los quince Ptolomeos que dirigen Egipto del año 304 al año 30 a. de J. C. son faraones, pero también soberanos griegos que crean nuevas estructuras económicas, adaptadas al comercio internacional, del que el Doble País es una pieza importante.

La vida religiosa en Egipto se mantiene con la misma intensidad. Se efectúa un sorprendente contrato entre las autoridades civiles y los responsables religiosos. Los reyes griegos son bastante mal aceptados por la población. La Tebaida es un centro de insurrecciones latentes. La policía de los Ptolomeos tuvo que reprimir algunas. Ahora bien, los agitadores más escuchados son los sacerdotes. Ellos son los depositarios de la antigua fe y conservan un gran prestigio entre las poblaciones locales. Por esta razón, los reyes griegos deciden conciliarse con ellos dándoles ventajas materiales considerables; el clero, que es propietario de los templos y sus terrenos correspondientes, obtiene autorización para percibir los ingresos de su explotación, por un edicto que data del año 118 a. de J. C. Además, se les conceden créditos para la construcción de templos.

Con los Ptolomeos. el clero egipcio, en lugar de fomentar problemas políticos, se ocupa de construir magníficos santuarios: Edfú. Dandara. File. Esna. Kom Ombo. por citar solamente los templos más famosos, algunos de los cuales se han conservado admirablemente. En los muros de esos edificios se grabaron numerosos textos de un interés excepcional. El Alto Egipto, apartado de la corriente principal de la historia, se dedica a perpetuar la tradición iniciática y esotérica. Los sacerdotes se consagran a profundas especulaciones sobre los símbolos de su religión, sobre la escritura jeroglífica, sobre las diversas creaciones del mundo.

Cuando nace Cleopatra. en el año 69 a. de J. C el imperio de los Ptolomeos ya no es más que un recuerdo. Su padre reina en Egipto con la autorización de Roma. César. Craso y Pompeyo se fijaron en Egipto para intentar resolver sus problemas económicos. Cuando Ptolomeo Auletes llegó a Roma para pedir ayuda con el fin de resolver sus conflictos familiares,

compró a importantes personalidades, entre ellos a César. El rey de Egipto se hizo amigo y aliado del pueblo romano. Se envió una guarnición a Alejandría. Los banqueros romanos invirtieron su dinero en el país.

La reina Cleopatra, que soño con devolver a Egipto sus glorias pasadas. (*Roger-Viollet.*)

A los diecisiete años. Cleopatra siente el profundo deseo de reinar. Su carácter es firme. No le gustan los consejos y solamente sigue sus propias intuiciones. Se impone de manera natural a las otras personas. Cuenta mucho más con su encanto que con su belleza, que probablemente no era excepcional. A diferencia de los otros Ptolomeos. Cleopatra amaba profundamente a Egipto, cuya lengua hablaba. Además, a pesar de su cultura griega, no era insensible a los misterios de la religión egipcia. Es símbolo del Oriente helenizado, refinado, y se presenta como representante de una tradición ancestral frente a los bárbaros romanos. Se rodeó de filósofos, médicos, historiadores que residían en Alejandría, donde se ha desarrollado una vida intelectual brillante. Cleopatra tiene fe en una profecía que la designaba como reina de todo el Oriente. En varias ocasiones, en su conducta política, la reina evocará su carácter divino, trayendo al presente antiguos principios de la teología faraónica. A veces, su audacia es sorprendente, puesto que se cree capaz de utilizar a Roma para conseguir sus fines. La empresa quizá no era tan descabellada como parecía.

Cleopatra no puede gobernar sola; se ve obligada a compartir el trono con su joven hermano Ptolomeo. que tiene trece años. El verdadero dueño del palacio es el griego Pothin que aprecia muy poco las preten-

siones de una joven totalmente desprovista de experiencia política. Ante la firme voluntad de Cleopatra. se ve obligado a aceptar una especie de regencia y de poder compartido. Pothin busca el apoyo del ejército con la intención de deshacerse de la intrigante. Ésta se abre a las realidades internacionales. Decide entrar en contacto con el romano Pompeyó. En la guarnición romana de Alejandría se producen graves incidentes. Cleopatra ordena detener a los asesinos, esperando que este gesto será apreciado por Pompeyo, al que envía un excedente de trigo y diversos regalos. Pero el romano no reacciona y, además, la población de Alejandría está muy descontenta con la actitud adoptada por la reina.

El mundo romano se modifica. Ha llegado el momento del enfrentamiento entre Pompeyo y César, enemigo declarado de la República. Los enviados de Pompeyo llegan a Alejandría. Piden navíos de guerra a Cleopatra. que se los concede. Pero la posición de la reina es inestable; se fragua una conspiración fomentada por Pothin. Cleopatra se ve obligada a abandonar precipitadamente Alejandría; se refugia en la Tebaida y luego en Siria. En este año 48. se hunden sus sueños de grandeza. Su hermano Ptolomeo se convierte en el único soberano de Egipto.

Cleopatra no se da por vencida. Reúne un pobre ejército, formado por esclavos, personas con antecedentes penales y desertores. Pronto se encuentra con las tropas reclutadas por su hermano, pero no se atreve a presentar batalla. La situación parece bloqueada. Acontecimientos ajenos a Egipto la precipitan. El 9 de agosto del año 48, Pompeyo es vencido en la batalla de Farsalia, en Tesalia. Después de un vagabundeo lleno de decepciones, llega a Alejandría. En otro tiempo él había dado hospitalidad a Ptolomeo Auletes. Espera que su hijo actuará de la misma manera con él. El joven Ptolomeo acepta acogerlo, pero para asesinarlo. Pompeyo es apuñalado en la barca que le conducía a la playa de Pelus. Su asesino, un romano, le cortó la cabeza y la presentó en una pica al rey de Egipto. Ptolomeo pensaba que de este modo se ganaría el favor de César.

César, al frente de una importante flota, llega a Alejandría. Llora el trágico destino de Pompeyo. Sus proyectos le hacen olvidar el dolor. Quiere resolver el conflicto entre Ptolomeo y Cleopatra y. sobre todo, recuperar el dinero que su padre le debía. César penetra en el palacio casi desierto. Ptolomeo está en Pelus. César es un huésped que no ha sido invitado. A los cortesanos no les gusta su comportamiento.

El vencedor de los galos descubre con sorpresa la capital de Egipto. Se hablan muchas lenguas, las calles están animadas, el comercio es intenso. Se da cuenta de que el país es un gran productor de trigo, y que podría contribuir a resolver una gran parte de los problemas de abastecimiento de Roma. Visita la célebre biblioteca, va al museo donde se habla de filosofía, entra en el templo de Serapis. Pero la población soporta mal la presencia de los romanos. La hostilidad se hace palpable. César duplica su escolta personal. Por fin, Ptolomeo y su consejero Pothin vuelven a Alejandría. La entrevista es violenta. César se asombra. ¿Por qué no está Cleopatra? Quiere verla. Pothin se muestra cauteloso, dubitativo. Autoritario, el romano le prohíbe abandonar la capital.

Cleopatra se entera de que César desea entrevistarse con ella. Es su última oportunidad. No existe ninguna posibilidad de obtener resultados por las vías oficiales: por esto utiliza la astucia. Consigue llegar a Alejandría y se hace introducir en el palacio de una manera original. Un chambelán la oculta en un suntuoso tapiz que lleva sobre sus espaldas. «Un regalo para César», le dice al guardia. César, sorprendido, verá aparecer ante él una maravillosa joven de veintiún años. No es tanto su belleza como su extraordinario refinamiento lo que hace que el romano se enamore. Cleopatra es inteligente, culta, se viste y se maquilla admirablemente. Es

un símbolo de los encantos de Oriente, tiene una conversación cautivadora y habla una docena de lenguas. «Era una delicia oír su voz —se decía—, su lengua era como una lira de muchas cuerdas.»

César el soldado queda fascinado. El joven Ptolomeo está furioso. Alejandría se indigna. Su hermano trata a Cleopatra como una prostituta. Pero César posee una copia del testamento de Ptolomeo Auletes y pronuncia su sentencia: el hermano y la hermana deben casarse y reinar conjuntamente. En la canastilla de bodas pone la isla de Chipre. Cleopatra es feliz. Tras sufrir momentos de desesperación, se vuelve a abrir el horizonte.

Pothin, la persona más adicta a Ptolomeo. intenta que la población de Alejandría se subleve contra Cleopatra. Le parece que una guerra civil es el único medio de destronarla. Pero la joven mujer dispone de una red de informadores. La nueva conspiración del griego sale a la luz. Cleopatra lo manda detener y ejecutar.

Cleopatra ha ido demasiado lejos. El pueblo está indignado. Se producen motines más o menos espontáneos. Se ataca la guarnición romana y los barcos de César. Éste no estaba del todo desprevenido, pero le cuesta bastante salir de esta trampa. Prende fuego a sus propios barcos; el incendio desorganiza al adversario. Según cuenta la tradición. César escapó nadando, perdiendo incluso su manto púrpura, símbolo de su mando.

Alejandría se divide entre los que, deseando la paz, quieren someterse a César, y los que desean la guerra en apoyo de Ptolomeo. Ayudado por Mitrídates de Pérgamo. a César no le cuesta nada vencer al ejército egipcio. En marzo del año 47, Ptolomeo muere ahogado tras un combate en el que fue derrotado.

Cleopatra está radiante. Sin embargo. Egipto no le pertenece totalmente. Alejandría no acepta fácilmente el gobierno de una mujer, mucho más cuando todavía queda un heredero de la corona. Así, Cleopatra se ve obligada, al menos teóricamente, a compartir el poder. Otras cosas le preocupan: está embarazada y le pide a César ayuda y protección. Para que conozca Egipto lo lleva a hacer un crucero. Los dos amantes recorren el Nilo con cuatrocientos barcos. Reciben una excelente acogida en el Alto Egipto donde Cleopatra dirige varias ceremonias religiosas, fundamentalmente la «entronización» de un nuevo toro Bukhis, animal sagrado de la ciudad de Hermontis.

La reina comparte el trono con Ptolomeo XIV. que tiene once años. En el verano del año 47. cuando César se marcha a luchar, ella da a luz a un Ptolomeo-César que el pueblo de Alejandría llama, en son de broma. Cesarión. Sin embargo, este niño es proclamado hijo de Amón-Ra quien, como en los viejos tiempos, se había encarnado en la persona de un hombre —en este caso. César— para dar un hijo a la reina. Eivlas monedas. Cleopatra figura como Afrodita y su hijo como Eros. La reina está convencida de que él tendrá un gran futuro político y Egipto volverá a ocupar un lugar preeminente en el conjunto de las naciones. Todo se basa en el antiguo mito faraónico: Cleopatra es una Isis que da a luz a un Horus. Ella ha sido fecundada por un dios. Las perspectivas de futuro no pueden ser sino grandiosas.

En otoño del año 46. Cleopatra es invitada a Roma por César. Allí se quedará hasta el asesinato de su amado el 15 de marzo del año 44. La reina de Egipto se instaló en los jardines de César, actualmente el palacio Farnesio. El pueblo no la quiere. La considera como una hechicera extranjera que ha conseguido encantar al dueño de Roma. Sin embargo. Cleopatra despliega todos sus poderes de seducción. Mantiene una brillante corte de eruditos, poetas y músicos. Pero las virtuosas matronas romanas

desconfían de esta mujer de mala vida. Además, riñó con uno de sus apasionados admiradores, Cicerón. A éste le gustaba hablar con la reina de la cultura oriental: incluso le pidió que le entregara manuscritos antiguos. Cleopatra se lo prometió, pero no cumplió su promesa. Cicerón se sintió decepcionado y usó de toda la perfidia de que era capaz. Afirmó que la reina tenía conocimientos superficiales, que era incapaz de interesarse mucho tiempo en el mismo tema, que era una frívola. En una palabra, la detestaba.

La reina de Egipto, fiel a sus ideales, intenta convencer a César de que no se puede hacer nada grandioso sin contar con Oriente, cuyo país clave es Egipto. Habría que unir la monarquía egipcia, de un prestigio incomparable, con la República romana. César podría adquirir una «legitimidad faraónica» haciéndose reconocer como hijo de Amón en Alejandría.

Se producen indiscreciones: circulan rumores de pasillos más o menos deformados. ¿Acaso César no se viste como un soberano helenístico? ¿No tendrá la intención de hacer de Alejandría la capital de un gran imperio en menoscabo de Roma? ¿No se casará con la extranjera en contra de la moral tradicional?

Cleopatra se pasa de la raya. En su ansia de rodearse de los misterios de Egipto, le gusta que se la considere como a una diosa. Estalla un escándalo cuando se instala una estatua que la representa en el templo de Venus. Después de conspirar mucho, el Senado decide salvar la República. La megalomanía de César, que se deja halagar por cualquier adulador, es un peligro para el Estado. El dictador es asesinado, los criminales son absueltos por el Senado.

Cleopatra se ve obligada a abandonar Roma rápidamente. Su vida está en peligro. Una vez desaparecido César, nadie tiene miedo de criticarla abiertamente. Se produce una inmensa decepción: el testamento de César no designa a Cesarión como su sucesor, sino a Octavio, sobrino del dictador. La vuelta de la reina a Alejandría se produce en un clima de indiferencia. El hambre asola. Los asuntos del Estado están mal administrados; los contribuyentes, agobiados por los impuestos, dirigen muchas quejas al palacio. En estos momentos. Cleopatra hace gala de verdaderas dotes de jefe de Estado. Reduce las desigualdades y aplica una política fiscal más justa. Al conseguir estabilizar la economía del país, se hace mucho más popular. Su corregente. Ptolomeo XIV. muere. Se piensa si le habrá asesinado ella. Las leyes obligan a nombrar un nuevo corregente. Ptolomeo XV. que tiene tres años. La reina tiene las manos totalmente libres.

En Roma, las convulsiones políticas acaban con la formación de un triunvirato integrado por Antonio. Lépido y Octavio, el 27 de noviembre del año 43. Los tres hombres se reparten el imperio. Antonio parte a Oriente para descansar. Tiene unos cuarenta años, es guapo, viril, colérico, le gusta vivir de un modo suntuoso, le gustan las mujeres y la vida fácil. Sabe cómo manejar a las personas, pero las complicaciones de la política no le van mucho. Es caprichoso y no le gusta reflexionar sobre problemas abstractos. Le aburren los asuntos de Estado. Solamente le apasiona el placer y la acción. Es tratado con muchos honores por dondequiera que va. Cuando sus tropas lucharon en Asia. Antonio se sorprendió de que Cleopatra no hiciera en seguida acto de vasallaje. La reina duda. ¿Cómo elegir entre Octavio y Antonio? No conoce ni a uno ni a otro. Convendría esperar algún tiempo para conocer sus intenciones. Pero Antonio se impacienta. Su susceptibilidad es muy conocida. De este modo, amenazas poco veladas obligan a Cleopatra a tomar partido.

Una mañana del año 41. el barco de la reina de Egipto llega a la cos-

ta de Tarso donde vive Antonio. Cleopatra tiene un extraordinario sentido del espectáculo y de la decoración. Vestida como Afrodita, está en la popa de la embarcación. Unos jóvenes que hacen el papel de Eros la abanican, al tiempo que danzarinas vestidas con velos púrpura y músicos producen un clima de fiesta. Antonio, que se encontraba en el foro, ve cómo la multitud corre al puerto para asistir a este acontecimiento. Como todo el mundo, el romano se siente deslumbrado. Lo normal habría sido que él hubiera invitado a Cleopatra a descender a tierra, pero ella le invita a cenar en un marco suntuoso, donde la vajilla de oro y los mantos púrpura son los atractivos menos importantes. Al día siguiente, se ofrece una comida todavía más lujosa en honor del gran soldado.

Cleopatra tiene veintiocho años. Antonio se enamora perdidamente de ella. Pasa el invierno del año 41-40 a su lado, en un clima de gozos y placeres. No puede estar sin ella, sin su encanto, su cultura, sus ideas. Cleopatra le pide un primer favor: la cabeza de su hermana Arsinoe. ya que su existencia podría contrariar sus planes políticos. Nada más fácil.

De este modo, todos los hermanos y hermanas de la reina han desaparecido y ella y Cesarión tienen el camino libre.

No cabe duda de que a Antonio y Cleopatra les unía un amor auténtico. Ella encarna Oriente, él la fuerza, el símbolo del poderío romano. La reina no tuvo muchas aventuras y no fue una mujer fácil. Las ambiciones políticas de los dos amantes se concertaron alimentadas por su pasión. Confían el uno en el otro; a Antonio le gusta la vida alejandrina, el encanto un poco adulterado de la capital egipcia, su lujo, su frivolidad y su cultura. La libertad de costumbres no le molesta. No pretende defender los valores de la moral romana. Por esta razón, el pueblo le quiere, aprecia su capacidad de adaptación. Cleopatra lleva a su amante por varias regiones de Egipto, sobre todo a Canopa y al lago Mareotis. Se preocupa de ofrecerle los cantos y danzas que a él le gustan, mantener un clima constante de fiestas donde se bebe hasta sentirse invadido por una suave embriaguez, esperando el alba creada por el dios Sol. En Alejandría, a Antonio se le llama «el grande», «el inimitable», «el bienhechor». Su vanidad está saciada.

La reina de Egipto no se duerme en los laureles. Con el amor no le basta. Después de haber resuelto los problemas internos, expone sus proyectos a su amante: se trata de hacer que Egipto vuelva a ser el dueño del mundo helenístico. Por esta razón. Cleopatra ha liberalizado el comercio de la plata acabando con los monopolios perpetuos. Al reformar el sistema monetario, abolir los privilegios de los templos, liquidar los préstamos con Roma, llevó a cabo una política económica arriesgada pero eficaz. El país de los faraones está preparado para efectuar nuevas conquistas, pero le hace falta un ejército: el de Antonio.

El romano se deja conquistar, más aún si se tiene en cuenta que. desde el año 40. la tensión entre él y Octavio se ha acrecentado. Parece inevitable un enfrentamiento sangriento. Los dos hombres se encuentran en otoño en la ciudad de Brindisi. Los soldados no tienen ganas de matarse: la única solución es negociar. Oriente pertenecerá a Antonio, y Occidente a Octavio, e Italia seguirá siendo zona neutral. Para sellar esta alianza. Octavio ofrece su hermanastra Octavia en matrimonio a Antonio. La mujer legítima de Antonio. Fulvia. había muerto y Cleopatra no existía a los ojos del rigorista Octavio.

Durante el invierno del año 39-38. Antonio y Octavia residieron en Atenas. La joven mujer es bella e inteligente, demasiado delicada para su marido. Consigue separarlo por cierto tiempo de la reina de Egipto y mantenerlo en buenas relaciones con Octavio. Antonio se muestra activo:

se ocupa con esmero de su ejército en Asia, lo refuerza y lo dota de una flota importante. El contacto con mujeres cultas como Cleopatra y Octavia le hace intelectualmente más exigente: se erige en protector de los filósofos. Esos loables esfuerzos no impiden que la popularidad de Octavio vaya creciendo en menoscabo de la suya. Y Antonio se aburre; la ausencia de Cleopatra es cada vez más insoportable. Considerándose un rey helenístico, piensa que tiene derecho a estar unido a dos mujeres.

Durante el invierno del año 37-38, aleja a Octavia y hace venir a Cleopatra junto a él. en Corcira. Para probarle su amor, se casa con ella. En el año 36. Cleopatra le da un tercer hijo. Su matrimonio tiene grandes repercusiones y permite a la reina imponerse en la escena internacional. Exige Chipre, una parte de las costas fenicias y Cilicia a Antonio. Egipto se sitúa así al frente de una nueva federación de Estados helenísticos. Cleopatra pone la primera piedra de un nuevo imperio.

Mientras la reina se ocupa de sus nuevas posesiones, Antonio inicia una campaña contra los partos. Resulta un desastre; pierde muchos soldados y material; sufre traiciones, deserciones, enfermedades, mala intendencia, retirada en forma de derrota..., todas las calamidades se juntan. Antonio no se desanima. Está listo para volver al ataque, con nuevas tropas. La opinión pública acusa a Cleopatra, la hechicera, de haber encantado al romano y de haberle hecho perder su sentido de la victoria. Sin embargo, la reina de Egipto se muestra lúcida. El enemigo no son los partos, sino Octavio que va de éxito en éxito. Entre él y el poder absoluto solamente se interpone Antonio. Octavio se presenta como verdadero romano, piadoso y enérgico, frente a un Antonio de vida disoluta, reducido al estado de «Dionisio helenístico». Octavia intenta evitar el conflicto entre los dos hombres. Llega a Atenas donde espera a Antonio con dinero y refuerzos; le obliga a elegir entre su mujer legítima, una romana, y Cleopatra, una extranjera. Todo puede volver a su sitio.

Cleopatra se da cuenta del peligro. Inquieta, cae enferma. Si Antonio la abandona, no sobrevivirá. El se queda junto a ella. Dolida, decepcionada. Octavia vuelve sola a Roma; se convierte en el símbolo de la mujer digna y ultrajada. La actitud de Antonio es juzgada con mucha severidad. Antonio no parece ser del todo consciente; persigue una única idea: invadir el reino parto. Por esta razón, ocupa Armenia para lanzar un ataque decisivo. Pero le llega un mensaje: Roma declara a Antonio enemigo de la República y desaprueba su acción militar. En otoño del año 34. vuelve a Alejandría donde le espera un recibimiento suntuoso. Cleopatra celebra un triunfo en el que Antonio es presentado como Dionisio y no como un general romano. Con gran solemnidad, se proclama el imperio de Oriente. Antonio y Cleopatra se sientan en tronos de oro, los hijos reales a sus pies. Su hijo mayor está vestido de parto, el pequeño de macedonio. Cesarión se convierte en el heredero del trono de Egipto. Los países de Oriente se reparten entre Cleopatra y su descendencia. La reina tiene la estatura de un faraón. Ha llegado el momento del triunfo.

Esa grandiosa ceremonia, destinada a impresionar, no es nada apreciada en Roma. Antonio se muestra altivo con los que le critican, es un mal diplomático. No sabe utilizar los apoyos de que dispone incluso en la capital de sus padres. El conflicto con Octavio es inevitable. Antonio y Cleopatra preparan la guerra. El ejército de Oriente consta de diecinueve legiones (setenta mil hombres aproximadamente). La marina de la reina de Egipto tiene doscientos barcos; se construyen nuevas unidades hasta llegar a un total de ochocientas. Cleopatra está por todas partes. Se la ve tanto en los lugares de trabajo como en los cuarteles. La proximidad del combate la estimula. La gloria de su país exige todos sus esfuerzos. Ya se ve reina de

los romanos, y anuncia que administrará la justicia en el Capitolio. Ella y Antonio aparecen pintados como Isis y Osiris, y son esculpidos como Selene y Dionisio.

Curiosamente, pierden el tiempo. Pasan la primavera del año 32 en Samos. llevando una vida lujosa y fácil. Antonio duda en atacar Roma, aunque militarmente es superior. Al enviar una carta de ruptura a Octavia, provoca un divorcio que indigna a los romanos. Octavio es más enérgico que su rival. Irrumpiendo en el templo de los Vestales en Roma, hace público un documento probando que Antonio está liquidando los territorios romanos en provecho de Cleopatra. A su muerte desea ser incinerado en Alejandría, ¡él que es romano! Esta vez ya no queda ningún asomo de duda. Antonio es un traidor. Algunos piden su muerte; otros estiman que es un loco y un irresponsable.

Se declara la guerra, pero no a Antonio sino a Cleopatra. Se trata de una gran maniobra de Octavio que evita la guerra civil y compromete su ejército en un conflicto justo contra un enemigo extranjero. Incluso intenta una última conciliación, invitando a Antonio a ir a Italia para discutir. Cleopatra disuade a Antonio para que no caiga en semejante trampa.

No se entiende muy bien la política de espera de Antonio y Cleopatra. Tras largos meses en Éfeso y en Atenas, ella desea ir a Egipto. Antonio se muestra cansado, dubitativo; parece incapaz de tomar una decisión. Está obsesionado por la necesidad de conquistar el reino parto, para conseguir una supremacía real en Oriente. Octavio actúa; reúne sus tropas en Brindisi y se prepara para cruzar el Adriático. Antonio instala su cuartel general en Patraso. movilizando sus tropas instaladas en diversos puntos de Asia.

Forman un ejército muy grande pero poco homogéneo y más bien mal equipado. Muchas legiones se ocupan de expediciones de vigilancia en Egipto, en la Cirenaica. en Asia Menor y en Siria, con lo que no puede utilizarlas para un enfrentamiento directo. Además. Antonio confía demasiado en su superioridad naval. Ni siquiera conserva en el mar todos sus barcos y no hace nada por impedir que se agrupen las unidades de la flota enemiga. El almirante de Octavio. Agripa, se aprovechará de todos estos errores. Hábilmente, reagrupa sus fuerzas mientras una parte de la flota de Antonio se hunde. La disciplina va menguando entre la tripulación; además, no les llega ninguna orden precisa.

Las hostilidades son patentes en la primavera del año 31. Cleopatra se juega el destino de un Egipto que ella ve grandioso. Si Octavio resulta vencido, ella será reina de un inmenso imperio. Desgraciadamente para ella, Antonio no se muestra a la altura de los acontecimientos. Actium es un lugar mal elegido para establecer un campamento. El clima es malsano; el aprovisionamiento no está asegurado. La flota de Octavio pasa por dificultades; le faltan víveres. Cleopatra. para salir de esta situación estancada, aconseja a Antonio emprender un combate naval. Los jefes del ejército de tierra se quedan estupefactos e indignados: ¡que se confíe en sus legiones! Antonio nunca ha luchado en el mar. No sabe qué estrategia tiene que adoptar, pero la reina de Egipto es la que tiene más fuerza. Se hará según sus deseos.

Antonio, dándose cuenta por fin del estado de su flota, adopta medidas radicales. Hace quemar un tercio de sus barcos dado su estado defectuoso. Hace embarcar muchos legionarios como marineros. El 2 de septiembre del año 31, los buques de Antonio zarpan. Les sigue la escuadra egipcia, al mando de Cleopatra. Antonio comete el error de confiar en naves demasiado pesadas, difíciles de manejar, de alinear. Las rápidas galeras de Octavio lanzan un ataque decisivo; inmovilizan los mastodontes del adversario antes de arremeter contra ellos.

En ese momento se produce el episodio más increíble de esta batalla.

Antonio espera a Cleopatra, que debería liberar a los marineros; pero, estupefacto, ve que la flota egipcia pasa de largo. Probablemente convencida de que Antonio no podría conseguir la victoria, abandona el lugar del combate. Antonio se ve enfrentado a un terrible dilema: ¿se debe quedar junto a sus hombres o seguirla? Con la muerte en el alma, consciente de su cobardía, el romano deserta; el comandante abandona a su ejército. Octavio triunfa. Antonio, que consigue llegar hasta la nave de Cleopatra. se queda postrado durante tres días y tres noches. Después de hacerse rogar varias veces, por fin se presenta ante la reina que parece feliz y segura de sí misma, como si nada grave hubiera sucedido. Para ella, Actium no parece ser una derrota; sus proyectos se mantienen intactos. Lo esencial era escapar de Octavio para poder continuar la lucha.

Al llegar a Alejandría. Cleopatra anuncia que ha conseguido una gran victoria. ¿Hasta qué punto no se está engañando a sí misma? En las calles de la capital egipcia circulan las noticias. Aquellos que afirman que la situación es catastrófica son apresados y ejecutados y se confiscan sus bienes; pero resulta imposible tapar la boca a todo el mundo y pronto se sabe que Actium ha sido un desastre. La flota y el ejército de Antonio han sido derrotados por Octavio, que inicia la represión castigando a los príncipes de Asia Menor, aliados de Antonio.

Alejandría se muestra extraña tras la derrota. Antonio, desesperado, intenta olvidar su decaimiento con banquetes, donde se emborracha en compañía de sus últimos partidarios, «los compañeros de la muerte». Cesarión es un rey sin poder, un monarca de opereta. Cleopatra intenta preparar su huida, pero ¿dónde ir? ¿A España? ¿A Arabia? Para proteger el país, reúne tropas en Pelus. Después de hacer construir una tumba cerca del templo de Isis, la reina inicia negociaciones con Octavio, pero éste se muestra evasivo. ¿Por qué ceder, aunque sea un poco, si vislumbra una victoria completa? El 1 de agosto del año 30, la flota de Octavio llega ante Alejandría; Antonio quiere resistir, pero todos lo abandonan.

Persuadido de que Cleopatra ha muerto, Antonio pide a un esclavo que le mate, pero éste se niega y se suicida. Por su parte, el romano intenta matarse lanzándose sobre su espada; mortalmente herido, pide que le lleven cerca de la reina. El cuerpo de Antonio es izado por una ventana e introducido en un fortín, cerca del templo de Isis, donde Cleopatra había encontrado refugio. Al lado de su amada. Antonio exhala el último suspiro.

Octavio no se aviene a tomar por asalto el último refugio de Cleopatra. Ésta no se entregará si no se trata con indulgencia a sus hijos; pero ella ya no está en condiciones de formular exigencias, por mínimas que sean. Unos soldados de Octavio se introducen en el fortín y la hacen prisionera; impiden que se clave un puñal en el cuerpo.

Prisionera en su palacio, la reina intenta dejarse morir de hambre. Con crueldad. Octavio utiliza el arma del chantaje. Si ella persiste en esta actitud, se vengará con sus hijos. Debe hablar y revelarle dónde oculta todas sus riquezas. Solamente hubo una entrevista entre Cleopatra y Octavio. La reina tiene treinta y nueve años; no ha perdido nada de su encanto, pero está afligida por todos sus fracasos. Intenta justificar su actitud ante su vencedor, seducirle; pero Octavio se muestra glacial. Sólo le mueve la ambición; ninguna mujer le hará cambiar de idea. No prometerá nada y mandará matar a Cesarión.

El sueño de Cleopatra ha fracasado. Sin embargo, le privará a Octavio de un magnífico triunfo en Roma donde, como una esclava encadenada, la habrían mostrado a un público pleno de rencor. Tras tomar un baño y escribir una carta a Octavio en la que le pide poder reposar cerca de Antonio. Cleopatra se hace traer un cesto de frutos, según cuenta una

leyenda muy conocida, que parece acercarse a la verdad. En ese cesto se ocultaba un áspid que la reina coge por el cuello; la muerde en el pecho y muere con dignidad.

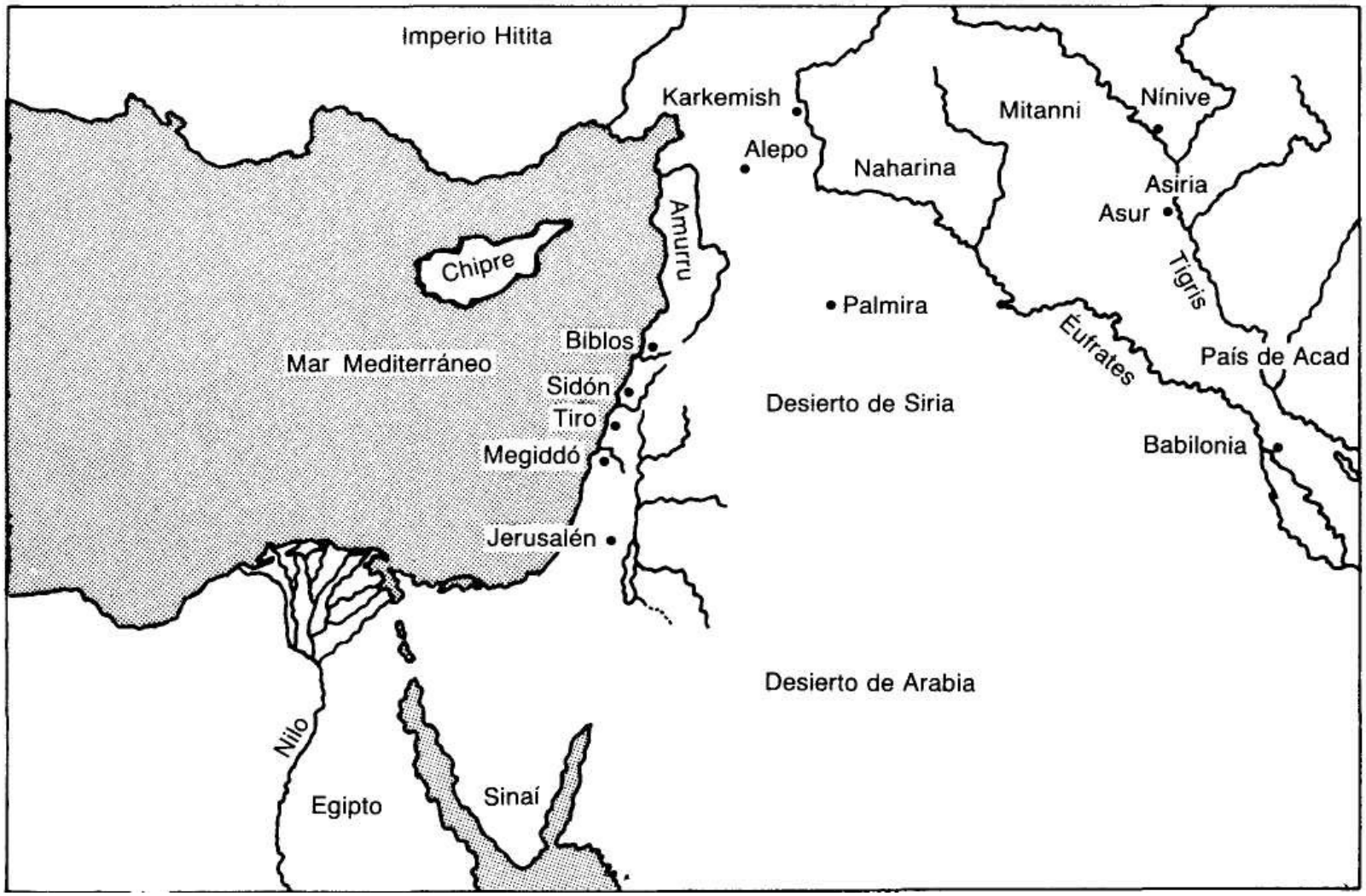
Es posible que Cleopatra hubiera elegido esta manera de morir por razones religiosas. Los faraones estaban protegidos por una serpiente sagrada que aniquilaba a sus enemigos. En su desesperación, la reina ha convertido esta fuerza vital en fuerza de destrucción. La serpiente creadora se convierte en una serpiente de muerte. Egipto, soberano del mundo, es asesinado por última vez en la persona de Cleopatra, el 29 de agosto del año 30 a. de J. C.

Ultima mirada

Tras la muerte de Cleopatra, Egipto se convierte en el granero de trigo de Roma, que oprime al Doble País. En el año 384 de nuestra era. un edicto decreta el cierre de los templos. El 24 de agosto del año 394 se grabó el último texto jeroglífico, en File, de donde fueron expulsados los sacerdotes de Isis en el año 535. La lengua sagrada desaparece. Ese prodigioso instrumento de cultura cae en el olvido, así como la aventura de los faraones, hasta el momento en que podrán ser descifrados, permitiendo conocer de nuevo su civilización.

Viajar a Egipto deslumbra a quien tenga el deseo de volver a encontrar sus orígenes y raíces más profundas. El visitante siente, con una intensidad muy especial, que el secreto de la civilización se encuentra en este lugar, oculto entre estas piedras, en la sonrisa de las divinidades, en la verticalidad de las columnas. La historia de los faraones de Egipto es una enseñanza. Nos hace tomar conciencia de la verdadera grandeza del hombre. Es tan imperecedera como su arte.

Egipto, hijo único del dios Ra, era considerado por sus habitantes como el centro del mundo, como el ojo abierto sobre la realidad. El Doble País, templo del mundo entero, reflejo del cosmos, se ofrecía a cada soberano como un tesoro inestimable. Él rey posee el sur hasta donde sopla el viento, el norte hasta el extremo del mar, Occidente hasta donde llega el Sol. Oriente hasta donde se levanta. Por esta razón, la actividad de los faraones no fue política en el sentido estricto del término; el señor de Egipto, intermediario entre el cielo y la Tierra, como lo era el emperador de China, por ejemplo, no se comportaba como un administrador profano. El faraón, investido en su misión por los dioses, mago que mantenía la armonía de la naturaleza, es el modelo de un jefe de Estado que. a primera vista, parece muy lejos de nosotros. Sin embargo, ¿acaso existe mayor proyecto político que el de crear un orden terrestre en armonía con el orden celeste? Ésta fue la obra de los reyes de Egipto, ésta fue la verdad de los faraones.


Imperio Hitita
Karkemish
Alepo
Mitanni
Nínive
Naharina
Asiria
Asur
Amurru
Chipre
Tigris
Palmira
Eufrates
Biblos
Mar Mediterráneo
País de Acad
Sidón
Tiro
Desierto de Siria
Megiddó
Babilonia
Jerusalén
Desierto de Arabia
Nilo
Egipto
Sinaí

Cronología

(La mayoría de fechas son aproximativas)

ÉPOCA PREDINASTICA	aproximadamente 3000 a. de J.C.
El rey Escorpión	
Narmer	
DINASTÍAS TINITAS	
/ *dinastía*[1]	2950 a 2770 a. de J. C.
// *dinastía*[2]	2770 a 2640 a. de J. C.
IMPERIO ANTIGUO	
///*dinastía**	2640 a 2575 a. de J. C.
Zóser	2624-2605
IV dinastía	2575 a 2465 a. de J. C.
Snofru	2575-2551
Keops	2551-2528
Djedefre	2528-2520
Kefrén	2520-2494
Mikerinos	2490-2471
Shepsekaf	2471-2467
V dinastía	2465 a 2325 a. de J. C.
Userkaf	2465-2458

1. Lista de faraones: Aha, Djer, Uadji, Deuen. Adjib. Semerjet, Kaa.
2. Lista de faraones: Hetepse Jemui. Raneb. Ninetyer. Peribsen, Jase Jemui.
3. Lista de faraones: Nebka, Zóser, Sejemjet. Huni.

Sahure	2458-2446
Neferirkare	2446-2427
Neuserre	2420-2396
Menkauhpr	2396-2388
Asosi	2388-2355
Unas	2355-2325
VI dinastía	2325 a 2155 a. de J. C.
Teti	2325-2300
Userkare	
Pepi I (Merira)	2300-2268
Merenre I	2268-2254
Pepi II (Neferirkare)	2254-2160
Merenre II	
Nitocris	
VII¡VIII dinastías	2155 a 2134 a. de J. C.
IXIX dinastías	2134-2040
IMPERIO MEDIO	
XI dinastía	2134-1991
Intefl	2134-2118
IntefII	2118-2069
InteflII	2069-2061
Mentuhotep I	2061-2010
Mentuhoten II	2010-1998
Mentuhotep III	1998-1991
XII dinastía	1991-1785
Amenemhet I	1991-1962
Sesostris I	1971-1926
Amenemhet II	1929-1892
Sesostris II	1897-1878
Sesostris III	1878-1841
Amenemhet III	1844-1797
Amenemhet IV	1798-1789
Neferusobek	1789-1785
SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO	
XIII dinastía	1785 a 1650 a. de J.C.
XIV dinastía'	1715 a 1650 a. de J. C.

1. Paralela a la precedente.

XV-XVI dinastías (hicsos)	1650 a 1540 a. de J. C.
XVII dinastía	1650 a 1551 a. de J. C.
Intef	aprox. 1640
Sekenenra-Taa	aprox. 1570/1560
Kamosis	1555-1551

IMPERIO NUEVO

XVIII dinastía[1]	
Ahmosis	1552-1306
Amenofis I	1552-1527
Tutmés I	1527-1506
Tutmés II	1506-1494
Hatshepsut	1493-1490
Tutmés III	1490-1468
Amenofis II	1490-1436
Tutmés IV	1438-1412
Amenofis III	1412-1402
Amenofis IV/Akenatón	1402-1364
Smenker	1364-1347
Tutankamón	1347-1338
Ay	1337-1333
Horemheb	1333-1306
XIX dinastía	1306-1186
Ramsés I	1306-1304
Setil	1304-1290
Ramsés II	1290-1224
Menefta	1224-1204
Seti II	1204-1194
Amenmés	1194-1188
Siptah	1188-1186
Tausert	
XX dinastía	1186-1070
Setnajt	1186-1184
Ramsés III	1184-1153
Ramsés IV a Ramsés XI	1146-1070

1. Existe otra cronología que establece el inicio de la XVIII dinastía en 1540 y el final de la XIX en 1188.

ÉPOCA TARDÍA

XXI dinastía	1070-945
Smendes	1070-1044

Psusennes I	1040 - 990
Amenemope	993 - 984
Siamun	978 - 960
Susennes II	960 - 945
XXII dinastía (bubastida)	945 - 722
Sheshonk I	945 - 924
OsorkonI	924 - 887
Osorkon II	862 - 833
Takelot II	839 - 814
Sheshonk III	814 - 763
Pimui	763 - 758
Sheshonk V	758 - 722
XXIII dinastía	808 - 715
Petubastis	808 - 783
Osorkon III	aprox. 760 / 750
Takelot[1]	aprox. 740
XXIV dinastía	725 - 712
Tefnait	725 - 718
Bokenranef	718-712
XXV dinastía etíope	712 - 664
Pive	740 - 713
Taharka	690 - 664
Tanutamón[2]	664 - 656
Ocupación asiría	671 - 664
XXVI dinastía (saíta)	664 - 525
Ñeco I	672 - 664
Psamético I	664 - 610
Ñeco II	610 - 595
Psamético II	595 - 589
Apries	589 - 570
Amasis	570 - 526
Psamético III	526 - 525

1. Más otros reyes.

2. Más otros reyes.

XXVII dinastía: dominación persa	
XXVIII dinastía	
Amirteo	404 - 399
XXIX dinastía	399 - 380
Hacoris [1]	393 - 380
XXX dinastía	380-343
Nectanebo I	380 - 362
Teos	362 - 360
Nectanebo II	360 - 343
Segunda dominación persa	343 - 332
Macedonios	332 - 305
Ptolomeos	305 a. de J. C.

1- Más tres reyes.

Bibliografía

La literatura egiptológica es muy abundante. La egiptología es una ciencia joven, y en lo que se refiere a la escritura tiene una doble tarea: dotarse de los instrumentos de trabajo necesarios y continuar minuciosas investigaciones, sin contar con los trabajos de síntesis que. como el presente estudio, permiten a las personas que se interesan por Egipto tomar contacto con ese prodigioso universo. En esta bibliografía sumaria nos contentaremos con indicar algunos libros a partir de los cuales se puede profundizar tal o cual punto de la historia.

El manual básico es la obra de E. Hornung. *Einfiihrung in Aegvptologir* (Darmstadt. 1967). Para conocer la literatura egiptológica se utiliza el *Annual Egyptological Bibliography* que aparece anualmente en Leyde, desde 1948. Otro manual de base es el *Lexikon des Aegyptologie* (que está en curso de publicación, y del que ya existen tres volúmenes acabados), que ofrece abundante bibliografía sobre cada tema tratado. Ese gran diccionario está editado por Otto Harrasowitz (Wiesbaden). La *Cambridge Ancient History* proporciona un marco histórico general. Para conocer los principales textos históricos. J. H. Breasted. *Ancient Records of Egypt.* 5 volúmenes. (Chicago. 1906-1907): se trata de una excelente obra que merecería ser profundamente revisada.

Entre las principales obras generales que tratan de la historia egipcia, citemos E. Drioton y J. Vandier. *L'Egvpte.* colección Clio, P. U. F. (1952);[1] J. Yoyotte. *Egypte ancienne.* en *Histoire Universelle.* I: «Des origines á rislam»». Encycíopédic de la Pléiade. Gallimard (1956); J. Pirenne, *Histoire de la civilisation de I Egypte ancienne,* 3 volúmenes. La Baconniére. Neuchátel (1961-1963);[2] H. Wilson. *L'Egvpte. Vie et mort d'une civilisation.* Arthaud (1961): H. Kecs. *Ancient Egypt. A cultural Topographv,* Fabcr and Fabcr. Londres (1961); J. Vercoutter. *L'Egvpte*

1. Hay edición castellana: *Historia de Egipto.* Buenos Aires 1977.
2. Hay edición castellana: *Historia de la civilización del Antiguo Egipto.* 3 vols.. Barcelona 1982-1983.

ancienne. P. U. F. (1963); F. Daumas, *La civilisation de l'Egypte pha-raonique.* Arthaud (1965);' E. Hornung. *Geschichte ais Fest* (1966); W. C. Hayes. *The Scepter of Egypt. 2* volúmenes. Nueva York, Harvard University Press (1953 y 1959); A. H. Gardiner, *Egypt ofthe Pharaons,* Oxford University (1972); *Les Fharaons.* serie de tres volúmenes dirigida por Jean Leclant. *L 'univers desformes,* Gallimard.[2]

En lo que se refiere más concretamente a los faraones, cabe citar nombres como los de H. Gauthier, *Le livre des rois d'Egypte,* 5 volúmenes. Institut trancáis d'Archéologie oriéntale de El Cairo (1907-1917). Sobre la función real propiamente dicha hay que citar, entre otros estudios. A. Moret. *Du caratére religieux de la royantepharaonique,* Leroux (1902); H. Frankfort. *Kingship andthe Gods.* Chicago. 1948;[3] G. Pose-ner. *De la divinité du pharaon,* Cahiersde la société asiatique, XV, París (1960): P. Derchain. *Le R¿>le du roí d'Egypte dans le maintien de l'ordre cosmique:* en *Le pouvoir et le sacre,* Université libre de Bruselas (1962); H. Brunner. *Die Geburt des Gottónigs, Aegyptologische Abhandlungen 10, Wiesbaden (1964).*

Sobre las relaciones de Egipto con el extranjero, J. Vercoutter, *L'Egypte et le monde égéen prehellenique.* El Cairo (1956); T. Saveso-derbergh. *Aegypten und Nublen,* Lund (1941); W. B. Emery, *Archaic Egypt.* W. Hóischer, *Libyer und Aegypt,* Glückstad (1937); W. Helck. *Die Bezielumgen Aegyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.,* Wiesbaden (1962).

Obras de síntesis sobre períodos determinados: E. J. Baumgartel, *The Cultures of Prehistoric Egypt.* 2 volúmenes, Oxford University Press (1955 y 1960): W. B. Emery. *Archaic Egypt.* Pelican Books (1961): H. Stock. *Die Eme Zwischenzeit Aegyptens,* Roma, (1949); H. E. Winlock. *The Ri.se and Fall ofthe Middle Kingdom in*

Thebes, Nueva York (1947): F. K. Kienitz, *Die politische Geschichte Aegyptens vom 7, bis zum 4. Jahrundert vor der Zetwende.* Berlín (1953); K. A. Kitchen, *The Third Intermedíate Period in Egypt,* Warminster (1973). Se trata simplemente de algunos ejemplos de investigaciones eruditas que conviene completar con artículos y reseñas.

En cuanto a las monografías sobre la vida y la obra de un faraón, el panorama es bastante pobre cuantitativamente. Sin embargo, sería interesante que la egiptología progresara en esta vía de investigación. Mencionemos, dando una lista muy parcial. C. Vandersleyen, *Les guerres d'Ahmosis,* Bruselas (1971); F. J. Schmitz. *Amenophis I,* Hildesheim (1978); S. Ratié. *La reine Hatchepsout, sources et problémes,* Montpe-Uier (1979): C. Desroches-Noblecourt, *Vie et mort d'un pharaon, Tou-*

1. Hay edición castellana: *La civilización de! Egipto faraónico.* Barcelona 1972.
2. Hay edición castellana: *Los faraones. Los tiempos de las pirámides,* Madrid 1978; *Los faraones. El imperio de los conquistadores.* Madrid 1978; *Los faraones. El Egipto del crepúsculo.* Madrid 1980.
3. Hay edición castellana: *Reyes y Dioses,* Madrid 1976 y 1982.

tankhamon, Hachette (1963);[1] C. Aldred, *Akhenaton, le pharaon mystique,* Tallandier (1973); C. Jacq, *Akhenaton et Nefertiti, le couple solaire,* Robert Laffont (1976); R. Hari, *Horemheb et la reine Moutnedjemet,* Ginebra, (1965). Varios artículos de revistas especializadas se han consagrado al aspecto particular de un reinado. Además, el *Lexikon der Aegyptologie* consagra a cada faraón una reseña completada por una bibliografía.

NOTAS

Introducción

1. Se trata de una cifra muy aproximativa; aún se siguen descubriendo faraones, que surgen de la nada al aparecer su nombre grabado en un objeto.
2. *La civilisation égyptienne,* Payot. 1963, p. 12. Hemos hecho especial hincapié en este hecho en otros trabajos, fundamentalmente en *Le Message des constructeurs de cathédrales,* Rocher. (Hay edición en castellano: *El mensaje de los constructores de catedrales,* Barcelona 1981.)
3. Forma cursiva de la escritura jeroglífica.
4. S. SAUNERON, *Les prétres de l'ancienne Egypte.p.* 171.
5. Los reyes de Egipto llevaban varias coronas cuya simbología se sigue estu diando todavía. Cada una tenía una forma y un color especial. Lo que se suele lla mar a veces píen es la corona doble, formada por la corona roja del Bajo Egipto, es pecie de birrete rematado en forma de espiral, y por la corona blanca del Bajo Egip to, una especie de cilindro alargado que terminaba en una bola. Cabe citar también la corona azul, la corona *atef,* etc. Hay que tener presente que estas coronas no son objetos inertes, sino seres vivos: se consideraba que estaban llenas de energía. Sola mente seres debidamente iniciados podían tocarlas sin correr peligro. Se les rendía culto y se les cantaba himnos.
6. El rito de la coronación se prolongaba en una ceremonia totalmente excepcio nal que se llama el *heb-sed* (o fiesta del *sed).* Se celebraba para regenerar al rey. para volverle a dar una energía que se agotaba al cabo de un cierto número de años de reinado.
7. Hay que señalar que la legitimidad, cuyos principios desgraciadamente no es tán claros, se transmitía por las mujeres. Se ha dicho a menudo que los faraones se casaban con su «hermana», pero en egipcio este término puede designar simple mente la mujer amada. Por lo tanto, el matrimonio entre «hermano y hermana» no se debe interpretar siempre en sentido literal. La hija mayor de un faraón es teórica mente la heredera legítima del reino. Cabe suponer que el faraón designado se casa ba con esta mujer para dar validez a su poder y que ésta adquiría de este modo el tí tulo de «gran esposa real». Por lo demás, nada se oponía a que una mujer fuera rei na de Egipto y se conocen varios ejemplos de ello, siendo el más famoso el de la rei na Hatshepsut.
8. Los dos últimos nombres de los reyes constituyen lo que se ha llamado a veces el nombre y apellido de los faraones. El hecho de que estén grabados en cartuchos ha desempeñado un papel fundamental en el proceso de desciframiento de los jeroglíficos; así encontró Champollion sus primeros puntos de referencia.
9. Las fórmulas simbólicas que aparecen en los textos egipcios tienen correspondencias concretas: las puertas del cielo, por ejemplo, corresponden a las puertas del

naos, pequeño monumento que se encuentra en la parte más secreta de los templos. Para despertar al dios en su naos, el rey abría sus puertas todas las mañanas.

Capítulo 1. El rey Escorpión y el albor de una civilización

1. Los cambios climáticos, que todavía son mal conocidos, desempeñaron sin lugar a dudas un papel en la modificación del paisaje. Si bien en la época de Escorpión el país tenía muchos más árboles que hoy día, el régimen de temperaturas debía de parecerse mucho al actual. Es un hecho fundamental que Egipto tenga un clima más bien templado, sano y salubre. El calor solamente es difícil de soportar durante el verano, la estación más desagradable, que se sitúa a finales de octubre, cuando serpientes y escorpiones salen de sus madrigueras. La diferencia entre el día y la noche es importante, y puede llegar a alcanzar hasta 15°Cen invierno; la media general de las temperaturas se sitúa en unos 20°C. En la literatura egipcia se habla del frío, porque a menudo refresca bastante durante la noche; por esta razón, se construyen las casas. Las condiciones naturales incitaron a los egipcios a convertirse en constructores; sólo había dificultades para trabajar durante algunos períodos del año que. por regla general, gozaba de un clima bastante suave.

Capítulo 5. Keops, Kefrén y Mikerinos o el reinado de los gigantes

1. El seminario que imparte actualmente el profesor J. Leclant en el Colegio de Francia trata de este tema. También nosotros hemos trabajado estos textos, reinter-pretados y prolongados en el Imperio Medio en los textos de los sarcófagos, cuya muestra más antigua pertenece a la VI dinastía.

Capítulo 7. Sesostris y la sonrisa del Imperio Medio

1. *Historias.* II. 148.

Capítulo 15. Tutankamón el Desconocido

1. Figurillas de servidores que. a la llamada del difunto, le ayudan a realizar diversas tareas en los paraísos del Más Allá.

Capítulo 17. Ramsés II y la exaltación del poder

1. Las inscripciones y la significación del pequeño templo de Abu Simbel han sido estudiadas por C. Desroches-Noblecourt y C. Kuentz.